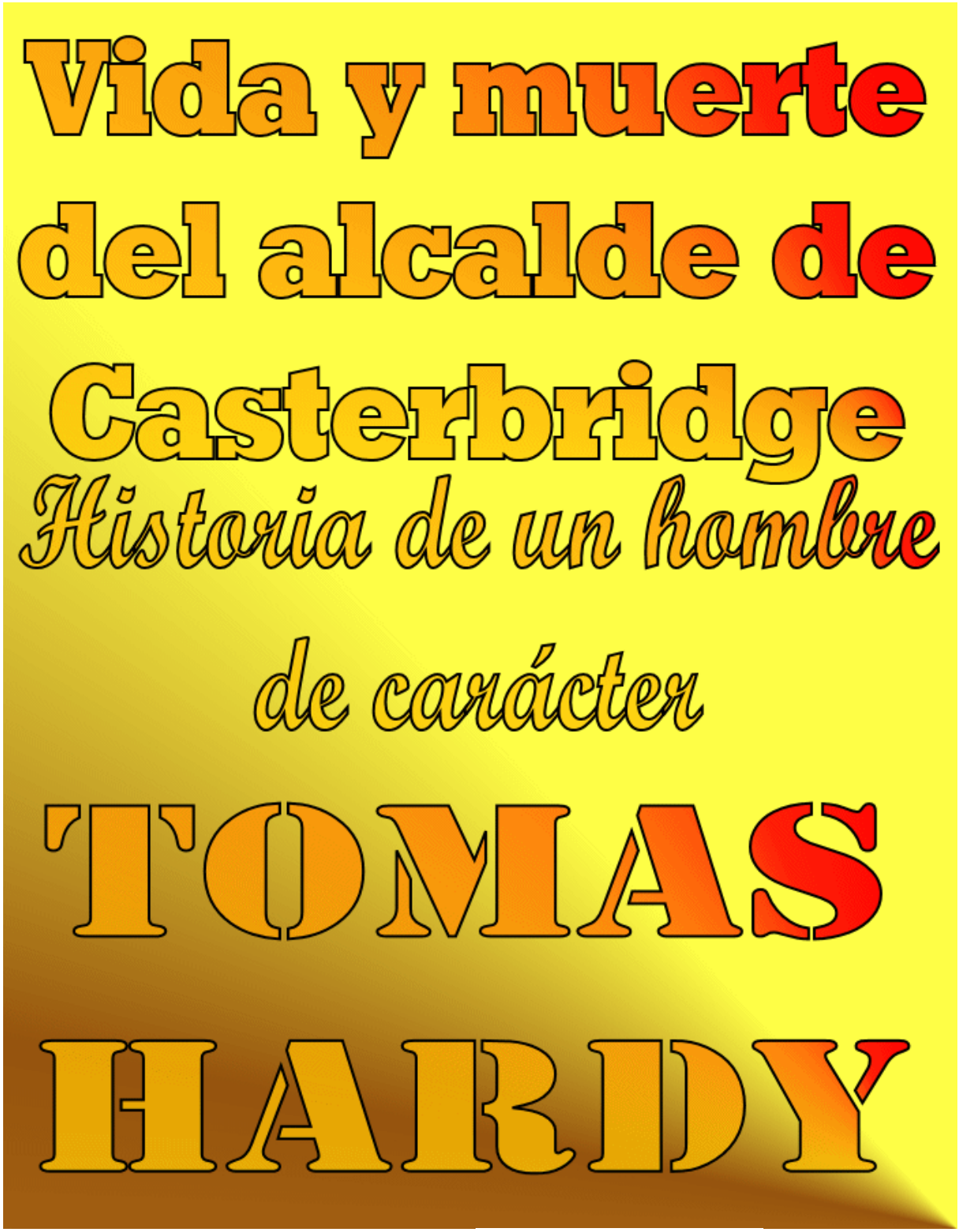
LIBRO dot.com

VIDA Y MUERTE DEL ALCALDE DE CASTERBRIDGE
HISTORIA DE UN HOMBRE DE CARÁCTER
TOMAS HARDY



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

NOTA

El alcalde de Casterbridge se publicó en 1886, primero por entregas en la revista inglesa Graphic y en la norteamericana *Harper's Weekly, y* luego en forma de libro, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos. La traducción que aquí presentamos se basa en la edición crítica de Dale Kramer (Oxford, 1987), realizada principalmente a partir del cotejo del manuscrito original con la última edición revisada 'por el autor, la llamada *Wessex Edition* de 1912.

I

Un atardecer de finales de verano, antes de que el siglo XIX completara su primer tercio, un hombre y una mujer jóvenes, ésta con un niño en brazos, se aproximaban caminando al pueblo de Weydon Priors, al norte de Wessex. Iban vestidos con sencillez, aunque la espesa capa de polvo acumulada en el calzado y la ropa tras un viaje evidentemente largo pudiera dar la impresión de que iban mal vestidos.

El hombre era gallardo, de tez morena y aspecto serio, y el perfil de su cara tenía tan poca inclinación que parecía casi recto. Llevaba una chaqueta corta de pana, más nueva que el resto de su indumentaria, que consistía en un chaleco de fustán con botones de cuerno blancos, pantalones hasta la rodilla del mismo paño, polainas marrones y un sombrero de paja recubierto de brillante lienzo negro. A la espalda, sujeto con una correa, llevaba un capacho, por uno de cuyos extremos sobresalía el puño de una cuchilla de cortar heno y en cuya abertura se veía también un berbiquí. Sus andares, firmes y acompasados, eran los de un campesino hábil, muy distintos de los arrastrados y desgarbados del peón común; con todo, en la manera de levantar y plantar cada pie había una indiferencia tozuda y cínica, muy peculiar, que se manifestaba además en los pliegues del pantalón, que pasaban con regularidad de una pernera a otra conforme avanzaba.

Sin embargo, lo más curioso de los dos caminantes, que habría llamado la atención de cualquier observador casual, era el completo silencio que observaban. Caminaban tan juntos que, desde lejos, se habría deducido que conversaban de esa manera tranquila, natural y confidencial de quienes tienen mucho que decirse; pero, desde más cerca, se podía distinguir que el hombre iba leyendo, o haciendo como que leía, un pliego de cordel que mantenía precariamente ante sus ojos con la mano que sujetaba la correa del capacho. Sólo él habría podido decir con seguridad si hacía esto para eludir una conversación que le atraía poco; su silencio era sistemático, de manera que la mujer se sentía sola en su compañía. Bueno, prácticamente sola, pues llevaba una criatura en los brazos. A veces el codo del hombre le rozaba el hombro, pues ella trataba de mantenerse lo más cerca posible de él sin llegar a tocarlo: no parecía tener la menor intención de cogerlo por el brazo, ni él de ofrecerlo, y lejos de mostrar sorpresa por el descortés silencio de su marido, parecía aceptarlo como algo natural. Si en el pequeño grupo se oía alguna palabra, era el ocasional susurro de la mujer a la criatura, una niña muy pequeña con vestidito corto y botitas azules de punto, y los balbuceos de ésta en respuesta.

El principal -casi único- atractivo de la cara de la joven mujer era su movilidad. Cuando miraba de reojo a la niña se volvía bonita, y hasta hermosa, debido particularmente a que, con el movimiento, sus rasgos captaban de forma sesgada los rayos del sol intensamente coloreado, que tornaba iridiscentes sus párpados y nariz y prendía fuego a sus labios. Caminando cansinamente a la sombra de un seto, embebida en sus pensamientos, tenía la expresión dura y semiapática de una mujer convencida de que cualquier cosa es posible por parte del tiempo y el azar, salvo quizá la justicia. Lo primero era obra de la naturaleza; lo segundo, probablemente, de la civilización.

No cabía duda de que el hombre y la mujer eran matrimonio y padres de la criatura que llevaban. Ningún otro parentesco habría explicado la atmósfera de rutinaria familiaridad que, como una nube, acompañaba al trío durante el camino.

La mujer mantenía los ojos fijos al frente, aunque sin demostrar interés; el escenario podía haber sido cualquier lugar de cualquier condado de Inglaterra en aquella época del año: una carretera ni recta ni tortuosa, ni llana ni montañosa, bordeada de setos, árboles y otras plantas que habían alcanzado esa fase verdinegra por la que pasan fatalmente las hojas en su mudanza al pardusco, al amarillo y al rojo. El borde herboso del talud y las ramas de los setos más próximos estaban recubiertos del polvo levantado por vehículos apresurados, el mismo

polvo que había en la carretera amortiguando sus pisadas como una alfombra; lo cual, unido a la mencionada ausencia de conversación, permitía que se oyera cualquier sonido extraño.

Durante un buen rato no se oyó ninguno, salvo la vieja y manida canción del crepúsculo de algún pajarillo que sin duda se venía oyendo a la misma hora, y con los mismos trinos, corcheas y breves, desde tiempo inmemorial. Pero, conforme se acercaban al pueblo, fueron llegando a sus oídos gritos y ruidos distantes desde una elevación aún oculta por el follaje. Cuando se divisaron las primeras casas de Weydon Priors, el grupo familiar se cruzó con un labriego, que llevaba al hombro una azada de la que pendía la bolsa de la comida. El lector levantó en seguida los ojos.

-¿Hay trabajo por aquí? -preguntó con flema señalando con un movimiento del pliego a la aldea que se extendía ante él. Y, creyendo que el labriego no lo comprendía, añadió-: ¿Hay trabajo para un aparvador de heno?

El labriego había empezado a menear la cabeza.

-¡Pero hombre! A quién se le ocurre venir a Weydon Priors buscando semejante trabajo en esta época del año...

-Entonces, ¿hay alguna casa en alquiler, alguna cabaña recién construida o algo por el estilo? -preguntó el otro.

El pesimista mantuvo su negativa:

-En Weydon se derriba más que se construye. El año pasado echaron abajo cinco casas, y éste tres; y la gente no tiene dónde cobijarse. No, ni siquiera en un chamizo. Así es Weydon Priors.

El aparvador -pues esto era a todas luces- asintió con cierta altivez. Mirando hacia el pueblo, prosiguió:

-Sin embargo, parece que algo se mueve ahí, ¿no?

-Bueno, sí. Son las fiestas del pueblo, aunque lo que usted oye ahora no es más que el vocerío que arman para sacarles el dinero a los niños y los bobos; lo gordo ya ha pasado. Yo he estado trabajando todo el día soportando el estruendo. Pero no he estado ahí; no, señor. Estas fiestas no van conmigo.

El aparvador y su familia prosiguieron su camino, y pronto entraron en el real de la feria, lleno de tenderetes y establos, donde por la mañana habían sido exhibidos y vendidos cientos de caballos y ovejas, si bien ahora los habían retirado en su mayor parte. A estas horas, tal y como le había comentado el hombre, se notaba ya muy poca actividad; lo más importante era la venta en subasta de unos cuantos animales de segunda categoría que no se habían podido vender antes, despreciados por los mejores comerciantes, los cuales, hecho su negocio, se habían marchado pronto. Sin embargo, la multitud era más densa ahora que durante las horas de la mañana; el contingente de visitantes festivos -gente que había venido a pasar el día, algún que otro soldado con permiso, tenderos del pueblo y otros por el estilo que habían acudido tarde, personas todas ellas que parecían pasárselo bien entre mundinovis, puestos de juguetes, figuras de cera, monstruos ocurrentes, curanderos desinteresados que se desplazaban de un lugar a otro por bien del público, prestidigitadores, vendedores de baratijas y echadores de cartas- había llegado hacía poco.

Como a ninguno de nuestros dos caminantes les apetecían particularmente todas estas cosas, buscaron una carpa de refrescos entre las muchas que salpicaban el altozano. Dos tiendas, que estaban más cerca de ellos en el resplandor ocre del sol poniente, les parecieron igualmente tentadoras. Una estaba hecha de lienzo nuevo de tono lechoso, y sobre ella ondeaban unas banderas rojas; en su letrero se podía leer: «Buena cerveza y sidra caseras». La otra era menos nueva; en la parte trasera sobresalía el tubo pequeño de un fogón de hierro, y en la delantera se podía leer el siguiente rótulo: «Aquí se despacha buena *furmity*». El hombre sopesó mentalmente ambas inscripciones y se inclinó por la primera de las carpas.

-No, no. Mejor la otra -dijo la mujer-. A Elizabeth Jane y a mí nos gusta mucho la *furmity*; y también te gustará a ti. Sienta muy bien después de una jornada larga y penosa.

-Yo nunca la he probado -dijo el hombre. Sin embargo, aceptó la propuesta de su mujer, y los tres entraron al punto en la tienda de la *furmity*.

El interior estaba animado por una numerosa concurrencia, acomodada alrededor de largas y estrechas mesas que se extendían longitudinalmente a ambos lados de la carpa. Al fondo había un fogón alimentado con fuego de carbón vegetal, sobre el que pendía una gran vasija de barro de tres patas, cuyo pulido y reluciente reborde mostraba que estaba hecho de bronce. La regentaba una cincuentona con cara de bruja y con un delantal blanco que, ya que infundía un aire de respetabilidad a todo lo que cubría, le rodeaba casi toda la cintura. Estaba removiendo lentamente el contenido del puchero. Por toda la tienda se oía el sordo roce de su cucharón con el que evitaba que se quemara la mezcla de trigo, harina, leche, uvas pasas, pasas de Corinto, y quién sabe qué más. Todo ello en un añejo recipiente para agua sucia. A su lado, sobre una tabla con mantel blanco apoyada sobre caballetes, se hallaban varias vasijas con los distintos ingredientes.

Los jóvenes esposos pidieron cada uno un tazón de las humeantes poleadas y se sentaron para saborearlas tranquilamente. La idea había sido buena, pues, como había dicho la mujer, la *furmity* era una sustancia muy nutritiva y el alimento más adecuado que se podía encontrar en toda la comarca; aunque, para los no acostumbrados a ella, los granos de trigo inflados como pepitas de limón que flotaban sobre la superficie podían ejercer un efecto disuasorio.

Pero dentro de aquella tienda se guardaba una sorpresa, que el instinto etílico de nuestro hombre no tardó en adivinar. Tras un tímido ataque a su tazón, observó la evolución de la anciana con el rabillo del ojo, y descubrió su juego. Le guiñó el ojo y, en respuesta a su asentimiento, le alargó el tazón. Ella sacó una botella de debajo de la mesa, llenó a hurtadillas una medida y la escanció en la *furmity* del hombre. El licor escanciado era ron. Actuando con el mismo sigilo, el hombre le dejó unas monedas a modo de pago.

La pócima tonificada le pareció al hombre mucho más sabrosa que en su estado natural. Su mujer había observado la operación no sin cierta inquietud, pero él la convenció de que regase también su tazón, y, tras vencer sus aprensiones, ella acabó aceptando una pequeña ración.

El hombre apuró su tazón y pidió otro, tras hacer señas para que se le añadiera una mayor cantidad de ron. El efecto no tardó en hacerse notar, y su mujer percibió con tristeza cómo su intento por esquivar la tienda de las bebidas alcohólicas la había conducido a otra de contrabandistas.

La pequeña empezó a llorar con denuedo, y la mujer dijo con insistencia a su marido:

-Michael, ¿has pensado en el alojamiento? Sabes que nos puede costar conseguirlo si no nos vamos pronto de aquí.

Pero él hizo como si oyera llover. Había empezado a hablar en voz alta a la concurrencia. Cuando encendieron las velas, los ojos negros de la niña, tras mirarlas cansina y reflexivamente, se entornaron poco a poco; luego se abrieron y volvieron a cerrar, vencidos por el sueño.

Tras el primer tazón, el hombre experimentó una sensación de bienestar. Tras el segundo, se puso alegre. Tras el tercero, discutidor. Tras el cuarto, las cualidades manifestadas por el aspecto de su rostro, la manera tenaz de cerrar con fuerza la boca y el brillo intenso de sus ojos negros no dejaron ninguna duda acerca de su conducta: se sentía dominante, incluso brillantemente capaz de discutir con brillantez.

La conversación tomó un giro filosófico, como ocurre frecuentemente en tales ocasiones. El tema era la ruina de los hombres buenos por culpa de sus mujeres, y, en particular, cómo jóvenes prometedores habían visto frustradas sus metas y esperanzas, y extinguidas sus energías a causa de un temprano e imprudente casamiento.

-Este ha sido precisamente mi caso -dijo el aparvador de heno con una cavilosa amargura rayana en el resentimiento-. Yo me casé a los dieciocho años, tonto de mí; y he aquí

el resultado -concluyó señalándose a sí mismo y a su familia con ademán destinado a resaltar lo precario de su situación.

Su joven esposa, que parecía acostumbrada a ese tipo de manifestaciones, hacía como si no las oyera y se ponía a arrullar a la niña cada vez que se despertaba; como ésta era ya bastante crecida, la colocaba sobre el banco, junto a ella, cada vez que quería descansar de su peso. El hombre continuó:

-No tengo más de quince chelines en el mundo y, sin embargo, soy bastante experto en mi oficio. En materia de forrajes desafío a cualquier inglés que se me ponga por delante. Si yo fuera un hombre libre, no pararía hasta conseguir mil libras esterlinas. Pero, por desgracia, de todas esas cosas no se da uno cuenta hasta que ya es demasiado tarde.

Entretanto, al subastador de caballos viejos se le oía gritar:

-Venga, el último lote. ¿Quién lo quiere regalado? ¿Qué les parece cuarenta chelines? Es una yegua como pocas; cinco años y pico y no le falta nada, salvo que tiene el lomo un poco más huesudo que otra yegua y que otra yegua le golpeó el ojo izquierdo; era su hermana, que venía por la carretera.

-Pues, la verdad, no entiendo cómo los hombres que tienen mujeres y no las quieren, no se libran de ellas como hacen los gitanos con sus caballos viejos -estaba diciendo ahora el hombre en la carpa-. ¿Por qué no las venden en subasta pública a otros hombres necesitados de tales piezas? ¡Por mis antepasados que yo vendería la mía ahora mismo si alguien me la quisiera comprar!

-Hay quien estaría dispuesto -contestaron algunos de los presentes mirando a la mujer, que no era ni mucho menos mal parecida.

-Cierto -dijo un caballero que fumaba, cuya chaqueta tenía alrededor del cuello, codos, costuras y omóplatos ese brillo que produce la fricción continuada con superficies mugrientas y que generalmente se desea ver más en los muebles que en las prendas de vestir. Por su aspecto, posiblemente había sido en otros tiempos mozo de cuadra o cochero de alguna familia principal del condado-. Yo me he criado en un ambiente tan bueno, puedo asegurarlo, como el hombre más educado y distingo como nadie a la gente de buena crianza; y puedo decirles que esta mujer la tiene más que cualquier mujer de la feria, aunque, eso sí, habría que sacarla un poco a la luz. -Luego, cruzando las piernas, volvió a fumar de su pipa con la mirada completamente fija en un punto del aire.

El joven y beodo marido ponderó unos segundos esta alabanza inesperada de su mujer, medio dudando de la prudencia de su actitud con la dueña de tales cualidades. Pero rápidamente volvió a su postura inicial y dijo con un exabrupto:

-Pues bien, aquí tienen una buena oportunidad. Estoy abierto a cualquier oferta por esta joya de la creación.

Ella se volvió a su marido y le susurró:

-Michael, ya has dicho esas mismas tonterías en público otras veces. Una broma es una broma; pero me parece que te estás excediendo un poco.

-Sé que he dicho lo mismo otras veces; pero estoy hablando en serio. Lo único que quiero es encontrar un comprador.

En aquel momento, una golondrina, una de las últimas de la estación, que por casualidad había conseguido meterse por una abertura del techo de la carpa, describió unos rápidos círculos sobre sus cabezas, y todos los ojos la siguieron embobados. Interesada por ver si el ave conseguía escapar, la concurrencia se olvidó de contestar al ofrecimiento del aparvador, y se cambió de tema.

Pero, un cuarto de hora después, el hombre, que entre tanto no había dejado de rociar de alcohol su *furmity*, si bien tenía una voluntad tan fuerte -o era un bebedor tan experimentado- que aún parecía bastante sereno, volvió a la cantinela de antes, como en una fantasía musical el instrumento retoma el tema original.

-Venga, estoy esperando la contestación al ofrecimiento que he hecho. A mí esta mujer no me vale. ¿Quién quiere llevársela?

Para entonces, el decoro de la concurrencia había degenerado bastante, y la renovada pregunta fue recibida con una carcajada de aprobación. La mujer habló al oído de su marido en tono implorante y nervioso:

-Venga, vámonos ya, se está haciendo de noche, esas tonterías no van a ningún sitio. Si no vienes, me iré sin ti. ¡Vamos!

Esperó y esperó; pero él no se movía. A los diez minutos, el hombre irrumpió en la conversación errática de los bebedores de *furmity* con estas palabras:

-Les he hecho una pregunta, y nadie me quiere contestar. ¿No hay ningún quídam dispuesto a comprarme la mercancía?

La actitud de la mujer cambió, y su rostro adquirió el color y la expresión adusta que antes hemos mencionado.

-Mike, Mike -dijo ella-. Te estás pasando te lo advierto.

-¿Alguien quiere comprarla? -preguntó el hombre.

-Ojalá alguien quisiera... -dijo ella con resolución-. El actual propietario no me gusta nada.

-Ni tú a mí -repuso él-. En esto estamos de acuerdo. ¿Han oído, caballeros? Existe acuerdo por su parte. Ella se puede llevar a la niña si quiere, e irse a donde le dé la gana. Yo cogeré mis herramientas e iré por otro camino. Esto es más simple que una historia de la Biblia. Así que, vamos Susan, levántate para que te vean mejor.

-No lo hagas hija mía -susurró una rolliza encajera con voluminosas faldas, que estaba sentada cerca de la mujer-. Tu hombre no sabe lo que dice.

Sin embargo, la mujer se levantó.

-¿Quién hace de subastador? -gritó el aparvador.

-Yo -contestó rápidamente un hombre bajito con una nariz que parecía un pomo de cobre, de voz ronca y ojos como ojales-. ¿Quién hace una oferta por esta dama?

La mujer miró al suelo, como si mantuviera el equilibrio con un supremo esfuerzo de voluntad.

-Cinco chelines -dijo alguien, a lo que siguió una risa.

-Nada de insultos -dijo el marido-. ¿Quién da una guinea?

Nadie contestó; y la encajera volvió a intervenir:

-¡Compórtese como un cristiano, hombre de Dios! ¡Ah, con qué hombre tan cruel está casada esta pobre alma! Por las almas benditas que la cama y el alimento les salen muy caros a algunas pobres criaturas.

-Suba la cantidad, subastero -dijo el aparvador.

-Dos guineas -dijo el subastador. Pero nadie contestó.

-Si no se la quedan por ese precio, dentro de diez segundos tendrán que dar más -dijo el marido-. Muy bien. Subastador, pida otra más.

-Tres guineas. ¿Quién da tres guineas? -dijo el hombre de ojos legañosos.

-¿Nadie las da? -dijo el marido-. Cielo santo, me ha costado cincuenta veces esa cantidad. Siga subiendo:

-Cuatro guineas -gritó el subastador.

-Les diré una cosa. No la vendo por menos de cinco -dijo el marido, bajando el puño de manera que danzaron los tazones-. La vendo por cinco guineas a cualquiera que me pague ese dinero y la trate bien; y ése se la quedará para siempre, y no tendrá nunca más noticias mías. Pero no se la quedará por un penique menos. Vamos, cinco guineas, y asunto terminado. Susan, ¿estás de acuerdo?

Ella asintió con la cabeza con absoluta indiferencia.

-Cinco guineas -dijo el subastador-, o queda retirada la oferta. ¿Alguien da esa cantidad? Pregunto por última vez: ¿sí o no?

-Sí -exclamó un vozarrón desde la puerta.

Todos los ojos se volvieron. En la abertura triangular de la puerta había un marinero, que, sin ser observado por el resto, había llegado en los dos o tres últimos minutos. Un silencio sepulcral siguió a su afirmación.

-¿Ha dicho usted que sí? -preguntó el marido mirándolo fijamente.

-He dicho que sí -repuso el marinero.

-Decir que sí es una cosa y pagar, otra. ¿Dónde está el dinero?

El marinero vaciló un momento, miró de nuevo a la mujer, entró, desplegó cinco papeles arrugados y los arrojó sobre el mantel de la mesa. Eran billetes del Banco de Inglaterra de un valor de cinco libras esterlinas cada uno, sobre los que fueron cayendo sendos chelines de cara: uno, dos, tres, cuatro, cinco.

La visión de dinero contante y sonante en respuesta a un desafío hasta entonces juzgado hipotético produjo una profunda impresión entre los espectadores. Sus ojos se fijaron en los rostros de los protagonistas, y luego en los billetes sujetos en la mesa bajo el peso de los chelines.

Hasta ese momento nadie podía haber asegurado que el hombre, a pesar de sus provocadoras manifestaciones estaba hablando realmente en serio. En efecto, los espectadores se habían tomado aquella escena como una broma llevada al extremo; y habían supuesto que, al estar el hombre sin trabajo, se encontraba divorciado del mundo, la sociedad y su parienta más próxima. Pero, con la demanda y oferta de dinero contante y sonante, la jovial frivolidad de la escena había desaparecido. Un color morboso pareció teñir la carpa y cambiar el aspecto de todo lo que en ella había. Las expresiones de alborozo desaparecieron de los rostros de los presentes, que contemplaban el espectáculo con la boca abierta.

-Espera, Michael -dijo la mujer, rompiendo el silencio, de manera que su voz suave y seca pareció muy fuerte de repente-. Antes de seguir adelante, escúchame. Si tocas ese dinero, la niña y yo nos iremos con este hombre. Ándate con cuidado, que no es ninguna broma.

-Una broma... ¡Por supuesto que no es ninguna broma! -gritó el marido, con un resentimiento aún mayor por dicha sugerencia-. Yo me llevo el dinero, y el marinero te lleva a ti. La cosa está bastante clara. Esto ya se ha hecho en otras partes; ¿por qué no también aquí y ahora?

-Esto es suponiendo, claro está, que la joven esté conforme -dijo el marinero con tono obsequioso-. Yo no quisiera herir sus sentimientos por nada del mundo.

-Cómo, ni yo tampoco... -dijo el marido-. Pero ella quiere con tal de que se pueda quedar la criatura. Eso dijo el otro día cuando hablamos de esto.

-¿Lo jura? -dijo el marinero dirigiéndose a la mujer.

-Lo juro -dijo ésta tras mirar al rostro de su marido y no advertir en él ningún signo de arrepentimiento.

-Muy bien. Ella se queda con la niña, y el trato queda cerrado -dijo el aparvador. Cogió los billetes del marinero, los dobló con parsimonia y se los metió, junto con los chelines, en un bolsillo oculto, con aire de irrevocabilidad.

El marinero miró a la mujer y sonrió.

-¡Vámonos! -le dijo con tono afable-. La pequeña también. Cuantos más seamos más reiremos.

Ella se detuvo un instante para mirarlo fijamente. Luego, volviendo a bajar los ojos, y sin decir nada, cogió a la criatura y lo siguió hasta la puerta. Se volvió y, quitándose la alianza, la lanzó a la cara del aparvador.

-Mike -dijo-. He vivido a tu lado un par de años, y sólo he conocido tu mal carácter. Ahora ya no estoy contigo; buscaré fortuna en otra parte. Será mejor para mí y para Elizabeth. Adiós. -Y, cogiendo al marinero del brazo con la mano derecha, y a la pequeña con la izquierda, salió de la tienda sollozando amargamente.

Una expresión obtusa y preocupada cruzó el rostro del marido, como si, en realidad, no se hubiera esperado aquel final; algunos de los clientes se echaron a reír.

-¿Se ha ido? -preguntó.

-¡Vaya que si se ha ido! -replicaron algunos aldeanos junto a la entrada.

El aparvador se levantó y se dirigió hacia la entrada con el paso cauteloso de quien es consciente de haber abusado del alcohol. Algunos lo siguieron, y se quedaron mirando el crepúsculo. La diferencia entre la paz de la naturaleza no pensante y la agresividad deliberada del género humano saltaba a la vista en este lugar. A la crudeza del acto recién concluido bajo el entoldado se oponía la visión de varios caballos que se rozaban con el cuello amorosamente mientras esperaban con paciencia ser enganchados para el viaje de regreso. Fuera del recinto ferial, en los valles y los bosques, todo estaba sereno. El sol acababa de ponerse, y en el poniente el cielo estaba tapizado de una nube rosada, que parecía inmóvil aunque cambiaba lentamente. Contemplar aquello era como presenciar una puesta en escena grandiosa desde una sala oscura. Ante este espectáculo, después del anterior, surgía el instinto natural de abjurar del hombre como de una mancha en un universo que, sin él, era amable; hasta que se recordaba que todo en la tierra es intermitente, y que la humanidad puede una noche estar durmiendo inocentemente mientras esos tranquilos elementos se ponen a rugir con furia.

-¿Dónde vive el marinero? -preguntó un espectador después de mirar en vano a uno y otro lado.

-¡Sabe Dios! -repuso el hombre que había trabajado para una familia aristocrática.

-Está claro que nadie lo conoce por estas latitudes.

-Llegó hace unos cinco minutos -dijo la mujer de la *furmity*, que se había unido al grupo con los brazos en jarras-. Luego salió, pero volvió a entrar. No me ha dejado ni un penique.

-Le está bien empleado al marido -dijo la vendedora de corsés-. Una mujer tan guapa y tan discreta..., ¿qué más puede desear un hombre? Y qué coraje el suyo... Yo también habría hecho igual. Por san Judas que lo haría si mi marido se portara de esa manera conmigo. Yo me iría, y ya podría él llamarme a gritos, que yo no volvería jamás. No, no volvería nunca, hasta que sonara la trompeta del juicio.

-Bueno, a la buena mujer le irán ahora mejor las cosas -dijo otro en tono más reflexivo-. Pues las naturalezas marinas son buen cobijo para corderos esquilados, y ese hombre parece tener bastante dinero, que es de lo que ella anda más necesitada últimamente, según me ha parecido.

-Pues oídme bien todos: ¡no pienso ir detrás de ella! -gritó el aparvador, volviéndose a la mesa como había venido-. Que se vaya. Si está dispuesta a tales caprichos, que apenque con las consecuencias... No tenía que haberse llevado a la niña. Es mía. Si volviéramos a hacer el trato, no se lo permitiría.

Quizá por la sensación de haber dado el visto bueno a un acto indefendible, quizá porque ya era tarde, los clientes fueron abandonando la tienda poco después de este episodio. El hombre clavó los codos en la mesa, apoyó el rostro sobre los brazos y no tardó en empezar a roncar. La expendedora de *furmity* decidió que era hora de cerrar el negocio y, tras encargarse de que lo que quedaba de ron, leche, trigo, pasas, etc., fuera debidamente cargado en el carro, se aproximó donde descansaba el hombre. Lo sacudió, pero no logró despertarlo. Como la tienda no se desmontaba aquella noche, pues la feria seguía aún dos o tres días más, decidió que el durmiente, que obviamente no era un mendigo, se podía quedar donde estaba, con su cesto junto a él. Tras apagar la última vela y echar el cierre a la tienda, montó en su carro y se alejó de allí.

I I

El sol matutino entraba a raudales por las hendiduras de la lona cuando el hombre se despertó. Una cálida claridad invadía todo el interior del entoldado, y un moscardón azul zumbaba musicalmente de un lado a otro. Fuera de este zumbido, no se oía nada. El hombre miró a su alrededor: los bancos, la mesa apoyada en caballetes, su cesta de herramientas, el fogón donde se había cocido la *furmity*, los tazones vacíos, algunos granos de trigo desparramados, corchos que salpicaban la hierba del suelo. Entre ese batiburrillo distinguió un pequeño objeto reluciente, y lo recogió. Era la alianza de su mujer.

Ante su memoria pasó en confusa sucesión el hilo de los acontecimientos de la noche anterior, y se llevó maquinalmente la mano al bolsillo interior de la chaqueta. Un frufrú de billetes le recordó el pago efectuado por el marinero.

Esta segunda verificación de sus recuerdos borrosos le bastó; ahora sabía que no había sido un sueño. Permaneció sentado, mirando el suelo durante algún tiempo.

-Tengo que salir de aquí lo antes posible -dijo al final con parsimonia, como quien no puede fijar sus pensamientos si no los dice en voz alta-. Se ha ido, de eso no cabe la menor duda, con ese marinero que la compró a ella y a la pequeña Elizabeth-Jane. Entramos aquí, tomé esa *furmity* mezclada con ron y, la vendí. Sí, eso es lo que ocurrió. Y aquí estoy, yo ahora. Qué puedo hacer Me pregunto si estoy lo suficientemente sereno para poder andar.

Se levantó y descubrió que estaba en condiciones de caminar, y sin ningún estorbo. Se echó al hombro la cesta de herramientas y le pareció que podía llevarla. Alzó el cierre de la tienda y salió al aire libre.

Miró a un lado v otro con melancólica curiosidad. El frescor de la mañana de septiembre lo estimuló y le dio ánimos. Su familia y él habían llegado agotados la noche anterior, y no se habían detenido a observar el lugar, que ahora contempló con nuevos ojos. Se encontraba en la cima de un altozano, que limitaba a un lado por un terreno sembrado y al que se accedía por una carretera sinuosa. En la parte baja se estaba la aldea, que prestaba su nombre a la llanura v a la feria anual que allí se celebraba. Desde aquel lugar se divisaba, en primer plano, toda una serie de valles y, más allá, otras llanuras salpicadas de túmulos y fortificadas con restos de ruinas prehistóricas. Toda la escena se veía bañada por los rayos del sol recién salido, que aún no había secado ni una sola brizna de la hierba escarchada, sobre la que se proyectaban las sombras de los carromatos amarillos y rojos; las de las llantas de las ruedas tenían forma de cometa. Los gitanos y feriantes que aún quedaban estaban acostados dentro de sus carros y tiendas, o, debajo, arrebujados en mantas de caballerías, inmóviles y silenciosos a excepción de algún ronquido ocasional que delataba su presencia. Pero los Siete Durmientes tenían un perro[1]; y los perros de las misteriosas razas que tienen los vagabundos -una mezcla de perros y gatos, o de zorros y gatos- también yacían recostados. Uno pequeño se desperezó debajo de un carro, ladró por cuestión de principio y rápidamente volvió a tumbarse. Fue en realidad el único espectador de la salida del aparvador del recinto ferial de Weydon.

Esto parecía responder a sus deseos. Prosiguió en silencioso ensimismamiento, sin reparar en los escribanos cerillos que revoloteaban de seto en seto con pajas en el pico, en las coronas de los champiñones y en el tintineo de las esquilas de las ovejas que habían tenido la suerte de no ser vendidas en la feria. Al llegar a un sendero, a más de una milla de la escena de la noche anterior, el hombre dejó caer la bolsa de

[1] Según el Corán un perro guardaba la cueva donde se ocultaron los siete jóvenes cristianos durante la persecución de Decio (250 A.D.); allí durmieron hasta el reinado de Teodosio II (408-450). Poco después de despertar, volvieron a caer dormidos y murieron como santos *(N. del E.)*

herramientas v se apoyó sobre una cancela. Un problema parecía preocuparle especialmente.

«¿Dije anoche a alguien cómo me llamaba?», se preguntó para sus adentros. Al final, concluyó que no. De su actitud general se podía deducir su sorpresa y su enojo por que su mujer lo hubiera tomado tan al pie de la letra; eso se podía ver en su rostro y en la manera en que mordisqueaba una paja que había arrancado del seto. Sabía que ella debía haber estado bastante nerviosa para hacer aquello y que debía haber creído también que aquella transacción tenía algún tipo de fuerza vinculante (sobre este último punto estaba casi seguro, convencido de la firmeza del carácter y de la extremada simpleza del intelecto de su mujer). Bajo su placidez habitual podía haberse escondido también suficiente temeridad y resentimiento para desechar cualquier titubeo momentáneo. En un anterior momento de embriaguez en que él le había asegurado que se libraría de ella -tal y como había hecho-, ella le contestó, con un resignado tono de fatalismo, que no le permitiría decir eso muchas veces sin que se cumpliera de verdad. «Sin embargo, ella sabe que no estoy, en mis cabales cuando digo esas cosas», exclamó. «Bien, debo buscarla hasta dar con ella... ¡Agarrarla! ¡No se le podía ocurrir nada mejor que dejarme en esta situación tan desgraciada!», bramó. «Si yo estaba borracho, ella no lo estaba. Muy propio de ella obrar con tanta simpleza... Es muy mansa, sí... Pero su mansedumbre me ha hecho más daño que el peor de los genios.»

Cuando se hubo calmado, se reafirmó en su convencimiento inicial de que debía encontrar como fuera a ella y a la pequeña Elizabeth-Jane, y reparar aquella vergüenza de la mejor manera posible. Había sido obra suya y ahora le tocaba apechar con las consecuencias. Para empezar decidió hacer un juramento, el mayor de cuantos había hecho en su vida; pero quería hacerlo como Dios manda, y para ello necesitaba un marco apropiado (pues las creencias de este hombre tenían un si es no es de fetichistas).

Se echó el capacho al hombro y prosiguió la marcha, mirando inquisitivamente al paisaje mientras caminaba, y a unas tres o cuatro millas de distancia divisó los tejados de una aldea y la torre de una iglesia. Sin dudarlo, dirigió sus pasos hacia ésta. La aldea estaba muy, silenciosa; era esa hora muerta de la jornada que marca el intervalo entre la marcha de los labriegos a las tareas del campo y el levantarse de sus esposas e hijas para prepararles el desayuno a su regreso. El aparvador alcanzó la iglesia sin ser observado y como la puerta estaba cerrada sólo con pestillo, entró. Dejó la cesta junto a la pila, enfiló la nave hacia el comulgatorio y, abriendo la cancela, penetró en el presbiterio, donde por unos momentos pareció experimentar una sensación de extrañeza; luego se arrodilló sobre el escalón del altar. Inclinando la cabeza sobre el libro que había sobre el comulgatorio, dijo en voz alta:

-En esta mañana del dieciséis de septiembre, yo, Michael Henchard juro ante Dios aquí, en este lugar sagrado, que no probaré ninguna bebida alcohólica durante los siguientes veintiún años, es decir, los años que llevo vividos. Y esto lo juro ante el libro que hay, delante de mí; y que me quede mudo, ciego y lisiado si quebranto esto juramento

Después de decir esto, y de besar el gran libro, el aparvador se levantó y pareció aliviado por haber emprendido un nuevo camino. Mientras permanecía en el pórtico, vio una espesa columna de humo salir de la chimenea roja de un caserío próximo y supuso que su ocupante acababa de encender la lumbre. Se acercó a la puerta y, tras aceptar la matrona prepararle algo de comer por poco dinero, se desayunó, pagó y partió en busca de su esposa e hija.

En seguida descubrió el carácter aleatorio de su empresa. Aunque hizo mil pesquisas y preguntó por doquier día tras día, nadie había visto a las personas descritas en ningún sitio desde la noche de la feria. Para aumentar la dificultad, él no sabía siquiera el nombre del marinero. Como no andaba sobrado de dinero, decidió, tras larga reflexión, gastar el dinero del marinero en buscar a su familia. Pero su búsqueda resultó igualmente vana. En realidad, cierto reparo a revelar su conducta -su extraña transacción- le impidió proseguir la investigación con la publicidad que dicha empresa exigía para resultar eficaz; y fue

probablemente por esta razón por la que no consiguió dar con ninguna pista, a pesar de haber hecho todo lo que no requiriera una explicación de las circunstancias en que la había perdido.

Pasaron semanas, meses, y aún seguía buscando, mientras sobrevivía gracias a pequeños trabajos que hacía en los intervalos. Para entonces había llegado a un puerto de mar, donde consiguió enterarse de que unas personas que respondían parcialmente a su descripción habían emigrado hacía poco. Entonces se dijo que dejaría de buscar, y que iría a instalarse en una comarca en la que llevaba pensando desde hacía algún tiempo. Al día siguiente emprendió viaje rumbo al suroeste, hasta alcanzar la población de Casterbridge, situada en la parte más alejada de Wessex.

Librodot

I I I

La carretera que llevaba a la aldea de Weydon Priors estaba nuevamente cubierta de polvo. Los árboles tenían el mismo aspecto verde pardusco de antaño, y dos miembros de la familia Henchard caminaban ahora por donde la familia de tres caminara otrora.

En su aspecto general, el escenario se parecía tanto al anterior -las mismas voces y ruidos provenientes de la aldea cercana- que en realidad podría haber sido la tarde siguiente al episodio narrado con anterioridad. No obstante, algunos particulares revelaban que había transcurrido una largo período de tiempo. Una de las dos personas que caminaban era la que había figurado como la joven esposa de Henchard en la escena anterior. Su rostro había perdido ahora buena parte de su rotundidad, su piel había cambiado de textura, y, aunque su pelo no había perdido su color, parecía bastante más ralo que entonces. Ahora llevaba la indumentaria negra de una viuda. Su acompañante, también vestida de negro, era una joven, bien formada, de unos dieciocho años, completamente poseída de esa preciosa y efímera esencia de la juventud que es en sí misma belleza, sin atender a la tez ni al talle. Con un simple vistazo podía saberse que se trataba de la hija de Susan Henchard. Si el verano de la vida había dejado ya su impronta en el rostro de la madre, sus antiguos atributos primaverales habían sido transferidos a la hija por el Tiempo de manera tan diestra que el desconocimiento por parte de ésta de ciertos hechos conocidos por la madre habría parecido a quien reflexionara sobre ello una curiosa imperfección de la capacidad de continuidad de la Naturaleza.

Caminaban cogidas de la mano, gesto que revelaba el afecto que las unía. La hija llevaba en la otra mano un anticuado cesto de mimbre; la madre, un hato azul, que contrastaba de modo extraño con su falda de color negro.

Llegadas a las proximidades de la aldea, recorrieron el mismo camino que entonces y subieron hasta la feria. También aquí resultaba evidente el paso de los años. Se podían advertir ciertas mejoras mecánicas en los tiovivos y columpios, así como en las máquinas para medir la fuerza y el peso de los campesinos y en las casetas de tiro. Pero el verdadero negocio de la feria había menguado considerablemente; los nuevos mercados periódicos de las poblaciones vecinas estaban empezando a afectar seriamente a las transacciones que se realizaban aquí desde tiempo inmemorial. Los pesebres de ovejas y los ataderos de caballos eran aproximadamente la mitad de grandes que antes. Los puestos de sastres, calceteros, manteleros, toneleros y otros oficios por el estilo habían desaparecido prácticamente, y los vehículos eran mucho menos numerosos. La madre y la hija avanzaron un trecho entre la multitud y luego se detuvieron.

-¿Por qué perdemos el tiempo aquí? Creí que querías seguir adelante -dijo la muchacha.

-Llevas razón, mi querida Elizabeth Jane -contestó la madre-. Es un capricho: quería subir a echar un vistazo.

-¿Por qué?

-Fue aquí donde conocí a Newson, un día tal como hoy.

-¿Aquí conociste a papá? Ah, sí, ya me lo habías dicho antes. Y ahora está ahogado y lejos de nosotras... -Mientras hablaba, la muchacha sacó una tarjeta del bolsillo y la miró exhalando un suspiro; estaba ribeteada de negro y, dentro de un dibujo que parecía una lápida conmemorativa, se leían las siguientes palabras: «Con cariño, en recuerdo de Richard Newson, marinero que pereció desgraciadamente en el mar el mes de noviembre de 184-, a la edad de 41 años».

-Y fue aquí -prosiguió su madre, vacilando levemente donde vi al pariente que estamos buscando: al señor Michael Henchard.

-¿Cuál es nuestro parentesco realmente, mamá? Nunca lo he sabido con exactitud.

-Es, o era, pues tal vez ya ha muerto, un pariente político -dijo la madre sopesando las palabras.

-¡Eso es exactamente lo que ya me has dicho infinidad de veces! -comentó la joven mirando a su alrededor distraída-. No es un pariente cercano, supongo...

-No, claro que no.

-La última vez que tuviste noticias de él era aparvador, ¿no?

-Sí, eso era.

-Supongo que no me conoció nunca -prosiguió la joven inocentemente.

La señora Henchard hizo una pausa y contestó con nerviosismo:

-Por supuesto que no, Elizabeth-Jane. Pero vayamos hacia allí. -Y pasó a otra parte del ferial.

-Supongo que no sirve de nada preguntar aquí -observó la hija echando un vistazo-. En las ferias, la gente cambia como las hojas de los árboles; seguro que tú eres la única persona que estuvo aquí hace tantos años.

-No estoy tan segura de eso -dijo la señora Newson, como se llamaba ahora, mirando atentamente hacia la parte baja de un talud verde a cierta distancia de allí-. Mira.

La hija miró en la dirección indicada. El objeto señalado era un trípode de palos clavado en el suelo, del que pendía una vasija de barro de tres patas calentada por la lumbre que había en el suelo. Sobre la vasija estaba inclinada una vieja ojerosa, llena de arrugas y casi harapienta, que removía el contenido con un cucharón y mascullaba ocasionalmente con voz quebrada:

-¡A la buena *furmity*!

Era, en efecto, la antigua propietaria de la tienda de *furmity*, otrora boyante, limpia, con delantal blanco y rica, y ahora sucia, sin entoldado ni mesa ni bancos, y prácticamente sin clientes salvo un par de sonrosados rapaces que se acercaron a pedir «Media ración, por favor, hasta arriba», que ella sirvió en un par de mellados tazones amarillos de barro común.

-Estaba aquí aquella vez -prosiguió la señora Newson, dando unos pasos para acercarse.

-No hables con ella. ¡Es impropio de ti! -le instó la hija.

-Voy a charlar con ella un poco. Tú, Elizabeth Jane, puedes quedarte por aquí.

La muchacha aceptó la sugerencia de buen grado y se dirigió hacia unos puestos con ilustraciones a todo color mientras su madre se alejaba. La vieja preguntó a la señora Henchard-Newson qué quería en cuanto la vio y le sirvió la solicitada ración de un penique con más alacridad que cuando le pedían raciones de seis peniques en sus días jóvenes. Cuando la sedicente viuda tuvo en sus manos el tazón del insípido brebaje, pálida sombra de la *furmity* de antaño, la vieja abrió una pequeña cesta que guardaba detrás de la lumbre y, mirando maliciosamente, susurró:

-¿Le añado un poquito de ron? De contrabando, ya sabe. Nada más que dos peniques. Le sabrá mucho mejor...

Su clienta sonrió amargamente ante aquella supervivencia del antiguo truco y sacudió la cabeza con una intención que la vieja fue incapaz de descifrar. Hizo como que tomaba un poco de *furmity* con la cuchara de plomo ofrecida y le dijo en tono afable:

-Ha vivido usted tiempos mejores que éstos, ¿verdad?

-¡Vaya que sí, señora, y que lo diga! -contestó la anciana abriéndole las compuertas de su corazón-. En este recinto ferial he sido soltera, casada y viuda; treinta y nueve años en total, y en este tiempo he hecho negocio con los estómagos más ricos del país. Señora, no me creería si le dijera que llegué a ser propietaria de una gran tienda, que era la atracción de la feria. Nadie se iba de aquí sin haber probado la *furmity* de la señora Goodenough. Yo conocía el paladar del clero, de la clase alta, del pueblo y de los campesinos; y hasta el de las mujeres perdidas. Pero, ay Dios mío, el mundo no

tiene memoria; vender honradamente no reporta beneficio. ¡En estos tiempos son los pícaros y los tramposos los que prosperan!

La señora Newson miró a su alrededor. Su hija seguía curioseando en otros tenderetes distantes.

-Por casualidad, no se acordará -le dijo en tono confidencial- de un hombre que vendió a su mujer en aquella tienda de usted hace hoy exactamente dieciocho años...

La vieja reflexionó y meneó levemente la cabeza.

-Si hubiera sido algo muy sonado me acordaría todavía -dijo-. Me acuerdo de grandes trifulcas entre casados, de asesinatos, homicidios, robos, al menos los más importantes. Pero de un marido que vendió a su mujer... ¿No hubo trifulca?

-Pues..., no. Creo que no.

La mujer volvió a menear la cabeza.

-Espere un momento; creo recordar algo. Sí, recuerdo a un hombre que hizo algo parecido; un hombre con una chaqueta de pana y una cesta de herramientas. Pero, santo cielo, de esas cosas es difícil que se acuerde la gente. No son cosas muy importantes... La razón por la que me acuerdo de aquel hombre es porque volvió al año siguiente y me dijo en privado que si por casualidad preguntaba por él una mujer, le dijera que había ido a vivir... espere que recuerde... a Casterbridge. Sí, eso, a Casterbridge me dijo. Pero, santo cielo, la verdad es que se me había olvidado completamente.

La señora Newson habría recompensado a la vieja, en la medida en que se lo permitían sus escasos medios, de no haber recordado que había sido el licor de aquella persona sin escrúpulos lo que había degradado a su marido. Dio las gracias lacónicamente a su informadora y volvió con Elizabeth, que la recibió con este comentario:

-Mamá, vámonos de aquí. Me parece impropio de ti que hayas comprado un refresco ahí. Veo que sólo vende a gente de baja condición.

-Bueno, pero me he enterado de lo que quería enterarme -dijo la madre con calma-. La última vez que nuestro pariente visitó esta feria dijo que vivía en Casterbridge. Queda bastante lejos de aquí, y de eso hace ya muchos años; pero es hacia ese lugar hacia donde nos encaminaremos ahora.

Así pues, abandonaron la feria y bajaron a la aldea, donde consiguieron alojamiento para pasar la noche.

I V

La mujer de Henchard actuaba con la mejor intención, pero se había visto en serias dificultades. Cientos de veces había estado a punto de contarle a su hija, Elizabeth-Jane, la verdadera historia de su vida, cuyo punto álgido, y trágico, había sido su venta al marinero en la feria de Weydon, cuando no era mucho mayor que la joven que estaba ahora a su lado. Pero se había abstenido de hacerlo. La inocente muchacha había crecido, así pues, en la creencia de que la relación real entre el buen marinero y su madre era la relación normal que siempre habían aparentado tener. El miedo a poner en peligro el profundo afecto de una niña enrareciendo ideas que habían crecido con ella era para la señora Henchard demasiado grande para poder superarlo. Al final, le había parecido una locura poner al corriente a Elizabeth-Jane acerca de su verdadera historia.

Pero el miedo de Susan Henchard a perder el afecto de su amadísima hija revelándole la verdad sobre su pasado no era fruto de ningún sentimiento de culpabilidad. Su sencillez -el motivo original del desprecio que le había mostrado Henchard- le había permitido vivir en el convencimiento de que Newson, mediante su compra, había adquirido un auténtico derecho moral para con ella, si bien la verdadera importancia y los límites jurídicos de dicho derecho le resultaban algo vagos. Podría parecer extraño a mentes más sutiles que una joven casada en su sano juicio pudiera creer en la seriedad de dicha transacción; y, de no haber existido otros muchos casos parecidos, la cosa difícilmente habría podido creerse. Pero ella no era en modo alguno la primera campesina -ni la última- que se había apegado religiosamente a su comprador, como muestran muchos registros de la vida rural.

La historia de las aventuras de Susan Henchard en todos esos años se puede contar en dos o tres frases. Absolutamente desprovista de autonomía personal, su comprador la había llevado a Canadá, donde habían vivido varios años sin conocer la prosperidad material, aunque ella trabajó denodadamente para mantener su casa alegre y bien provista. Cuando Elizabeth-Jane tenía unos doce años, los tres volvieron a Inglaterra y se instalaron en Falmouth, donde Newson se ganó la vida durante algunos años como barquero y con otros trabajos ocasionales en el puerto.

Luego se colocó en una compañía que comerciaba con Terranova, y fue durante este período cuando Susan despertó a la realidad. Una amiga a quien había contado su historia se rió de la gravedad con la que aceptaba su situación; y desde entonces se acabó su paz interior. Cuando Newson volvió a casa al final de un invierno, vio que la ilusión que había alimentado con tanto esmero se había desvanecido para siempre.

Luego siguió una época triste durante la cual le manifestó con frecuencia sus dudas sobre si podría seguir viviendo con él más tiempo. Al reanudarse la temporada, Newson zarpó de nuevo rumbo a Terranova. Poco después, unas vagas noticias que indicaban que había perecido en el mar resolvieron un problema que se había convertido en una auténtica pesadilla para ella. Ya no volvió a verlo.

De Henchard no tuvieron ninguna noticia. Para los siervos del trabajo, la Inglaterra de aquellos días era un continente, y una milla, un grado geográfico.

Elizabeth-Jane se hizo pronto mujer. Un día, un mes aproximadamente después de recibir la noticia de la muerte de Newson cerca de las costas de Terranova, cuando la muchacha tenía dieciocho años, ésta se hallaba sentada en una silla de mimbre en la cabaña que seguían ocupando, fabricando redes para los pescadores. Su madre, que estaba en un rincón trasero de la misma habitación, ocupada en el mismo trabajo, dejó a un lado la pesada aguja de madera que estaba enhebrando y miró a su hija pensativamente. El sol que entraba por la puerta brillaba en la cabeza de la joven; los rayos penetraban en su cabello suelto como en las profundidades de un avellanal. Su rostro, aunque algo pálido y aún por definir, poseía en bruto la sustancia de una belleza que prometía. Era una belleza soterrada que pugnaba por abrirse paso a través de las curvas provisionales de la inmadurez y las ocasionales

deformaciones causadas por las circunstancias apuradas en que vivían. Era hermosa en el talle, aunque en las formas aún no lo era. Tal vez no llegara a ser nunca del todo bella, a no ser que su existencia cotidiana pudiera verse libre de accidentes gravosos de antes de que las partes mudables de su figura cuajaran en el molde definitivo.

La visión de la muchacha puso triste a su madre, no de manera imprecisa, sino por deducción lógica. Las dos vivían aún en la pobreza, esa camisa de fuerza de la que la mayor había intentado escapar tantas veces por amor a la menor. La primera había percibido desde hacía tiempo el celo y la constancia con que el espíritu de la segunda estaba luchando por abrirse paso en la vida; espíritu que ahora, en su año decimoctavo, aún seguía poco cultivado. El deseo -sobrio y reprimido- del corazón de Elizabeth-Jane era, en efecto, ver, oír y comprender; cómo podía llegar a ser una mujer de grandes conocimientos y buena reputación -«mejor», como ella decía-. Esto era lo que siempre pedía a su madre; buscaba en la vida más cosas que otras chicas de su edad y condición, y su madre se lamentaba de no poder ayudarla en esta búsqueda.

El marinero, ahogado o no, estaba ahora probablemente perdido para siempre; y ya no era necesaria la adhesión firme y religiosa a él como marido que ella había observado al principio, hasta que alguien le había abierto los ojos. Se preguntó si, ahora que era de nuevo una mujer libre, no era el momento más oportuno -en un mundo en el que todo había sido tan inoportuno- para hacer un esfuerzo desesperado y mejorar la suerte de Elizabeth. Comerse el orgullo y buscar al primer marido parecía lo más conveniente, aunque tal vez no lo más sensato. Tal vez la bebida lo hubiera llevado ya a la tumba; pero también era posible que hubiera descubierto el sentido común y moderado su vicio, pues, durante el tiempo pasado con él, si bien era verdad que había cogido alguna que otra borrachera importante, no era menos cierto que no se le podía incluir en la categoría de borracho empedernido.

En cualquier caso, la decisión de volver con él, si seguía con vida, no podía ser más correcta. Lo más engorroso, y arduo, de la empresa era contarle la verdad a Elizabeth. Al final decidió emprender la búsqueda de Henchard sin revelar a la muchacha su verdadera historia y dejarle a él, si lo encontraban, tomar la decisión de revelársela o no. Esto explica la conversación en la feria, así como el estado de semioscuridad en que se hallaba Elizabeth.

Con aquella actitud prosiguieron su camino, confiando solamente en las vagas informaciones sobre el paradero de Henchard suministradas por la expendedora de *furmity*. Era preciso observar la más estricta economía. Unas veces iban a pie, otras iban montadas en carromatos de labriegos, otras tomaban carros de transporte; y así llegaron hasta las inmediaciones de Casterbridge. Elizabeth-Jane descubrió, alarmada, que la salud de su madre no era la que había sido en otro tiempo y que ésta le hablaba de vez en cuando con un tono de renuncia que daba a entender que, de no ser por ella, no le importaría demasiado abandonar una vida de la que cada vez estaba más cansada.

Fue al atardecer de un viernes por la noche, ya casi mediado septiembre, justo antes del crepúsculo, cuando alcanzaron la cima de una colina, a una milla de la ciudad a la que se dirigían. La carretera se hallaba bordeada de altos setos, que atravesaron para ir a sentarse en la pradera que se extendía más allá. Desde aquel lugar se dominaba una buena panorámica de la población y alrededores.

-¡Qué lugar tan anticuado! -exclamó Elizabeth-Jane, mientras su silenciosa madre pensaba en cosas muy distintas a la topografía-. Está encajonado dentro de una muralla de árboles, como un jardín cuadrado rodeado de un seto de boj.

En efecto, la característica que más llamaba la atención de la vetusta villa de Casterbridge, la cual, a pesar de no ser vieja, parecía refractaria a cualquier rasgo de modernismo, era su rectangularidad. Era más compacta que una caja de fichas de dominó. No tenía suburbios en el sentido corriente de la palabra. Campo y población se encontraban en tina línea geométrica.

A las aves que volaban a gran altura Casterbridge debía parecerles, en este bello atardecer, un mosaico de tenues facetas rojas, marrones y grises encuadradas dentro de un verde marco rectangular. Se extendía ante la mirada horizontal del hombre como una masa indistinta detrás de una densa estacada de tilos y castaños, en medio de varias millas de paisaje de altozanos perfectos y campos cóncavos. Si se bajaba la mirada, la masa se dividía paulatinamente en torres, aguilones, chimeneas y ventanas, cuyos cristales más altos parecían difusos y ensangrentados por el fuego cobrizo que recogían del cinturón de nubes encendidas por el sol poniente.

Desde el centro de cada lado de este cuadrado ceñido de árboles salían avenidas -de una milla aproximadamente- al este, oeste y sur, hasta la amplia expansión de campos de trigo y cañadas. Era por una de estas avenidas por la que nuestras caminantes iban a hacer su entrada. Antes de levantarse para proseguir la marcha, dos hombres pasaron por el otro lado del seto, enzarzados en animada conversación.

-¿Has oído? -dijo Elizabeth cuando éstos se alejaron-. Esos hombres han mencionado el nombre de Henchard en su conversación. Es nuestro pariente, ¿no?

-Eso he creído oír yo también -dijo la señora Newson. -Lo cual parece indicar que aún sigue aquí.

-Sí.

-¿Los alcanzo y les pregunto por él?

-¡No, no, no! ¡Aún no, por favor! Lo mismo está en el asilo que en la cárcel...

-¡Vaya por Dios! ¿Por qué debemos pensar eso, mamá?

-Por decir algo, nada más. Debemos hacer nuestras pesquisas en privado.

Tras descansar lo suficiente, y cuando ya estaba oscureciendo, reanudaron camino. Los tupidos árboles de la avenida tornaban la carretera oscura como un túnel, aunque, a cada lado, las praderas aún retenían algunos rayos del sol agonizante. Era como si hubieran atravesado la medianoche entre dos crepúsculos. El aspecto de la población parecía interesar vivamente a la madre de Elizabeth ahora que el lado humano salía a primer plano. Tras adentrarse un poco, notaron que la barrera de estacas y árboles nudosos que ceñía Casterbridge era en sí misma una avenida que discurría sobre un bajo talud o escarpadura, con una zanja que aún se veía desde fuera. Dentro de la avenida y el talud se extendía una muralla más o menos discontinua, y al otro lado se agolpaban las residencias de los habitantes.

Aunque las dos mujeres no lo sabían, estos rasgos externos eran las antiguas defensas de la ciudad, transformadas en paseo.

Las farolas relucían ahora a través de la hilera de árboles, dando a la población una impresión de abrigo y comodidad y prestando, al mismo tiempo, al oscurecido campo aledaño un aire extrañamente solitario y desierto pese a su proximidad con una zona animada. El contraste entre la villa y el campo había aumentado también ahora a causa de ciertos sonidos que llegaban hasta ellos destacándose entre los demás: las notas de una banda de música. Las viajeras enfilaron la calle principal, bordeada de casas de entramado de madera cuyas plantas saledizas tenían ventanitas enrejadas con cortinas de bombasí y bajo cuyos aleros ondeaban en la brisa tupidas telarañas. Había también casas de entramado de ladrillo cuyo principal apoyo lo constituían las casas adyacentes. Asimismo se veían tejados de pizarra remendados con tejas, y tejados de tejas remendados con pizarra, y ocasionalmente alguna que otra techumbre de paja[1]

El carácter agrícola y pastoril de los habitantes de la ciudad saltaba a la vista por la clase de objetos expuestos en los escaparates. Guadañas, tijeras de esquilar, podaderas, palas, picos y azadones en la ferretería; colmenas, mantequeras, lecheras, útiles de ordeñar, y cubos, bieldos, jarras camperas y sementeros en la tonelería; arreos y aperos de labranza en la

[1] La mayor parte de estas casas han sido derribadas en la actualidad. *(N. del A. a la edición de 1912.)*

Librodot

talabartería; carros, carretillas y aparatos de moler en la carretería y la ruedería; embrocaciones para caballos en la farmacia; y guantes para podar, rodilleras para techadores, polainas para labradores y chanclos y galochas en la guantería y la curtiduría.

Llegaron a una iglesia grisácea, cuya maciza torre cuadrada se elevaba majestuosa hasta el cielo crepuscular, y cuya fábrica inferior estaba iluminada por las farolas más próximas, lo suficiente para mostrar cómo la argamasa de las juntas de la sillería había sido pasto del tiempo y el clima, que había plantado entre las grietas pequeñas matas de telefio y hierba hasta la altura de las almenas. El reloj de esta torre dio las ocho, y poco después empezó a sonar una campana con perentorio estruendo. En Casterbridge regía aún el toque de queda, que servía a los comerciantes para saber cuándo tenían que cerrar la tienda. Tan pronto como las notas graves de la campana hubieron empezado a reverberar contra las fachadas de las casas se oyó un traqueteo de postigos a lo largo de toda la calle principal. En unos minutos, la actividad comercial de Casterbridge hubo tocado a su fin por aquel día.

Otros relojes fueron dando las ocho otro tras otro: uno melancólicamente desde la cárcel, otro desde el aguilón de un hospicio, precedido de un chirrido de maquinaria más audible que la nota de la campana; una serie de esbeltos y barnizados relojes de pared se unieron al concierto desde el interior de una relojería en el momento en que iban echando el cierre, cual retahíla de actores que dicen su último parlamento antes de bajar el telón; luego se oyeron unos carillones con la musiquilla del himno de los marineros sicilianos[2]; de manera que los cronómetros de la última moda casi alcanzaban la hora siguiente antes de que la anterior hubiera acabado de sonar.

Por la explanada de la iglesia iba caminando una mujer con la falda tan remangada que se le veía el borde de las enaguas -se había metido un pico de la falda en uno de los bolsillos-. Llevaba un pan bajo el brazo, del que arrancaba pedazos y los repartía entre otras mujeres que caminaban con ella; pedazos que mordisqueaban con expresión crítica. Aquella visión recordó a la señora Henchard-Newson y a su hija que tenían apetito, y preguntaron a la mujer por la panadería más próxima.

-En el Casterbridge de ahora es más difícil encontrar pan bueno que maná caído del cielo -dijo tras indicarles la dirección-. Ellos se dedican a tocar trompetas, redoblar tambores y organizar cenas de postín -dijo señalando un punto alejado de la calle, donde la banda de música se hallaba apostada delante de un edificio iluminado-, pero a nosotras la vida nos resulta muy penosa por no tener un buen pedazo de pan que llevarnos a la boca. Ahora hay en Casterbridge menos pan bueno que buena cerveza.

-Y menos buena cerveza que mala -dijo un hombre con las manos en los bolsillos.

-¿Y cómo es que no hay aquí pan bueno? -preguntó la señora Henchard.

-La culpa es del tratante de granos. Es el que les vende el trigo a todos nuestros molineros y panaderos; ellos dicen que les vendió el trigo podrido y que no se dieron cuenta de que estaba podrido hasta que la masa se salió de horno como mercurio. El caso es que los panes salen blandengues por fuera y apelmazados por dentro. Yo llevo muchos años casada y he tenido hijos y nunca había visto antes un pan tan indigesto en Casterbridge... Desde luego, debe de ser usted forastera para no saber por qué las tripas de los pobres se han hinchado como vejigas esta semana...

-Sí, soy forastera -dijo la madre de Elizabeth con timidez. Como no quería ser observada hasta saber qué era lo que le esperaba en este lugar, se alejó de su informadora. Tras comprar un par de galletas en la panadería como sustituto temporal de una comida, dirigieron sus pasos instintivamente al lugar donde sonaba la música.

[2] Estos carillones, al igual que los de muchas iglesias rurales, llevan muchos años en silencio. *(N. del* A. *a la edición de 1912.)*

V

No tardaron en llegar al lugar donde se hallaba la banda municipal, que estaba haciendo temblar los cristales de las ventanas con los sones *de The Roast Beef of Old England*.

El edificio ante cuyas puertas había plantado la banda sus atriles no era otro que el hotel principal de Casterbridge, Las Armas del Rey. Un espacioso mirador se proyectaba hasta la calle sobre el porche principal, y de las ventanas abiertas llegaba un murmullo de voces, el tintineo de vasos y el ruido de sacacorchos. Como las cortinas estaban descorridas, se podrá ver todo el interior de la estancia desde lo alto de unas escaleras de piedra que conducían a la oficina de postas de enfrente, razón por la cual se había reunido allí un puñado de curiosos.

-Bueno, creo que podríamos aprovechar para hacer algunas pesquisas sobre... nuestro pariente, el señor Henchard -susurró la señora Newson, quien desde su entrada en Casterbridge parecía extrañamente abatida y nerviosa-. Este me parece un buen lugar para ello. Preguntar solamente, ya sabes, qué concepto se tiene de él en la ciudad, si es que está aquí realmente, como creo que debe de estar. Tú eres la más indicada para hacerlo, Elizabeth-Jane. Yo estoy demasiado agotada para hacer nada. Quítate primero el velo. -Se sentó en el escalón más bajo mientras Elizabeth-Jane ejecutaba sus directrices y se mezclaba entre los curiosos.

-¿Qué se celebra ahí esta noche? -preguntó la muchacha tras escoger a un anciano y permanecer a su lado el tiempo suficiente para considerarse con derecho a entablar una conversación.

-¿Eh? Sin duda es usted forastera -dijo el anciano sin apartar los ojos de la ventana-. Es una gran cena pública para los notables y demás personalidades, presidida por el alcalde. Como al pueblo llano no nos han invitado, han dejado los postigos abiertos para que podamos hacernos una idea de lo que pasa ahí dentro. Si sube un poco más, podrá verlos. Ese que está presidiendo la mesa, al final, es el señor Henchard, el alcalde; y a la derecha y a la izquierda están sentados los concejales. Ah, muchos de ellos empezaron en la vida siendo menos de lo que soy yo ahora...

-¿Henchard? -repitió Elizabeth-Jane, sorprendida pero en modo alguno sospechando todo el alcance de la revelación. Subió hasta el peldaño más alto.

A su madre, aunque estaba mirando a otro lado, ya le había llamado la atención un curioso tono de voz, captado a través de la ventana del hotel, antes de que las palabras del viejo, «el señor Henchard, el alcalde», llegaran a sus oídos. Se levantó y subió al lado de su hija tan pronto como pudo tratando de no mostrar un interés especial.

Todo el interior del comedor del hotel se ofrecía ahora a su vista, con sus mesas, vajilla, platería y comensales. Frente a la ventana, en el lugar de honor, estaba sentado un hombre de unos cuarenta años de edad; era corpulento, de rasgos anchos y voz imperiosa, y presentaba un aspecto más bien tosco que macizo. Tenía buen color de cara -casi morena-, ojos negros relucientes, cejas pobladas y cabellos negros. Al permitirse una risotada ocasional tras la observación de cierto invitado, su amplia boca se abrió de tal manera que, a la luz del candelabro, dejó ver, del total de treinta y dos piezas, una veintena o más de dientes sanos y blancos, de los que obviamente aún podía vanagloriarse.

Era de esas risas que infunden poca confianza a los extraños, por lo que no le convenía reírse así con frecuencia. Se podrían haber formulado muchas teorías sobre ella. Favorecía la conjetura de un temperamento implacable con la debilidad pero dispuesto a admirar sin reservas la grandeza y la fuerza. La bondad personal del propietario de dicha risa, si es que tenía alguna bondad, debía de ser bastante esporádica: una generosidad ocasional, casi agresiva, más que una amabilidad suave y constante.

El marido de Susan Henchard, al menos según la ley, estaba allí sentado delante de ellas, con formas maduras, líneas rígidas y rasgos exagerados. Un hombre disciplinado y propenso a la reflexión. En una palabra, era más viejo. Elizabeth, que, a diferencia de su madre, no sentía el lastre de ningún recuerdo, lo contemplaba con esa viva curiosidad e interés que engendra naturalmente el inesperado descubrimiento de semejante estatus en un pariente al que se busca desde hace tiempo. Llevaba un traje de etiqueta anticuado, y sobre su ancho pecho lucía una camisa con volantes adornada con una botonadura de joyas y una pesada cadena de oro. Sobre la mesa, a su derecha, había dos copas y un vaso; pero, para sorpresa de su esposa, las copas de vino estaban vacías, mientras que el vaso estaba medio lleno de agua.

Lo recordaba la última vez que lo había visto, con su chaqueta de pana, chaleco de fustán, pantalones cortos y polainas de cuero, sentado ante un tazón de *furmity* caliente. El mago Tiempo había trabajado mucho desde entonces. Esta diferencia radical respecto de los días pasados le produjo una impresión tan profunda que tuvo que reclinarse contra la puerta de la oficina de postas -a la que daban acceso aquellos escalones-, cuya sombra ocultaba convenientemente su rostro. Se había olvidado de su hija, pero ésta, al tocarla, la devolvió a la realidad.

-¿Lo has visto, mamá? -le susurró.

-Sí, sí -contestó prestamente-. Lo he visto, y me basta con ello. Ahora no deseo otra cosa que irme..., pasar a mejor vida..., morir.

-¿Cómo has dicho? -La muchacha se aproximó otro poco y le dijo al oído-: ¿A ti te parece que no nos va a hacer caso? Pues a mí me ha dado la impresión de que es un hombre generoso. Tiene aspecto de ser un señor, ¿verdad? ¡Cómo brillan los diamantes de sus gemelos! ¡Qué raro que dijeras que podía estar en la cárcel o en un asilo, o muerto! ¡No es posible imaginar nada más distinto! ¿Por qué le tienes tanto miedo? Yo no le tengo ninguno. Yo iré a verle. Lo peor que puede pasar es que diga que no nos reconoce...

-No sé ... No sé qué podemos hacer... Me siento tan desgraciada...

-¡No digas eso, mamá, ahora que hemos llegado por fin hasta aquí! Descansa un poco mientras... yo voy a ver si procuro enterarme de algo más.

-Yo creo que no tendría nunca valor suficiente para estar en presencia del señor Henchard, frente a frente. No es lo que yo me había esperado. Todo esto me supera. No me gustaría volver a verlo.

-Espera un poco y piénsalo con más detenimiento.

Elizabeth Jane no se había sentido nunca en su vida tan interesada como en este momento; la natural alegría que le producía descubrirse pariente de un hombre importante le hizo volverse de nuevo a contemplar la escena. Los invitados más jóvenes conversaban con animación mientras comían; los mayores buscaban las viandas más sabrosas, resoplando y gruñendo sobre sus platos cual cerdos olisqueando bellotas. Tres bebidas parecían sagradas para los invitados: oporto, jerez y ron; todos -o casi todos- los paladares rendían tributo a tan venerable trinidad.

Sobre la mesa colocaron una hilera de antiguas y altas copas talladas, cada cual acompañada de su cuchara, que llenaron rápidamente de un ponche preparado a tan elevada temperatura que se podía temer por la integridad de los objetos circundantes. Pero Elizabeth-Jane notó que, aunque la operación se efectuó con gran rapidez, nadie llenaba el vaso del alcalde, el cual seguía bebiendo grandes cantidades de agua del vaso solitario entre la variedad de copas destinadas al vino y a los licores.

-Al señor Henchard no le llenan la copa de vino -aventuró a decir al que tenía al lado, el anciano antes mencionado.

-Ah, no. ¿No sabe que es el abstemio más famoso del lugar? Dice que no a todos los licores tentadores; nunca ha bebido ni una sola gota. Vaya que sí. En ese aspecto, es un hombre de mucho mérito. He oído decir que hizo un juramento ante los evangelios

Librodot

hace mucho tiempo y que desde entonces ha mantenido su promesa. Como la gente lo sabe, nadie le insiste para que beba; jurar ante los evangelios es una cosa muy seria...

Otro anciano, que había oído este comentario, se unió a la conversación preguntando:

-¿Cuánto tiempo le queda todavía de abstinencia, Solomon Longways?

-Dos años más, según dicen. No conozco el porqué ni el sentido de semejante plazo, pues él nunca lo ha revelado a nadie. Pero faltan exactamente dos años más, según dicen. ¡Se necesita tener un carácter de hierro para aguantar tanto tiempo!

-Cierto... Pero la esperanza da fuerzas. Saber que dentro de veinticuatro meses quedará libre del juramento y podrá desquitarse de todo lo que ha sufrido, participando en todo sin restricciones, eso debe de mantenerlo en pie, qué duda cabe.

-Desde luego, Christopher Coney, desde luego. Un hombre viudo y solitario como él debe necesitar el consuelo de tales reflexiones -dijo Longways.

-¿Cuándo perdió a su mujer? -preguntó Elizabeth.

-Yo no llegué a conocerla. Fue antes de que viniera a Casterbridge -sentenció Longways con énfasis, como si el hecho de no conocer a la señora Henchard bastara para privarla de todo interés-. Pero sé que es miembro de la liga de abstemios y que si alguna vez encuentra a cualquiera de sus hombres con una copa de más se muestra más implacable con él que el Señor con los judíos idólatras.

-¿Tiene entonces muchos hombres a sus órdenes? -preguntó Elizabeth Jane.

-¿Muchos? Mi querida joven, es el miembro más poderoso del cabildo municipal y sin duda un hombre de peso en toda la comarca. Nunca hay un negocio importante relacionado con el trigo, la alfalfa, la avena, el centeno, la remolacha u otro cereal en el que Henchard no tenga mano. Vaya que sí; y también se mete en otros asuntos; y es ahí donde se equivoca. Cuando llegó aquí no era nadie, y hoy es uno de los pilares básicos de la ciudad. Aunque ahora se. ha tambaleado un poco por un suministro de trigo malo. Yo he visto salir el sol sobre Durnover Moor sesenta y nueve años seguidos y, aunque el señor Henchard nunca me ha tratado injustamente desde que llevo trabajando para él, y eso que no soy más que un hombre modesto, debo decir que nunca había probado un pan tan malo como el que se fabrica con el trigo de Henchard. Es tan malo que casi parece malta, y tiene la cascarilla más dura que la suela de un zapato.

La banda atacó ahora otra melodía; cuando terminó, había concluido también la cena, y empezó la ronda de los discursos, los cuales se podían oír clara y distintamente comoquiera que la noche era serena y las ventanas seguían abiertas. La voz de Henchard se elevaba por encima del resto; estaba contando una anécdota relacionada con el negocio del heno: cómo había escarmentado a un tunante que se había querido burlar de él.

-Ja, ja, ja! -respondió su auditorio al finalizar la historia; pero la hilaridad general se interrumpió bruscamente al protestar alguien:

-¡Todo eso está muy bien! Pero ¿qué pasa con el pan malo?

La voz provenía de la otra punta de la mesa, donde se sentaba un grupo de pequeños comerciantes, los cuales, aunque también invitados a la fiesta, parecían ser de un nivel social más bajo que los demás. También parecían profesar cierta independencia de opinión y hacer propuestas no del todo en armonía con lo defendido en la cabecera de la mesa (de manera parecida a como, a veces, en el ala oeste de una iglesia se canta de forma persistente a destiempo y fuera de tono respecto a las voces que cantan en el presbiterio).

Este inciso sobre el pan malo procuró una satisfacción infinita a los curiosos congregados en el exterior; algunos de ellos eran de esas personas que se complacen viendo en apuros a los demás. De ahí que dijeran a coro con bastante desenvoltura:

-¡Eso! ¿Qué pasa con el pan malo, señor alcalde? -Y, al no tener que guardar la compostura de los que estaban dentro, se permitieron agregar-: ¡Lo que tendría que hacer es hablar de esto, señor alcalde!

El alcalde no pudo por menos de darse cuenta de aquella interrupción.

-Bueno, reconozco que el trigo ha resultado ser malo -dijo-. Pero yo me llevé el mismo chasco cuando lo compré que los panaderos que me lo compraron a mí.

-Y que la gente pobre que ha tenido que comerlo, le guste o no -dijo una voz destemplada frente a la ventana.

El rostro de Henchard se oscureció. Bajo su fina piel se escondía la cólera, la misma que, intensificada por el alcohol, había desterrado a su mujer hacía casi una veintena de años.

-Debéis tener en cuenta los imponderables que pueden surgir en una transacción tan grande -exclamó-. Debéis tener presente que el tiempo que hemos tenido en la cosecha de ese trigo ha sido el peor de estos últimos años. Sin embargo, ya he tomado algunas medidas urgentes. Como mi negocio es demasiado grande para una sola persona, he publicado un anuncio buscando a un hombre competente que se encargue del departamento del trigo. Cuando lo haya contratado, descubriréis que estos errores no volverán a producirse. Se estudiarán mejor las cosas.

-Pero ¿cómo piensa indemnizarnos por todo lo que hemos perdido? -preguntó el hombre que había hablado antes y que parecía ser panadero o molinero-. ¿Nos cambiará la harina estropeada por grano bueno?

Henchard, cuyo rostro se había vuelto aún más sombrío con estas nuevas interrupciones, bebió de su vaso como para calmarse o ganar tiempo. En vez de dar una respuesta directa, señaló en tono desabrido:

-Si alguien me dice cómo convertir el trigo malo en trigo bueno, se lo cambiaré con mucho gusto. Pero eso no es posible.

A Henchard ya no volvieron a interpelarlo. Dicho esto, volvió a sentarse.

V I

El grupo apostado ante la ventana se había reforzado en los últimos minutos con algunos recién llegados: unos eran respetables tenderos que habían salido a tomar el fresco acompañados de sus ayudantes tras echar el cierre al negocio; otros eran de clase más baja. Al margen de éstos, apareció un joven forastero, de aspecto muy agradable, que llevaba en la mano una maleta con dibujo floreado, a la moda entonces en esa clase de artículos.

Era rubio y bien parecido, de ojos brillantes y constitución delgada. Podía haber pasado de largo perfectamente, o a lo sumo, de no haber coincidido su llegada con la discusión sobre el trigo y el pan, haberse detenido sólo unos instantes para contemplar la escena, en cuyo caso esta historia no habría sido la misma. Pero aquel asunto pareció interesarle particularmente, y, tras susurrar algunas preguntas a otros curiosos, se quedó a escuchar lo que se hablaba.

Al oír las últimas palabras de Henchard («Eso no es posible»), esbozó una sonrisa, sacó impulsivamente su cuaderno de notas y garabateó unas palabras asistido por la luz de la ventana. Arrancó la hoja, la dobló y, tras encabezarla, hizo ademán de arrojarla por la ventana abierta sobre la mesa del gran comedor; pero luego se lo pensó mejor y se abrió paso entre los curiosos hasta la puerta del hotel, donde uno de los camareros que habían estado sirviendo a los invitados parecía estar descansando apoyado sobre una jamba.

-Entregue esto al alcalde ahora mismo -dijo, dándole la nota. Elizabeth-Jane había observado sus movimientos y oído sus palabras, que le interesaron tanto por el asunto como por el acento: un acento simpático y norteño. Un forastero por aquellos contornos.

Tras entregar la nota al camarero, el joven forastero preguntó:

-¿Y me puede indicar un hotel que esté bien, pero que sea algo menos lujoso que éste?

El camarero miró con indiferencia a uno y otro extremo de la calle.

-Dicen que Los Tres Marineros, un poco más allá, está muy bien -contestó con tono cansino-. Pero yo no he estado nunca ahí.

El escocés, pues tal parecía ser, le dio las gracias y partió en la dirección señalada, visiblemente más preocupado por el problema del alojamiento que por la suerte de su nota, una vez pasado el impulso momentáneo de escribirla. Mientras desaparecía lentamente calle abajo, el camarero abandonó la puerta, y Elizabeth-Jane observó con interés cómo la nota era llevada al salón comedor y entregada al alcalde.

Henchard la miró con indiferencia, la abrió con una mano y la leyó. Su lectura produjo un efecto inesperado. La expresión airada y sombría que se había adueñado de su rostro desde que alguien había sacado a relucir el asunto del trigo se transformó en intensa atención. Era la expresión excitada y penetrante de un hombre a quien se le acaba de ocurrir una idea.

Para entonces, los brindis y discursos habían dado paso a los cánticos, y el asunto del trigo había quedado completamente olvidado. Los comensales juntaban las cabezas en grupos de dos o de tres, contando buenas historias y riéndose histriónicamente, con muecas convulsivas. Algunos empezaban a tener el aire de quien no sabe cómo o para qué ha acudido a un lugar, o cómo va a volver a casa de nuevo; pero entretanto seguían sentados riendo bobaliconamente. Hombres de constitución recia mostraban tendencia a gibarse, hombres de presencia digna la perdían adoptando una curiosa oblicuidad en la que sus rasgos se deformaban y simplificaban, mientras que las cabezas de otros que habían cenado concienzudamente parecían hundírseles entre los hombros, con lo que la comisura de la boca y los ojos se les volvían hacia arriba. Sólo Henchard permanecía libre de estas alteraciones; señorial y vertical, estaba pensando en silencio.

El reloj dio las nueve; Elizabeth Jane volvió con su madre.

-Se está haciendo tarde, mamá -dijo-. ¿Qué piensas hacer?

Se sorprendió al descubrirla tan indecisa.

Librodot

-Tenemos que encontrar algún lugar para descansar -murmuró-. Ya he visto a... al señor Henchard; era lo único que deseaba.

-Ya está bien por hoy, en cualquier caso -le dijo Elizabeth-Jane con tono afable-. Mañana pensaremos qué es lo que podemos hacer respecto al señor Henchard. El problema ahora, ¿verdad?, es cómo y dónde encontrar alojamiento.

Como su madre no contestaba, recordó que el camarero había dicho que Los Tres Marineros era un hotel de precio moderado. Si una cosa era recomendable para una persona, ¿por qué no había de serlo también para otra?

Vamos a donde ha ido el joven -dijo-. Me ha parecido una persona de aspecto respetable. ¿Qué te parece?

Su madre asintió, y enfilaron la calle.

Entretanto, el ensimismamiento del alcalde, causado por la nota, como se ha dicho, no había hecho sino aumentar; hasta que, susurrando al que estaba a su lado que ocupara su lugar, encontró el momento para abandonar su asiento. Esto ocurrió justo después de que se alejaran su mujer y Elizabeth.

Vio al camarero junto a la puerta del salón y, haciéndole una señal, le preguntó quién le había entregado la nota un cuarto de hora antes.

-Un joven con pinta de viajero, señor alcalde. Me pareció escocés.

-¿Dijo cómo había llegado a sus manos?

-La escribió él mismo, señor alcalde, mientras estaba de pie delante de la ventana.

-Así que la escribió él mismo... ¿Se hospeda en este hotel?

-No, señor alcalde. Marchó a Los Tres Marineros, creo.

El alcalde se puso a pasear de un lado a otro del vestíbulo con las manos debajo de los faldones del frac, como si buscara un ambiente más fresco que el de la sala que había abandonado. No cabía duda de que estaba aún poseído plenamente por la nueva idea, fuera la que fuera. Por fin volvió a la puerta del comedor, donde, tras una pausa, vio que las canciones, brindis y conversaciones proseguían satisfactoriamente sin su presencia. Concejales, vecinos y comerciantes de diverso rango se habían dado a las bebidas reconfortantes en tal medida que habían olvidado por completo, no sólo al alcalde, sino también todas esas diferencias políticas, religiosas y sociales que suelen observar durante el día, y que los mantienen separados como verjas de hierro. Tras esta constatación, el alcalde tomó el sombrero y, ayudado por el camarero, se puso su fino gabán y salió al porche, donde permaneció un rato observando la calle.

Se veía ahora muy pocas personas en ella. Sus ojos, por una especie de atracción, se posaron en un punto situado a unos cien metros más abajo. Era la posada a la que el redactor de la nota se había dirigido, Los Tres Marineros; sus dos prominentes aguilones isabelinos, su mirador y su farol se divisaban desde donde él estaba. Tras observarla unos instantes, avanzó resueltamente hacia ella.

Aquel caserón, que en su tiempo albergó a personas y animales y que, desgraciadamente, ya ha sido demolido, estaba construido con piedra arenisca blanda y tenía unas ventanas de parteluz del mismo material, que se mostraban a la vista algo inclinadas por la mala cimentación del edificio. El mirador, que se proyectaba hacia la calle y cuyo interior era muy popular entre los asiduos de la posada, tenía cerrados los postigos, en cada uno de los cuales había una abertura en forma de corazón, con los ventrículos derecho e izquierdo más acentuados que los creados por la naturaleza. Dentro de estos agujeros iluminados, a una distancia de unas tres pulgadas, se alineaban a aquellas horas, como sabían todos los transeúntes, las rubicundas cabezas de Billy Wills el cristalero, Smart el zapatero, Buzzford el comerciante y otros honrados menestrales de un grado algo inferior al de los que cenaban en Las Armas del Rey, cada cual provisto con su larga pipa de arcilla.

En la entrada había un arco tudor apuntado, y sobre el arco se hallaba el letrero, ahora visible a los rayos de la farola de enfrente. Los marineros, que habían sido representados por el artista sólo en dos dimensiones –en otras palabras, planos como sombras-

aparecían de pie en actitud hierática. Al estar en el lado soleado de la calle, los tres compañeros habían sufrido un largo proceso de alabeo, rajadura, desteñimiento y encogimiento, de manera que se habían visto reducidos a una capita medio invisible sobre esa realidad de asperezas, nudos y clavos que componían la insignia. Por cierto, tal estado de cosas no se debía tanto al descuido por parte de Stannidge, el posadero, como a la falta en Casterbridge de un pintor dispuesto a reproducir los rasgos de unos personajes tan tradicionales.

Un pasillo largo, estrecho y escasamente iluminado daba acceso a la posada. En él se rozaban indiscriminadamente los caballos que se dirigían a sus cuadras, en la parte trasera, y los huéspedes humanos que entraban y salían, estos últimos corriendo un gran riesgo de ver sus pies pisados por los primeros. Los buenos establos y la buena cerveza de Los Tres Marineros, si bien su consecución resultaba ardua a causa de la angostura del pasillo, eran sin embargo asiduamente buscados por las personas experimentadas que sabían apreciar lo que había de calidad en Casterbridge.

Henchard permaneció unos instantes contemplando la posada; luego, procurando disimular en lo posible la elegancia de su vestimenta, se abotonó el gabán marrón sobre la pechera y, tras recuperar así su aspecto cotidiano, franqueó la puerta.

V I I

Elizabeth-Jane y su madre habían llegado unos veinte minutos antes. Habían estado un rato frente a la posada considerando si, pese a haber sido recomendada por su precio moderado, no resultaría ser demasiado cara para sus modestos bolsillos. Finalmente, decidieron entrar, y las recibió Stannidge, el posadero, un hombre silencioso que, al igual que las camareras, servía cervezas espumosas a las distintas habitaciones, pero con una lentitud señorial que contrastaba visiblemente con la presteza de aquéllas, como correspondía a alguien cuyo servicio era voluntario. Lo habría sido completamente de no ser por las órdenes de la posadera, una mujer que estaba sentada detrás del mostrador, con el cuerpo inmóvil pero con los ojos despiertos y los oídos aguzados, y que, a través de la puerta y la trampilla abiertos, observaba y oía las peticiones urgentes de los clientes que su marido no atendía bien pese a estar más cerca de ellos. Aceptadas pasivamente como huéspedes, Elizabeth y su madre fueron conducidas a un pequeño dormitorio debajo de uno de los aguilones, donde se sentaron.

La norma de la posada parecía consistir en compensar la incomodidad, sinuosidad y lobreguez de los viejos pasillos, pisos y ventanales con grandes cantidades de inmaculada ropa blanca, repartida por doquier para deslumbrar a los viajeros.

-Esto es demasiado bueno para nosotras. No nos lo podemos permitir -dijo la madre a la hija mirando con aprensión a su alrededor tan pronto como se quedaron solas.

-Yo me temo lo mismo -dijo Elizabeth-. Pero tenemos que aparentar respetabilidad.

-Antes de aparentar respetabilidad hay que saber si tenemos dinero para pagar -repuso la madre-. Me temo que el señor Henchard ocupa una posición demasiado elevada para que podamos presentarnos a él; así que dependemos exclusivamente de nuestros bolsillos.

-Se me ocurre una idea -dijo Elizabeth Jane tras un intervalo durante el cual sus necesidades parecieron completamente olvidadas ante la febril actividad que se desarrollaba en la planta baja. Abandonando la pieza, bajó rápidamente las escaleras en dirección al mostrador.

Si había un rasgo especial que caracterizaba a aquella buena hija era su disposición a sacrificar su comodidad y dignidad personales en aras del prójimo.

-Como parecen estar ustedes muy ocupados esta noche, y a mi madre no le sobra el dinero, ¿podría yo pagar parte de nuestro alojamiento ayudando a servir? -preguntó a la posadera.

Esta última, que estaba más unida a su asiento que si se hubiera fundido con él y ahora no pudiera despegarse, miró a la muchacha de arriba abajo con las manos sobre los brazos del sillón. Arreglos como el que proponía Elizabeth no eran insólitos en las posadas de los pueblos pero, por anticuado que fuera Casterbridge, dicha costumbre ya había perdido vigencia. Sin embargo, la posadera era muy amable con los forasteros y no puso ninguna objeción. Así pues, Elizabeth, tras ser instruida mediante asentimientos y otras señales del taciturno posadero sobre dónde se encontraban los diferentes objetos, se puso a correr escaleras arriba y abajo para preparar la cena para su madre y ella.

Mientras se dedicaba a aquella tarea, el tabique de madera del centro de la casa se estremeció violentamente cuando alguien tiró del cordón de la campana en el piso de arriba. Abajo, una campanilla repiqueteó una nota más débil que el tañido de alambres y resortes que la había producido.

-Es el caballero escocés -dijo la posadera, absolutamente convencida; y, volviendo los ojos a Elizabeth, agregó-: ¿Puedes ir a ver si su cena está ya en la bandeja? Si es así, puedes llevarla a su cuarto. Es la habitación que hay enfrente de la que está encima de ésta.

Aunque estaba hambrienta, Elizabeth-Jane pospuso de buen grado su propia cena y fue a preguntar a la cocina, donde recogió la bandeja en cuestión y la subió a la habitación que le habían indicado. Las habitaciones de Los Tres Marineros distaban mucho de ser espaciosas,

Librodot

pese al amplio solar en que se asentaba. El espacio que ocupaban las fastidiosas vigas, travesaños, tabiques, pasillos, escaleras, fogones en desuso, bancos y camas de columnas dejaba relativamente poca libertad de movimientos a los seres humanos. Además, como en aquella época las posadas aún tenían por costumbre elaborar su propia cerveza, y en aquella casa aún se observaba religiosamente la norma de las doce fanegas, la calidad de las bebidas alcohólicas era la principal atracción del lugar, de manera que todo tenía que dejar el paso a los utensilios y operaciones relacionadas con dicha actividad. Elizabeth descubrió, así pues, que el escocés había sido instalado en una habitación contigua a la que les habían adjudicado a ellas.

Al entrar, no vio a nadie más que al joven (el mismo que había visto detenerse frente a las ventanas del hotel Las Armas del Rey). Éste se hallaba leyendo tranquilamente un número del periódico local, y apenas reparó en su presencia, de manera que Elizabeth observó a sus anchas el brillo que producía en su frente el reflejo de la vela, lo bien que llevaba cortado el pelo, el montoncito de pelusa aterciopelada que tenía en la nuca, la curva perfecta que formaba su mejilla y el perfilado dibujo de sus párpados y pestañas.

Dejó la bandeja, extendió su cena y salió sin decir palabra. Al bajar de nuevo, la posadera, que era tan amable como gorda e indolente, notó que Elizabeth-Jane estaba bastante cansada, aunque su deseo de ser útil le hacía postergar indefinidamente la satisfacción de sus propias necesidades. La señora Stannidge le dijo entonces con tono a la vez afable y perentorio que su madre y ella podían cenar si tenían intención de hacerlo.

Elizabeth fue a buscar su frugal cena, como antes había ido a buscar la del escocés, y subió a la pequeña habitación donde había dejado a su madre, empujando sin hacer ruido la puerta con el borde de la bandeja. Para su sorpresa, su madre, en vez de estar echada en la cama como la había dejado, se hallaba de pie, con los labios entreabiertos. Al entrar ella, alzó un dedo.

El significado de aquel gesto quedó rápidamente claro. Su habitación había servido en otro tiempo de tocador de la habitación del escocés, como lo demostraba la existencia de una puerta que comunicaba entre ellas, ahora condenada y empapelada. Pero, como ocurre con frecuencia en los hoteles, incluso con mayores pretensiones que Los Tres Marineros, cada palabra hablada en cada una de estas habitaciones se oía perfectamente en la otra.

Así, la Elizabeth conjurada a guardar silencio dejó la bandeja, y su madre le musitó al acercarse:

-Es él.

-¿Quién?

-El alcalde.

El temblor en la voz de Susan Henchard habría llevado a cualquier persona menos inocente que la muchacha a sospechar que existía alguna relación más estrecha que la que ella había confesado.

En efecto, dos hombres estaban hablando en la habitación contigua, el joven escocés y Henchard, quien, habiendo entrado en la posada mientras Elizabeth-Jane se hallaba en la cocina esperando la cena, había sido conducido con deferencia hasta el cuarto del escocés por el propio posadero, el señor Stannidge. La muchacha puso la mesa sin hacer ruido e hizo a su madre señal de que se sentara, cosa que la señora Henchard hizo de forma distraída, pues su atención estaba concentrada en la conversación mantenida al otro lado de la puerta falsa.

-Pasaba por aquí camino de casa y me he detenido para hacerle una pregunta sobre algo que ha suscitado mi curiosidad -dijo el alcalde con cordial naturalidad-. Pero veo que aún no ha terminado de cenar.

-Ya, pero termino en seguida. No se vaya, señor alcalde. Tome asiento. Ya casi he terminado. No me molesta en absoluto.

Henchard pareció tomar el asiento que se le ofrecía, y un instante después repuso:

-Bueno, ante todo quisiera preguntarle: ¿ha escrito usted esto? -a lo que siguió un frufrú de papel.

-Sí, en efecto -dijo el escocés.

-Entonces -dijo Henchard-, veo que la casualidad ha dispuesto que nos veamos antes de mañana, para cuando estaba concertada nuestra entrevista, ¿verdad? Me llamo Henchard. ¿No ha contestado Usted a mi anuncio del periódico en el que se buscaba a un gerente del trigo? ¿No ha venido usted aquí para verme sobre ese asunto?

-No -dijo el escocés con cierta sorpresa.

-Estoy seguro de que es usted la persona -persistió Henchard- que había quedado en entrevistarse conmigo... Joshua, Johsua, Jipp, Jop, ¿cómo se llamaba?

-Se equivoca usted -dijo el joven-. Yo me llamo Donald Farfrae. Es cierto que me dedico al negocio de los cereales; pero no he contestado a ningún anuncio ni he concertado ninguna entrevista con nadie. Me encuentro de paso para Bristol, donde me embarcaré para ir al otro lado del Atlántico. Deseo probar fortuna en los grandes trigales del Oeste americano. Llevo conmigo algunos inventos útiles para este negocio, pero aquí no veo la posibilidad de desarrollarlo .

-Así que se marcha a América. Vaya, vaya... -dijo Henchard con un tono de decepción tan fuerte que pareció empapar de humedad toda la atmósfera-. Y, sin embargo, yo habría jurado que era usted mi hombre.

El escocés musitó otra negativa; siguió un silencio, que rompió Henchard:

-Entonces... le estoy profundamente agradecido por las escasas palabras que ha escrito en ese papel.

-No tiene importancia, señor alcalde.

-Bueno, para mí, en este momento, sí tiene importancia. El jaleo que se ha armado a propósito de mi trigo, que, pongo a Dios por testigo, yo no supe que era malo hasta que la gente vino a quejarse, me ha quitado el sueño por completo. Yo tengo varios cientos de quintales en mi poder; y si su proceso renovador pudiera sanearlo, no se puede imaginar el gran problema que me resolvería usted. He sentido al instante que su método podría funcionar; pero me gustaría hacer la prueba. Supongo que a usted no le importará decirme los pasos del proceso que hay que seguir para que yo pueda hacerlo, sin tener que pagarle demasiado por adelantado.

El joven reflexionó unos momentos.

-No veo por qué me iba a importar -dijo-. Yo me voy a otro país, y sanear trigo malo no es precisamente lo que pienso hacer allí. Sí, le diré todo lo que sé. Usted le sacará más partido aquí que yo en un país extranjero. Escuche un momento, señor alcalde. Le voy a enseñar una muestra que llevo en la maleta.

Se oyó el ruido de una cerradura y el de registrar y remover cosas; luego siguió una discusión sobre el número de onzas de un *bushel*[1], el secado, la refrigeración, etcétera.

-Estos pocos granos serán suficientes para mostrarle lo que le he dicho -se oyó la voz del joven, quien, tras una pausa durante la cual ambos parecieron seguir atentamente cierta operación, exclamó:

-Bien, ahora pruébelo.

-¡Perfecto! Completamente sano; bueno, casi.

-Suficientemente sano para hacer buena harina de segunda categoría -dijo el escocés-. Volverlo completamente al estado anteriores imposible la Naturaleza no lo consentiría, pero aquí ve usted un procedimiento que apunta en la buena dirección. Bueno, señor alcalde, éste es el proceso; yo no le doy ningún valor, pues de poco me ha de servir en unos países donde el clima no es tan inestable como el nuestro; y a mí me encantara saber que a usted le ha servido algo.

-Escúcheme un momento -intervino Henchard en tono de súplica-. Mi negocio, ya lo sabe usted, consiste en el trigo y el heno; pero yo me formé en el cultivo del heno como simple aparvador y el heno es lo que mejor entiendo, aunque ahora me dedique más al trigo.

[1] Medida de áridos equivalente a 36,36 litros. *(N. del T)*

Si acepta usted el puesto, se encargará de toda la sección del trigo, recibirá una comisión además del sueldo.

-Es usted muy generoso, de veras: pero no, no puedo -volvió a replicar el joven escocés, con cierto acento de pena.

-¡Bueno, pues sea como usted quiere! -zanjó Henchard-. Y ahora, cambiando de tema, vaya un favor por otro. No termine usted esta cena tan pobre. Venga a mi casa. Le buscaré algo mejor que jamón frío y cerveza.

Donald Farfrae le dio las gracias, pero volvió a declinar su ofrecimiento. Quería partir temprano al día siguiente.

-¡De acuerdo! -se apresuró a decir Henchard-. Sea como usted desea. Pero le aseguro, querido joven, que si el experimento resulta con grandes cantidades como ha resultado con la muestra, habrá salvado usted mi reputación, a pesar de ser un desconocido para mí. ¿Cuánto quiere que le abone por su sabios consejos?

-Nada, absolutamente nada. Es probable que no tenga que utilizarlo casi nunca; además, para mí no tiene ningún valor. Creí conveniente dárselo a conocer, pues me pareció que se encontraba usted en un serio aprieto, con toda la gente en su contra.

Henchard hizo una pausa.

-No olvidaré esto fácilmente -dijo-. -Y que haya sido un forastero!... No podía creer que no fuera usted el hombre que había contratado. Al leer su nota, me dije: «Sabe quién soy, y se hace valer mediante este rasgo de ingenio». Y luego resulta que usted no era el hombre que había contestado a mi anuncio, sino un forastero...

-Sí, es cierto -dijo el joven.

Henchard volvió a guardar silencio, y luego su voz se volvió más pensativa:

-Su frente, Farfrae, es como la de mi pobre hermano, ahora muerto; y la nariz también: se le parece mucho. Usted debe medir, ¿cuánto, uno setenta y, cinco, ¿verdad: Yo mido uno ochenta y, seis. Pero ;qué importa eso? En mi negocio, la fuerza v la energía son ciertamente importantes; pero lo que lo hace marchar sobre ruedas es la inteligencia y el saber. Por desgracia, a mí se me da mal la ciencia, Farfrae; se me dan mal los números. Yo soy, de los que cuentan con los dedos. Usted es exactamente lo contrario. Lo intuyo. Llevo dos años buscando a alguien como usted Y, sin embargo, usted no se quedará conmigo. Bueno antes de marchar, permítame preguntarle una cosa: aunque usted no es el hombre que yo creía que era, ¿qué importa realmente ¿No se puede usted quedar ¿Está completamente decidido a emprender esa aventura americana? No voy, a andarme con rodeos. Intuyo que puede serme usted de un valor incalculable; de eso no me cabe la menor duda. Si se queda y acepta ser mi gerente, le aseguro que no se arrepentirá.

-Mi decisión va está tomada -dijo el joven a modo de negativa-. Ya tengo trazado mi plan; así que no vale la pena seguir hablando de eso. Pero ¿no quiere beber conmigo, señor alcalde? Esta cerveza de Casterbridge calienta el estómago que da gusto...

-No, no. Me gustaría muchísimo, pero no puedo -dijo Henchard con gravedad, al tiempo que el ruido de su silla informaba a las dos mujeres que se levantaba para irse-. Cuando era joven me di en exceso a la bebida, y prácticamente arruiné mi vida. Cometí por esa causa una acción de la que me avergonzaré hasta el fin de mis días. Me causó tal impresión que juré no beber nada más fuerte que té durante los años que tenía entonces. Hasta ahora he cumplido la promesa, Farfrae; y, aunque en la canícula siento a veces tanta sed que podría beberme un cuarto de barril entero, pienso en mi juramento y no tomo ninguna bebida fuerte.

-No le insistiré, entonces, señor alcalde. Respeto su voto.

-Bueno espero encontrar otro gerente por otro conducto -dijo Henchard con voz emocionada-. Pero sin duda tendrá que pasar mucho tiempo hasta que encuentre a uno de su valía.

El joven pareció muy impresionado por estas elogiosas palabras de Henchard. Guardó silencio hasta que los dos llegaron a la puerta.

-Me gustaría quedarme; de veras que me gustaría -contestó-. Pero no, no puede ser. Quiero ver mundo.

V I I I

De este modo se despidieron mientras, al otro lado, Elizabeth-Jane y su madre seguían pensativas delante de su cena (la madre con el semblante súbitamente iluminado tras oír a Henchard avergonzarse por una acción pasada). El fuerte temblor de la pared denotó ahora que Donald Farfrae había vuelto a tocar su campanilla, sin duda para que le retiraran la cena; luego empezó a canturrear una tonadilla y a caminar de un lado a otro, lo que hacía pensar que estaba interesado en la animación de las voces y cantos de los huéspedes congregados en la planta baja. Salió al pasillo y bajó las escaleras.

Al bajar Elizabeth-Jane la bandeja de Farfrae, que también había servido para su cena y la de su madre, descubrió que el trajín de los sirvientes había alcanzado su punto culminante, como suele ocurrir a tales horas, y, asustada ante la eventualidad de tener que colaborar en el servicio, se deslizó en silencio de un lado a otro observando aquella escena tan nueva para ella, que había pasado varios años encerrada en una cabaña junto al litoral. En el salón principal, que era bastante amplio, había dos o tres docenas de sillas de sólido respaldo colocadas a lo largo de la pared, cada una de ellas ocupada por un alegre contertulio. El suelo estaba enarenado. Un banco negro corrido, empezaba en la misma puerta le permitió observar cuanto allí acontecía sin ser particularmente vista.

El joven escocés acababa de unirse a la concurrencia. Además de varios menestrales que ocupaban asientos de privilegio en el mirador y aledaños, había también otras personas de rango inferior sentadas en simples bancos contra la pared del extremo no iluminado, y que bebían en tazas en vez de en copas. Entre los últimos reconoció a algunos de los que habían estado apostados ante las ventanas de Las Armas del Rey.

Detrás de ellos había una ventanita con un ventilador en forma de rueda en uno de los cristales, que tan pronto se ponía a funcionar con un ruido metálico como se paraba de repente, y volvía a ponerse en marcha otra vez.

Mientras observaba así la escena, le llegaron desde la parte delantera del banco las primeras palabras de una canción, encantadora tanto por la melodía como por el acento particular de quien la cantaba. Antes de bajar ella se habían cantado ya algunas; el escocés parecía haberse ambientado tan pronto que, a petición de algunos de los menestrales, había decidido participar él también en la ronda lírica.

Elizabeth-Jane, que era aficionada a la música, no pudo resistir la tentación de quedarse a escuchar, y cuanto más escuchaba más emocionada se sentía. Nunca había oído una canción como aquélla; por su parte, el resto de la audiencia no debía escuchar cosas semejantes con frecuencia pues prestaba una atención desacostumbrada. Ni cuchicheaba ni bebía ni mojaba la boquilla de la pipa en la cerveza para humedecerla ni brindaba con el vecino. El mismo intérprete estaba emocionado, hasta el punto de que ella creyó ver una lágrima en sus ojos mientras cantaba la canción:

Hogar, hogar querido donde quisiera estar,
hogar, hogar querido de mi añorada tierra,
donde me esperan dos ojos que no cesan de llorar,
pero un rostro hermoso brillará de felicidad
cuando vuelva a pasar por Annan Water con mis bonitas cintas;
cuando las flores se abran y estén verdes los árboles
y la alondra me llame a mi tierra.

Estalló un fuerte aplauso, y un silencio profundo que fue más elocuente aún que el aplauso. Un silencio tal que, cuando el viejo Solomon Longways, uno de los congregados en el rincón oscuro de la estancia, quitó la boquilla de su pipa, demasiado larga, su gesto pareció grosero e irreverente. Luego el ventilador de la ventana se puso a girar espasmódicamente, y el patetismo de la canción de Donald se esfumó temporalmente.

Librodot

-¡No ha estado mal, no ha estado nada mal! -murmuró Christopher Coney, que también estaba presente. Y, apartando la pipa unos centímetros de la boca, agregó en voz alta-: ¡Por favor, joven, siga con la siguiente estrofa!

-¡Sí, cante otra vez, forastero! -dijo el cristalero, un hombre fornido y de cabeza cúbica, con un delantal blanco ceñido a la cintura-. Nadie consigue emocionar así a los habitantes de esta comarca. -Luego se volvió hacia un lado para preguntar en voz baja-: ¿Quién es ese joven? ¿Dice usted que es escocés?

-Sí, creo que acaba de llegar de las montañas de Escocia -replicó Coney.

El joven Farfrae repitió la última estrofa. Estaba claro que en Los Tres Marineros no se había oído nada tan patético desde hacía mucho tiempo. La diferencia del acento, la sensibilidad del cantante, el intenso sentimiento local y la seriedad con la que alcanzaba el clímax de la canción sorprendieron a este grupo de dignos menestrales, tan propensos a ahogar sus emociones con comentarios jocosos.

-¡Que me condene si nuestra tierra meridional se merece que la canten así de bien! -prosiguió el cristalero mientras el escocés modulaba el final de su canción-. Si exceptuamos a los tontos, los sinvergüenzas, los tullidos, los haraganes, las perdidas y demás ralea, poco queda para hacer una canción sobre Casterbridge o sus alrededores.

-Bien dicho -exclamó Buzzford, el tratante, mirando el grano de la mesa-. Casterbridge es un viejo antro de perdición se mire por donde se mire. La historia cuenta que nos rebelamos contra el rey hace un siglo o dos en la época de los romanos y que muchos de los nuestros fueron ahorcados y descuartizados en el cerro de la horca, y nuestros miembros repartidos por todo el país para venderse como casquería; yo, por mi parte, no tengo inconveniente en creerlo.

-¿Por qué dejó su país, joven, si tanto lo echa de menos? -preguntó Christopher Coney desde el rincón, manifiestamente reacio a cambiar de tema-. Si ha sido por nosotros, no valía la nena, se lo aseguro, pues, como dice el maestro Billy Wills, los de aquí somos gente tosca; y los mejores apenas somos honrados, pues los inviernos son muy duros, hay muchas bocas que llenar y Dios Todopoderoso sólo nos regala unas cuantas patatas para hacerlas. Aquí no pensamos ni en flores ni en rostros hermosos, no; sólo en la forma de las coliflores y de las longanizas.

-¡Cómo dice eso! -exclamó Donald Farfrae mirando gravemente a la cara a los allí presentes-. ¿Que los mejores de ustedes apenas son honrados? ¿Alguno de ustedes se ha llevado algo que no le pertenezca?

-¡No, por Dios, no! -exclamó Solomon Longways con una sonrisa huraña-. No hay que tomar nunca en serio lo que dice. -Y, dirigiéndose a Christopher con mirada de reprobación, agregó-: No tengas tanta familiaridad con un caballero al que no conoces de nada, y que viene prácticamente del polo norte.

Christopher Coney guardó silencio, y como no pudo conseguir ningún apoyo por parte del público, masculló para sí:

-¡Maldita sea! Si yo amara a mi tierra la mitad que ese jovencito, preferiría vivir limpiando la gorrinera de mi vecino antes que abandonarla. Lo que pasa es que no siento más amor por mi tierra que por el penal de la bahía de Botany.

-¡Venga ya! -exclamó Longways-. Deja al joven terminar su canción, o pasaremos aquí toda la noche.

-Ya la he terminado -dijo el joven cantante en tono de disculpa.

-Entonces, por lo que más quiera, cántenos otra -dijo el almacenista. -¿Puede cantar una melodía para las damas, señor? -preguntó una mujer gorda con un delantal de dibujos violeta ceñido con una cinta que su abundoso talle no dejaba ver.

-Déjele respirar un poco, tía Cuxson. Déjele que recobre el resuello -dijo el maestro cristalero.

Librodot

-¡No es preciso! -exclamó el joven, el cual atacó al punto *Oh Nannie* con una modulación impecable, seguida de otro par de canciones parecidas, para concluir, por petición general, con *Auld Lang Syne*.

El joven escocés se había ganado por completo los corazones de los parroquianos de Los Tres Marineros, incluido el del viejo Coney. A pesar de cierta extraña solemnidad, que en determinado momento despertó en ellos cierta sensación de ridículo, empezaron a verlo a través del halo especial que su carácter parecía formar a su alrededor. Casterbridge era un sentimental, Casterbridge era un romántico; pero el sentimiento de aquel forastero era de una índole distinta. O tal vez la diferencia fuera sólo superficial: él era para ellos como el poeta de una escuela nueva que toma a sus contemporáneos por sorpresa; que no es realmente original, pero que es el primero en articular lo que todos sus oyentes han sentido, aunque sólo de manera vaga, hasta entonces.

El silencioso posadero había estado apoyado sobre el banco mientras el joven cantaba; y hasta la señora Stannidge había conseguido despegarse de su sillón del mostrador y acercarse a la puerta, movimiento que había realizado bamboleándose, como el tonel que se hace rodar sobre el aro metálico para que no pierda demasiado la verticalidad.

-¿Piensa quedarse a vivir en Casterbridge, caballero? -preguntó ésta.

-¡Ah, no! -dijo el escocés con melancólica resignación en la voz-. Estoy sólo de paso. Me dirijo a Bristol, donde me embarcaré rumbo al extranjero.

-Pues lo sentimos mucho -dijo Solomon Longways-. Vamos a echar mucho de menos sus preciosas canciones; para una vez que alguien viene a visitarnos... Conocer a un hombre que viene de tan lejos, del país de las nieves perpetuas y donde se puede decir que los lobos y los jabalíes y otros animales salvajes son tan comunes como los mirlos por aquí, en fin, esto es algo que no se ve todos los días, y le aseguro que la gente sedentaria como nosotros aprende mucho cuando un hombre como usted abre la boca.

-¡Qué dice, hombre! Está completamente equivocado respecto a mi tierra -protestó el joven con una mirada trágica, hasta que sus ojos brillaron y sus mejillas se encendieron con un repentino entusiasmo por rectificar los errores que acababa de oír-. No hay nieves perpetuas ni lobos en mi tierra; hay nieve en invierno y, bueno, un poquito en verano sólo algunas veces, y algún que otro mendigo errante que apenas se puede considerar peligroso. Ustedes deberían viajar en verano a Edimburgo, y a Arthur's Seat y alrededores, y luego ir también a los lagos, y a disfrutar del paisaje de las Tierras Altas, en mayo y junio; entonces no volverían a decir que es el país de los lobos y las nieves perpetuas.

-Por supuesto que no. Eso no se le ocurre a nadie que razone un poco -terció Buzzford-. Es la pura ignorancia la que le hace decir tales cosas. Es un pobre pueblerino que no merece estar en buena compañía. No le haga caso, caballero.

-¿Y se lleva usted colchón de borra, cobertor, loza y vajilla o viaja usted con lo puesto, por decirlo pronto? -preguntó Christopher Coney.

-He enviado mi equipaje por delante, aunque no llevo demasiado, pues el viaje es largo. -Los ojos de Donald se perdieron en una mirada ensimismada al agregar-: Pero me dije para mí: no descubriré ninguno de los tesoros de la vida si no me lanzo a la aventura. Y me puse en camino.

Un sentimiento general de pesar se apoderó de la concurrencia, sobre todo de Elizabeth-Jane. Desde su puesto estratégico detrás del banco, le pareció que los pensamientos de Farfrae desprendían sensatez al igual que sus fascinantes melodías habían desprendido cordialidad y apasionamiento. Admiraba el tono de seriedad con que abordaba las cosas serias. No le habían hecho gracia las ambigüedades y picardías de los borrachines de Casterbridge; y con razón: no tenían ninguna. A ella, al igual que a él, le disgustaban las chabacanerías de Christopher Coney y su panda. El parecía tener los mismos sentimientos que ella sobre la vida y sus circunstancias: que había más tragedia que comicidad en ellas; que, aunque se pudiera estar alegre en ocasiones, los momentos de alegría eran interludios y no verdaderos actos del drama. Le parecía extraordinaria la semejanza de sus opiniones.

Librodot

Aunque era aún temprano, el joven expresó su intención de retirarse. La posadera susurró a Elizabeth que subiera a abrirle la cama. La joven tomó una vela para llevar a cabo su cometido, que era cuestión de unos pocos minutos. Cuando, con la vela en mano, se disponía a bajar de nuevo las escaleras, vio que el señor Farfrae las estaba subiendo. Como ella no pudo echarse para atrás, se encontraron y cruzaron en una vuelta de las escaleras.

Ella debió de parecerle interesante de algún modo, a pesar de su llana forma de vestir, o quizá también a consecuencia de ello, pues era una joven que se caracterizaba por la seriedad y sobriedad de su semblante, que se avenía a la perfección con la sencillez del atuendo. Se ruborizó ante la torpeza del encuentro y pasó por delante de él bajando la vista sobre la llama de la vela que llevaba justo debajo de la nariz. Así, ocurrió que, al verse frente a ella, él le sonrió; y luego, como un hombre temporalmente despreocupado que se lanza a cantar una canción y que después no puede parar, tarareó una antigua cancioncilla que ella había parecido sugerirle:

Al pasar por la puerta de mi hogar,
cuando el día ya tocaba a su fin,
Oh, ¿ a quién vi bajar por las escaleras?
Pues a mi querida y preciosa Peg.

Elizabeth Jane, algo desconcertada, aceleró el paso; y la voz del escocés se apagó tarareando la misma canción tras cerrar la puerta de su habitación.

Con esto se interrumpió por el momento la escena sentimental. Cuando, poco después, la muchacha volvió con su madre, ésta seguía aún meditando sobre un asunto muy distinto a la canción del joven.

-Hemos cometido un error -le dijo en voz baja para que el escocés no la oyera-. Por ningún concepto deberías haber ayudado a servir aquí esta noche. No por nosotras, sino por él. Si nos acepta de buen grado y se hace cargo de nosotras, y luego descubre lo que has hecho mientras nos alojábamos aquí, eso lo mortificará y herirá su natural orgullo de alcalde.

Elizabeth, que tal vez se habría alarmado por este hombre más que su madre de haber conocido el parentesco que los unía, no pareció preocuparse demasiado en aquel preciso momento. Su «él» no era el mismo hombre que el de su pobre madre.

-Por mi parte -dijo-, no me ha importado servirle un poco. Es un hombre muy respetable y educado. Está muy por encima de los hay en la posada. Lo han considerado un ingenuo por desconocer la manera burda en que hablan de sí mismos los de aquí. Por supuesto que la desconoce: es demasiado refinado para conocer ciertas cosas. -Tal fue su ardiente alegato.

Entre tanto, el «él» de su madre no estaba tan lejos como ellas creían. Tras abandonar Los Tres Marineros, se había puesto a pasear por la solitaria calle, pasando varias veces por delante de la posada. El canto del escocés había llegado a sus oídos a través de los orificios de los postigos en forma de corazón y lo habían hecho detenerse ante la ventana.

«¡Qué bien me cae ese joven! -decía para sí-. Supongo que es porque estoy tan solo. Yo le habría dado un tercio de mis beneficios si se hubiera quedado...»

Librodot

I X

Cuando, a la mañana siguiente, Elizabeth-Jane abrió la ventana, percibió la brisa tonificante del otoño casi con la misma proximidad que si hubiera estado en una aldehuela alejada. Casterbridge era el complemento del mundo rural circundante; no su contraste urbano. Las abejas y mariposas de los trigales altos que bajaban a las praderas no daban rodeos, sino que enfilaban la calle principal sin ninguna conciencia de estar atravesando latitudes extrañas. En otoño, las aéreas esferas de los vilanos de cardo llegaban flotando hasta la misma calle, se alojaban en los escaparates de las tiendas y se introducían por los canalones. Innumerables hojas pardas y amarillas se deslizaban por el pavimento y se colaban por las puertas de los zaguanes rozando suavemente el suelo, como faldas de visitantes asustadizas.

Al oír voces, una de ellas bastante próxima, se retiró hacia dentro y siguió mirando desde detrás de las cortinas. El señor Henchard -ahora vestido no como una autoridad, sino como próspero hombre de negocios- se había detenido en medio de la calle, y el escocés estaba mirando desde la ventana contigua. Henchard, al parecer, se alejaba de la posada sin reparar en la persona que había conocido la noche anterior. Pero de repente retrocedió, y Farfrae abrió la ventana un poco más.

-Supongo que se marcha usted pronto, ¿no? -dijo Henchard mirando hacia arriba.

-Así es; ahora mismo, señor alcalde -dijo el otro-. Creo que voy a ir andando hasta que me alcance el coche de postas.

-¿En qué dirección?

-En la que usted va ahora mismo.

-Entonces, ¿por qué no caminamos juntos hasta lo alto del pueblo?

-Si espera un minuto... -dijo el escocés.

Unos instantes después, apareció el forastero con una bolsa, que Henchard miró como a un enemigo. Era la prueba irrefutable de que el joven se reafirmaba en su decisión de marchar.

-Ah, mi querido amigo -le dijo-; debería usted habérselo pensado mejor y quedarse conmigo...

-Sí, sí. Tal vez habría sido una decisión más sensata -dijo Donald mirando con ojos entornados las casas más alejadas-. No le miento si le digo que mis planes son un tanto vagos.

Ya habían dejado atrás las inmediaciones de la posada, y Elizabeth-Jane no los oía. Pero notaba que seguían conversando: Henchard se volvía hacia el otro de vez en cuando, subrayando con un gesto alguna observación. De este modo dejaron atrás el hotel Las Armas del Rey, la casa del mercado, el camposanto de San Pedro y subieron hasta el final de la larga calle, donde se volvieron más pequeños que dos granos de trigo; de repente torcieron a la derecha y embocaron la carretera de Bristol, y allí desaparecieron por fin de su vista.

«Era un buen hombre, y se ha ido, -dijo para sí-. Yo no era nada para él, y no había ninguna razón para que se despidiera de mí.»

Aquel pensamiento simple, con su latente carga de agravio, había tomado cuerpo a partir de este detalle: al salir el escocés a la puerta, la había visto por casualidad, pero había mirado a otra parte sin saludarla con la cabeza ni sonreírle ni decirle palabra alguna.

-Todavía sigues meditando, mamá -dijo volviéndose hacia dentro.

-Sí, estoy pensando en la simpatía repentina que ha sentido el señor Henchard por el joven. Siempre fue así. Y pienso yo: si se aficiona tanto a personas que no están emparentadas con él, ¿no podría mostrarse igual de cordial con sus propios parientes?

Mientras debatían sobre esta cuestión, pasaron por la calle cinco grandes carromatos cargados de heno hasta la altura de sus ventanas. Venían del campo, y los

jadeantes caballos habían estado viajando probablemente una buena parte de la noche. De la lanza de cada uno pendía un pequeño letrero sobre el que se leía la siguiente inscripción en letras blancas: «Henchard, tratante de trigo y heno». Aquella visión renovó el convencimiento de su esposa de que, por mor de su hija, no debía escatimar esfuerzos para reunirse con él.

El debate continuó durante el desayuno, y al final la señora Henchard decidió, para bien o para mal, enviar a Elizabeth-Jane con un mensaje para el alcalde, en el que le diría que su pariente Susan, viuda de un marinero, se hallaba en el pueblo; así pues, le dejaría a él decidir si reanudaba o no la relación. Dos cosas la habían empujado a tomar aquella determinación: oírle decir que se consideraba un viudo solitario, y que se sentía avergonzado de cierta antigua transacción. Ambas cosas le daban esperanza.

-Si dice que no -le advirtió a Elizabeth-Jane cuando ésta ya tenía el sombrero puesto, lista para marchar-, si piensa que no conviene a la buena situación que ha alcanzado en el pueblo que lo visitemos como... sus parientes lejanas, le dices: «Entonces, señor, preferimos no entrometernos en su vida; abandonaremos Casterbridge con el mismo sigilo con que hemos venido, y volveremos a nuestra tierra»... Casi prefiero que diga esto, pues no lo veo desde hace muchos años, y nuestro parentesco es... tan lejano...

-¿Y si dice que sí? -preguntó la más optimista de las dos.

-En ese caso -contestó la señora Henchard con prudencia- pídele que me escriba una nota precisando cuándo y cómo piensa vernos, o a mí sola si lo prefiere.

Elizabeth-Jane avanzó unos pasos en dirección a la escalera.

-Y dile también -apostilló la madre- que sé perfectamente que no tiene ninguna obligación con nosotras; que me alegro de que haya prosperado; que espero que viva muchos años y con toda suerte de venturas. Y ahora, márchate.

Así, algo a regañadientes pero reprimiendo su renuencia, aquella pobre mujer que sabía perdonar despidió a su hija, desconocedora de la trascendencia de su recado.

Eran alrededor de las diez de la mañana de un día de mercado cuando Elizabeth enfiló la calle principal, sin ninguna prisa especial, pues para ella su misión se reducía a las consabidas gestiones de un pariente pobre para cazar a otro rico. Las puertas de las casas estaban en su mayor parte abiertas dada la templanza del clima otoñal, indicio de que los plácidos burgueses no temían robos de paraguas. Al fondo de los largos y rectos pasillos se podían ver, como al final de un túnel, los verdes jardines traseros, adornados con capuchinas, fucsias, geranios encarnados, alhelíes amarillos, becerras y dalias, una fiesta visual que destacaba sobre unos muros grises, restos de un Casterbridge más vetusto aun que el venerable Casterbridge que se veía en la calle. Las fachadas antañonas de las casas se elevaban bruscamente desde la misma acera, sobre la que sobresalían miradores a modo de bastiones,

obligando al peatón apresurado a ejecutar cada pocos metros un gracioso movimiento de *chassez-déchassez*. El transeúnte se veía también obligado a realizar otras figuras terpsicóreas[1] para eludir escalones, limpiabarros, trampillas de sótanos, contrafuertes de iglesias y saledizos de muros que, originalmente disimulados, se habían alabeado y retorcido.

Además de aquellos obstáculos fijos, que manifestaban cierta falta de consideración hacia las normas urbanas, la acera y la calzada se hallaban igualmente ocupadas por otros obstáculos móviles. En primer lugar, estaban los carromatos que hacían el trayecto entre Casterbridge y Mellstock, Weatherbury, Hintocks, Sherton-Abbas, Kingsbere, Overcombe y otros muchos pueblos y aldeas de los alrededores. Sus dueños, suficientemente numerosos para constituir una tribu, tenían rasgos distintivos casi suficientes para constituir una raza. Los carros que acababan de llegar estacionaban a cada lado de la calle en apretada fila, formando en algunos lugares un muro entre la acera y la calzada. Más aún, cada tienda exponía la mitad de sus artículos en la acera, sobre mesas improvisadas y cajas, y ocupaban cada semana un

[1] De Terpsícore, musa de la danza y el canto coral. *(N. del T.)*

Librodot

poco más de calzada a pesar de las reconvenciones de los dos ancianos y pusilánimes agentes de policía, hasta que no quedó más que un desfiladero tortuoso y estrecho para uso de los vehículos, lo que permitía buenas oportunidades para la destreza con las riendas. Los toldos que pendían sobre la acera en el lado soleado de la calle estaban tendidos de tal manera que arrancaban los sombreros de los viandantes de un papirotazo, como por obra de las manos invisibles del Duende de Cranstoun, tan celebrado por los cuentistas románticos.

Caballos en venta dispuestos en fila tenían las patas delanteras en la acera y las traseras en la calle, olisqueando ocasionalmente el hombro de algún niño que iba camino de la escuela. Y el mínimo espacio libre delante de cualquier casa era utilizado por los vendedores de cerdos como cubículo donde concentrar sus animales[2].

Los pequeños propietarios, campesinos, lecheros y lugareños que acudían a comerciar en aquellas antiguas calles se comunicaban no sólo mediante palabras. En los centros metropolitanos, no oír las palabras de nuestro interlocutor equivale a no entender lo que dice. Aquí, el rostro, los brazos, el sombrero, el bastón, el cuerpo entero hablaban tanto como la lengua. Para expresar satisfacción, el comerciante de Casterbridge hinchaba los carrillos, guiñaba los ojos o echaba hacia atrás los hombros, gestos que eran inteligibles desde el otro lado de la calle. Si se expresaba extrañeza, aunque todos los carros y carretas de Henchard pasaran traqueteando por la calle, el estado anímico se percibía por la boca carmesí abierta y los ojos abiertos como platos. La cavilación se traducía atacando el musgo de los muros contiguos con la punta del bastón o cambiando el sombrero de la horizontal a la oblicua. Una sensación de aburrimiento se expresaba agachándose, abriendo las piernas romboidalmente y torciendo los brazos. Al parecer, la picardía y el subterfugio apenas tenían cabida en las calles de este honrado municipio. Y se dice que los abogados del juzgado más próximo proporcionaban de vez en cuando buenos alegatos a la parte contraria por pura generosidad (aunque al parecer por una desafortunada casualidad) cuando defendían su propia causa.

Así, Casterbridge era en casi todos los aspectos el polo, foco o centro neurálgico de la vida rural circundante, en lo cual difería de las numerosas poblaciones industriales, que son como cuerpos extraños enquistados -floraciones rocosas- en un mundo verde con el que no tienen nada en común. La villa de Casterbridge vivía de la agricultura alejándose de la fuente de su riqueza sólo un poco más que las aldeas vecinas. Sus habitantes acusaban cada fluctuación igual que los labradores, pues afectaba a sus ingresos en igual medida; y por la misma razón participaban de las penas y alegrías de las familias aristocráticas que vivían en diez millas a la redonda. Hasta en los banquetes que daban las familias burguesas, los temas de discusión eran el trigo, las enfermedades del ganado, las siembras, las cosechas, los vallados y las plantaciones, y la política se abordaba menos desde su punto de vista de burgueses que disfrutaban de derechos y privilegios que del de los campesinos.

Todas las venerables costumbres que deleitaban la vista por su pintoresquismo, y en cierto modo por su carácter razonable en aquella poco corriente y añeja plaza de mercado eran novedades metropolitanas a los ojos ingenuos de Elizabeth-Jane, que venía de anudar redes de pesca en una cabaña junto al mar. No necesitó preguntar demasiado para dar con lo que buscaba. La casa de Henchard, una de las mejores, estaba recubierta de viejo ladrillo rojo y gris. La puerta de entrada estaba abierta, y, como en otras casas, se podía ver hasta el fondo del jardín: una distancia de casi un cuarto de milla.

El señor Henchard no se encontraba en la casa, sino en el almacén. La llevaron hasta el verde jardín y a través de una puerta que había en la pared, tachonada con clavos oxidados que hablaban de generaciones de árboles frutales que habían crecido apoyándose en ella. La puerta daba a un patio, donde la dejaron para que se desenvolviera como buenamente pudiera. Era un lugar flanqueado de graneros, dentro de los cuales se

[2] Huelga recordar al lector que el tiempo y el progreso han borrado del pueblo en que se basa esta novela muchas o la mayoría de las descripciones que aquí se hacen. *(N. del A., 1912)*

Librodot

descargaban toneladas de forraje aparvado desde los carromatos que había visto pasar aquella mañana por delante de la posada. En otros puntos del patio había graneros de madera con basamento de piedra a los que se accedía mediante una escalera de mano así como un almacén de varias plantas. Siempre que se abrían las puertas de estos lugares Se podían ver en el interior montones de sacos de trigo a reventar, como en espera de una hambruna que no iba a llegar.

La muchacha empezó a pasear por este lugar, incómodamente consciente de la inminente entrevista, hasta que, cansada de esperar, se aventuró a preguntar a un mozo en qué parte podía encontrar al señor Henchard. Este la condujo hasta una oficina que ella no había visto antes, y, tras llamar a la puerta, oyó una voz que decía: «¡Adelante! ».

Elizabeth giró el pomo. Ante sus ojos, sentado a una mesa frente a algunas bolsas de muestras, se hallaba no el tratante de granos, sino el joven escocés, el señor Farfrae, sopesando con ambas manos unos cuantos granos de trigo. Su sombrero pendía de una percha detrás de él, y las rosas de su maleta brillaban en un rincón de la habitación.

La muchacha, mentalmente preparada para hablar con el señor Henchard, y sólo con él, se sintió por un momento confundida.

-Sí, ¿qué desea? -dijo el escocés, como si llevara mandando allí desde hacía mucho tiempo.

Ella dijo que deseaba ver al señor Henchard.

-Ah, sí. ¿Puede esperar un minuto? Ahora mismo está ocupado -dijo el joven, no reconociéndola al parecer como a la muchacha de la posada. Le acercó una silla, le rogó que se sentara y volvió prestamente a sus bolsas de muestras. Mientras Elizabeth-Jane está sentada aquí, perpleja ante la visión del joven, explicaremos brevemente la razón por la que Farfrae se encontraba allí.

Cuando los dos hombres habían desaparecido aquella mañana por la carretera de Bath y Bristol, avanzaron en silencio, salvo por algún que otro comentario intrascendente, hasta que enfilaron una avenida construida sobre las murallas de la ciudad llamada Chalk Walk, que conducía a un punto donde confluían las escarpaduras del norte y el oeste. Desde este elevado punto del terraplén cuadrado se divisaba una vasta extensión. Un sendero escarpado bajaba por la verde ladera, e iba del sombreado paseo de la muralla hasta una carretera del fondo. Era por este sendero por el que el escocés tenía que bajar.

-Bueno, le deseo toda clase de éxitos -dijo Henchard, alargando la mano derecha y apoyando la izquierda sobre una cancela que marcaba el inicio de la bajada. Aquel acto tenía la poca elegancia de un hombre cuyo amor propio ha sido herido y su deseo contrariado-. Pensaré a menudo en la ocasión en que usted me ayudó a ver el quid de la cuestión.

Agarrando aún la mano del joven, hizo una pausa y añadió sopesando bien las palabras:

-Mire, yo no soy el típico hombre que deja que se pierda una ocasión por no hablar con claridad. Antes de que se marche usted para siempre, voy a preguntárselo una vez más: ¿definitivamente no se queda usted? Más claro no se lo puedo decir. Ya ve usted que no es sólo el egoísmo lo que me hace insistirle, pues mi negocio no es tan científico que exija una inteligencia fuera de lo común. Otros ocuparían sin duda el puesto de manera competente. Tal vez haya algo de egoísmo, pero hay algo más que no voy a repetirle. ¡Vamos, quédese conmigo y dicte usted mismo las condiciones! Yo las aceptaré de buen grado y sin rechistar, pues, ¡caramba!, Farfrae, usted me cae muy bien.

El joven mantuvo un momento la mano en la de Henchard. Miró hacia las tierras fértiles que se extendían a sus pies, y luego hacia atrás, al paseo umbroso que llegaba hasta lo alto de la ciudad, y se sonrojó:

-La verdad es que no me había esperado esto. Desde luego que no -dijo-. Sin duda es la Providencia. ¿Puede alguien ir en contra de ella? No; no me iré a América. Me quedaré aquí a trabajar con usted.

Su mano, que había permanecido inerte en la de Henchard, volvió a apretar con fuerza.

Librodot

-Entonces, trato hecho -dijo Henchard.

-Trato hecho -dijo Donald Farfrae.

El rostro del señor Henchard irradiaba una satisfacción enorme.

-Ahora es usted mi amigo -exclamó-. Vayamos a mi casa para fijar las condiciones con total claridad, y nos quedamos así tranquilos.

Farfrae recogió su maleta y volvió sobre sus pasos por la North-West Avenue en compañía de Henchard, ahora un hombre henchido de confianza.

-Yo soy el tipo más distante del mundo cuando alguien me es indiferente -dijo-. Pero cuando alguien me cae bien, me cae bien de verdad. Bueno, ahora estoy seguro de que usted desea tomar otro desayuno; tan temprano no ha podido comer mucho, aun cuando en ese lugar hubieran tenido algo consistente que ofrecerle, cosa que dudo. Así que véngase a mi casa; allí tomaremos algo sólido y redactaremos un contrato si lo desea, aunque mi palabra es la mejor garantía. Yo siempre puedo hacer una buena comida por la mañana. Acabo de empezar una espléndida empanada de pichón. Y puedo servirle cerveza casera, si le apetece, por supuesto.

-Es aún demasiado temprano para eso -dijo Farfrae con una sonrisa.

-Cierto, no me había dado cuenta. Yo no bebo a causa de mi promesa; pero estoy obligado a elaborarla para mis empleados.

Hablando de esta manera volvieron hasta la casa de Henchard, adonde entraron por la puerta trasera reservada a los vehículos. Dejaron zanjado el asunto mientras desayunaban, y Henchard llenó el plato del joven escocés con suma prodigalidad. Y no quedó tranquilo hasta que no se llevó a la oficina de correos una carta que hizo escribir a Farfrae en la que pedía que le trajeran el equipaje de Bristol. Acto seguido, este hombre impulsivo declaró a su nuevo amigo que debía quedarse a vivir en su casa, al menos hasta que encontrara un alojamiento apropiado.

Luego le enseñó la casa, los almacenes de grano y otras mercancías; y, finalmente, lo condujo al despacho, donde iba a encontrárselo Elizabeth.

X

Mientras seguía sentada junto al escocés, un hombre se acercó a la puerta en el preciso momento en que Henchard abría otra interior para recibirla. El recién llegado avanzó más deprisa que el tullido de Betesdá y se le adelantó. Elizabeth pudo oír lo que decía a Henchard:

-Soy Joshua Jopp, señor alcalde, que tenía cita con usted; el nuevo gerente.

-¿El nuevo gerente? Está en su despacho -dijo Henchard bruscamente.

-¿En su despacho? -exclamó el hombre con aire anonadado.

-Le dije el jueves -dijo Henchard-; y como usted no ha respetado la cita, he contratado a otro gerente. Al principio creía que se trataba de usted. ¿Cree acaso que uno puede estar esperando cuando está en juego el propio negocio?

-Usted dijo el jueves o el sábado, señor alcalde -dijo el recién llegado, sacando una carta.

-Pues bien, llega usted demasiado tarde -dijo el tratante de granos-. No puedo decir nada mas.

-Pero usted me había contratado prácticamente -murmuró el otro.

-Previa entrevista -puntualizó Henchard-. Lo siento por usted, lo siento de veras. Pero ya no tiene remedio.

No se dijo una palabra más, y el hombre salió, cruzándose con Elizabeth-Jane al pasar. Esta vio que su boca temblaba de rabia, y que una amarga decepción se dibujaba en todo su rostro.

Elizabeth-Jane entró ahora, y se plantó ante el dueño del lugar. Sus pupilas oscuras -que siempre parecían desprender una chispa de luz roja, aunque físicamente eso fuera imposible- se movieron maquinalmente bajo sus cejas oscuras hasta posarse en ella.

-Y bien, ¿qué le trae aquí, señorita? -dijo secamente.

-Quiero hablar con usted, señor. No de negocios.

-Ya... Supongo. -La miró con mayor atención.

-Señor, me mandan para que le diga -prosiguió inocentemente, que una parienta política suya, Susan Newson, viuda de un marinero, se halla en la ciudad; y para que le pregunte si desea usted verla.

El vivo *rouge et noir* del semblante de Henchard sufrió un ligero cambio.

-Ah... Susan... ¿Vive todavía? -preguntó con voz entrecortada.

-Sí, señor.

-¿Es usted su hija?

-Sí, señor. Su única hija.

-¿Cómo se llama... usted? Su nombre de pila...

-Elizabeth-Jane, señor.

-¿Newson?

-Elizabeth-Jane Newson.

Esto sugirió al punto a Henchard que la transacción de sus primeros años de casado realizada en la feria de Weydon no constaba en la historia familiar. Era más de lo que podía haber esperado. Su mujer se había portado con generosidad con él pese a su falta de consideración, y no había revelado su mala acción ni a su hija ni al mundo.

-Estoy... muy interesado por esta noticia -dijo-. Y como no es una cuestión de negocios, sino una noticia grata, supongo que debemos charlar en casa.

Para sorpresa de Elizabeth, la invitó con suma delicadeza a salir de su despacho y de la oficina contigua, donde Donald Farfrae estaba revisando recipientes y muestras con la atención desmedida de un principiante. Henchard la precedió a través de la puerta de la pared al escenario, repentinamente cambiado, del jardín y las flores, y así

Librodot

hasta llegar a la casa. En el comedor aún quedaban sobras del opíparo desayuno preparado para Farfrae. Estaba amueblado profusamente con pesados muebles de caoba tapizados de un rojo muy vivo. Junto a la pared había varias mesas abatibles, con hojas tan bajas que casi tocaban el suelo y con patas que imitaban las de un elefante; sobre una de ellas había tres enormes volúmenes en folio: una Biblia familiar, un Josefo[1] y otro titulado Los deberes del hombre. En el rincón de la chimenea había un emparrillado con una pantalla de chapa acanalada y semicircular adornada con urnas y guirnaldas en relieve; las sillas eran de un estilo que desde entonces ha dado fama a los nombres de Chippendale y Sheraton, aunque es muy posible que estos ilustres carpinteros no hubieran visto nunca -ni oído hablar- de tales dibujos.

-Tome asiento, Elizabeth Jane, tome asiento -dijo el alcalde con un temblor en la voz al pronunciar su nombre; después de sentarse él también, dejó las manos suspendidas entre las rodillas, mientras miraba la alfombra-. ¿Así que su madre se encuentra bien?

-Está algo estropeada, señor, con tanto viaje.

-Viuda de un marinero. ¿Cuándo murió?

-Perdimos a papá la primavera pasada.

Henchard parpadeó al oír la palabra «papá» aplicada a otro.

-¿Vienen de América o Australia? -preguntó.

-No. Llevamos algunos años viviendo en Inglaterra. Yo tenía doce cuando volvimos de Canadá.

-Ah... Ya veo. -Mediante aquella conversación descubrió las circunstancias que habían envuelto a su mujer y a su hija en tan completa oscuridad, al punto de que él las creía muertas desde hacía tiempo. Aclaradas estas cosas, volvió al presente-. ¿Y dónde se aloja su madre?

-En Los Tres Marineros.

-Y usted es su hija Elizabeth Jane -repitió Henchard. Se levantó, se acercó a ella y la miró a la cara-. Creo -dijo de pronto volviéndose con los ojos humedecidos- que debe llevar una nota a su madre de mi parte. Me gustaría verla... ¿Su marido, que en paz descanse, no le ha dejado mucho dinero?

Sus ojos repararon en el vestido negro de Elizabeth, el cual, aunque decente -era el mejor que tenía-, estaba decididamente pasado de moda incluso para un habitante de Casterbridge.

-No mucho -dijo, contenta de que lo hubiera adivinado sin verse obligada a decírselo.

Henchard se sentó a la mesa y escribió unas líneas; luego sacó del bolsillo un billete de cinco libras, que metió en el sobre con la carta, añadiéndole, como si se le hubiera ocurrido de repente, cinco chelines. Cerrando el sobre con cuidado, lo encabezó con «Señora Newson: posada Los Tres Marineros» y se lo dio a Elizabeth.

-Entrégueselo personalmente, por favor -dijo Henchard-. No sabe cuánto me alegra verla por aquí, Elizabeth-Jane. Tenemos mucho de que hablar. Pero no ahora.

Le cogió la mano al despedirse, y la agarró con tanto afecto que ella, poco acostumbrada a este tipo de manifestaciones, se emocionó: varias lágrimas afloraron a sus ojos color gris claro. Tan pronto como Elizabeth se hubo marchado, Henchard dio rienda suelta a sus sentimientos; cerró la puerta y se sentó un rato con el torso rígido, mirando fijamente la pared como si allí estuviera escrita su historia.

-¡Cielo santo! -exclamó de repente poniéndose en pie-. ¡Cómo no se me había ocurrido! Seguro que se trata de unas impostoras, y Susan y la chica están muertas en realidad.

[1] Seguramente un ejemplar de las obras de Flavio Josefo (37-93), soldado y erudito judío que fue preso por los romanos y escribió entre ellos su obra. *Los deberes del hombre, Whole Duty of Man*, obra anónima publicada en 1658, una especie de devocionario *(N. del E.)*

Sin embargo, había algo en Elizabeth-Jane que le aseguró rápidamente que, por lo que a ella se refería al menos, no podía haber duda alguna. Unas horas aclararían la cuestión sobre la identidad de su madre; pues él había dispuesto en su nota verla por la tarde.

-¡Siempre llueve sobre mojado! -exclamó Henchard.

Su interés, vivamente excitado, por su nuevo amigo, el escocés, se había visto ahora eclipsado por este acontecimiento; y Donald Farfrae lo vio tan poco durante el resto del día que se asombró del tornadizo carácter de su patrón.

Entretanto, Elizabeth había llegado a la posada. Su madre, en vez de apoderarse de la nota con la ansiedad de una mujer pobre que espera ayuda, se emocionó al verla. No la leyó inmediatamente, sino que preguntó a Elizabeth que le describiera cómo había sido recibida y las palabras exactas que había pronunciado el señor Henchard. Elizabeth estaba de espaldas cuando su madre abrió la carta. Rezaba así:

> Ven a verme a las ocho de la tarde, si puedes, al Ring, en la carretera de Budmouth. Es un lugar fácil de encontrar. No puedo decirte más ahora. Esta noticia me ha dejado muy afectado. La muchacha parece no saber nada. Que siga así hasta que nos hayamos visto.
> M. H.

No decía nada acerca de las cinco guineas que adjuntaba. Aquella cantidad era muy importante; significaba implícitamente que la volvía a comprar. Ella esperó con inquietud hasta la caída de la tarde, y dijo a Elizabeth Jane que el señor Henchard le pedía que fuera a verlo, ella sola. Pero no le dijo nada sobre el lugar exacto del encuentro ni le dejó ver la nota.

Librodot

X I

El Ring de Casterbridge era simplemente el nombre local de uno de los más bellos anfiteatros romanos, por no decir el más bello, que quedaba en Gran Bretaña.

Casterbridge era un vivo recordatorio de la vieja Roma en cada calle, avenida y rincón. Parecía una ciudad romana, exponía el arte de Roma, ocultaba en sus entrañas a innúmeros romanos muertos. Era imposible excavar un par de pies por los alrededores de la ciudad y jardines aledaños sin tropezar con algún soldado del imperio, de elevada estatura, durmiendo, desde hacía unos mil quinientos años, su tranquilo y apacible sueño: generalmente se encontraba de lado, en una artesa ovalada abierta en la cal, cual pollo en cascarrón, con las piernas encogidas, con los restos de la lanza junto al brazo, una fíbula o prendedor de bronce sobre el pecho o la frente, una urna en las rodillas, una jarra en la garganta o una botella en la boca, y era permanentemente objeto de las más extrañas conjeturas por parte de los niños y adultos de Casterbridge que, al pasar por allí, se volvían un instante a mirar aquel espectáculo familiar.

Los vecinos imaginativos que se habrían espantado al descubrir un esqueleto relativamente moderno en el jardín de su casa permanecían impertérritos ante estas apariciones arqueológicas; eran de un tiempo tan antiguo y tan distinto al presente -sus esperanzas y motivaciones diferían tanto de las nuestras- que el abismo que se interponía parecía insalvable.

El anfiteatro era una inmensa fábrica circular, con sendas aberturas en los extremos norte y sur. Por su forma interna en declive, asemejaba la escupidera de un jotun[1]. Era para Casterbridge lo que el Coliseo en ruinas para la moderna Roma -poseía por cierto casi las mismas dimensiones-. El crepúsculo era la hora en que más impresión producía aquel sugerente lugar. Quien se plantara en medio de la arena en aquellos momentos podía apreciar paulatinamente su verdadera inmensidad, una inmensidad imposible de captar mirando desde cualquier grada en las horas cenitales del día. Melancólico, impresionante y solitario, y sin embargo accesible desde cualquier parte de la ciudad, este histórico redondel era el lugar preferido para las citas de índole furtiva: las intrigas se confabulaban aquí, y aquí se celebraban también los encuentros para tratar de zanjar divisiones y graves enemistades. Pero el tipo de cita más corriente, la cita de enamorados, raras veces tenía lugar en el anfiteatro.

Un buen tema de investigación sería por qué, dado que era un lugar a la vez aireado, accesible y apartado, nunca arraigó allí esta forma de cita. Tal vez se debiera a sus evocaciones, algo siniestras. La historia lo demostraba. Aparte de la naturaleza sangrienta de los juegos que se habían celebrado allí hacía siglos, varios hechos abonaban esta hipótesis. Por ejemplo, durante largas décadas uno de sus rincones había servido de patíbulo público; asimismo, en 1705, una mujer que había asesinado a su marido fue medio estrangulada y luego quemada en presencia de diez mil espectadores (según la tradición, en cierta fase del suplicio, el corazón se le salió violentamente del cuerpo para terror general, y ninguno de los diez mil presentes volvió a probar carne asada en el resto de sus vidas). Además de estas antiguas tragedias, numerosos encuentros pugilísticos con final mortal habían tenido lugar hasta época reciente en aquel ruedo apartado, enteramente invisible al mundo exterior salvo si uno subía a lo alto del recinto, cosa que pocos se molestaban en hacer en el transcurso normal de la jornada. Por eso, pese a hallarse cerca de la carretera, se podían perpetrar crímenes en su interior en pleno día sin presencia de testigos.

Algunos jóvenes habían tratado últimamente de llevar algo de alegría a aquellas ruinas utilizando el redondel como terreno de cricket. Pero el juego generalmente languidecía por la razón antes aducida: la lúgubre reclusión que imponía un lugar circular edificado sobre tierra llana, excluyendo la visión de cualquier curioso espectador y los gritos de ánimo de

[1] Gigante de la mitología nórdica. *(N. del E.)*

cualquiera salvo del cielo; y jugar en tales circunstancias era como actuar ante una sala vacía. También era posible que los jóvenes se sintieran intimidados, pues algunas personas mayores decían que, ciertos días de verano, en plena luz del día, las personas que se sentaban con un libro o echaban una cabezada en la arena, al levantar los ojos, veían las gradas llenas de una legión de soldados de Adriano que parecían asistir a un combate de gladiadores, y oían el clamor de sus voces excitadas. La escena sólo duraba un momento, como un relámpago, y luego se desvanecía.

Se decía también que, bajo la entrada sur, subsistían aún las celdas destinadas a albergar a los animales salvajes y atletas que participaron en los juegos. La arena era todavía lisa y circular, como si hubiera servido para su primera función hacía no mucho tiempo. Los escalones de acceso a las gradas seguían en perfecto estado. Pero todo el lugar estaba recubierto de hierba, ahora, al final del verano, convertida en tallos marchitos que con el viento se mecían acá y allá, emitiendo para el oído atento modulaciones eólicas y deteniendo durante unos instantes el vuelo de los globos de los vilanos de cardo.

Para reunirse con su mujer tanto tiempo perdida, Henchard había escogido este lugar por la discreción que garantizaba y al mismo tiempo por ser fácil de encontrar para un forastero a la caída de la noche. Como alcalde de la ciudad que era, y con una reputación que salvaguardar, no podía invitarla a su casa hasta que no se hubiera decidido alguna medida concreta.

Poco antes de las ocho, se acercó al desértico terraplén y entró por el camino del sur que bajaba sobre las ruinas de los antiguos antros. Unos momentos después vio a una figura femenina avanzar lentamente por la gran abertura norte o puerta pública. Los dos se encontraron en mitad de la arena. Ninguno habló al principio -no había necesidad de ello-; la pobre mujer se apoyó sobre Henchard, el cual la sostuvo en sus brazos.

-No bebo, Susan -dijo éste en voz baja, entrecortada, arrepentida-. ¿Lo oyes? Ya no bebo. No he bebido una gota desde aquella noche.

Henchard sintió que ella inclinaba la cabeza dando a entender que comprendía. Un minuto o dos después, prosiguió:

-Si hubiera sabido que estabais vivas, Susan... Pero todo parecía indicar que la criatura y tú habíais muerto. Te aseguro que hice lo imposible por encontraron: viajé, puse anuncios, y al final saqué la conclusión de que habías zarpado hacia alguna colonia con ese hombre y que os habíais ahogado durante la travesía. ¿Por qué has guardado silencio durante todo este tiempo?

-¡Oh, Michael, era por él! ¿Qué otra razón podía haber? Creía que le debía fidelidad hasta que uno de los dos muriera. Creía neciamente que había habido algo solemne y vinculante en aquella transacción. Creía que, aunque fuera por simple cuestión de honor, no debía abandonar a un hombre que había pagado tanto por mí, de buena fe. Ahora vengo a ti sólo como viuda suya. Me considero como tal, y por tanto vengo sin ninguna pretensión hacia tu persona. Si no hubiera muerto, no habría venido nunca, nunca. De eso puedes estar seguro.

-¡Ssssh! ¡Cómo puedes ser tan ingenua!

-No sé. Pero siento que habría estado mal por mi parte el no pensar así -dijo Susan, casi rompiendo a llorar.

-Claro, claro. Llevas razón. Es precisamente eso lo que me hace considerarte inocente. Pero... ¡haberme llevado a esta situación!

-¿Qué, Michael? -preguntó ella, alarmada.

-¿Que qué? Pues esta dificultad de poder vivir juntos de nuevo, y Elizabeth-Jane por medio. No se lo podemos contar. Nos despreciaría a los dos... Y eso es algo que yo no podría soportar...

-Por eso no le hablé de ti. Yo tampoco podría soportarlo.

-En fin... Bueno, ahora debemos pensar algo para que siga creyendo lo que cree, y tratar de enderezar la situación a pesar de todo. Habrás oído que soy un hombre muy importante: alcalde de la ciudad, prioste y un montón de cosas más.

Librodot

-Sí -murmuró ella.

-Estas cosas, así como el temor a que la muchacha descubra nuestro oprobio, nos obliga a actuar con suma prudencia. Así que no veo cómo podríais volver abiertamente a mi casa, como una esposa e hija a las que tan mal traté en otro tiempo, apartándolas de mí. Ésa es la cuestión.

-Nos marcharemos en seguida. Sólo vine a ver...

-No, no, Susan. No os marcharéis. Me has entendido mal -dijo con amable seriedad-. He ideado un plan: que Elizabeth y tú toméis una casita en la ciudad como la viuda del señor Newson y su hija. Yo te conoceré por casualidad, te cortejaré y me casaré contigo, y Elizabeth-Jane vendrá a mi casa en calidad de hijastra. La cosa es tan natural y fácil que casi está hecha con sólo pensarla. De este modo seguirían en secreto mis años de juventud turbia, empecinada y desgraciada; sólo tú y yo conoceríamos la verdad y, lo que es más importante, tendría el gusto de ver a mi única hija bajo mi techo, así como a mi esposa, claro.

-Estoy completamente en tus manos, Michael -dijo ella con mansedumbre-. He venido hasta aquí pensando en Elizabeth; por mi parte, si quieres que me vaya mañana mismo, y no vuelva a verte nunca más, te aseguro que no me importará.

-Vamos, vamos. No quiero oírte decir esas cosas -dijo Henchard en tono amable-. Por supuesto que no volverás a irte. Piensa unas horas en el plan que te he propuesto y, si no tienes ninguno mejor, lo seguiremos. Por desgracia, tengo que pasar un par de días fuera por cuestiones de trabajo. Pero durante ese tiempo podéis alojaros en una pensión; la que más os conviene es la que está situada sobre la tienda de porcelanas de la calle principal. También puedes ir buscando una casita.

-Si esa pensión se encuentra en la calle principal, supongo que será cara...

-No te preocupes. Tenéis que empezar viviendo a cierto nivel para que nuestro plan pueda cumplirse según lo he pensado. Pídeme el dinero que necesites. ¿Tienes de sobra hasta que vuelva?

-Sí, de sobra -dijo ella.

-¿Y estáis a gusto en la posada?

-Sí, por supuesto.

-¿Y la muchacha no corre ningún peligro de enterarse de la vergüenza de su historia y de la nuestra? ¡Eso es lo que más me preocupa de todo!

-Te sorprendería saber lo poco probable que es que conozca la verdad. ¿Por qué iba a sospechar nada?

-Cierto.

-Me gusta la idea de repetir nuestro matrimonio -dijo la señora Henchard después de una pausa-. Parece la mejor solución, después de todo lo ocurrido. Ahora debo volver con Elizabeth-Jane para contarle que nuestro pariente, el señor Henchard, tiene la deferencia de que nos quedemos a vivir en esta ciudad.

-Muy bien. Encárgate de todo. Te voy a acompañar un poco.

-No, no. ¡No corramos ningún riesgo! -exclamó la mujer con nerviosismo-. Conozco el camino de vuelta. Aún no es de noche. Por favor, déjame que vuelva sola.

-De acuerdo -dijo Henchard-. Y ahora una última cosa: ¿me perdonas, Susan?

Ella murmuró algo, pero pareció tener dificultad para articular una respuesta.

-No removamos el asunto. Lo pasado, pasado está -dijo-. Júzgame por mis acciones futuras. Adiós.

Henchard se separó de su mujer y permaneció en la parte superior del anfiteatro, desde donde la vio enfilar el camino arbolado que bajaba hasta la ciudad. Luego se dirigió también a su casa, a un paso tan ligero que, antes de llegar a la puerta, estuvo a punto de alcanzar a la mujer de la que acababa de despedirse. La vio alejarse y luego entró en su casa.

X I I

Franqueada la puerta, el alcalde recorrió el pasillo en forma de túnel en dirección al jardín, que atravesó para entrar en las dependencias donde estaban los almacenes y graneros. En la ventana de la oficina brillaba una luz, y, como no había cortinas que ocultaran el interior, Henchard vio a Donald Farfrae sentado aún donde lo había dejado, repasando concienzudamente los libros de contabilidad. Henchard entró y dijo sólo esto:

-No le interrumpiré si desea quedarse trabajando hasta tarde.

Se quedó detrás de la silla de Farfrae, observando su tesón y destreza en despejar las telarañas numéricas que se habían ido acumulando en los libros de contabilidad. El semblante del comerciante de granos expresaba admiración y a la vez cierta lástima por alguien que malgastaba su materia cerebral en cuestiones tan aburridas. Henchard se sentía mental y físicamente incapacitado para captar la sutileza de los garabatos; en sentido moderno, había recibido la educación de Aquiles y percibía la escritura como un trabajo ímprobo.

-No debe trabajar más por esta noche -dijo al final, plantando su manaza sobre el papel-. Ya tendrá tiempo mañana. Vamos adentro a cenar algo. Y ahora mismo. Está decidido. -Cerró los libros de contabilidad con perentoriedad amigable.

Donald habría deseado retirarse a su habitación, pero adivinaba que su amigo y patrón era un hombre que no conocía la moderación en sus insinuaciones e impulsos, y aceptó de buen grado. Le gustaba la cordialidad de Henchard, aun cuando le incomodara un poco; la manifiesta diferencia de sus caracteres contribuía a la mutua atracción.

Cerrada la oficina, el joven siguió a su compañero a través de una puertecita privada que comunicaba directamente con el jardín y permitía una rápida transición de lo útil a lo bello. En el jardín, empapado de rocío y lleno de perfume, reinaba el silencio. Se extendía bastante por detrás de la casa, primero como zona de césped y de floridos arriates, y luego como huerto, donde viejas espalderas desde hacía tiempo bien fijas habían crecido tan robustas, retorcidas y nudosas que habían sacado sus estacas del suelo y aparecían deformadas y contorsionadas en agonía vegetal, cual Laocoontes cubiertos de hojas. Las flores que perfumaban el ambiente no eran discernibles en la noche; los dos hombres entraron en la casa.

Se repitieron las muestras de hospitalidad de la mañana: cuando terminaron de cenar, Henchard dije:

-Ponga el sillón junto a la chimenea, mi querido amigo, y encendamos la lumbre. No hay nada que odie más que una chimenea apagada, aunque estemos en septiembre.

Aplicó un fósforo a las teas y una claridad alegre invadió la estancia.

-Es curioso -dijo Henchard poco después- que dos hombres se conozcan por simples cuestiones de trabajo, y que al final del primer día uno de ellos desee hacer confidencias al otro. Pero, qué caramba, yo soy un hombre solitario, Farfrae. No tengo a nadie con quien hablar, y ¿hay algo que me impida contarle a usted mi vida?

-Me alegrará oírla, si eso puede servirle de algún consuelo -dijo Donald, dejando sus ojos vagar por los intrincados artesonados de la chimenea, que representaban liras enguirnaldadas, escudos y aljabas a cada lado de un cráneo de buey drapeado y flanqueados por cabezas en bajorrelieve de Apolo y Diana.

-Yo no siempre he sido el que soy ahora -prosiguió Henchard, con un ligero temblor en su firme y recia voz. Se hallaba sencillamente bajo esa extraña influencia que a veces empuja a los hombres a confiar al amigo reciente lo que nunca dirían al viejo-. Yo empecé en la vida de simple aparvador de heno y, cuando apenas tenía dieciocho años, me casé contando para vivir sólo con lo que ganaba de mi trabajo. ¿Me imagina usted casado?

-He oído decir en el pueblo que era usted viudo.

-Sí, supongo que habrá oída decir eso. Pues bien, resulta que perdí a mi esposa hace unos diecinueve años por mi propia culpa... Le contaré cómo fue. Una noche de verano

Librodot

iba yo de viaje en busca de empleo y ella caminaba a mi lado llevando en brazos a nuestro único retoño, una niña de corta edad. Llegamos a una tienda de bebidas que había en una feria de pueblo. Yo bebía bastante en aquella época.

Henchard hizo una pausa, se echó hacia atrás apoyando el codo sobre la mesa y con la frente oscurecida por su mano, la cual no ocultaba sin embargo la inflexible introspección de sus demás facciones mientras narraba con detalle los incidentes de la transacción con el marinero. El leve aire de indiferencia, visible al principio en el rostro del escocés, había desaparecido.

Henchard le contó a continuación sus esfuerzos por encontrar de nuevo a su mujer, el juramento que hizo, su vida solitaria durante los años siguientes.

-He mantenido mi promesa durante diecinueve años -prosiguió-. Y he conseguido llegar hasta la posición en que usted me ve ahora.

-¡Vaya, una historia muy interesante!

-Pues bien. En todo este tiempo no he tenido la menor noticia de mi mujer; y, como soy por naturaleza algo misógino, no me ha resultado difícil mantenerme alejado por lo general del otro sexo. Como le digo, no he tenido la menor noticia de mi mujer, hasta hoy mismo..., que ha vuelto.

-¿Que ha vuelto?

-Esta mañana. Esta misma mañana. Y no sé qué hacer.

-¿Por qué no la recibe en su casa y repara así lo que le ha hecho?

-Eso es lo que he planeado, y lo que le he propuesto. Pero, Farfrae -prosiguió con aire melancólico-, al reparar el daño que hice a Susan hago mal a otra mujer inocente.

-¿Cómo dice?

-Según la naturaleza de las cosas, es casi imposible, Farfrae, que un hombre como yo haya tenido la fortuna de vivir veinte años de su vida cometiendo un solo error de consideración. Hace muchos años que viajo a Jersey por motivos de trabajo, especialmente en la temporada de la patata y la remolacha. Saco bastante tajada con esto. Pues bien, un día de otoño en que andaba por allí me sentí de repente muy mal; uno de esos ataques depresivos que me dan a veces, seguro que por la vida tan solitaria que llevo. Entonces el mundo me parece más horroroso que el infierno, y, como Job, podría maldecir el día en que nací.

-Caramba. Bueno, en realidad yo nunca me he sentido así -dijo Farfrae.

-Y pida a Dios que no se sienta: nunca así, amigo. Mientras me encontraba así, se apiadó de mí una mujer, una señorita en realidad, pues era de una buena familia y muy educada; aunque hija de cierto militar casquivano que se había metido en líos y se había quedado sin sueldo. Por entonces ya había muerto, y su madre también, así que estaba tan sola como yo. Da la casualidad de que se alojaba en la misma posada que yo; al caer enfermo, decidió cuidarme. El resultado fue que le entró una cierta locura por mí. Sabe Dios por qué, pues yo no lo merecía. Pero, como estábamos en la misma casa, y sus sentimientos eran tan fuertes, intimamos bastante. No voy a entrar aquí en detalles sobre nuestras relaciones. Baste con decirle que pensábamos casarnos con la mayor honestidad del mundo. Pero nuestra conducta fue causa de un escándalo, que no me afectó a mí, pero que significó su ruina. (Aquí, de hombre a hombre, le confieso, Farfrae, que el devaneo con el género femenino nunca ha sido ni mi vicio ni mi virtud.) A ella no le importaban en absoluto las apariencias, y a mí menos aún, a causa de mi lamentable estado; y por eso se produjo el escándalo. Al final, yo me puse bien y me marché de allí. Después de mi partida, ella sufrió mucho por mi causa y no se olvidó de decírmelo carta tras carta. Finalmente, sentí que le debía algo y, como hacía tanto tiempo que no tenía noticias de Susan, decidí hacerle un favor al que me sentía casi obligado: pedirle que corriera el riesgo de que Susan estuviera viva (mínimo, creía yo) y se casara conmigo, tal y como yo era. Ella saltó de alegría, y dentro de poco nos habríamos casado... ¡Pero he aquí que Susan acaba de aparecer!

Librodot

Donald pareció impresionado por aquella complicación, tan alejada del campo de sus experiencias personales.

-Ahora se dará cuenta del gran daño que podemos hacer a nuestro prójimo. Incluso después de mi vergonzosa acción en la feria cuando era joven, si no hubiera sido tan egoísta como para dejar que esa muchacha irreflexiva de Jersey se entregara a mí en cuerpo y alma, manchando su buena reputación, todo podría ir ahora a pedir de boca. Sin embargo, tal y como están las cosas, debo defraudar amargamente a una de las dos mujeres; y va a ser la segunda. Mi deber prioritario es con Susan. De eso no me cabe la menor duda.

-Las dos se encuentran en una situación bastante triste, desde luego -murmuró Donald.

-¡Desde luego! Por mi parte, no me importa. La balanza siempre acaba inclinándose de un lado. Pero esas pobres mujeres... -Henchard pareció ensimismarse unos instantes-. Mis sentimientos me dicen que debo tratar a las dos lo más amablemente posible.

-Sí, qué vida esta. No se pueden cambiar las cosas -dijo el otro con filosófica resignación-. Debe escribir a la joven dama y exponerle llana y sinceramente que no puede ser su esposa, pues ha vuelto la primera; que no debe seguir viéndola; y que... le desea toda clase de felicidad.

-Eso no bastará. Por todos los diablos, debo hacer algo más que eso. Por ejemplo, enviar a la pobre muchacha una buena suma de dinero a modo de pequeña recompensa, si bien ella siempre presumió de tener un tío rico y una tía rica, y de que esperaba heredar... Ahora le voy a pedir a usted un favor: ¿quiere ayudarme a redactar por carta una explicación de todo lo que acabo de contarle, diciéndoselo de la manera más suave posible? A mí se me da muy mal eso de escribir cartas.

-Lo haré.

-Bueno, todavía no le he contado todo. Susan, mi mujer, ha traído con ella a mi hija; la criatura que llevaba en brazos en la feria, y esta muchacha no sabe nada de mí salvo que soy un lejano pariente político. Se ha hecho mayor convencida de que el marinero a quien entregué a su madre, y que está ahora muerto, era su padre y el marido de su madre. Yo siento ahora lo que ha sentido siempre su madre: no podemos proclamar nuestra vergüenza haciendo saber la verdad a la muchacha. ¿Qué haría usted en mi caso? Me gustaría conocer su parecer.

-Yo correría el riesgo de contarle la verdad. Ella los perdonará a los dos.

-¡Eso nunca! -exclamó Henchard-. No permitiré que sepa la verdad. Su madre y yo vamos a casarnos de nuevo, lo cual no sólo garantizará el respeto de nuestra hija, sino también nuestra reputación. Susan se considera viuda del marinero, y de ninguna manera viviría de nuevo conmigo sin mediar otra ceremonia religiosa. Y no le falta razón.

Farfrae no dijo más. Redactó cuidadosamente la carta a la joven de Jersey, y con ello dieron por terminada su entrevista. Cuando el escocés se marchaba, Henchard le dijo:

-Ha sido un gran alivio, Farfrae, haber podido contar todo esto a un amigo. Ya ve ahora que el alcalde de Casterbridge no es tan feliz como podría dar a entender el buen estado de sus finanzas.

-Ya. Y lo siento por usted -dijo Farfrae.

Cuando se hubo retirado, Henchard copió la carta y, adjuntando un cheque, la llevó a la oficina de correos, de la que volvió cavilando.

«¿Podrán salirle bien las cosas a esta pobre criatura alguna vez? -se dijo-. Sólo Dios lo sabe. Bueno, y ahora ¡a reparar el daño hecho a Susan! »

XIII

La casita que Michael Henchard alquiló para su mujer, Susan, bajo el nombre de Newson, de acuerdo con el plan establecido, se hallaba en la parte alta, occidental, de la población, junto a la muralla romana y a la avenida, que le daban sombra. Aquel otoño, el sol vespertino parecía más dorado allí que en cualquier otra parte; según pasaban las horas, sus rayos se alargaban bajo las ramas más bajas de los sicómoros e inundaban la planta baja de la vivienda, adornada con postigos verdes, en un radiante resplandor que el follaje ocultaba a las partes superiores. Bajo los sicómoros de las murallas de la villa se divisaban, desde la sala de estar, los túmulos y restos de fortificaciones de las distantes llanuras. Todo ello daba a la casita una situación bastante agradable, con ese toque de melancolía que presta un paisaje teñido por el pasado.

Poco después de que madre e hija se instalaran confortablemente, con una criada de delantal blanco y otras comodidades Henchard les hizo una visita y se quedó a tomar el té. Durante todo el tiempo, el tono de la conversación, muy genérico, mantuvo a Elizabeth en su engaño; argucia que pareció gustar a Henchard, que no a su mujer. La visita fue repetida con rutinaria periodicidad por el alcalde, que parecía seguir a la letra una consabida lección de urbanidad hacia esta mujer que gozaba de prioridad respecto de la otra, sin atender a sus propios sentimientos.

Una tarde en que la hija no se hallaba en casa, dijo Henchard secamente al entrar:

-Susan, aprovecho la oportunidad para pedirte que fijes la fecha del feliz día.

La pobre mujer sonrió débilmente; no le gustaban las bromas sobre una situación que aceptaba solamente por causa de la buena reputación de la muchacha. Le gustaban tan poco, en realidad, que cabía preguntarse por qué se había prestado al engaño y no había decidido valientemente exponer a la muchacha la verdad de su historia. Pero la carne es débil, y la verdadera explicación llegaría a su debido momento.

-¡Oh, Michael! Me temo que todo esto te está robando tiempo y ocasionando quebraderos de cabeza; de veras que no me esperaba tanto -dijo mientras lo miraba primero a él, con su traje de hombre acaudalado, y luego a los muebles que le había encargado para adornar la habitación: demasiado caros y suntuosos para ella.

-En absoluto -dijo Henchard con ruda afabilidad-. Es una simple casita, que no me cuesta prácticamente nada. Y en cuanto a lo de robarme el tiempo -aquí su rostro rojo y negro se encendió con satisfacción-, tengo un socio espléndido que se encarga ahora de mis negocios, un hombre como he visto pocos en la vida. Pronto podré dejarlo todo en sus manos y disponer de un tiempo libre que no he conocido en los últimos veinte años.

Las visitas de Henchard se hicieron tan frecuentes y periódicas que pronto se rumoreó en Casterbridge -y luego se discutió abiertamente- que el dominante y ascético alcalde había sido seducido y ablandado por la dulce viuda, la señora Newson. Su famosa y altiva indiferencia hacia el otro sexo, del que se mantenía sistemáticamente apartado, añadía una nota romancesca a un asunto que, de otro modo, habría sido completamente prosaico. Sólo resultaba explicable que eligiera a una mujer pobre y frágil si mediaban consideraciones de índole familiar, en las que la pasión sentimental no tiene cabida alguna; en efecto, se sabía que a los dos los unía cierto tipo de parentesco. La señora Henchard estaba tan pálida que los mozos la llamaban «la aparecida». A veces Henchard oía este epíteto cuando paseaban juntos por los Walks -como se llamaban los paseos sobre las murallas-, y esto le hacía enfurruñarse y fulminar a los que comentaban con una mirada atroz. Pero no decía nada.

El personalmente agilizó los preparativos de su enlace, o mejor dicho de su reenlace, con esta pálida criatura, con una tenacidad y un espíritu inquebrantable consecuentes con la manera en que él solía hacer sus cosas. Nadie habría sospechado que el trajín que había aquellos días en su caserón no estaba animado por ningún fuego ama-

torio ni pasión romántica, sino sólo por estas tres resoluciones: la primera, reparar el daño hecho a la desdeñada Susan; la segunda, proporcionar un hogar confortable a Elizabeth-Jane bajo su ojo paterno; y tercera, castigarse a sí mismo con las espinas que estos actos reparadores traían consigo, entre ellos la mengua de crédito ante la opinión pública por casarse con una mujer comparativamente tan humilde.

Susan Henchard subió por primera vez en su vida a un coche al montar en la modesta berlina que se paró en su puerta el día de la boda para llevarla a ella y a Elizabeth-Jane a la iglesia. Era una mañana sin viento, con una templada lluvia de noviembre que caía como harina y se posaba en forma de polvo sobre el terciopelo de sombreros y gabanes. Se veían pocas personas fuera de la iglesia, si bien el interior estaba abarrotado. El escocés, que hizo de padrino, era el único de los invitados que conocía la verdadera historia de los contrayentes. Pero era demasiado inexperimentado, y a la vez demasiado consciente de la seriedad de lo que estaba teniendo lugar, para ver el lado irónico, teatral, de la escena. Eso exigía el genio especial de personajes como Christopher Coney, Solomon Longways, Buzzford y compañía, que, sin embargo, no estaban en el secreto; hacia el final de la ceremonia, se reunieron en la acera contigua a la explanada a comentar el acto según Dios les dio a entender.

-Hace cuarenta y cinco años que vivo en esta ciudad -dijo Coney-, y que me lleve el diablo si he visto antes a un novio esperar tanto para llevarse tan poco. Después de esto, Nance Mockridge, seguro que hay también una oportunidad para ti. -La observación iba dirigida a una mujer que se hallaba a sus espaldas, la misma que había denigrado en público el pan malo de Henchard cuando Elizabeth y su madre llegaron a Casterbridge.

-Pero que me muera si me caso con alguien como él, o como tú -replicó la dama-. En cuanto a ti, Christopher, te conocemos de sobra, y más vale callarse. Y en cuanto a él -apuntilló bajando el tono de la voz- se dice que fue un pobre aprendiz, y que conste que eso no me lo he inventado yo, y que empezó en la vida siendo más pobre que las ratas.

-Y ahora gana no sé cuánto por minuto -murmuró Longways-. Cuando se dice de alguien que gana no sé cuánto por minuto estamos ante un hombre que hay que tener en cuenta. Volviéndose, vio una cara de torta surcada de arrugas y reconoció el semblante sonriente de la mujer gorda que había solicitado otra canción en Los Tres Marineros-. Y bien, tía Cuxsom -dijo-, ¿qué te parece la cosa? Aquí tienes a la señora Newson que está en los puros huesos y que se lleva a otro marido que la sustente, mientras que una mujer de tu tonelaje no lo ha conseguido.

-No, no he buscado a otro que me zurre... Sí, Cuxsom se fue, se fue también el que llevaba los pantalones.

-Sí, y que sea lo que Dios quiera.

-A mis años no vale la pena pensar en otro marido -prosiguió la señora Cuxsom-. No obstante, que me muera si no soy tan respetable como ella.

-Cierto. Tu madre era una mujer muy buena. Me acuerdo muy bien de ella. La recompensó la Sociedad Agrícola por ser la que más niños sanos había traído al mundo sin ayuda de la parroquia y por ser un dechado de virtud.

-Por eso vivimos siempre en la pobreza, por ser una familia tan numerosa.

-Claro. Donde los cerdos son muchos, el agua escasea.

-¿Y no te acuerdas de cómo cantaba mi madre, Christopher? -continuó la señora Cuxsom, enardeciéndose al recordar otros tiempos-, ¿y de cuando fuimos con ella a la fiesta de Mellstock, eh? A casa de la vieja Ledlow, la tía del granjero Shinar, ¿no te acuerdas? La que llamábamos Piel de Sapo porque tenía la cara amarilla y llena de pecas, ¿no te acuerdas?

-¡Hombre, vaya que si me acuerdo! -exclamó Christopher Coney.

-Yo me acuerdo muy bien, pues tenía la edad en que se empieza a pensar en un marido; o sea, que era medio muchacha y medio mujer. Y ¿no te acuerdas -prosiguió dando a Solomon unos golpecitos en el hombro con la punta del dedo mientras le centelleaban sus ojos fruncidos-, no te acuerdas del vino de Jerez y de las despabiladeras de plata, y de cuando

Librodot

Joan Dummett se puso mala a la vuelta y Jack Griggs tuvo que llevarla en brazos por todo el barro y la dejó caer en las vaquerizas del lechero Sweetapple y tuvimos que limpiarle la falda con hierba? Nunca nos vimos en un lío tan gordo...

-Y que lo digas. Qué tiempos tan locos... Ah, y las millas que me hacía yo entonces, y ahora apenas si puedo saltar una zanja...

Sus recuerdos se vieron cortados en seco por la aparición de la pareja que se había vuelto a casar; Henchard les lanzó una mirada ambigua -muy propia de él-, que denotaba a la vez satisfacción e intenso desdén.

-Bueno, por muy abstemio que él se proclame, la verdad es que no hacen muy buena pareja -dijo Nance Mockridge-. Pronto se arrepentirá ella de este matrimonio. El tiene algo de Barba Azul que no tardará mucho en salir a flote.

-¡Bobadas! El hombre es un buen partido. Lo que pasa es que siempre hay gente que pide lo imposible. Si yo pudiera elegir entre mil maridos, me quedaría con ése. Una mujer paliducha como ésa que apenas si tiene un par de corpiños y camisones como ajuar.... ¡Vaya regalo que le ha caído del cielo!

La pequeña y modesta berlina se perdió en la niebla, y los curiosos se dispersaron.

-Bueno, ya no sabe uno qué pensar de la vida en estos tiempos que corren -dijo Solomon-. Ayer cayó muerto un hombre a pocas millas de aquí; hoy, con esta boda tan rara y el tiempo tan húmedo que hace, la verdad es que no merece la pena ponerse a trabajar en nada serio. Estoy tan deprimido con la mala cerveza que llevo bebiendo las últimas semanas que voy a ver si entro un poco en calor en Los Tres Marineros.

-Me parece que te voy a acompañar, Solomon -dijo Christopher-. Tengo el gaznate más viscoso que un caracol.

XIV

Con la entrada de la señora Henchard en la amplia casa de su marido, y en su respetable órbita social, se inició un veranillo de San Martín, que resultó todo lo luminoso que tales veranillos suelen ser. Henchard, a fin de que su mujer no echara de menos un afecto más profundo del que podía darle, se esforzó por manifestar algo parecido a él en algunos actos externos. Entre otras cosas, mandó pintar de verde claro las verjas de hierro, que no habían dejado de oxidarse durante los últimos ochenta años, y alegró las ventanas georgianas, de rejas pesadas y cristales pequeños, con tres manos de pintura blanca. En general, se mostró con ella todo lo afable que podía ser alguien que era alcalde y prioste. La casa era grande, las habitaciones hermosas y los rellanos amplios; y la presencia de las dos modestas mujeres apenas se hizo notar.

Para Elizabeth Jane, esta época fue sencillamente esplendorosa. La libertad de que disfrutaba, la indulgencia con que era tratada, sobrepasaban sus expectativas. La vida reposada, fácil y acomodada que supuso para ella el matrimonio de su madre entrañó también un cambio considerable en su persona. Descubrió que podía tener caprichos y prendas de vestir con sólo pedirlos, y, como dice el refrán medieval, «tomar, tener y retener son palabras agradables». Con la paz de espíritu vino el desarrollo, y con el desarrollo la belleza. No carecía de ese tipo de conocimiento que es resultado de la intuición personal; le faltaban, empero, conocimientos concretos. Según fue pasando el invierno y la primavera, su rostro y su talle delgados se llenaron de curvas más redondas y suaves; las arrugas de la frente desaparecieron; la palidez de la tez, que había considerado un rasgo de su naturaleza, desapareció asimismo con la nueva abundancia, y sus mejillas experimentaron un renacimiento. Tal vez sus pensativos ojos grises revelaban a veces una alegría maliciosa, si bien esto era infrecuente: la sabiduría que parecían destilar sus pupilas no hacía buenas migas con tales frivolidades. Al igual que todas las personas que han conocido tiempos difíciles, el desenfado le parecía una actitud demasiado irracional e inconsecuente para convertirlo en hábito: se había acostumbrado desde muy joven a razonamientos de especial responsabilidad. No conocía esos cambios bruscos de estado de ánimo que afligen a tantas personas sin justificación; nunca -parafraseando a un poeta reciente- aparecía en el alma de Elizabeth-Jane una nube cuyo origen ella desconociera. Su alegría presente era proporcional a las sólidas garantías que le brindaba su nueva situación.

Alguien podía haber dicho que una muchacha que se estaba volviendo guapa con visible celeridad y que se hallaba rodeada de todo tipo de comodidades y, por primera vez en su vida, de todo el dinero que quería iba también a mostrarse obsesiva con la indumentaria. Pero no. La sensatez que la caracterizaba en ningún otro aspecto era más patente que en el atuendo personal. Mantenerse en la retaguardia de los caprichos accesibles es tan loable como mantenerse en vanguardia de los negocios. Esta muchacha sencilla actuaba así movida por una percepción innata que rozaba la genialidad, y aquella primavera se abstuvo de abrirse como una planta acuática y de vestirse con los adornos y perifollos que se estilaban entre las muchachas pudientes de Casterbridge. Su triunfo estaba atemperado por la circunspección: aún tenía ese temor del ratón de campo al arado del destino a pesar de las bellas promesas, cosa corriente en las personas reflexivas que han sufrido desde muy temprano la pobreza y las estrecheces. «No me mostraré demasiado alegre por ningún concepto -se decía para sí-. Sería tentar a la Providencia para que nos volviera a afligir a mi madre y a mí como en el pasado.»

Ahora solía ir vestida con una cofia de seda negra, un abrigo de terciopelo o toquilla de seda y vestido oscuro, y usaba sombrilla. Este último artículo tenía un ribete sencillo y un anillo de marfil a modo de cierre. Era curioso que sintiera necesidad de esta sombrilla. Descubrió que, con el aclarado de su tez y el sonrosamiento de sus mejillas, su

Librodot

cutis se había vuelto más sensible a los rayos del sol; y, convencida de que la tez pálida formaba parte de la feminidad, decidió proteger su piel en el acto.

Henchard se había encariñado con la muchacha, que salía con él con más frecuencia que con su madre. Un día, su aspecto era tan atractivo que la miró detenidamente.

-Tenía una cinta a mano, y decidí darle unas puntadas -balbuceó, pensando que tal vez encontraba demasiado llamativo aquel adorno.

-Por supuesto. Claro -replicó él a su manera leonina-. Haz como te plazca o, mejor, como te aconseje tu madre. Por Dios, no pensarás que yo me entrometo en tu manera de vestir...

En casa, Elizabeth se dividía el cabello con una raya que discurría a modo de arco de oreja a oreja. Por delante de esta línea, todo estaba cubierto de rizos; por detrás, lo llevaba liso y recogido en un moño.

Una mañana, los tres miembros de la familia se hallaban desayunando juntos, y Henchard, como era su costumbre, estaba mirando en silencio esa cabellera de color castaño más bien claro.

-Creía que el cabello de Elizabeth-Jane... ¿No me dijiste, cuando era aún bebé, que su pelo iba a ser negro cuando creciera? -dijo a su mujer.

Ella pareció sorprendida, le pisó el pie a modo de advertencia y murmuró:

-¿De veras?

Tan pronto como Elizabeth hubo partido a su habitación, Henchard retomó el tema:

-Caramba, casi me había olvidado... Lo que quería decir es que, de pequeña, la muchacha parecía que iba a ser más morena, ¿no?

-Sí. Pero el color del cabello también cambia con el tiempo -contestó Susan.

-Sabía que se vuelve más oscuro. Pero no que pudiera aclararse...

-Oh, sí. -Y en su rostro apareció de nuevo la misma expresión de angustia, que el futuro se encargaría de descifrar. Se disipó al proseguir Henchard:

-Bueno, pues tanto mejor. Y ahora, escucha una cosa, Susan: me gustaría que la llamaran señorita Henchard, no señorita Newson. Mucha gente lo hace ya sin darse cuenta; es su nombre legal. Así que podría ser también su nombre habitual. No me gusta que lleve otro apellido que el de mi propia carne y sangre. Lo anunciaré en el periódico de Casterbridge, como suele hacerse en tales casos. Seguro que a ella no le importará.

-No. Desde luego que no. Pero...

-Bien, así lo haré -sentenció-. Seguro que, si ella no pone reparos, a ti te gustará igual que a mí.

-Oh, sí. Si ella está de acuerdo, por qué no -replicó. A continuación, la señora Henchard actuó de forma inconsecuente: alguien podría haber dicho con falsedad, si no hubiera sido porque su actitud estaba regida por la emoción y la seriedad de quien desea obrar con rectitud aun a costa de su propio bienestar. Fue a buscar a Elizabeth-Jane, que se hallaba cosiendo en su saloncito de arriba, y le contó lo que se había comentado sobre su apellido.

-¿Estás de acuerdo? ¿No te parece un falta de consideración con Newson, ahora que está muerto?

Elizabeth reflexionó.

-Lo pensaré detenidamente, mamá -contestó.

Cuando, horas después, vio a Henchard, su manera directa de abordar el asunto dejó ver que había adoptado el sentir de su madre.

-¿Deseas mucho este cambio? -le preguntó.

-¿Que si lo deseo? Por todos mis antepasados, ¡qué jaleo montáis las mujeres por cualquier insignificancia! Era una simple sugerencia, nada más. Ahora, Elizabeth-Jane,

haz lo que más te agrade. Sabe Dios que no interferiré en tu decisión. No quiero que lo hagas sólo por agradarme a mí.

Aquí se dejó el asunto, y no se habló más ni se hizo nada al respecto, y a Elizabeth siguieron llamándola señorita Newson, y no según su apellido legal.

Entretanto, el negocio de los granos prosperó bajo la gestión de Donald Farfrae de manera espectacular. Si antes se había movido a saltos, ahora se movía sobre ruedas. El viejo y tosco sistema *viva voce* de Henchard, en el que todo dependía de su memoria y los tratos se cerraban de palabra, había quedado abolido. Un sistema de cartas y libros mayores sucedió al de «Lo haré» y «Lo tendrás», y, como ocurre siempre que se produce un progreso, lo pintoresco del viejo método desapareció junto con sus incomodidades.

La situación de la habitación de Elizabeth Jane (en la parte más alta de la casa) le permitía observar con exactitud cuanto acontecía en los almacenes y graneros, allende el jardín. Había comprobado que Donald y el señor Henchard eran inseparables. Cuando caminaban juntos, el segundo posaba el brazo con toda naturalidad sobre el hombro del primero, como si fuera su hermano mayor, y su gran envergadura corporal lo obligaba a inclinarse ligeramente bajo el peso De vez en cuando oía una salva de carcajadas por parte de Henchard, fruto de algún comentario del administrador, el cual parecía sin embargo completamente inocente y no reía en absoluto. Resultaba evidente que el solitario Henchard había encontrado en el joven escocés a un ameno acompañante además de a un hábil consejero. La brillantez intelectual de Donald seguía despertando en el comerciante de granos la misma admiración de los primeros días. La pobre opinión, bastante mal disimulada, que tenía de la falta de fuerza y arrestos físicos del delgado Farfrae se hallaba más que compensada por el inmenso respeto que sentía por su capacidad mental.

El sereno discernimiento de Elizabeth le hizo descubrir que el afecto de tigre que Henchard profesaba al joven, su constante deseo de tenerlo a su lado, se manifestaba de vez en cuando como una tendencia a dominar, que, sin embargo, desaparecía rápidamente en cuanto Donald daba muestras de sentirse contrariado. Un día en que estaba mirándolos a los dos desde su atalaya , oyó a Donald comentar, junto a la puerta que separaba el jardín del patio, que el hábito de andar e ir siempre juntos prácticamente neutralizaba su valor como segundo par de ojos, que debían emplearse en los sitios donde no estaba el par principal.

-¡Al diablo! -exclamó Henchard-. ¡Qué me importa a mí tener otro par de ojos por ahí! Me gusta tener al lado a alguien con quien poder hablar. Ahora vamos a cenar algo y no le dé demasiadas vueltas a las cosas, o me volverá loco.

Cuando Elizabeth salía a pasear con su madre, a menudo veía al escocés mirarlas con especial interés. El hecho de que él la hubiera conocido en Los Tres Marineros era insuficiente para explicarlo, pues las pocas veces en que ella había entrado en su habitación, ni siquiera había levantado los ojos. Además, era sobre todo a su madre a la que, para su semiinconsciente, simple y tal vez perdonable decepción, casi siempre miraba. Por eso no se le ocurrió atribuir este interés a su atractivo personal y decidió que se trataba de una simple figuración suya, una manera especial que tenía el señor Farfrae de mirar. No adivinaba que la conducta de éste no tenía nada que ver con la vanidad personal, sino con el hecho de ser el depositario de las confidencias de Henchard respecto a la desconsideración con que había tratado en el pasado a la pálida y cohibida mujer, su madre, que caminaba a su lado. Sus conjeturas acerca de dicho pasado nunca fueron más allá de unas cuantas vaguedades basadas en cosas oídas y vistas de manera fortuita: simples rumores de que Henchard y su madre podían haber sido amantes en sus años jóvenes, y que luego se habían separado tras una pelea.

Como se ha apuntado, Casterbridge era una ciudad construida en bloque sobre un campo de trigo. No tenía suburbios en el sentido moderno ni había fase intermedia entre población y campo. Se hallaba nítidamente separada de los campos fértiles que la rodeaban, como un tablero de ajedrez del tapete en que reposa. Un joven labriego podía

Librodot

arrojar una piedra desde el pajar a la ventana del empleado municipal; los cosechadores podían saludar, sin abandonar sus gavillas, a los que paseaban por la acera; el juez condenaba al ladrón de ovejas al son de los balidos de las ovejas no robadas; y, en las ejecuciones, se trasladaba a las vacas a otro prado para dejar sitio a la muchedumbre de curiosos.

El trigo de la parte alta de la ciudad pertenecía a los campesinos que vivían en el barrio oriental, llamado Durnover. Aquí múltiples almiares dominaban las antiguas calles romanas y apoyaban sus aleros contra la torre de la iglesia, y graneros con techumbre verde y puertas tan altas como las del templo de Salomón daban directamente a la carretera principal. Los graneros eran tan numerosos que había uno por cada media docena de casas. Aquí vivían los ciudadanos que acudían diariamente a las faenas del campo y los pastores que se sentían ahogados entre los muros de la ciudad. Una calle de casas de labranza, una calle regida por el alcalde y el consistorio municipal pero que resonaba con el golpeteo del mayal, el aleteo del aventador y el susurro de la leche al caer en el balde, una calle que no tenía nada de urbana: así era el barrio más apartado de Casterbridge llamado Durnover.

Como es natural, Henchard trataba bastante a este vivero de pequeños labriegos que tenía tan a mano, y sus carromatos se veían a menudo por aquí. Un día, mientras se hacían los preparativos para transportar el trigo de una de estas granjas, Elizabeth-Jane recibió una nota escrita a mano en la que se le pedía el favor de acudir de inmediato a uno de los graneros de Durnover Hill. Como era precisamente el granero del que Henchard estaba retirando el trigo, pensó que la petición tenía algo que ver con esta actividad y dirigió sus pasos hacia aquel lugar tan pronto se hubo calado la cofia. El granero estaba en el patio de la granja, sobre unos pegollos de piedra suficientemente elevados que permitían pasar por debajo. Las puertas estaban abiertas, pero no había nadie dentro. Sin embargo, Elizabeth entró y esperó. Al poco tiempo vio una figura aproximarse; era Donald Farfrae. Este miró el reloj de la iglesia y entró en la granja. Por alguna inexplicable timidez -evitar verse a solas con él-, trepó velozmente por la escalera de mano que conducía al granero y entró sin que le diera tiempo a verla. Creyendo estar solo, Farfrae avanzó, y, como empezaban a caer unas gotas, acudió a cobijarse al mismo lugar que ella acababa de dejar. Se apoyó sobre uno de los pegollos, disponiéndose a esperar pacientemente. Era evidente que también él esperaba a alguien; ¿sería a ella misma, por casualidad? En tal caso, ¿por qué? Unos minutos después, miró el reloj y luego sacó una nota, idéntica a la que ella había recibido.

La situación empezó a resultar harto embarazosa con el paso de los minutos. Salir por la puerta, que estaba justo encima de la cabeza de Farfrae, bajar por la escalera y mostrar, así, que había estado ocultándose en el granero le parecía tan ridículo que decidió seguir esperando. A su lado había una aventadora; para aliviar la tensión, ésta movió suavemente la manivela, lo que levantó una nube de cascarilla que le cubrió la ropa y la cofia y se le adhirió a la toquilla. El debió oír aquel pequeño ruido, pues miró hacia arriba y se dispuso a subir las escaleras.

-Caramba, señorita Newson -exclamó al verla allí, en el granero-. No imaginaba que estuviera usted aquí. He obedecido a su citación, y aquí me tiene, a su servicio.

-Oh, señor Farfrae -dijo ella balbuceando-, eso mismo me ocurre a mí. Pero yo no sabía que era usted quien deseaba verme. De lo contrario...

-¿Que yo deseaba verla? Ah, no. Quiero decir que... debe tratarse de algún error.

-¿No me pidió usted que viniera aquí? ¿No escribió usted esto? -Elizabeth le mostró la nota.

-No. Nunca se me habría ocurrido esta idea. Y, en cuanto a usted, ¿de veras no ha escrito esto? ¿No es ésta su letra? -Y le mostró la suya.

-Por supuesto que no.

Librodot

-Ya, ya veo que no. Entonces es alguien que quiere vernos a los dos. Tal vez debamos esperar un poco más.

Esta suposición los convenció para quedarse un rato más. Elizabeth-Jane había adoptado una expresión de quietud preternatural, y el joven escocés, a cada paso que oía fuera, se asomaba a ver si se trataba de quien los había citado. Se quedaron viendo cómo la lluvia se deslizaba por cada una de las pajas del almiar de enfrente; pero no llegaba nadie. La techumbre del granero empezaba a gotear.

-La persona en cuestión no parece que vaya a venir -intervino Farfrae-. Tal vez sea una broma, y, en tal caso, es una gran lástima que estemos perdiendo el tiempo de esta manera, con todo lo que hay por hacer.

-Una cosa muy insolente -observó Elizabeth.

-Cierto, señorita Newson. Algún día sabremos quién ha sido. Por mi parte, no creo que esto me quite el sueño; pero a usted, señorita Newson...

-No me importa... demasiado -replicó.

-Ni a mí tampoco.

Volvieron a guardar silencio.

-Supongo, señor Farfrae, que estará usted deseando volver a Escocia, ¿no?

-Pues no, señorita Newson. ¿Por qué dice usted eso?

-Lo digo por... por la canción que cantó usted en Los Tres Marineros... sobre Escocia y el hogar. Quiero decir... que nos pareció usted tan conmovido que nos dio lástima a todos los que estábamos allí presentes.

-Sí, es cierto que canté allí una canción... Pero, señorita Newson -la voz de Donald varió musicalmente entre dos semitonos, como siempre le ocurría cuando hablaba en serio-, a veces ocurre que sentimos una canción durante unos minutos, y que nuestros ojos se llenan de lágrimas; pero eso se termina, y por grande que sea el sentimiento puede dejar de importarnos o no volver a pensar en ello durante mucho tiempo. Ah, no. Yo no quiero volver a mi país. Sin embargo, cantaré esa canción siempre que usted me lo pida. La puedo cantar ahora, si lo desea.

-Gracias de veras, pero mucho me temo que debo irme, llueva o no.

-Claro. Una cosa, señorita Newson. Creo que es mejor que no comente nada sobre esta broma y que no le dé importancia. Y si el bromista le dice algo, muéstrese correcta con él, haciendo como si no le importara. Es la mejor manera de embromar a un bromista. -Mientras hablaba, sus ojos se fijaron en su vestido, aún salpicado de cascarilla-. Tiene usted broza y polvo en la ropa, ¿no se ha dado cuenta? -dijo con un tono de extremada delicadeza-. No conviene que llueva encima de la ropa cuando le ha caído polvo. Penetra en ella y la estropea. Permítame que le ayude a quitarse la broza. A ver si se va soplando.

Como Elizabeth no dijo ni sí ni no, Donald Farfrae empezó a soplarle por detrás y por los lacios del pelo, por el cuello, por la parte alta de la cofia y por la toquilla, mientras ella le agradecía cada soplo. Al final, Elizabeth quedó bastante limpia de polvo, si bien Farfrae, una vez superado el nerviosismo inicial, no parecía tener prisas por terminar.

-Y ahora voy a buscarle un paraguas -dijo.

Ella declinó su ofrecimiento, salió del granero y se alejó. Farfrae la siguió un rato hasta verla desaparecer mientras silbaba suavemente *Al pasar por Cannobie*.

Librodot

X V

Al principio, los habitantes de Casterbridge no prestaron demasiado interés a la juvenil belleza en ciernes de la señorita Newson. Si bien es verdad que la denominada hijastra del alcalde atraía las miradas de Donald Farfrae, lo cierto es que él era el único. La joven era un caso ilustrativo de la guasona definición del profeta Baruc: «La virgen que deseaba alegrarse».

Cuando salía de paseo, parecía enfrascada en su mundo interior, como si no tuviera necesidad de distracciones exteriores. Había hecho el firme propósito de reprimir sus caprichos en cuanto se refería a su atuendo pues consideraba impropio llamar la atención ahora que nadaba en la abundancia. Pero no hay nada más insidioso que un deseo nacido de una mera fantasía, ni que una necesidad nacida de un mero deseo. Un día de primavera, Henchard regaló a Elizabeth-Jane una caja de guantes de delicado color. Ella quiso ponérselos para mostrarle su agradecimiento, pero no tenía un sombrero que hiciera juego con ellos. Por razones de buen gusto decidió hacerse con uno. Cuando tuvo el sombrero a juego con los guantes, descubrió que no tenía un vestido a juego con el sombrero. En aquel punto le pareció necesario concluir la concatenación: pidió la prenda requerida y descubrió que no tenía sombrilla a juego con el vestido. De perdidos al río: compró la sombrilla, y su atavío quedó al fin completo.

Todo el mundo quedó maravillado, y hubo quien dijo que su antigua sencillez era el arte que se oculta con el arte, la «delicada impostura» de La Rochefoucault. Ella había producido un efecto, un contraste, de manera deliberada. En realidad, esto no era así, pero tuvo sus consecuencias: tan pronto como Casterbridge la consideró sofisticada la tuvo también por merecedora de atención. «Es la primera vez en mi vida que me he sentido tan admirada -dijo para sí-. Aunque tal vez sea por parte de personas cuya admiración no merece la pena.»

Pero Donald Farfrae la admiraba también; y, en conjunto, pasó un período muy emocionante. La feminidad nunca se había afirmado en Elizabeth con tanta fuerza, pues durante su vida anterior ésta había sido quizá demasiado impersonalmente humana para ser claramente femenina. Cierto día en que tuvo un éxito especial, de regreso a casa subió a su cuarto y se acostó sobre la cama boca abajo, sin preocuparle en absoluto la posibilidad de arrugar y estropear su atavío. «¡Cielo santo! -susurró-. ¡No puedo creer que pase por la belleza de la ciudad!» Tras unos momentos de reflexión, su habitual miedo a exagerar las apariencias produjo en ella una profunda tristeza. «Hay algo erróneo en todo esto -musitó-. Si conocieran mis defectos... Si supieran que no sé hablar italiano ni usar el globo terráqueo y que desconozco todas esas cosas que se aprenden en los internados... ¡Cómo me despreciarían! Más me valdría vender todos estos perendengues y comprarme libros de gramática y diccionarios y una historia de todas las filosofías.»

Miró por la ventana y vio a Henchard y a Farfrae conversando en el patio, el alcalde con impetuosa cordialidad y el joven con atenta afabilidad, como solía ser la norma. Qué recia amistad la que unía a aquellos dos hombres. Y, sin embargo, la semilla que iba a envenenar aquella relación estaba en aquel momento echando raíces en una grieta de su estructura.

Serían las seis de la tarde. Los mozos volvían a sus casas uno tras otro. El último en partir era un joven de diecinueve o veinte años, cargado de espaldas, que no dejaba de parpadear y cuya boca se abría al menor pretexto, al parecer porque no tenía barbilla en que apoyarse. Henchard le gritó cuando ya salía por el portón.

-¡Eh, Abel Whittle, venga aquí!

Whittle se volvió y acudió dando zancadas.

-Sí, amo -dijo con tono amedrentado y la respiración entrecortada, como adivinando lo que iba a venir después.

Librodot

-Una vez más le repito: procure llegar mañana a la hora. Ya ve todo lo que hay que hacer. Cumpla lo que le mando; sabe que no voy a permitir que siga jugando conmigo por más tiempo.

-Sí, amo.

Abel Whittle se retiró, y después Henchard y Farfrae; y Elizabeth los perdió de vista.

Pues bien, Henchard tenía toda la razón del mundo para emplear este tono airado. El «pobre Abel», como le llamaban, tenía la costumbre inveterada de que se le pegaran las sábanas y llegar tarde al trabajo. El deseaba vivamente ser de los primeros; pero si sus compañeros se olvidaban de tirar del hilo que se ataba siempre al pulgar del pie y que dejaba colgado de la ventana a este fin, su voluntad era como pluma al viento. Imposible llegar a la hora.

Como a menudo era auxiliar en el pesaje del heno, o en la cabria de levantar los sacos, o era uno de los que tenían que acompañar a los carros al campo a recoger la parva que se había comprado, este defecto de Abel causaba muchos inconvenientes. Dos días seguidos de la presente semana había hecho esperar a los demás casi una hora. De ahí la amenaza de Henchard. Ahora estaba por ver lo que ocurriría al día siguiente.

Dieron las seis, y Whittle no aparecía. A las seis y media Henchard entró en el patio: estaba listo el carro que Abel debía acompañar; y el otro hombre llevaba ya esperando veinte minutos. Henchard empezó a refunfuñar, y al ver a Whittle llegar jadeando en ese mismo instante, se volvió hacia él y le declaró con un juramento que aquélla sería la última vez; si llegaba otra vez tarde, le aseguraba que iría a su casa a sacarlo personalmente de la cama.

-Hay algo que no funciona bien en mi constitución, señor -dijo Abel-, especialmente en mi cerebro; me las veo y me las deseo para recordar el Padrenuestro. Sí, esta desgracia me vino siendo chico, antes de que me pagaran sueldo. Yo no disfruto de la cama para nada; en cuanto me tumbo me quedo dormido, y antes de despertarme ya me he levantado. Esto me revuelve la bilis, amo, pero ¿qué puedo hacer? Anoche me fui a la cama justo después de tomar una pizca de queso, y...

-¡No quiero oír nada más! -bramó Henchard-. Mañana los carros deben partir a las cuatro, y si no estás aquí a esa hora, prepárate a pasar vergüenza.

-Pero permítame que le explique mi problema, señor... Henchard se dio media vuelta.

-¡Me hace una pregunta y luego no quiere oír mis explicaciones! -dijo Abel dirigiéndose al patio en general-. Ahora voy a pasar toda la noche temblando de miedo como el segundero de un reloj.

El trayecto -hasta Blackmoor Vale- que debían hacer los carros al día siguiente era bastante largo, y a las cuatro varias linternas se movían ya por el patio. Pero Abel no aparecía. Antes de que los otros dos mozos tuvieran tiempo de acercarse a casa de Abel para avisarle, Henchard apareció en la puerta del jardín.

-¿Dónde está Abel Whittle? ¿No ha venido después de todo lo que le dije? Ahora cumpliré mi palabra. Por todos mis antepasados que nada le servirá ya. Voy para allá.

Henchard salió disparado, entró en la casa de Abel, una casita en Back Street cuya puerta no se cerraba nunca porque los inquilinos no tenían nada de valor que guardar. Al llegar a la cama de Whittle, el tratante de granos soltó con su grave voz de contrabajo un grito tan terrible que el joven se despertó al instante y, al ver a Henchard ante él, sufrió una sacudida galvánica y le entraron unos movimientos espasmódicos que no tenían demasiada relación con los que uno hace al ponerse la ropa.

-¡Fuera de la cama, señorito! ¡Vamos al granero o le despido hoy mismo! Esto para que le sirva de lección. Vamos, marchando. No hace falta que se ponga los pantalones.

El infeliz Whittle se puso el chaleco de mangas y consiguió calzarse las botas en el pie de las escaleras, mientras Henchard le calaba el sombrero en la cabeza. Whittle salió trotando por Back Street, seguido a cierta distancia de un Henchard ceñudo.

Librodot

Justo en aquel momento, Farfrae, que había ido a casa de Henchard a buscarlo, salió a la puerta trasera y vio flotando en la bruma matutina algo blanco, que pronto percibió era parte de la camisa de Abel que asomaba bajo su chaleco.

-Por Baco, ¿qué es lo que veo? -exclamó Farfrae, siguiendo a Abel hasta dentro del patio, mientras Henchard se quedaba algo rezagado.

-Ya ve, señor Farfrae -gimoteó Abel con una sonrisa resignada de terror-. Dijo que me haría pasar vergüenza si no me levantaba temprano. Ya ve usted, señor Farfrae, que no puedo remediarlo; a veces ocurren cosas raras. Sí. Voy a ir a Blackmoor Vale medio en cueros como estoy, pues así me lo manda; pero luego me quitaré la vida. No puedo sobrevivir a esta vergüenza, pues las mujeres mirarán por las ventanas durante todo el camino, y se mofarán de mí al verme sin pantalones. Ya sabe usted, señor Farfrae, cómo me sientan a mí estas cosas, y los pensamientos negros que me asaltan. Sí. Voy a atentar contra mi vida. Presiento que va a ocurrir.

-Vuelva a casa a ponerse los pantalones, y póngase a trabajar como un hombre. Si no lo hace, verá la muerte aquí mismo.

-Siento decirle que no debo. El señor Henchard me ha dicho...

-¡No me importa lo que haya dicho el señor Henchard ni nadie en el mundo! Es sencillamente una locura trabajar así. Vaya a vestirse al instante, Whittle.

-¡Hombre, qué veo! -dijo Henchard, que llegaba por detrás-. ¿Quién lo manda a casa otra vez?

Todos los mozos miraron hacia Farfrae.

-Yo -dijo Donald-. Creo que la broma ha ido demasiado lejos.

-Y yo digo que no. Súbase al carro, Whittle.

-No mientras yo sea el administrador -dijo Farfrae-. O vuelve a su casa a vestirse o soy yo quien se va de esta casa para siempre

Henchard lo miró con el semblante endurecido y encendido. Pero se contuvo, y sus ojos se encontraron. Donald se le acercó, pues vio en la expresión de Henchard que empezaba a arrepentirse.

-Vamos -dijo Donald tranquilamente-, un hombre de su posición debería portarse mejor, señor. Es una acción tiránica, indigna de usted.

-No es ninguna acción tiránica -murmuró Henchard como un chico enfurruñado- Es para que se acuerde de una maldita vez. -Y añadió, acto seguido, con la amargura de quien se ha sentido profundamente herido-: ¿Por qué me ha hablado así delante de ellos, Farfrae? Podía haber esperado a que estuviéramos solos. Ah. Ya sé por qué. Porque, tonto de mí, le conté el secreto de mi vida, y ahora se aprovecha.

-Lo había olvidado -dijo Farfrae con total sencillez. Henchard miró al suelo, no dijo nada más y se retiró. A lo largo de aquel mismo día, Farfrae se enteró por los empleados de que Henchard había provisto a la vieja madre de Abel de carbón y rapé durante todo el invierno anterior, lo que suavizó su animadversión. Pero Henchard siguió malhumorado y taciturno, y al preguntarle uno de los hombres si debía subirse la avena a una planta superior, se limitó a decir:

-¡Preguntádselo al señor Farfrae. ¡Es él el amo aquí!

Moralmente sí lo era; de eso no cabía ninguna duda. Henchard, que durante años había sido el hombre más admirado en su círculo, había dejado de serlo. Un buen día, las hijas de un agricultor recién fallecido de Durnover que querían conocer el valor de sus almiares mandaron a un mensajero a buscar al señor Farfrae. El mensajero, que era un niño, se encontró en el patio no con Farfrae, sino con Henchard.

-Muy bien -dijo-. Iré yo.

-Pero ¿no va a ir el señor Farfrae? -dijo el niño.

-Yo iba en esa dirección... ¿Por qué preguntan por el señor Farfrae? -dijo Henchard con la mirada ausente-. ¿Por qué la gente siempre quiere ver al señor Farfrae?

-Supongo que es porque les gusta más. Eso es lo que dicen.

-Ah, ya veo. Conque eso es lo que dice la gente, ¿eh? Gusta más porque es más listo que el señor Henchard, y porque sabe más; y dentro de poco el señor Henchard no podrá siquiera atarle los cordones de los zapatos, ¿no es eso?

-Sí, eso es, señor; algo así.

-Ah, y hay más. Por supuesto que hay más. ¿Qué más hay? Vamos, te doy seis peniques para la feria.

-Y porque tiene mejor carácter, y Henchard no sabe nada a su lado. Eso dice la gente. Y a unas mujeres que volvían a casa les oír decir: «Farfrae es una joya; Henchard es un cabo de cera. Farfrae es el mejor; el que todas se querrían llevar», eso decían. Y también: «Es el que más entiende de los dos, con mucha diferencia. Ojalá fuera él el amo en vez de Henchard», decían.

-Paparruchas -replicó Henchard con disimulada amargura-. Bueno, ahora puedes irte. Iré yo a tasar el heno, ¿me oyes? Iré yo.

El zagal se marchó, y Henchard murmuró: «¡Así que les gustaría que fuera él el amo! ».

Y partió hacia Durnover. De camino, alcanzó a Farfrae, y fueron caminando juntos, Henchard casi siempre con la mirada clavada en el suelo.

-Hoy no me parece usted el de siempre -comentó Donald.

-¿Cómo que no? Pues sí, señor; soy el de siempre -dijo Henchard.

-No sé. Lo noto algo abatido. Pero ¿por qué? No tiene motivos. Hemos conseguido un grano espléndido en Blackmoor Vale. Por cierto, la gente de Durnover quiere que se les tase el heno.

-Sí. Voy para allá.

-Iré con usted. -Como Henchard no contestaba, Donald empezó a tararear una musiquilla hasta que, llegados a la puerta de las recientes huérfanas, dijo-: Ah, como su padre ha muerto, dejaré de tararear. ¡Cómo habré podido olvidarme!

-¿Le importa de veras herir los sentimientos de la gente? -observó Henchard con cierta sorna-. Pues con los míos no se ve.

-Perdone si le he herido en algo -replicó Donald, deteniéndose con una expresión de profundo pesar-. Pero ¿por qué dice eso, cómo se le puede ocurrir semejante cosa?

El ceño de Henchard se disipó, y, antes de que Donald terminara de hablar, se volvió hacia él, mirándole al pecho en vez de a la cara.

-He oído cosas que me ofenden -dijo-. Eso explica la sequedad de mi actitud, y me ha impedido ver quién es usted realmente. Y ahora, Farfrae, no quiero ocuparme de ese heno. Usted lo hará mejor que yo. Además, han mandado por usted, y yo tengo que asistir a una reunión del consistorio a las once, dentro de poco.

Y se despidieron de esta manera con renovada amistad. Donald no quiso preguntar a Henchard el porqué de algunas cosas que no tenía muy claras. Éste, por su parte, recuperó la tranquilidad. Sin embargo, siempre que pensaba en Farfrae, lo hacía con cierto resquemor; y a menudo lamentaba haberle abierto el corazón para confiarle los secretos de su vida pasada.

Librodot

X V I

Ésta fue la causa de que su actitud hacia Farfrae se hiciera cada vez más reservada. Se volvió cortés, demasiado tal vez, y Farfrae se sorprendió ante las buenas maneras que por primera vez se manifestaban entre las cualidades de un hombre que hasta la fecha se había comportado con cierta indisciplina, si bien de manera cordial y sincera. El tratante de granos raras veces, o nunca, volvió a poner la mano sobre el hombro del joven, hasta casi aplastarlo bajo la presión de su mecanizada amistad. Dejó de acercarse a las dependencias de Donald y de gritarle al verlo pasar: «¡Eh, Farfrae, buen hombre, venga a cenar con nosotros. No querrá cenar solo como un anacoreta! ». No obstante, en sus relaciones en el trabajo cotidiano hubo pocos cambios.

Sus vidas siguieron transcurriendo de esta manera hasta que un buen día el gobierno sugirió a todo el país hacer una fiesta en celebración de un acontecimiento de importancia nacional que acababa de producirse hacía poco.

Casterbridge, de naturaleza lenta, no se apresuró a responder a dicha sugerencia. Luego, Donald Farfrae comentó el asunto con Henchard y le preguntó si no le importaba prestarle algunas de las lonas que se empleaban para cubrir el heno, pues pensaba, en colaboración con otros, organizar algún tipo de diversión con motivo de la festividad montando una especie de pabellón, lo que le permitiría cobrar entrada.

-Coja todas las lonas que desee -contestó Henchard.

Al ver que su administrador seguía adelante con el asunto, Henchard se picó, deseando emularlo. Ciertamente, había sido una negligencia por su parte no convocar ninguna reunión previa para tratar sobre lo que se podía hacer para tan señalada ocasión. Pero Farfrae se había mostrado tan endiabladamente rápido que había arrebatado toda iniciativa a las anticuadas autoridades municipales. Sin embargo, aún había tiempo. Pensándolo mejor, Henchard decidió tomar la entera responsabilidad de la organización de los festejos, si el pleno del consistorio dejaba el asunto en sus manos. Sobre este punto no hubo ninguna oposición, pues la mayoría de los concejales eran viejos carcamales cuya mayor obsesión consistía en vivir sin preocupaciones.

Así pues, Henchard empezó a hacer los preparativos para algo que tuviera cierta brillantez, algo que fuera digno de la venerable villa de Casterbridge. En cuanto al modesto plan de Farfrae, Henchard casi lo había olvidado. Sólo alguna que otra vez se acordaba de él, y se decía entre dientes: «¡Cobrar entrada por cabeza! Muy propio de un escocés... ¡Quién va a pagar aquí nada!». La diversión que pensaba ofrecer él era completamente gratuita.

Henchard se había acostumbrado a depender de Donald hasta el punto de consultarle sistemáticamente cualquier cosa que emprendía. Pero ahora había dejado de hacerlo por autoimposición personal. No, pensó; el lúcido Farfrae sugeriría tantos planes de reforma que él, Henchard, se vería reducido al papel de segundo violín y obligado a tocar la música al compás que le dictara su gerente.

Todo el mundo aplaudió la propuesta de festejos del alcalde, especialmente al saberse que éste pensaba costearlos de su propio bolsillo.

Junto a la ciudad había un altozano verde rodeado de un antiguo terraplén cuadrado -los terraplenes más o menos cuadrados eran allí más corrientes que las zarzamoras-, un lugar en el que la gente de Casterbridge solía celebrar cualquier tipo de festejo, asamblea o feria de ganado que exigiera mayor espacio que el ofrecido por las calles. Por un lado bajaba hasta el río Froom, y desde cualquier punto se disfrutaba de una panorámica a muchas millas a la redonda. Aquella hermosa llanura iba a ser el escenario del brillante proyecto de Henchard.

Por medio de largos carteles de color rosa, dio a conocer a la población la celebración de todo tipo de juegos en dicho lugar. Y de inmediato contrató a todo un batallón de hombres que él supervisó directamente. Se erigieron postes untados de sebo para trepar, con jamones ahumados y quesos del lugar en lo alto. Se colocaron vallas en fila para saltar por encima.

Librodot

Sobre el río se extendió un tronco resbaladizo, con un cerdo vivo atado al otro extremo, destinado a convertirse en propiedad de quien lograra caminar sobre el palo y hacerse con él. Se suministraron también carretillas y burros para carreras, un estrado para boxear, luchar y otros deportes sangrientos, y sacos para quien quisiera participar en una carrera metido en ellos. Más aún, fiel a sus principios, Henchard suministró la materia prima para una merienda gigantesca, en la que cualquier persona que viviera en la villa estaba invitada a participar sin pagar nada. Las mesas se dispusieron en paralelo con la ladera interior de la muralla, y por encima se extendieron entoldados.

Al recorrer el lugar, el alcalde reparó en el aspecto poco atractivo de los preparativos de Farfrae en West Walk: lonas de diferentes tamaños y colores colgadas de los árboles, formando en el paseo una arcada sin ninguna consideración hacia el entorno en general. Tras constatar que su proyecto superaba con mucho aquel montaje improvisado, se sintió tranquilo y despreocupado.

Llegó la mañana de autos. El cielo, extraordinariamente diáfano hasta el mismo día anterior, se encapotó; el tiempo era cada vez más amenazante, y el viento anunciaba lluvia. Henchard deseó no haber estado tan completamente seguro de la continuidad del buen tiempo. Pero ya era demasiado tarde para cualquier modificación o aplazamiento, y siguió adelante con los actos previstos. A las doce empezó a lloviznar, una llovizna tan imperceptible que resultaba difícil afirmar cuándo se había producido exactamente el paso del tiempo seco al húmedo. Una hora después, la suave lluvia se había transformado en un monótono golpeteo de la tierra por parte del cielo, un diluvio cuyo final no se podía pronosticar.

Un buen número de personas llenaban estoicamente el altozano, pero a las tres Henchard se dio cuenta de que su proyecto estaba llamado al fracaso. Los jamones chorreaban en lo alto de los palos un humo acuoso en forma de licor marrón, el cerdo tiritaba en medio del viento, las vetas de las mesas de pino se transparentaban por entre los manteles mojados, pues el entoldado permitía que la lluvia se colase a placer; cerrar los laterales en estos momentos parecía una empresa inútil. El paisaje allende el río había desaparecido. El viento parecía improvisar sobre las cuerdas de los toldos unas variaciones eólicas, y, al final, arreció tanto que todo el tinglado se vino abajo y los que se habían cobijado allí no tuvieron más remedio que salir a gatas.

Pero, hacia las seis, la tormenta remitió, y una brisa más seca sacudió la humedad de las herbosas laderas. El toldo se volvió a colocar; se mandó salir a la banda de su refugio y se le ordenó empezar a tocar, y donde había habido mesas se habilitó un espacio para bailar.

-Pero ¿dónde está la gente? -preguntó Henchard tras un lapso de media hora durante el cual tan sólo quedaron dos hombres y una mujer para bailar-. Las tiendas están todas cerradas. ¿Por qué no viene la gente?

-La gente está con Farfrae, en West Walk -contestó un concejal que se había quedado en el terraplén con el alcalde.

-Unos cuantos, supongo. Pero ¿dónde está el grueso de la gente?

-Todo el mundo está allí.

-¡Cómo se puede ser tan imbécil!

Henchard se alejó malhumorado. Uno o dos jóvenes treparon con audacia a lo alto de los palos para impedir que los jamones se echaran a perder; pero, como no había espectadores, y toda la escena presentaba un aspecto de lo más melancólico, Henchard dio orden de que se suspendieran los festejos y se repartiera la comida entre los pobres de la ciudad. En unos minutos no quedaron en el lugar más que unas cuantas vallas, carpas y estacas.

Henchard volvió a su casa, tomó el té con su mujer y su hija y luego salió. Ya había empezado a anochecer. No tardó en advertir que la totalidad de los transeúntes se dirigían a un mismo punto de los Walks; finalmente, él también se encaminó hacia allí. Las notas de una banda de cuerda llegaban del recinto que Farfrae había levantado -el pabellón, como él lo llamaba-; cuando el alcalde llegó, se dio cuenta de que se había levantado ingeniosamente una

Librodot

tienda gigante sin palos ni cuerdas. Se había escogido el punto más denso de la avenida de sicómoros, donde las ramas formaban una bóveda perfectamente entrelazada; sobre estas ramas se había colgado la lona, y el resultado había sido una perfecta bóveda de cañón. La parte expuesta al viento estaba cerrada, y la otra, abierta. Henchard rodeó la carpa para ver el interior.

En cuanto a la forma, era como la nave de una catedral a la que faltara un aguilón, si bien la escena no tenía absolutamente nada de devota. Se estaba bailando un *fling* o algún otro baile escocés por el estilo; y el por lo general comedido Farfrae se hallaba en medio de los demás bailarines vestido con el traje típico de *highlande*r, balanceándose a un lado y otro y girando al son de la música. Por unos momentos, Henchard tuvo dificultades para reprimir una carcajada. Luego notó en el rostro de las mujeres la inmensa admiración que despertaba el escocés. Terminada aquella exhibición, se propuso un nuevo baile, y Donald, que había desaparecido durante un rato para ponerse su ropa habitual, se encontró ante una elección ilimitada de compañeras: cada muchacha se mostraba dispuesta a bailar con quien había comprendido tan cabalmente la poesía del movimiento.

Toda la ciudad había acudido en masa al Walk, pues a nadie se le había ocurrido nunca antes un lugar tan original como salón de baile. Entre el resto de los espectadores figuraban Elizabeth y su madre, la primera pensativa aunque muy interesada, con los ojos brillando con una luz vibrante y fija, como si para modelarlos la Naturaleza hubiera sido aconsejada por Correggio. El baile prosiguió con una animación que no decaía, y Henchard se puso a pasear pacientemente esperando que su mujer se mostrara dispuesta a volver a casa. Prefería permanecer a la luz, pues cuando se refugiaba en la oscuridad oía cierta clase de observaciones que se estaban volviendo demasiado frecuentes:

-La fiesta del señor Henchard no le llega a los talones a ésta -dijo alguien-. Hay que ser burro para creer que la gente va a ir a ese lugar desangelado en un día como hoy.

El otro abundó diciendo que, según la gente, no era sólo en cosas como éstas en las que el alcalde dejaba que desear.

-¿Dónde habría ido a parar su negocio de no haber sido por este joven? Tiene que agradecerle a la diosa Fortuna la aparición de este forastero. Sus cuentas eran un embrollo cuando llegó el señor Farfrae. Contaba los sacos con palotes de tiza todos en fila como la empalizada de un jardín, medía los almiares extendiendo los brazos, sopesaba las gavillas levantándolas a pulso, decidía la calidad del heno masticándolo y fijaba el precio soltando una palabrota. Pero ahora este joven dotado lo hace todo con cifras y medidas. Y acuérdate del trigo, que, cuando se convertía en pan, sabía a veces a ratón; pues bien, Farfrae tiene un sistema para purificarlo, y nadie podrá acordarse nunca de ninguna bestiola de cuatro patas. Todo el mundo está entusiasmado con él, desde luego, y el señor Henchard hace todo lo posible para que no se le escape -concluyó el caballero.

-Pero no seguirá haciéndolo por mucho tiempo, ya verás -dijo el otro.

«Desde luego que no -masculló Henchard detrás del árbol-, si no quiere perder el nombre y la posición social que se ha ganado a pulso durante estos dieciocho años.»

Volvió al pabellón de baile. Farfrae se estaba marcando unos pasos de baile con Elizabeth-Jane, una vieja danza regional, la única que ella conocía, y aunque el escocés frenaba manifiestamente sus movimientos para adaptarse al paso más recatado de su pareja, los clavos de las suelas de sus botas centelleaban en medio de la concurrencia. La musiquilla alegre y saltarina había animado a Elizabeth a participar en el baile: primero unas notas bajas en el bordón de cada violín, luego un fugado en la prima, como subiendo y bajando escalas. *Miss M'Leod ofAuyr* se llamaba, según le había dicho el señor Farfrae, una danza muy popular también en Escocia.

Pronto terminó, y la muchacha miró a Henchard en busca de aprobación; pero éste se la negó: parecía no verla.

Librodot

-Oiga, Farfrae -le dijo Henchard con aire ausente-. Mañana voy a ir al gran mercado de Port-Bredy. Usted puede quedarse a ordenar su guardarropa y recuperar fuerzas después de esas excentricidades -apostilló con una mirada hostil que había empezado como sonrisa.

Acudieron algunos conocidos, y Donald se retiró a un lado.

-¿Qué pasa, Henchard? -dijo Alderman Tubber, metiéndole el pulgar en el pecho cual degustador de quesos-. Echando un pulso con su nuevo contrincante, ¿eh? Juanito le ha plantado cara a Juanón, ¿no es eso?, y le ha dejado fuera de combate, ¿eh?

-Ya ve usted, señor Henchard -dijo el abogado, otro amigo de buena pasta-, usted se ha equivocado al buscar un lugar tan alejado. Debería haberle copiado la idea. Pero a usted no se le ocurrió, ¿verdad?, y a él sí. Ahí es donde le ha ganado la partida.

-Ese joven pronto les dará sopas con honda a ustedes dos, y no habrá quien lo pare -añadió en tono bromista el señor Tubber.

-Eso ya lo veremos -dijo Henchard con mirada torva-. No dará sopas con honda a nadie porque pronto me va a abandonar. -Miró hacia Donald, que de nuevo se había aproximado-. El período del señor Farfrae como gerente mío está tocando a su fin, ¿verdad Farfrae?

El joven, que leía ya como en un libro abierto las arrugas y pliegues del rostro fuertemente delineado de Henchard, asintió con gesto sosegado; y cuando la gente deploró este hecho y preguntó a qué se debía, él se limitó a responder que el señor Henchard ya no necesitaba sus servicios.

Henchard volvió a casa, aparentemente satisfecho. Pero a la mañana siguiente, cuando el ataque de celos hubo remitido, sintió desazón y congoja por lo que había dicho y hecho, y, más que nada, porque sabía que esta vez Farfrae estaba decidido a tomarle la palabra.

X V I I

Por la actitud de Henchard, Elizabeth Jane había concluido que, al aceptar bailar, había cometido un error. Su natural candidez le impedía saber cuál era exactamente, hasta que la insinuación de una persona la iluminó. Dada su condición de hijastra del alcalde, había sido impropio de su parte marcarse unos compases en medio de una multitud tan heterogénea como la que abarrotaba el pabellón de danza.

Al pensar que sus gustos no se adecuaban a su condición, y que la podían llevar al descrédito, sus orejas, mejillas y barbilla brillaron como ascuas.

Esto la hizo sentirse muy desgraciada y buscar la compañía de su madre; pero la señora Henchard, que tenía menos idea de los convencionalismos que la propia Elizabeth, se había marchado, dando permiso a su hija para volver cuando le apeteciera. Elizabeth se adentró por viejas avenidas, auténticas bóvedas de madera viva que discurrían por los límites de la ciudad, y se detuvo pensativa.

Poco después la seguía un hombre que la reconoció, pues el rostro de la mujer estaba vuelto hacia el resplandor del pabellón ferial. Era Farfrae, que venía de mantener con Henchard la conversación que había significado su despedida.

-¿Es usted, señorita Newson? La estaba buscando por todas partes -dijo esforzándose por vencer la tristeza del momento-. ¿Puedo acompañarla al menos hasta la esquina de su calle?

Ella pensó que podría haber algo impropio en aquello, pero no puso ninguna objeción. Así, caminaron juntos por West Walk y Bowling Walk, hasta que finalmente Farfrae dijo:

-Es probable que me marche pronto de aquí.

-¿Cómo? ¿Por qué? -balbuceó ella.

-Oh, por motivos de trabajo, simplemente. Pero no nos preocupemos por eso. Será mejor. Esperaba tener la oportunidad de bailar otra vez con usted.

Ella dijo que en realidad no sabía bailar.

-¡Cómo que no sabe! Lo que importa verdaderamente es el sentido del ritmo más que la memorización de unos pasos. Mucho me temo haber ofendido a su padrastro al organizar esto. Y ahora tal vez tenga que irme al otro extremo del mundo.

Esto apenó tanto a Elizabeth-Jane que dejó escapar un suspiro, pero fragmentado para que él no lo pudiera oír. Pero la oscuridad vuelve a las personas sinceras, y el escocés prosiguió impulsivamente (tal vez la había oído después de todo):

-Me gustaría ser más rico, señorita Newson, y que su padrastro no se hubiera ofendido. Entonces le pediría algo en breve plazo. Sí, se lo pediría esta misma noche. Pero esto ya no es posible.

No le dijo qué era lo que le pediría; y, en vez de alentarlo a decírselo, ella guardó silencio, incapaz de articular palabra. Así, algo asustados el uno del otro, prosiguieron su paseo bordeando los muros hasta llegar al final de Bowling-Walk. Veinte pasos más allá, en la esquina de la calle, los árboles terminaban, y las farolas los iluminarían. Conscientes de ello, se detuvieron.

-Nunca he llegado a descubrir a la persona que se burló de nosotros citándonos aquel día en el granero de Durnover -dijo Donald modulando la voz-. ¿Lo ha descubierto usted por casualidad, señorita Newson?

-No -dijo.

-Me pregunto por qué lo harían. -Por gastarnos una broma, supongo.

-Tal vez no fuera por eso. Tal vez a alguien le gustó la idea de que estuviéramos los dos juntos allí esperando y hablando el uno con el otro. En fin, espero que ustedes, los habitantes de Casterbridge, no se olviden de mí cuando haya marchado.

-Le aseguro que no nos olvidaremos de usted -dijo ella seriamente-. Yo desearía que no se marchara.

Habían entrado en la zona iluminada.

-Pensaré en lo que me ha dicho -dijo Donald Farfrae-. Creo que no voy a seguir hasta su puerta; me despediré de usted aquí, para que su padrastro no se enfade más todavía.

Se despidieron. Farfrae volvió al oscuro Bowling Walk y Elizabeth-Jane enfiló su calle. Sin conciencia de lo que estaba haciendo, se puso a correr con todas sus fuerzas hasta alcanzar la puerta de su casa.

«¡Oh, Dios mío! ¡Qué estoy haciendo!», pensó, deteniéndose a tomar aire. Una vez dentro, se puso a conjeturar el significado de las enigmáticas palabras de Farfrae cuando dijo que no se atrevía a pedirle una cosa que deseaba hacer. Elizabeth, mujer silenciosa y observadora, había advertido desde hacía tiempo cómo Farfrae iba ganando popularidad entre los habitantes de la ciudad y, conocedora de la naturaleza de Henchard, había temido que los días del joven escocés como gerente estuvieran contados; de manera que el anuncio no la cogió por sorpresa. ¿Se quedaría el señor Farfrae en Casterbridge, a pesar de lo que le había dicho y de que su padrastro lo hubiese despedido? Sus extrañas palabras emocionadas tendrían su debida explicación según la conducta que adoptara.

El día siguiente hizo mucho viento, tanto que, caminando por el jardín, Elizabeth recogió un pedazo del borrador de una carta de negocios con la letra de Donald Farfrae, que había volado por encima de la tapia de su oficina. Llevó a su habitación aquel trozo de papel inútil, y empezó a copiar la caligrafía, que ella tanto admiraba. La carta empezaba así: «Estimado señor». La joven escribió en un trocito de papel «Elizabeth-Jane» y lo puso encima de «señor», componiendo la frase «Estimada Elizabeth-Jane». Al ver el efecto final, un rubor recorrió su cara y la llenó de calor, aunque nadie había presenciado su operación. Rápidamente rasgó el trozo de papel y lo arrojó a la papelera. Luego se sosegó y se rió de sí misma, se puso a andar por la habitación y volvió a reír, no de buena gana, sino con cierto nerviosismo.

Pronto se supo en Casterbridge que Farfrae y Henchard habían decidido romper relaciones. La ansiedad de Elizabeth-Jane por saber si Farfrae abandonaría la ciudad llegó a perturbarla (pues no podía seguir ocultándose a sí misma la causa). Al fin, le llegó la noticia de que se iba a quedar allí. Un hombre que tenía el mismo negocio que Henchard, pero a una escala más pequeña, lo había vendido a Farfrae, el cual había decidido establecerse por cuenta propia como comerciante de trigo y de heno.

El corazón de Elizabeth palpitó con fuerza al enterarse. Y, sin embargo, ¿un hombre que se interesara mínimamente por ella habría puesto en peligro sus aspiraciones estableciendo un negocio en directa competencia con el señor Henchard? Seguro que no; así que debió de ser un impulso pasajero lo que lo había llevado a dirigirse a ella con palabras tan tiernas.

Para resolver el dilema de si su aspecto en la velada del baile había podido desencadenar un flechazo pasajero, se vistió exactamente con el mismo atuendo -vestido de muselina, corpiño, sandalias y sombrilla- y se miró al espejo. La imagen que éste le devolvió era, en su opinión, idónea para inspirar un encaprichamiento momentáneo, pero nada más. «Sólo lo justo para que se volviera loco y no lo suficiente para que lo siga estando», razonó a su manera ingeniosa; y, con cierto desánimo, se le ocurrió que en estos momentos él habría descubierto ya el carácter simple y prosaico del espíritu que informaba tan bonita fachada.

De ahí que, cuando sentía su corazón anhelar la presencia del joven, se decía a sí misma, con una burla teñida de tristeza: «No, no, Elizabeth-Jane. Estos sueños no son para ti». Así, procuró no verlo ni pensar en él. Lo primero le resultó fácil de llevar a la práctica, pero lo segundo no tanto.

Henchard, que se había sentido herido al conocer la resolución de Farfrae de no seguir soportando su mal genio, estalló de ira al enterarse de los planes del joven. Fue en el Ayuntamiento, tras una reunión del cabildo, donde conoció su «jugarreta» de establecerse por

Librodot

cuenta propia en la ciudad. Su indignación se podría haber oído desde tan lejos como la fuente de la ciudad. Este estallido de furor mostró al consistorio en pleno que, aunque bajo un largo régimen de autocontrol había conseguido ser alcalde, prioste y muchas cosas más, en él anidaba aún la misma materia volcánica e ingobernable del Michael Henchard que había vendido a su esposa en la feria de Weydon.

-Bueno, él es amigo mío, y yo amigo suyo; y si no, ¿qué somos? ¡Por todos los diablos! ¿Quién ha sido más amigo suyo, si se puede saber? ¿No se presentó aquí con los zapatos rotos? ¿No fui yo quien lo mantuvo, lo ayudó a abrirse paso, a ganar dinero, o a lo que quisera? Y sin ponerle condiciones. Le dije: fije usted su propio precio. Durante varios meses he compartido el pan de mi mesa con ese joven. Miren si lo apreciaba... ¡Y ahora me desafía! ¡Pero, maldita sea! Ahora tendré que competir con él, comprando y vendiendo limpiamente, se entiende. Y, si no soy capaz de vencer a un mocoso como él, entonces no valgo un ardite. Le enseñaremos que conocemos nuestro negocio mejor que nadie.

Sus amigos del cabildo no mostraron demasiado entusiasmo. Henchard era menos popular ahora que cuando, casi dos años antes, lo habían votado por su extraordinaria energía para ocupar el cargo más alto del municipio. Aunque colectivamente se habían aprovechado de esta cualidad del tratante de granos, individualmente se habían sentido humillados en más de una ocasión. Así se explica que abandonara la sala y saliera a la calle solo.

Al llegar a casa, pareció recordar algo que le producía una amarga satisfacción. Llamó a Elizabeth-Jane, la cual, al ver el aspecto que éste traía, pareció alarmarse.

-¡No voy a reprocharte nada! -dijo él, viéndola atemorizada-. Sólo quiero hacerte una advertencia, tesoro. Es sobre ese Farfrae... Lo he visto hablando contigo un par de veces; bailó contigo en la fiesta, y te acompañó a casa. Como digo, no voy a reprocharte nada. Sólo pedirte que tengas cuidado. ¿Por casualidad le has hecho alguna promesa tonta? ¿Te has propasado en tus relaciones con él?

-No. No le he prometido nada.

-Bien. Como se dice, bien está lo que bien acaba. Por lo que a mí respecta, desearía que no volvieras a verlo.

-Muy bien, señor.

-¿Me lo prometes?

Ella vaciló unos momentos, y luego dijo:

-Sí, si tanto lo desea.

-Sí, lo deseo. Es un enemigo de nuestra hacienda.

Cuando se hubo marchado Elizabeth, se sentó a la mesa y escribió con mano torpe esta nota a Farfrae:

Muy señor mío,

> Le ruego que a partir de ahora usted y mi hijastra se comporten como completos desconocidos. Ella me ha prometido no aceptar ninguna atención suya, y yo confío en que usted no intente forzarla de ninguna manera.
>
> SR. HENCHARD

Cualquiera habría podido suponer que Henchard tenía la suficiente visión estratégica para comprender que la mejor política a seguir respecto a Farfrae era alentarlo a convertirse en su yerno. Pero el plan de comprar a un rival se avenía mal con el carácter testarudo del alcalde. Él aborrecía cualquier «finura» diplomática de este género. Ya apreciara a un hombre ya lo odiara, su diplomacia era tan sutil como la de un búfalo. Por su parte, su mujer no se había atrevido a sugerirle esta línea de conducta, pese a ser de su particular agrado por varias razones.

Entretanto, Donald Farfrae había establecido su negocio en el barrio de Durnover Hill, lo más alejado posible de los almacenes de Henchard, con la clara intención de mantenerse

apartado de los clientes de su antiguo amigo y patrón. Al joven le parecía que había negocio suficiente para ambos, y para más gente aún. La ciudad era pequeña, pero el comercio del trigo y el heno era proporcionalmente grande, y, guiado por su intuición especial, vio una excelente oportunidad para prosperar en él. Pero estaba tan decidido a no hacer nada que pudiera tomarse por una rivalidad comercial con el alcalde que rechazó a su primer cliente -un agricultor acaudalado y de buena reputación- porque Henchard y aquel hombre habían mantenido relaciones comerciales durante los tres meses precedentes.

-Él fue mi amigo en otro tiempo -dijo Farfrae-, y no pienso arrebatarle clientes. Siento defraudarle, pero no puedo perjudicar el negocio de un hombre que ha sido tan amable conmigo.

A pesar de tan encomiable conducta, el negocio del escocés prosperó. Ya fuera porque la energía norteña tenía un efecto arrollador entre los comodones notables de Wessex, ya fuera por pura fortuna, el hecho es que todo lo que él tocaba prosperaba. Se parecía a Jacob en Padan-Aram, que se conformó con recibir como retribución a sus trabajos sólo ovejas moteadas, y a partir de entonces sólo nacieron retoños moteados.

Pero era poco probable que la fortuna tuviera algo que ver con esto. El Destino es carácter, como dijo Novalis, y el carácter de Farfrae era justo el contrario del de Henchard, más parecido al de Fausto, un ser vehemente y sombrío que se había apartado de los caminos de los hombres vulgares, pero sin luz suficiente para abrirse paso por una senda mejor.

Farfrae recibió debidamente la petición de interrumpir sus atenciones con Elizabeth-Jane. Sus gestos de esta índole habían sido tan exiguos que la petición resultaba prácticamente superflua. Sin embargo, había sentido un considerable interés por ella y, tras un rato de reflexión, decidió que era mejor no representar el papel de Romeo en aquellas circunstancias, tanto por el bien de la joven como por el suyo propio. Así, su incipiente enamoramiento se vio cortado en la raíz.

Llegó un momento en que, pese a sus esfuerzos por evitar una colisión con su antiguo amigo, Farfrae se vio obligado, por razones de pura defensa, a entablar un combate comercial con él. Ya no podía esquivar sus ataques directos quitándose simplemente de en medio. Tan pronto como empezó su guerra de precios, todo el mundo se interesó, y algunos adivinaron su final. En cierto modo, era la clarividencia del norte contra la obstinación del sur -el puñal contra el garrote-, y la de Henchard era un arma que, si no vencía al primer o segundo golpe, lo dejaba expuesto a merced del contrario.

Casi todos los sábados se encontraban entre la multitud de labriegos que llenaban la plaza para hacer sus negocios. Donald estaba siempre deseoso de intercambiar con él alguna palabra amigable; pero el alcalde simulaba invariablemente no verlo y al mismo tiempo adoptaba una expresión de furia, como alguien que ha sufrido graves daños y en ningún caso va a perdonar los entuertos. La perplejidad de Farfrae ante aquellos gestos no lograba tampoco sosegarlo. Cada uno de los grandes terratenientes, comerciantes de trigo, molineros, subastadores y otros tenía un puesto reservado en el mercado del trigo, con sus respectivos apellidos inscritos encima. Y cuando a la consabida serie de «Henchard», «Everdene», «Shiner», «Darton», etcétera, se añadió el de «Farfrae», Henchard sintió una profunda decepción. Al igual que Belerofonte, se alejó de la multitud con el alma acongojada.

A partir de aquel día, el nombre de Donald Farfrae dejó prácticamente de mencionarse en casa de Henchard. Si en el desayuno o la cena la madre de Elizabeth- Jane aludía por casualidad a las andanzas de su favorito, la muchacha le imploraba con una mirada que guardara silencio; y su marido decía entonces: «Qué, ¿también tú eres mi enemiga?».

Librodot

XVIII

Llegó un barquinazo, que Elizabeth venía previendo desde hacía tiempo, como el que ocupa un pescante prevé la sacudida que promete un bache del camino.

Su madre estaba enferma, demasiado para salir de su habitación. Henchard, que la trataba con amabilidad, salvo en sus momentos de irritación, mandó llamar al punto al médico más rico y con mayor clientela, y al que suponía el mejor. A la hora de acostarse, dejaron una luz encendida toda la noche. Un par de días después, la enferma mejoró.

Elizabeth, que la había velado la noche anterior, no se presentó a desayunar, y Henchard se sentó a la mesa solo. Se sorprendió al ver una carta dirigida a él procedente de Jersey, con una letra que conocía demasiado bien y que había esperado no volver a ver de nuevo. La cogió y la estuvo mirando como quien contempla un cuadro, una visión o el reflejo de una experiencia pasada. Luego la leyó, a modo de colofón intrascendente de sus conjeturas.

La firmante decía que había comprendido por fin la imposibilidad de volverse a ver, ahora que él había contraído nuevas nupcias con su antigua mujer. Reconocía que semejante reunión había sido la única salida decorosa para él, solución que ella no podía por menos de aceptar.

> Así pues, tras mucho reflexionar -proseguía- te perdono haberme planteado el dilema, teniendo en cuenta que no me ocultaste nada antes de iniciar nuestras malhadadas relaciones y que me expusiste claramente, aunque a tu manera tosca, el riesgo que había en caso de volverse íntimas, por leve que fuera tras quince o dieciséis años de silencio por parte de tu esposa. Así, considero todo esto más bien una desgracia mía que falta tuya.
>
> Por eso, Michael, debo pedirte que te deshagas de las cartas con las que te perseguí día tras día en pleno torbellino sentimental. Fueron escritas cuando consideraba cruel tu conducta conmigo; pero ahora que conozco más detalles de la situación, reconozco la injusticia de mis reproches.
>
> Estoy segura de que comprenderás que la única condición que hará posible para mí cualquier felicidad futura es que la relación pasada entre nuestras vidas se mantenga secreta fiera de esta isla. Sé que no dirás nada, ni de palabra ni por escrito. Me queda por mencionar una precaución más: ningún escrito mío, ni ningún otro objeto, por insignificante que sea, deberían quedar en tu posesión por negligencia u olvido. A este fin te ruego que me devuelvas cualquier cosa mía que puedas tener, particularmente las cartas escritas en mi primer abandono a los sentimientos.
>
> Gracias por la hermosa suma que me mandaste, como bálsamo para restañar la herida.
>
> Ahora me encuentro camino de Bristol para ver a mi única pariente. Es rica, y espero que haga algo por mí. A mi regreso pasaré por Casterbridge, y por Budmouth, donde tomaré el paquebote. ¿Puedes ir a verme con las cartas y demás menudencias? Estaré en el coche que cambia caballos en el Hotel del Antílope a las cinco y media el miércoles por la noche; llevaré un chal Paisley con una franja roja, para que me reconozcas más fácilmente. Prefiero que me entregues todo en mano a que me lo mandes por correo.
>
> Siempre tuya,
>
> LUCETTA

Henchard respiró profundamente. «Pobre criatura. ¡Ojalá no me hubieras conocido... Juro por mi alma que, si alguna vez me veo en condiciones de casarme contigo, lo haré. Sí, es mi deber.»

La contingencia que tenía en mente era, por supuesto, la muerte de la señora Henchard.

Librodot

Tal y como le pedía Lucetta, hizo un paquete con sus cartas, lo selló y lo guardó hasta el día en que lo había citado; este plan de devolvérselas personalmente le parecía una pequeña argucia por parte de la joven para intercambiar unas palabras sobre tiempos pasados. El habría preferido no verla; pero, creyendo que no podía haber gran daño en concederle aquel deseo, partió al atardecer y esperó frente a la oficina de postas.

La tarde era fría, y el coche traía retraso. Henchard cruzó al otro lado mientras se cambiaban los caballos; pero no vio a Lucetta ni dentro ni fuera. Concluyendo que debía haber ocurrido algo que modificara sus planes, dio por zanjado el asunto y marchó a casa, no sin cierta sensación de alivio.

Entretanto, la señora Henchard se debilitaba a ojos vistas. Ya no podía salir de la habitación. Un día, después de un buen rato cavilando desasosegadamente, expresó el deseo de escribir. Inmediatamente se puso a su disposición pluma y papel, y la dejaron sola por expreso deseo. Estuvo escribiendo unos minutos, plegó el papel con cuidado, llamó a Elizabeth-Jane para que trajera una vela y cera, y luego, negándose todavía a ser ayudada, selló la hoja, la encabezó y la guardó en su escritorio. Así rezaba el encabezamiento:

> Para el señor Michael Henchard. No abrir hasta el día de la boda de Elizabeth-Jane.

Esta última veló a su madre mientras le quedaron fuerzas, noche tras noche. Para aprender a tomar en serio el universo no hay manera más rápida que observar, hacer de «veladora», como dice: la gente del pueblo. Entre las horas en que pasaba el último borrachín y se desperezaba el primer gorrión, el silencio de Casterbridge (exceptuando algún que otro exabrupto por parte del sereno) sólo lo rompía para el oído de Elizabeth el frenético tictac del reloj de la alcoba, que rivalizaba con el tic-tac del de las escaleras, cada vez con mayor fuerza hasta que parecía resonar como un gong; y todo ello mientras esta sensible muchacha se preguntaba por qué había nacido, por qué estaba sentada en aquella habitación ante una vela que la hacía parpadear, por qué las cosas de su alrededor tenían aquella forma concreta y no otra distinta, por qué la miraban con aquel aire de desvalimiento como si esperaran el toque de alguna varita que las liberara de las ataduras terrenales, adónde iba y cómo había empezado aquel caos llamado conciencia que en aquel momento daba vueltas en su interior como un trompo. Sus ojos se le cerraron; seguía velando y, sin embargo, estaba ya dormida.

Una palabra de su madre la despertó. Sin preámbulo alguno, y como continuación de algo en lo que estaba pensando, la señora Henchard dijo:

-¿Recuerdas la nota que os mandaron a ti y al señor Farfrae, en la que se os pedía que os entrevistarais con alguien en Durnover Bargon, y que creísteis que era una triquiñuela para reírse de vosotros?

-Sí.

-No era para reírse de vosotros; era para que os conocierais. Yo las escribí.

-¿Qué? ¿Por qué? -preguntó Elizabeth, visiblemente sobresaltada.

-Quería... que te casaras con el señor Farfrae.

-¡Oh, mamá! –Elizabeth-Jane inclinó tanto la cabeza que casi se tocó las rodillas. Como su madre no proseguía, preguntó-: ¿Por qué razón?

-Bueno. Yo tenía una. Algún día la sabrás. Me habría gustado que la boda se hubiera celebrado en vida mía. Pero... las cosas no ocurren nunca según nuestros deseos. Henchard lo odia.

-Tal vez vuelvan a ser amigos algún día -murmuró la muchacha.

-No sé. No sé. -Tras esto, su madre guardó silencio, y se durmió; y ya no volvió a hablar del tema.

Unos días después, una mañana de domingo concretamente, Farfrae pasaba por la casa de Henchard cuando observó que todas las celosías estaban cerradas. Tocó la campana

tan suavemente que apenas sonó una única nota completa y otra débil, y fue debidamente informado de que la señora Henchard acababa de morir, hacía tan sólo unos minutos.

Al pasar por la fuente pública, encontró a unos cuantos viejos vecinos que iban allí a buscar agua siempre que tenían, como en aquel momento, tiempo para cogerla, pues la de este manantial era más pura que la de los pozos de sus casas. La señora Cuxsom, que llevaba allí un tiempo indefinido con su cántaro, estaba describiendo los incidentes de la muerte de la señora Henchard tal y como los había oído contar a la enfermera.

-Y estaba más blanca que una lápida de mármol -decía la señora Cuxsom-. Y era una mujer tan previsora... que la pobre había pensado en cada detalle de su mortaja. «Sí», dice ella, «cuando me haya ido, y exhalado mi último suspiro, registrad en el cajón superior de la cómoda que hay en el cuarto trasero al lado de la ventana y encontraréis la ropa de mi mortaja. Un trozo de franela que pondréis debajo, y otro más pequeño para la cabeza; y me pondréis también las medias nuevas que están dobladas al lado y las demás cosas. Y no olvidéis los cuatro peniques de una onza cada uno, los más pesados que he podido encontrar, envueltos en trapitos blancos, para hacer peso: dos para el ojo derecho y dos para el izquierdo», dijo. «Y cuando los hayáis usado, y mis ojos no se abran ya más, enterrad los peniques, queridas mías, y no los gastéis por ahí, pues no me gustaría. Y abrid las ventanas en cuanto me hayan llevado, y haced que el lugar resulte lo más alegre posible para Elizabeth-Jane.»

-¡Ah, la pobre mujer!

-Pues bien, Martha siguió sus instrucciones y enterró los peniques en el jardín. Pero ¿me creeréis si os digo que ese tunante de Christopher Coney fue y los desenterró y se los gastó en Los Tres Marineros? «Caray», dijo, «¿por qué la muerte debe robar a la vida cuatro peniques? La muerte no tiene tan buena fama para que debamos respetarla también en esos pormenores», dijo.

-¡Qué barbaridad! -exclamaron sus oyentes en tono condenatorio.

-Lo siento, pero a mí no me parece así -intervino Solomon Longways-. Lo digo hoy, que es mañana de domingo, y ni por seis peniques de plata diría yo nada impropio en tal ocasión. Yo no veo nada malo en eso. Respetar a los muertos es algo que nos mandan las Sagradas Escrituras; y yo no vendería esqueletos -al menos esqueletos respetables- para que los barnicen los estudiantes de anatomía, a menos que estuviera sin trabajo. Pero el dinero escasea, y las gargantas se secan. ¿Por qué la muerte debe robar a la vida cuatro peniques? Yo repito que no hay nada malo en eso.

-Bueno, la pobre mujer no puede hacer ya nada para impedir eso u otras cosas -contestó la tía Cuxsom-. Y le quitarán todas sus llaves brillantes, y abrirán sus cajones, y verán las cosas pequeñas que no quería que viera nadie; y todos sus deseos y costumbres serán como humo...

Librodot

X I X

Henchard y Elizabeth estaban conversando junto a la lumbre. Hacía tres semanas del funeral de la señora Henchard. Las velas no estaban encendidas, y una llama inquieta, acrobática, solicitaba desde encima de un carbón las sonrisas de todas las formas capaces de responder desde las oscuras paredes: el viejo espejo de columnas doradas e inmenso entablamiento, los marcos de los cuadros, varios pomos y pestillos, y los rosetones de bronce suspendidos de los cordones de la campanilla a cada lado de la chimenea.

-Elizabeth, ¿piensas mucho en el pasado? -preguntó Henchard.

-Sí, señor; a menudo -dijo.

-¿Qué personas figuran en tus recuerdos?

-Mamá y papá. Apenas nadie más.

Henchard siempre parecía encogerse, como para encajar un golpe, cada vez que Elizabeth Jane hablaba de Richard Newson llamándolo «papá».

-¡Ah! Yo estoy fuera de ellos, supongo -dijo-. ¿Era Newson un buen padre?

-Sí, señor. Un padre muy bueno.

El rostro de Henchard adoptó una expresión de impasible soledad que paulatinamente fue remitiendo.

-Imagina que hubiera sido yo tu verdadero padre -dijo-. ¿Me habrías querido tanto como a Richard Newson?

-No puedo imaginarlo -dijo ella rápidamente-. No puedo pensar en ninguna otra persona como padre.

La mujer de Henchard estaba separada de él por la muerte; su amigo y ayudante Farfrae, por el distanciamiento; Elizabeth Jane, por el desconocimiento. Pensó que sólo uno de los tres podía ser recuperado, y ese uno no era otro que la muchacha. Su mente empezó a vibrar entre el deseo de revelarse a ella y la política de dejarla en paz, hasta que ya no pudo seguir sentado. Se puso a andar de un lado a otro de la habitación, y se plantó detrás de la silla de la joven, con la mirada sobre su cabeza. No podía reprimir sus ganas de hablarle.

-¿Qué te contó tu madre acerca de mí, de mi historia? -preguntó.

-Que eran parientes políticos.

-Pues debería haberte contado más cosas, antes de que me conocieras. Así mi cometido habría sido menos duro... Elizabeth, yo soy tu verdadero padre, y no Richard Newson. Sólo la vergüenza nos impidió a tus desdichados padres revelarte la verdad mientras los dos estuvimos vivos.

La cabeza de Elizabeth permanecía inmóvil, y sus hombros no delataban siquiera sus movimientos respiratorios. Henchard prosiguió:

-Prefiero que me desprecies, que me temas, cualquier cosa, antes que tu ignorancia. Eso es lo que más odio. Tu madre y yo estuvimos casados cuando éramos jóvenes. Lo que tú viste fue nuestro segundo matrimonio. Tu madre era demasiado honesta. Los dos nos dimos por muertos... y... Newson se convirtió en su marido.

Esta fue la mayor aproximación a la verdad que se sintió capaz de hacer. En lo que a él respectaba, no le habría ocultado nada; pero, considerando el sexo y la juventud de su retoño, decidió mostrar un respeto digno de un hombre mejor que él.

Una vez que le hubo contado pormenores curiosamente corroborados por toda una serie de pequeños detalles a los que ella había dado poca importancia en su vida pasada, es decir, una vez que creyó que lo que acababa de oír era verdad, se apoderó de la joven una gran agitación; se volvió hacia la mesa y dejó caer la cabeza en medio de un mar de lágrimas.

-No llores, no llores -dijo Henchard en un tono vehementemente patético-. No lo soporto, no lo puedo soportar. Soy tu padre. ¿Por qué tienes que llorar? ¿Soy para ti tan

terrible, tan odioso? No me tengas rencor, Elizabeth-Jane -gritó, cogiéndole la mano humedecida-. No me tengas rencor aunque en otro tiempo haya sido un borrachín y haya tratado injustamente a tu madre. Yo seré contigo un padre mejor que él. Haré lo que sea con tal de que me trates como a tu padre.

Ella intentó ponerse de pie y mirarlo confiadamente a la cara, pero no pudo. Sentía ante su presencia la misma turbación que sintieron los hermanos de José en el momento de reconocerlo.

-No quiero que vuelvas a mí repentinamente -dijo Henchard bruscamente, moviéndose como un árbol grande agitado por el viento-. No, Elizabeth, no quiero eso. Ahora me iré y no te veré hasta mañana, o hasta cuando tú quieras; y luego te mostraré unos documentos que certifican lo que acabo de decirte. Bueno, me voy ya y no te molesto más... Fui yo quien escogió tu nombre, el nombre de mi hija. Tu madre quería que te llamaras Susan. Así que no olvides que fui yo quien te puso tu nombre. -Salió a la puerta y la cerró suavemente, y ella lo oyó salir al jardín. Pero en realidad no llegó siquiera al jardín. Antes de que ella se moviera, o pudiera recuperarse del efecto de la revelación, volvió a aparecer.

-Sólo dos palabras más, Elizabeth -dijo-. Ahora llevarás mi apellido, ¿de acuerdo? Tu madre se oponía a ello. Pero yo lo prefiero de esta otra manera. Es legalmente tu nombre, ya lo sabes, aunque nadie tiene por qué saber la verdad. Llevarás mi apellido como por propia elección. Hablaré con mi abogado. No conozco exactamente lo que dice la ley al respecto, pero ¿me dejas poner unas líneas en el periódico anunciando que es éste tu apellido?

-Si es mi apellido, ¿por qué me voy a negar a llevarlo?

-Bien, bien. La costumbre lo es todo en estos asuntos.

-Me pregunto por qué no quiso mamá que lo llevara...

-Oh, algún antojo de la pobre mujer. Ahora coge un papel y escribe lo que te voy a dictar. Pero vamos a traer una lámpara.

-Veo con la luz de la lumbre -dijo ella-. No me hace falta.

-De acuerdo.

Ella cogió un trozo de papel e, inclinándose sobre la pantalla de la chimenea, escribió a su dictado unas frases que evidentemente él sabía de memoria por haber leído muchos anuncios de este tipo, y cuyo contenido se reducía en sustancia a que ella, la redactora, conocida hasta la fecha como Elizabeth-Jane Newson, pasaba a llamarse en lo sucesivo Elizabeth-Jane Henchard. Concluido el escrito, metió la hoja en un sobre dirigido a la redacción de *La Crónica de Casterbridge*.

-Ahora -dijo Henchard con ese gesto de satisfacción que se le veía siempre que había conseguido algo, aunque suavizado esta vez por la ternura-, voy a subir a buscar unos documentos que acreditan lo que acabo de decirte. Pero no te molestaré con más papeleo hasta mañana. Buenas noches, mi querida Elizabeth Jane.

Desapareció antes de que la aturdida joven pudiera darse plenamente cuenta de lo que significaba todo aquello ni reorganizar sus sentimientos filiales en torno al nuevo centro de gravedad. Contenta de que la hubiera dejado sola aquella noche, se sentó junto a la lumbre, donde permaneció un buen rato en silencio, llorando no por su madre, sino por el simpático marinero Richard Newson, a quien tenía la extraña impresión de estar agraviando en algo.

Entretanto, Henchard se había dirigido a las habitaciones de arriba. Los papeles de índole doméstica los guardaba en un cajón de su alcoba, y era este cajón el que se dispuso a abrir con la preceptiva llave. Pero, antes de hacerlo, se inclinó hacia atrás abandonándose a unos pensamientos placenteros. Por fin era suya Elizabeth, una muchacha de tan buen juicio y tan buen corazón que, estaba seguro, acabaría mirándolo con afecto. El era de esos hombres para quienes constituye casi una necesidad tener al lado a alguien en quien poder volcar su calor -fuera éste emotivo o colérico-. En vida de su mujer había anhelado con todo su corazón restablecer este vínculo humano, más tierno, y ahora se entregaba a él sin reservas ni temor. Se inclinó sobre el cajón en busca de los documentos acreditativos.

En aquel cajón se había metido también el contenido del pequeño escritorio de su mujer, cuya llave le había sido entregada por deseo explícito de ésta. Aquí estaba la famosa carta con la advertencia: «No abrir hasta el día de la boda de Elizabeth Jane».

La señora Henchard, más paciente que su marido, no se había caracterizado empero por su sentido práctico. Al sellar la carta, que estaba plegada y doblada sin sobre a la manera antigua, había recubierto la juntura con una gran cantidad de cera, pero sin el debido refuerzo. La cera se había cuarteado, y la carta estaba abierta. Henchard no tenía razones para suponer que se trataba de una advertencia de particular importancia, además de que sus sentimientos hacia la recientemente fallecida no habían alcanzado un nivel de respeto profundo. «Algún capricho banal de la pobre Susan, supongo», se dijo; y, sin especial curiosidad, permitió a sus ojos escudriñar la carta:

> Mi querido Michael:
> Por el bien de los tres, hay una cosa que te he ocultado hasta ahora. Espero que comprendas los motivos, aunque tal vez no me perdones. Pero, mi querido Michael, no olvides que lo he hecho con la mejor de las intenciones. Para cuando leas esta carta, yo ya estaré en la tumba y Elizabeth-Jane ya tendrá un hogar. Mike, no me maldigas, por favor. Espero que sepas ponerte en mi lugar. Aunque apenas puedo escribir, he aquí de qué se trata: Elizabeth Jane no es tu Elizabeth-Jane, la niña que yo llevaba en brazos cuando tú me vendiste. No: aquella niña murió tres meses después, y esta joven es de mi otro marido. Al bautizarla le puse el mismo nombre que a la otra, pensando que esto me haría olvidar el dolor que sentía con su pérdida. Michael, sé que me estoy muriendo, y que tal vez debía haberme callado esto. Pero no he podido. Dejo a tu discreción contarle la verdad a su marido. Si puedes, perdona a la mujer a la que una vez hiciste un daño muy grande, pero que te ha perdonado.
>
> SUSAN HENCHARD

Su marido se quedó mirando fijamente el papel... como quien mira el cristal de la ventana a través del que se divisa un extenso paisaje. Con los labios temblorosos, pareció comprimir su armazón corporal como para encajar mejor el golpe. Su costumbre era no considerar si el destino era duro o no con él; la forma de sus ideas en momentos de desgracia era este simple pensamiento de resignación: «Percibo que voy a sufrir. Bueno, ¿qué cáliz de hiel me estará reservado?». Por su atormentado cerebro cruzó ahora este pensamiento: «Este maldito descubrimiento me lo tengo bien merecido».

Ahora veía con perfecta claridad por qué su mujer se había mostrado tan reacia a cambiar el apellido de la muchacha. Era otra ilustración de esa sinceridad en la insinceridad que la había caracterizado en tantas otras cosas.

Permaneció descorazonado y fuera de sí durante casi dos horas, hasta que de repente se dijo: «¿Y si no fuera verdad? ».

Saltó como un resorte, se desprendió de las zapatillas y se acercó con una vela a la puerta de la habitación de Elizabeth-Jane, a cuya cerradura aplicó el oído para ver qué hacía. La joven estaba respirando profundamente. Henchard giró suavemente el pomo, entró y, haciendo pantalla con una mano, avanzó en dirección a la cama. Acercando poco a poco una lámpara que había detrás de la cortina, la sostuvo de manera que cayera sesgada sobre su rostro, sin incidir directamente en sus ojos, y examinó detenidamente sus rasgos.

Ella era rubia. El era moreno. Pero éste era un dato sin importancia. Durante el sueño salen a la superficie rasgos genealógicos soterrados, curvas ancestrales, rasgos de hombres muertos que la movilidad y la animación del estado de vigilia atenúan y disimulan. En aquel reposo estatuario del semblante de la joven se reflejaba inequívocamente el de Richard Newson. No pudiendo soportar aquella visión, se alejó como alma que lleva el diablo.

La lección que había aprendido de la desgracia era la de soportar los golpes con impavidez y orgullo. Su mujer estaba muerta, y su primer impulso de venganza se esfumó al

Librodot

pensar que ésta estaba fuera de su alcance. Miró a la noche como a un íncubo. Henchard, que, como todos los de su especie, era supersticioso, estaba convencido de que la concatenación de acontecimientos de aquella noche era obra de alguna inteligencia siniestra decidida a castigarlo. Sin embargo, todo se había desarrollado de manera natural. Si no hubiera registrado el cajón..., etcétera. La ironía estribaba en que, tan sólo unos minutos después de exigirle a la joven que se condujera como su hija auténtica, había descubierto que ésta no era pariente suya...

Aquella irónica secuencia de acontecimientos lo irritó como la zancadilla de un amigo. Al igual que en la historia de Preste Juan, unas arpías infernales le habían arrebatado la comida de su propia mesa. Salió de la casa apesadumbrado y avanzó por la acera hasta llegar al puente que había al final de la calle principal, donde tomó el sendero de la ribera que bordeaba los límites nororientales de la ciudad.

Estos parajes encarnaban las fases más lúgubres de la vida de Casterbridge, así como las avenidas meridionales encarnaban su talante más alegre. Todo el camino transcurría por aquí sin sol, incluso en verano. En primavera, blancas escarchas persistían cuando en otros lugares reinaba un ambiente más cálido, mientras que en invierno era el semillero de todos los achaques, reumatismos y demás dolores que atormentaban a los paseantes durante todo el año. Los médicos de Casterbridge habrían tenido que buscar trabajo en otra parte de no haber sido por la configuración del paisaje en esta parte nororiental.

El río -lento, silencioso y oscuro, el Schwarzwasser de Casterbridge-, discurría bajo un acantilado de escasa altura, conformando una defensa natural que había hecho innecesarias las murallas y las fortificaciones de esta parte. Aquí se hallaban también las ruinas de un priorato franciscano y un molino cuya agua caía en la presa posterior con un rugido de desolación. Sobre el acantilado, y detrás del río, se elevaba un bloque de edificios, y frente a este bloque una masa cuadrada cortaba el cielo. Era como un pedestal sin estatua. El elemento que faltaba para que el cuadro quedara completo era, en realidad, el cadáver de un hombre, pues la masa cuadrada era la base del patíbulo, así como las extensas edificaciones de la parte posterior eran las mazmorras del condado. El prado por donde caminaba ahora Henchard era el lugar donde en otro tiempo se daba cita la muchedumbre siempre que tenía lugar una ejecución, cuyo desarrollo observaba al son de la rugiente presa.

La habitual lobreguez de aquella parte de la ciudad, acentuada por la oscuridad reinante, impresionó a Henchard más de lo que se había esperado. La siniestra consonancia de este ambiente con su propia situación doméstica resultaba demasiado evidente a una persona como él, que no soportaba los efectos, las escenas y los presagios. El ardor de su corazón se convirtió en melancolía, haciéndole exclamar: «¡Por qué diablos habré venido aquí! ». Pasó por delante de la casa en la que había vivido, y muerto, el verdugo local, antes de que dicho cargo hubiera sido monopolizado en toda Inglaterra por un único caballero, y, subiendo por una senda escarpada, enfiló en dirección a la ciudad.

Por los sufrimientos de aquella noche, fruto de tamaña decepción, podría haber sido objeto de compasión. Era como una persona en medio de un trance que no puede ni recobrar el conocimiento ni tampoco perderlo por completo. De boquilla, podía culpar a su mujer, pero no de corazón; y, si hubiera obedecido a las discretas instrucciones de la carta, se habría ahorrado aquel dolor durante muchos años, y posiblemente para siempre, pues Elizabeth-Jane no parecía ávida de abandonar su sosegada y segura vida de doncella por los inciertos derroteros del matrimonio.

Llegó la mañana siguiente a aquella noche de insomnio, y con ella la necesidad de elaborar un plan. Henchard tenía demasiado amor propio para dar marcha atrás, sobre todo si ello implicaba humillación. El había decretado que Elizabeth era su hija, y ésta siempre se creería tal, independientemente de la hipocresía que entrañara. Pero no estaba bien preparado para los primeros pasos de esta nueva situación. En el momento en que Elizabeth Jane entró en el comedor, avanzó con manifiesta confianza hacia él y lo cogió de un brazo:

-He pasado toda la noche reflexionando -dijo con franqueza-. Y veo que todo debe ser como usted dice. Yo voy a tratarle como el padre mío que es, y no volveré a llamarle nunca más señor Henchard. Es algo que veo ahora con total claridad. Sí, papá, pues resulta evidente que usted no habría hecho la mitad de las cosas que ha hecho por mí, ni me habría dejado vivir de forma tan liberal, ni me habría hecho tantos regalos, si yo hubiera sido sólo su hijastra. E1, el señor Newson, con quien se casó mi madre por un extraño error (Henchard se alegró de haberle ocultado algunos particulares), fue muy bueno conmigo, ¡vaya que sí! -le saltaron las lágrimas a los ojos-; pero eso no es lo mismo que ser el verdadero padre... Y ahora, papá, el desayuno está servido -apostilló con tono jovial.

Henchard se inclinó y la besó en la mejilla. Aquel momento y aquel acto los había degustado con antelación durante varias semanas con un estremecimiento de placer; sin embargo, ahora que por fin habían llegado le resultaban de una insipidez insoportable. El había rehabilitado a su madre principalmente por amor a la muchacha, pero todos sus venturosos planes se veían ahora reducidos a estas cenizas...

Librodot

X X

De entre todos los enigmas con que puede enfrentarse una joven, hay pocos como el que estaba reservado a Elizabeth después de que Henchard le anunciara que era su padre. Lo había hecho tan emocionado y nervioso que había conquistado al menos la mitad de su corazón; sin embargo, he aquí que, a partir de la mañana siguiente, sus modales fueron con ella más distantes que nunca.

La frialdad no tardó en dar paso a reproches explícitos. Un lamentable defecto de Elizabeth era su bonito y pintoresco empleo ocasional de palabras dialectales, esas terribles marcas de vulgaridad para las personas distinguidas.

Era la hora de cenar -ya no se veían más que a la hora de las comidas-, y, cuando él se estaba levantando de la mesa, ella le dijo por casualidad mientras pretendía enseñarle algo:

-Si se aguarda donde está un minuto, papá, se lo traigo en seguida.

-¡Si se aguarda donde está! -repitió él con brusquedad-. Bendito sea Dios. ¿Es que sólo vales para hablar con las verduleras, que empleas semejantes expresiones?

Ella se sonrojó de vergüenza y de tristeza.

-Quise decir «si se queda donde está», papá -dijo en voz baja y humilde-. Debí tener más cuidado.

Él no contestó y salió del comedor.

Aquella dura reprimenda no cayó en saco roto, y desde entonces Elizabeth se aplicó con todas sus fuerzas hasta conseguir hablar con corrección.

Sin embargo, estos logros se anticipan un poco a nuestra narración. Henchard, pese a ser poco culto, era el crítico más severo que la joven podía haber tenido de sus lapsus, bastante raros ahora, pues leía de manera omnívora. Una prueba dura, inmerecida, le esperaba en el terreno de la escritura. Una noche que pasaba por delante de la puerta del comedor, recordó que debía entrar a coger algo. Pero, al abrirla, se dio cuenta de que se encontraba allí el alcalde en compañía de un hombre con el cual concertaba una transacción comercial.

-Caramba, Elizabeth-Jane -dijo, mirándola-. Ven aquí y escribe lo que te voy a dictar; se trata de un contrato que vamos a firmar este caballero y yo. Yo no me manejo muy bien con la pluma.

-Caray, ni yo tampoco -exclamó el otro.

Elizabeth trajo papel secante, papel de escribir y tinta, y se sentó

-Bien. Escribe esto: «Con fecha de hoy, día dieciséis de octubre, los abajo firmantes convenimos...». Escribe esto primero.

La pluma se deslizó por la hoja describiendo grandes trazos. Era una espléndida escritura redonda y muy original, de un estilo que en tiempos más recientes le habría valido el título de hija de Minerva. Pero a la sazón prevalecían otras ideas. El credo de Henchard era que las señoritas educadas debían escribir con una caligrafía distinguida; sí, creía que los caracteres perfilados eran innatos y formaban parte consustancial de la feminidad refinada. De aquí que cuando, en vez de escribir, como la princesa Ida,

Con una escritura inclinada como la espiga
se inclina ante el furioso viento del este,[1]

Elizabeth Jane escribió una línea con garabatos desiguales, Henchard se sintió muy avergonzado y, diciéndole en tono autoritario: «Déjalo, yo la terminaré», la despidió ipso facto.

Su predisposición a ser útil llegó a resultar contraproducente. Es preciso reconocer que a veces se mostraba provocadora e innecesariamente deseosa de apechugar con trabajos

[1] Versos de Princess (1847), de Tennyson. En esta obra la princesa Ida funda una universidad sólo para mujeres *(N. del E.).*

Librodot

manuales. Iba a la cocina en vez de tocar el timbre, «para no hacer a Foebe venir dos veces»; se ponía de rodillas, pala en mano, cuando el gato volcaba el cubo del carbón; más aún, daba constantemente gracias a la doncella por todo, hasta que un día, después de marcharse ésta, Henchard dijo irritado:

-¡Bendito sea Dios! ¿Por qué no dejas de dar las gracias a la doncella como si fuera una diosa? ¿No le pago una docena de libras al año para que trabaje para ti?

Elizabeth pareció tan visiblemente afectada por aquella exclamación que Henchard se arrepintió unos minutos después y le dijo que no quería ser grosero con ella.

Estos episodios domésticos eran como esas pequeñas rocas afiladas que, más que revelar, sugieren sólo lo que se esconde en el fondo. Pero los brotes de furor de Henchard le producían menos terror que su frialdad. La creciente frecuencia de este último talante abrió los ojos a la joven mostrándole que cada vez le profesaba menor afecto. Cuanto más atractivos resultaban su aspecto y modales como consecuencia de sus inteligentes esfuerzos por mejorar, más enojado parecía él. A veces lo sorprendía acechándola con unas miradas de odio que no podía soportar. Como no estaba al tanto de su secreto, era una cruel ironía que su animosidad hacia ella hubiera empezado a mostrarse justo cuando la joven adoptó su apellido.

Pero la prueba más difícil estaba aún por llegar. Elizabeth se había acostumbrado a ofrecer por las tardes un vaso de sidra o cerveza y pan con queso a Nance Mockridge, que trabajaba en el patio aparvando el heno. Al principio Nance respondía a este ofrecimiento con muestras de gratitud; pero luego empezó a verlo como algo natural. Un día en que Henchard se hallaba en el lugar, vio a su hijastra entrar en el patio para cumplir con esta costumbre; como no había ningún sitio libre para dejar las provisiones, Elizabeth se dispuso a colocar dos gavillas de heno a modo de mesa, mientras Mockridge contemplaba tranquilamente con las manos en las caderas los preparativos en su honor.

-¡Elizabeth, ven aquí! -exclamó Henchard. Ella obedeció.

-¿Por qué diablos te rebajas de esa manera? -dijo, reprimiendo la ira-. ¿No te lo he advertido al menos cincuenta veces, eh? ¡Mira que rebajarte a servir a una jornalera de la fama de Nance? ¿No ves que vas a dejar mi honra por los suelos?

Estas palabras fueron pronunciadas lo suficientemente fuerte para que llegaran a oídos de Nance, que estaba dentro del granero y saltó inmediatamente ante aquella alusión ofensiva a su nombre. Acercándose a la puerta, gritó, sin pensar en las consecuencias:

-Ya que habla de eso, señor Michel Henchard, le puedo decir que ella ha servido en peores circunstancias.

-Entonces debió de guiarla más la caridad que el sentido común -replicó él.

-Oh, no, nada de eso. No fue por caridad, sino para que le pagaran por sus servicios; y en un local público de esta cuidad.

-¡Eso no es cierto! -gritó Henchard indignado.

-Pregúnteselo a ella -dijo Nance, cruzando indolentemente sus brazos desnudos, para poder rascarse los codos con comodidad.

Henchard miró a Elizabeth Jane, cuya tez, ahora rosa y blanca por culpa del enclaustramiento, perdió casi todo el color que le quedaba.

-¿Qué significa eso? -le preguntó-. ¿Es verdad o mentira?

-Es verdad -dijo Elizabeth Jane-. Pero fue sólo...

-¿Lo hiciste, o no lo hiciste? ¿Dónde fue eso?

-Una noche en Los Tres Marineros, sólo un rato, cuando nos alojamos allí.

Nance miró con aire triunfal a Henchard y se dio media vuelta en dirección al granero, pues, ya que esperaba el despido inmediato, decidió aprovechar al máximo su victoria. Sin embargo, Henchard no dijo nada de despedirla. Desproporcionadamente sensible a tales cuestiones a causa de su propio pasado, tenía el aspecto de una persona hundida hasta la última indignidad. Elizabeth lo siguió hasta la casa con aire culpable; pero una vez dentro dejó de verlo. Como tampoco lo vio el resto del día.

Librodot

Convencido del daño irreparable que semejante hecho debía haber causado a su reputación en Casterbridge, a pesar de que hasta entonces no había tenido noticia de ello, Henchard manifestó a partir de aquel día una clara aversión a verse en presencia de aquella joven que no era de los suyos. La mayoría de las veces comía con los agricultores en uno de los dos hoteles principales, dejándola en la más absoluta soledad. De haber visto cómo utilizaba ella aquellas horas de silencio tal vez habría tenido motivos para modificar su juicio sobre el carácter de la muchacha: leía y tomaba notas sin cesar, estudiando hechos con dolorosa aplicación, sin retroceder nunca ante cualquier tarea que se hubiera impuesto. Asimismo, abordó el estudio del latín alentada por el pasado romano de la ciudad en que vivía. «Si no estoy bien informada, no quiero que sea por culpa mía», solía decirse en medio de las lágrimas que ocasionalmente se deslizaban por sus mejillas de seda cuando se sentía anonadada por la solemne oscuridad de muchas de estas obras educativas.

Así fue transcurriendo la vida de esta criatura muda, de profundos sentimientos y grandes ojos, a la que nadie comprendía. Trató de enfriar, con paciente fortaleza, su incipiente interés por Farfrae juzgándolo no correspondido e impropio de una señorita decente. Cierto que, por motivos que sólo ella conocía, desde el despido de Farfrae había abandonado su habitación en la parte trasera, que le permitía ver el patio, y que ella había ocupado con tanto celo, por otra que daba a la calle. Pero por lo que al joven se refería, cuando pasaba por delante de la casa casi nunca giraba la cabeza.

El invierno estaba ya en puertas, y el tiempo inestable la obligó a permanecer más tiempo aún dentro de casa. Pero en Casterbridge había ciertos días del principio del invierno, días de cansancio del firmamento que seguían a airadas tempestades del suroeste- en que, si lucía el sol, el aire parecía como de terciopelo. Esos días los aprovechaba ella para sus visitas periódicas a la tumba de su madre, en el cementerio romano-británico, cuyo rasgo más curioso era precisamente que siguiera sirviendo de lugar de sepultura. Los restos de la señora Henchard se mezclaban con los de mujeres que yacían adornadas con horquillas de cristal y collares de ámbar, y de hombres que tenían en sus bocas monedas de Adriano, Póstumo y los Constantinos.

Su hora favorita para acudir a aquel lugar eran las diez y media de la mañana, cuando las avenidas de la ciudad estaban tan desiertas como las de Karnak: los comerciantes se habían encerrado ya en sus tiendas y los ociosos no habían salido todavía a pasear. Elizabeth-Jane paseaba y leía por allí, levantando de cuando en cuando la vista del libro para meditar en algo, y así alcanzaba el camposanto.

Un día, al acercarse a la tumba de su madre vio una figura oscura y solitaria en medio del paseo de grava: estaba también leyendo, pero no un libro; lo que absorbía su atención era la inscripción grabada en la lápida de la señora Henchard. A aquel personaje, que guardaba luto igual que ella y era aproximadamente de su misma edad y estatura, se le podría haber confundido con su espectro o su doble de no haberse tratado de una dama vestida con mucha más elegancia. En efecto, pese a ser Elizabeth-Jane relativamente indiferente a la ropa, salvo algún capricho pasajero o por algún motivo especial, sus ojos se quedaron fascinados ante la consumada elegancia con que vestía la desconocida. También su porte tenía una flexibilidad que parecía evitar la angularidad del movimiento menos por elección que por predisposición. Fue toda una revelación para Elizabeth el que los seres humanos pudieran alcanzar aquella fase de perfección externa -nunca lo había sospechado-. Sintió como si hubiera perdido toda su frescura y gracia a causa de la proximidad de aquella dama. Y eso pese a que a Elizabeth se la podía describir ahora como hermosa, mientras que la joven desconocida era simplemente bonita.

De haber sido envidiosa habría podido odiar a aquella mujer. Pero no la odiaba. Antes bien, se permitía el placer de sentirse fascinada. Se preguntaba de dónde habría salido aquella forastera. El modo de andar pesado y vulgar que predominaba fundamentalmente en Casterbridge, así como sus dos estilos de vestir, el pueblerino y el inadecuado, revelaban por

igual que aquella figura no era de allí, incluso aunque el libro que llevaba en la mano, probablemente una guía de viajero, no lo hubiera sugerido.

La desconocida se alejó de la tumba de la señora Henchard y desapareció por una esquina. Elizabeth se acercó a su vez a la tumba; junto a ella vio dos pisadas bien marcadas, lo que significaba que la dama había estado allí bastante tiempo. Volvió a casa pensando en lo que había visto, como podía haber pensado en el arco iris, la Aurora Boreal, una mariposa rara o un camafeo.

Si, fuera de casa, había visto cosas interesantes, dentro le esperaba uno de sus malos días. Henchard, cuyo mandato de dos años como alcalde estaba tocando a su fin, era consciente de que no iba a ser elegido para cubrir una vacante de regidor, mientras que Farfrae tenía muchas probabilidades de formar parte del cabildo municipal. Por este motivo, su descubrimiento de que Elizabeth había hecho de sirvienta en la misma población de la que él era alcalde le roía las entrañas como un veneno. Según una investigación que había ordenado personalmente, había sido ante Donald Farfrae -ese advenedizo traidor- ante quien ella se había humillado de aquella forma. Y, aunque la señora Stannidge no parecía otorgar demasiada importancia a aquel incidente -los alegres parroquianos de Los Tres Marineros habían agotado el tema hacía tiempo-, Henchard tenía un carácter tan altivo que aquel simple gesto de economía le parecía punto menos que una catástrofe social.

Justo a partir de la tarde en que habían llegado a Casterbridge su mujer con su hija había sucedido algo misterioso que había cambiado su suerte. Aquella cena en Las Armas del Rey con sus amigos había significado su Austerlitz: desde entonces había ganado batallas, pero la tendencia general había sido hacia el desastre. No figuraba en la lista de los futuros regidores -esa aristocracia de la ciudadanía- como había esperado, idea que lo atormentaba especialmente.

-Bueno, ¿se puede saber dónde has estado? -preguntó con sequedad a Elizabeth.

-He estado paseando por los Walks y el camposanto hasta quedarme derrengada, papá. -Se llevó la mano a la boca, pero demasiado tarde...

Aquello bastó para enfurecer más aún a Henchard, ya bastante castigado por los fracasos de la jornada.

-¡No pienso seguir consintiendo que hables así! -tronó-. Conque «derrengada», ¿eh? Se diría que trabajas en una granja... Un día me entero de que has estado sirviendo en locales públicos. Hoy te oigo hablar como a un gañán. Estoy hasta el cogote, ¿sabes? Si esto sigue así, esta casa no podrá albergarnos a los dos.

Aquella noche, a la hora de dormir, en lo único agradable en que pudo pensar fue en la dama que había visto por la mañana, y en la esperanza de volver a verla.

Entretanto, Henchard no podía conciliar el sueño, convencido de la tontería que había cometido, movido por los celos, al prohibir a Farfrae dirigirse a una joven que no tenía ningún parentesco con él, mientras que, si les hubiera permitido seguir cortejándose, tal vez se hubiera librado de ella. Finalmente, se dijo a sí mismo, saltando de satisfacción y dirigiéndose al escritorio: «¡Ah, pensará que esto significa la paz, y una buena dote, y no que quiero librarme de ella y que no se va a llevar ningún bocado...». Así, escribió lo siguiente:

A la atención del señor Farfrae.

Muy señor mío:

Pensándolo mejor, he decidido no interferir en su cortejo de Elizabeth-Jane, en caso de que ésta siga interesándole. Retiro, por tanto, mis objeciones al respecto, a excepción de que el cortejo no deberá tener lugar en mi casa.

Atentamente,

SR. HENCHARD

A la mañana siguiente, como hacía buen tiempo, Elizabeth-Jane volvió al camposanto; pero, mientras buscaba a la dama, se vio sorprendida por la aparición de Farfrae, que pasaba

Librodot

al otro lado de la verja. Este levantó la vista unos instantes de un cuaderno en el que parecía estar anotando unas cuentas mientras caminaba. La viera o no, el caso es que no se dirigió a ella y desapareció.

Indebidamente deprimida por un sentimiento de nulidad, pensó que probablemente Farfrae la menospreciaba, y con este ánimo se sentó en un banco. Tan negros pensamientos le vinieron que acabó diciendo en voz alta:

-¡Ah, ojalá me hubiera muerto junto con mi querida mamá!

Detrás del banco había un pequeño paseo junto al muro que la gente prefería a veces al camino de grava. Le pareció que alguien estaba tocando el banco; se volvió y vio, inclinado sobre ella, un rostro velado, pero el velo no lograba ocultar los rasgos. Era el rostro de la desconocida que había visto el día anterior.

Elizabeth-Jane, consciente de haber sido oída, pareció turbada unos instantes, aunque su turbación estaba mezclada con cierto placer.

-Sí, la he oído -dijo la dama en tono jovial en respuesta a su mirada-. ¿Qué cosa tan grave le ha ocurrido para decir eso?

-No... No puedo decírselo -dijo Elizabeth llevándose la mano a la cara para ocultar su repentino sonrojo.

Permanecieron un rato en silencio; luego Elizabeth notó que la joven dama se había sentado a su lado.

-Adivino lo que le ocurre. Esta era su madre -dijo la desconocida señalando la tumba. Elizabeth la miró como preguntándose si debía confiar en ella. La elegante dama parecía tan deseosa de entablar conversación que la muchacha decidió hacerlo.

-Sí, era mi madre -dijo-. Y mi única amiga.

-Pero... su padre, el señor Henchard. ¿Vive todavía?

-Sí, vive todavía -dijo Elizabeth Jane.

-¡Y no es amable con usted!

-No quisiera quejarme de él.

-¿Ha mediado alguna desavenencia?

-Sí, algo así.

-¿Es usted tal vez responsable?

-Sí, en muchos aspectos -admitió la dócil Elizabeth con un suspiro-. Barrí los carbones cuando debía haberlo hecho la criada y dije que estaba «derrengada»; y él se enfadó conmigo.

Aquella contestación pareció despertar la simpatía de la dama.

-¿Sabe qué impresión producen en mí sus palabras? -dijo con candidez-. Que es un hombre con un temperamento muy fuerte, un poco orgulloso y tal vez también ambicioso. Pero no es un mal hombre. -Su interés por no condenar a Henchard, al tiempo que tomaba partido por ella, le pareció extraño.

-Oh, no, claro que no es malo -convino la joven con su habitual sinceridad-. Además, ha dejado de ser amable conmigo sólo desde hace poco, desde que murió mamá; aunque a mí se me ha hecho toda una eternidad. Se puede decir que todo es fruto de mis defectos; y mis defectos son fruto de mi historia.

-¿Cuál es su historia?

Elizabeth-Jane miró a su interlocutora con un tinte de melancolía. Vio que la estaba mirando, bajó los ojos y luego le pareció que debía volver a mirarla de nuevo.

-Mi historia no es nada alegre ni atractiva -dijo-. Y, sin embargo, se la puedo contar, si realmente le interesa.

La dama le aseguró que le interesaba, y Elizabeth-Jane le contó el relato de su vida según ella lo conocía, que se aproximaba bastante al verdadero, salvo el episodio de la venta en la feria.

Contrariamente a lo que había imaginado, su nueva amiga no se mostró particularmente sorprendida, cosa que la reconfortó, hasta que recordó que debía volver a esa casa en la que últimamente la trataban con tan poca consideración.

-¡No sé cómo voy a volver! -murmuró-. Estoy pensando en marcharme. Pero ¿qué puedo hacer? ¿Adónde voy a ir?

-Sí, tal vez le convendría marcharse cuanto antes -dijo su amiga en tono afable-. Yo no me iría lejos. Ahora que habla usted de eso, yo voy a necesitar pronto a alguien que viva en mi casa, en parte como ama de llaves y en parte como compañera. ¿Le gustaría venirse conmigo? Pero tal vez...

-¡Oh, sí! -exclamó Elizabeth con lágrimas en los ojos-. Desde luego que me gustaría. Haría lo que fuera para ser independiente. Tal vez mi padre me querría entonces. Pero...

-¿Pero qué?

-Soy una persona muy deficiente. Y una compañera para usted debe ser completísima.

-Oh, no necesariamente.

-¿No? A veces no puedo evitar emplear el lenguaje de los campesinos.

-No se preocupe. Me gustará oírlo.

-Ah, y además hay otra cosa -sonrió Elizabeth con un tinte de desolación-. Aprendí casualmente a escribir con una letra que no es la de mujer. Y supongo que usted querrá a alguien que sepa escribir con letra bonita, ¿no?

-Pues... no, en realidad.

-¿Cómo? ¿Que no quiere que escriba con letra de señorita? -exclamó Elizabeth llena de júbilo.

-Pues no precisamente. -Pero ¿dónde vive usted?

-En Casterbridge. Mejor dicho, viviré aquí después del mediodía.

Elizabeth expresó su asombro.

-He pasado unos días en Budmouth mientras me habilitaban una casa que llaman aquí con el nombre de HighPlace Hall, una antigua casa de piedra que mira al mercado. Dos o tres habitaciones están ya listas para ser ocupadas, pero no todas. Esta noche voy a dormir en la casa por primera vez. Bien, ¿por qué no medita usted mi propuesta y viene a verme aquí la semana que viene el primer día de buen tiempo a decirme si aún sigue interesada?

Elizabeth, con los ojos brillantes ante la perspectiva de acabar con una situación que se había vuelto insoportable, asintió llena de alegría, y ambas se despidieron a las puertas del camposanto.

Librodot

X X I

Así como una máxima repetida machaconamente durante la infancia es para nosotros letra muerta hasta que no la avala alguna experiencia de la madurez, Elizabeth-Jane descubría ahora realmente High-Place Hall, aunque había oído pronunciar este nombre al menos una centena de ocasiones con anterioridad.

Durante el resto del día, su pensamiento no se detuvo en nada más que en aquella forastera, en su nueva casa y en la oportunidad que le brindaba de irse a vivir con ella. Por la tarde salió a pagar unas cuantas facturas y a hacer algunas compras, y pudo comprobar que lo que era ahora un nuevo descubrimiento para ella se había convertido también en la comidilla de toda la ciudad. Estaban acondicionando High-Place Hall para una dama, que se iba a mudar en fecha próxima. Todos los comerciantes lo sabían y ya acariciaban la posibilidad de contar con un nuevo cliente.

Por su parte, Elizabeth Jane pudo añadir un último dato a aquella información en su mayor parte tan nueva para ella. La dama, dijo, se había mudado aquel mismo día. Cuando se encendieron las farolas, pero aún no estaba tan oscuro como para que las chimeneas, buhardillas y tejados fueran invisibles, Elizabeth, casi con la emoción de un amante, pensó que le gustaría echar un vistazo al exterior de High-Place Hall y se encaminó hacia allí.

La vieja mansión, con su fachada y barandillas de color gris, era la única de su especie que quedaba en el centro de la población. La primera impresión que producía era la de una casa solariega: nidos de pájaros en sus chimeneas, rincones húmedos donde crecían hongos y una superficie irregular producto de la acción de la naturaleza. Por la noche, los faroles proyectaban las formas de los transeúntes sobre sus paredes descoloridas.

Aquella noche se veían restos de paja y otras muestras de que el lugar había conocido ese desorden que suele acompañar a la entrada de un nuevo inquilino. La casa era enteramente de piedra, y conservaba un aire de dignidad pese a no tener un tamaño excesivo. No llegaba a ser aristocrática, y menos aún imponente, si bien el forastero chapado a la antigua decía instintivamente: «La sangre la construyó y la riqueza disfruta de ella», por vagas que fueran sus opiniones sobre estos atributos.

Sin embargo, en cuanto a lo último el forastero se habría equivocado, pues, hasta aquella misma noche, en que había llegado la nueva inquilina, la casa llevaba vacía un par de años, amén de que, antes de dicho intervalo, sólo había sido ocupada de manera intermitente. Los motivos de su impopularidad resultaban rápidamente manifiestos: algunas de sus habitaciones daban a la plaza del mercado, una vista generalmente considerada poco deseable, o de poca categoría, por sus virtuales ocupantes.

Los ojos de Elizabeth buscaron las habitaciones superiores, donde vieron luces encendidas. Era evidente que la dama ya se había mudado. La impresión que aquella mujer comparativamente más experimentada había producido en la mente de aquella muchacha tan deseosa de conocimiento era enorme: Elizabeth se sentía feliz simplemente apostada junto a una casa de enfrente pensando que la encantadora dama se hallaba dentro de aquellos muros y preguntándose qué estaría haciendo. La admiración que sentía por la arquitectura de aquella fachada se debía enteramente a la persona que albergaba, a pesar de que se trataba de una arquitectura a todas luces digna de encomio. Era de estilo palladiano y, al igual que la mayor parte de las casas erigidas desde la época del gótico, hacía pensar más en una recopilación que en una unidad estilística. Pero sus razonables proporciones eran dignas de mención. No era del todo rica, pero sí lo suficiente. Una oportuna conciencia de la vanidad fundamental de la arquitectura humana, no menos que de la vida humana en general, había impedido un exceso de superficialidad artística.

Hasta hacía unos minutos habían estado entrando y saliendo mozos con paquetes y maletas, de manera que la puerta y el vestíbulo se habían parecido bastante a un pasaje

público. Elizabeth franqueó la puerta en pleno crepúsculo, pero, alarmada de su propia temeridad, volvió a salir por otra que había en el alto muro del patio del fondo. Para su sorpresa, se encontró en uno de los callejones poco transitados de la ciudad. A la luz del único farol que había en el callejón, miró con atención la puerta por la que acababa de salir y vio que tenía arcos y que era vieja, más vieja aún que la propia casa. Era una puerta claveteada, coronada por un arco cuya piedra angular representaba una máscara. Originalmente, esta máscara había esgrimido una sonrisa maliciosa, como se podía distinguir todavía; pero generaciones enteras de chicuelos de Casterbridge le habían lanzado piedras, a resultas de lo cual la boca estaba desdentada y las mandíbulas desfiguradas, como carcomidas por una enfermedad. El aspecto era tan fantasmagórico a la débil luz del farol que Elizabeth tuvo que apartar la mirada (el primer rasgo desagradable de aquella visita).

La situación de aquella curiosa puerta vieja y la extraña presencia de la máscara de mirada maliciosa sugerían una característica que sobresalía por encima de las demás: la intriga. Por aquel callejón habría sido posible llegar sin ser visto desde cualquier lugar de la ciudad: el antiguo teatro, el antiguo pilote de los toros, el antiguo reñidero de gallos, la laguna en la que habían desaparecido tantos niños ilegítimos. Indudablemente, High-Place Hall podía presumir de tener muchas ventajas.

Elizabeth se dispuso a volver a casa por el camino más corto, es decir, por el callejón, pero, al oír unos pasos que se acercaban por aquella dirección, y no deseando que nadie la viera en aquel lugar a aquellas horas, retrocedió inmediatamente. Como no había otra salida, se escondió detrás de una pila de ladrillos esperando a que el intruso se alejara.

Si hubiera mirado, se habría llevado una sorpresa. Habría visto que el transeúnte penetraba por la puerta arqueada y, al hacer éste una pausa con la mano en el pestillo, permitiendo que la luz del farol cayera sobre su rostro, habría reconocido en él a Henchard.

Pero Elizabeth-Jane se quedó tan parapetada detrás de su escondite que no vio nada. Henchard quedó tan ignorante de su presencia como ésta de la de él, y desapareció en la oscuridad. Elizabeth salió una segunda vez al callejón y se encaminó a toda prisa hacia su casa.

Los reproches de Henchard, que habían engendrado en ella un miedo constante a hacer algo impropio de una dama, tuvieron el curioso resultado de alejarlos mutuamente como desconocidos en aquel momento crítico. Muchas cosas se podrían haber aclarado con aquel reconocimiento, al menos una duda por parte de ambos: ¿qué estará haciendo aquí él, o ella?

Henchard, fuera cual fuera el asunto que lo había llevado allí, llegó a su casa sólo unos minutos después que Elizabeth-Jane. Ésta había pensado exponerle aquella misma noche su intención de abandonar la casa (los acontecimientos del día la habían empujado a ello). Pero la ejecución de su proyecto dependía del humor del alcalde, que la joven estudiaba atentamente en cada momento. Así, descubrió que su actitud hacia ella había cambiado. Ya no mostraba tendencia a enfadarse. Mostraba algo peor: la más absoluta indiferencia había tomado el lugar de la irritabilidad, y su frialdad era tal que había conseguido lo que no había logrado su mal humor: animarla a marcharse.

-Papá, ¿pondría usted alguna objeción a que me marchara de casa? -preguntó.

-¿A que te marcharas de casa? No, ninguna. ¿Adónde vas?

Ella juzgó inoportuno e innecesario decir nada en aquel momento sobre su destino a una persona que le demostraba tan poco interés. Ya se enteraría poco después.

-Se me ha presentado una buena ocasión para cultivarme más y estar menos ociosa -contestó titubeando-. La oportunidad de vivir en una casa donde podré estudiar y conocer la vida refinada.

-¡Pues entonces aprovéchala, por todos los santos, ya que no puedes cultivarte donde estás!

-¿No se opone, entonces?

-¿Oponerme, yo? Ah, no. En absoluto. -Tras una pausa, agregó-: Pero no tendrás dinero suficiente para ese interesante proyecto, supongo. Si quieres, podría pasarte una

pequeña pensión para que no te veas obligada a vivir de los sueldos de hambre que la gente refinada suele pagar aquí.

Ella le agradeció el ofrecimiento.

-Lo mejor sería una anualidad, eso es -añadió tras una pausa-. Me gustaría pasarte una pequeña anualidad para que seas independiente de mí, y para que yo pueda ser independiente de ti. ¿Te parece bien esto?

-Por supuesto que sí.

-Bien. Me ocuparé de eso hoy mismo. -Él parecía aliviado de librarse de ella con aquel trato. Así, el asunto quedó zanjado con el visto bueno de los dos. Ella sólo pensaba ahora en el momento de ver de nuevo a la dama.

Llegó el día y la hora; pero caía una leve lluvia. Elizabeth Jane, cuyo modus vivendi iba a pasar ahora de un alegre disponer de dinero a su antojo a tener que trabajar para subvenir a sus necesidades, creyó que el tiempo que hacía era suficientemente bueno para su estrella de disminuido brillo, aunque dudaba de que su amiga se atreviera a acudir. Fue al zapatero, donde estaban colgados sus chanclos desde el día de su apoteosis; los bajó, mandó dar betún a su enmohecido cuero y se los calzó como había hecho en otros tiempos. Se echó encima una capa, cogió un paraguas y se dirigió al lugar de la cita, con la intención de, si la dama no acudía, visitarla en su casa.

Uno de los lados del camposanto, el más expuesto al viento, se hallaba protegido por una antigua tapia de barro cuyo tejadillo sobresalía un par de pies. Al otro lado de la tapia había un patio con su correspondiente granero y sus pajares, el mismo lugar en el que se había encontrado con Farfrae unos meses atrás. Vio a una figura cobijada bajo la techumbre. La joven dama había acudido.

Su presencia materializó tan cabalmente las mejores esperanzas de la muchacha que ésta casi temió por su buena suerte. Las imaginaciones caben hasta en las mentes más sólidas. Allí, en un camposanto tan antiguo como la civilización, con un tiempo desapacible, estaba una forastera que producía en ella una curiosa fascinación; podía haber algo de diabólico en su presencia. Sin embargo, Elizabeth siguió hasta la torre de la iglesia, sobre cuya cima se agitaba al viento la cuerda de un mástil, y se acercó a la tapia.

La dama tenía un aspecto tan alegre en medio de la llovizna que Elizabeth olvidó sus imaginaciones.

-¿Y bien? -preguntó la dama, y con estas palabras asomó un atisbo de la blancura de sus dientes a través del velo negro que protegía su rostro-. ¿Ya lo ha decidido?

-Sí. Totalmente -dijo la otra con vehemencia.

-¿Su padre está de acuerdo?

-Sí.

-Entonces, vamos.

-¿Cuándo?

-Ahora mismo, si lo desea. Tenía pensado mandarle un recado para que fuera a mi casa, pensando que podría no aventurarse a acudir aquí con este viento. Pero, como me gusta mucho salir, he decidido venir aquí primero.

-También yo había pensado ir a su casa.

-Eso es señal de que nos vamos a entender. ¿Entonces puede venir hoy mismo? Mi casa está tan vacía y tan desolada que quiero tener cuanto antes a alguien que esté a mi lado.

-Creo que podré ir hoy mismo -dijo la muchacha después de reflexionar.

En aquel momento el viento y la lluvia racheada hicieron llegar hasta ellas varias voces procedentes del otro lado de la tapia; palabras como «sacos», «quintales», «trillas», «residuos», « el mercado del próximo sábado», desmenuzadas por las ráfagas, como un rostro en un espejo roto. Ambas mujeres escucharon atentamente.

-¿Quiénes son? -dijo la dama.

-Uno es mi padre. Está arrendando un patio y un granero.

La dama pareció olvidarse del asunto que la había traído mientras oía aquellos tecnicismos relacionados con el comercio de cereales. Finalmente, dijo de repente:

-¿Le ha dicho adónde va a vivir?

-No.

-¿Ah, no? ¿Por qué no?

-He creído más prudente marcharme primero, conociendo su temperamento tan variable.

-Tal vez lleve razón... Por cierto, aún no le he dicho mi nombre. Me llamo señorita Templeman... ¿Se han ido Ya... los del otro lado?

-No. Han subido al granero.

-Bueno. Hay mucha humedad aquí. La espero hoy, entonces. A las seis, ¿le parece bien?

-¿Por qué lado quiere que entre, señora?

-Pues por la puerta principal, atravesando la cancela. No hay otra entrada, que yo sepa.

Elizabeth Jane había pensado en la puerta del callejón.

-Tal vez sea mejor no decir nada a su padre sobre su destino exacto hasta que no se haya ido de casa. Quién sabe... Podría cambiar de parecer.

Elizabeth Jane sacudió la cabeza.

-Bien pensado, no creo que eso vaya a ocurrir -dijo con tristeza-. Se ha vuelto bastante frío conmigo.

-Bueno. Hasta las seis, entonces.

Después de separarse, ya en la carretera, bastante trabajo tuvieron con mantener sus paraguas contra el viento de cara. Sin embargo, al pasar por delante de la puerta del patio, la dama miró al interior y hasta se detuvo un momento. Pero no vio nada más que los almiares, el mohoso henil curvo y el granero, cuya altura rivalizaba con la torre de la iglesia, al otro lado, donde proseguía el golpeteo de la cuerda contra el mástil.

Henchard no tenía la menor sospecha de que Elizabeth-Jane iba a poner tan rápidamente en práctica su resolución. De ahí que cuando, justo antes de las seis, llegó a casa y vio un coche de punto en la puerta procedente de Las Armas del Rey, y a su hijastra subiéndose a él, con todos sus bultos y baúles, se llevó una gran sorpresa.

-Me dijo, papá, que me podía marchar, ¿no es cierto? -explicó ella por la ventanilla del coche.

-Claro que lo dije. Pero pensé que te referías al mes que viene, o al año que viene. ¡Por todos los diablos, eso se llama coger la ocasión por los pelos! Conque así me tratas después de todas las molestias que me he tomado por ti, ¿eh?

-Oh, papá, ¿cómo puede decirme eso? No es justo -protestó ella con tono enérgico.

-Bueno, bueno, pues que te vaya bien -contestó él. Entró en la casa y, viendo que aún no habían bajado todas sus cosas, subió a su cuarto a echar un vistazo. Henchard no había entrado nunca en él desde que lo ocupara su hijastra. Por doquier se veían muestras de su especial esmero, de sus esfuerzos por mejorar, en forma de libros, esbozos, mapas y pequeños arreglos de buen gusto. Henchard no había sabido nada de estos esfuerzos. Se quedó mirándolos un rato, se dio rápidamente la vuelta y bajó hasta la puerta.

-Oye, escucha una cosa -dijo con la voz alterada (ahora no la llamaba nunca por su nombre)-. No te vayas de casa. Puede ser que me haya dirigido a ti con brusquedad, pero es que he tenido que sufrir mucho por tu causa.

-¿Por mi causa? -dijo ella con profunda preocupación-. ¿Qué es lo que he hecho?

-No te lo puedo decir ahora. Pero si no te vas, y sigues viviendo como hija mía, te lo diré en su momento.

Pero la propuesta había llegado diez minutos tarde. Elizabeth estaba ya en el coche; estaba ya, en su imaginación, en la casa de la dama cuyos modales tanto encanto tenían para ella.

-Papá -dijo con la mayor deferencia posible-, creo que es mejor para los dos que me marche ahora. No tengo por qué estar mucho tiempo fuera; no voy a estar lejos y, si tiene verdadera necesidad de mí, volveré inmediatamente.

El asintió de manera casi imperceptible; sólo para darle a entender que había oído su decisión.

-Dices que no te vas lejos. ¿Cuál es tu dirección, en caso de que desee escribirte? ¿O no puedo saberlo?

-Oh, por supuesto que sí. Es una casa que está en la ciudad. High-Place Hall.

-¿Dónde has dicho? -dijo Henchard con las facciones paralizadas.

Ella repitió la dirección. Como él ni se movía ni decía nada, Elizabeth, saludándolo con la mano de la manera más afectuosa posible, hizo señas al cochero para partir.

Librodot

X X I I

Pero volvamos por unos instantes a la noche anterior para explicar la actitud de Henchard.

En el momento en que Elizabeth-Jane estaba pensando hacer su excursión de reconocimiento a la morada de la dama de sus sueños, Henchard se había sorprendido no poco al recibir en mano una carta con la letra, bien conocida, de Lucetta. El tono comedido, resignado, de su carta anterior había desaparecido de su actitud general; ahora escribía casi con esa soltura que la había caracterizado en la primera fase de sus relaciones.

High-Place Hall

Mi querido señor Henchard:

No te sorprendas. Es por tu bien y el mío, espero, por lo que he venido a vivir a Casterbridge, si bien no puedo decirte por cuánto tiempo. Eso depende de otra persona: un hombre, comerciante y alcalde para más señas, que además posee en prioridad los derechos sobre mi corazón.

Pero, hablando en serio, *mon ami*, no estoy tan alegre y despreocupada como pueda parecer. He venido aquí tras enterarme de la muerte de tu esposa, a quien tú creíste muerta durante tantos años... Pobre mujer. Ella parece haber sufrido mucho, aunque sin quejarse, y, aunque no tuviera demasiadas luces, no era nada estúpida. Me alegro de que te portaras cabalmente con ella. En cuanto me enteré de su muerte, mi conciencia me recordó la necesidad de pedirte que cumplas tu promesa a fin de disipar esa sombra que mi *étourderie* proyectó sobre mi apellido. Espero que sigas pensando igual y que tomes las medidas conducentes a tal fin. Pero, como no sabía cuál era tu situación ni qué había ocurrido desde nuestra separación, he decidido venir a establecerme aquí antes de comunicarme contigo.

Es probable que veas la situación como yo la veo. Estaré en condiciones de verte dentro de un par de días. Hasta entonces, adiós. Tuya,

LUCETTA

P.S. No pude acudir a la cita que te di para verte unos momentos al pasar por Casterbridge el otro día. Mis planes se vieron modificados por un suceso familiar, cuyo conocimiento te causará una gran sorpresa.

Henchard ya había oído hablar de que estaban reformando High-Place Hall para recibir a un inquilino. Había dicho con aire perplejo a la primera persona que encontró:

-¿Quién viene a vivir al Hall?

-Una dama apellidada Templeman, creo, señor alcalde -le contestó su informante.

Henchard se quedó un rato meditando en aquella información. «Me parece que Lucetta está emparentada con ella -se dijo-. Sí, ha llegado el momento de darle lo que se merece. »

Ahora contemplaba esta necesidad sin los reparos que había tenido en otro tiempo. Lo hacía con interés, por no decir incluso con calor. Su amarga decepción al descubrir que Elizabeth-Jane no era suya, y que no tenía ningún hijo vivo, había dejado en él un vacío emocional que deseaba colmar de alguna manera. Era con esta disposición anímica, aunque sin un profundo sentimiento, como había enfilado el callejón y penetrado en High Place Hall por la puerta trasera junto a la cual Elizabeth había estado a punto de verlo. Después había pasado directamente al patio y preguntado a un hombre que estaba desempaquetando

Librodot

porcelana de una caja si la señorita Le Sueur vivía allí. Le Sueur era el apellido con el que él había conocido a Lucetta, o «Lucette», como ella se llamara a sí misma por aquel entonces.

El hombre le contestó que no, que sólo había venido la señorita Templeman. Henchard partió, convencido de que Lucetta no se había instalado todavía.

Se hallaba en esta fase interesante de sus pesquisas cuando fue testigo, al día siguiente, de la partida de Elizabeth-Jane. Al oírla pronunciar las señas, se apoderó repentinamente de él la extraña sospecha de que Lucetta y la señorita Templeman eran en realidad la misma persona. Recordó ahora que el nombre del rico pariente de Lucetta, a quien él había juzgado siempre un personaje un tanto fabuloso, no era otro que el de Templeman. Aunque él no era un cazador de fortunas, la posibilidad de que Lucetta se hubiera convertido en una dama adinerada por obra de un testamento generoso de este pariente prestaba a su imagen un encanto que de otro modo podría no haber tenido. Henchard se estaba acercando a ese punto crítico de la madurez en el que las cosas materiales ocupan un espacio cada vez mayor en el pensamiento.

Pero Henchard no tardó en salir de dudas. Lucetta era bastante aficionada a escribir misivas, como demostraba la avalancha de cartas que le había escrito tras el fiasco de la proyectada boda, y, al poco de partir Elizabeth, llegó otra nota a casa del alcalde desde High-Place Hall. Rezaba así:

> Ya estoy instalada, y de modo confortable, si bien venir hasta aquí ha resultado una empresa bastante fatigosa. Probablemente sepas lo que te voy a decir, ¿verdad? Mi buena tía Templeman, la viuda del banquero, de cuya existencia -y sobre todo riqueza- tú solías dudar, ha fallecido recientemente, legándome una parte de su propiedad. No voy a entrar en detalles salvo para decirte que he adoptado su apellido, como expediente para escapar del mío, y de los malos recuerdos que lo acompañan.
>
> Ahora que soy dueña de mí misma, he decidido residir en Casterbridge, en High-Place Hall, para que no te veas en ningún aprieto en caso de que no desearas verme. Mi primera intención era mantenerte ignorante de los cambios que se han producido en mi vida hasta que nos hubiéramos encontrado en la calle; pero lo he pensado mejor.
>
> Probablemente estés al tanto del arreglo al que he llegado con tu hija, y te hayas reído de -¿cómo expresarlo?- la afectuosa broma de haberla traído a vivir conmigo. Pero mi primer encuentro con ella fue producto del azar. ¿Ves, Michael, en parte, por qué lo he hecho? Para darte una excusa cuando vengas a verme, como si vinieras a visitarla a ella, y así trabes conocimiento conmigo de manera natural. Es una joven adorable, y cree que la has tratado con severidad indebida. Sin duda lo has hecho llevado de un impulso momentáneo, pero no a propósito, estoy segura. Como el resultado ha sido el traerla a mi lado, naturalmente no voy a reprenderte. Con prisas, siempre tuya.
>
> LUCETTA

La emoción que estas nuevas produjeron en el ánimo abatido de Henchard no pudo ser más agradable. Estuvo un buen rato sentado a la mesa del comedor enfrascado en mil pensamientos, y, casi por un mecanismo automático, los sentimientos que se habían agostado desde su distanciamiento de Elizabeth-Jane y Donald Farfrae se trasladaron a Lucetta antes de que se hubieran secado del todo. Lucetta mostraba a todas luces una buena disposición a casarse. Pero ¿qué otra disposición podía tener una pobre mujer que le había dado su tiempo y su corazón de manera tan irreflexiva, en aquellos días pasados, hasta el punto de comprometer su reputación? Probablemente era su conciencia, no menos que su afecto, la que la había traído hasta aquí. Sopesándolo todo, no la vituperaba.

«Qué mujercita más lista», se dijo sonriendo (con referencia a su hábil y graciosa maniobra para atraerse a Elizabeth-Jane).

Para Henchard, tener ganas de ver a una persona equivalía a ir inmediatamente a su encuentro. Así, se puso el sombrero y salió disparado rumbo a casa de Lucetta. Serían entre las ocho y las nueve cuando llegó a su puerta. La respuesta que le dieron era que la señorita Templeman tenía un compromiso aquella noche, pero que le encantaría verlo al día siguiente.

«Esto me huele a darse aires -se dijo-. Y pensar que nosotros...» Pero, después de todo, ella no había esperado su visita, y él se tomó la negativa con calma. Sin embargo, decidió no ir al día siguiente. «Estas malditas mujeres... No hay ni pizca de sinceridad en ellas...», masculló. Sigamos el curso del pensamiento del señor Henchard como si fuera una pista y situémonos en el interior de High-Place aquella misma noche.

Al llegar Elizabeth-Jane, una señora mayor le pidió flemáticamente que subiera a cambiarse de ropa. Ella contestó que no quería ocasionar molestias y se quitó el sombrero y la capa en el vestíbulo. Luego la condujeron frente a la primera puerta del rellano de la escalera, donde la dejaron sola.

Por dentro, la habitación estaba amueblada con gusto, como un *boudoir* o salita; sobre un sofá con dos almohadones cilíndricos se hallaba reclinada una mujer bonita de cabellos oscuros y grandes ojos, de inequívoca extracción francesa por parte de padre o madre. Parecía unos años mayor que Elizabeth, y sus ojos tenían un brillo especial. Frente al sofá había una mesa pequeña cubierta de naipes, todos boca arriba.

La mujer había estado echada en una postura tan desinhibida que saltó como un resorte al oír ruido en la puerta.

Al ver que era Elizabeth, se tranquilizó y saltó a su encuentro con un ímpetu tal que sólo su gracia innata le impidió resultar violento.

-Vaya, vaya, venimos con retraso, ¿eh? -dijo agarrando las dos manos de Elizabeth.

-Había tantas pequeñas cosas que recoger...

-Tiene usted aspecto de estar muy cansada. Déjeme que la reanime con algunos trucos que he aprendido para matar el tiempo. Siéntese ahí y no se mueva. -Cogió los naipes, tiró de la mesa hacia sí y, tras barajarlos rápidamente, invitó a Elizabeth a escoger algunos.

-Bien, ¿ya ha escogido? -preguntó mientras arrojaba a la mesa los que le quedaban en la mano.

-No -balbuceó Elizabeth, como despertando de una ensoñación-. Lo había olvidado. Estaba pensando en... usted y en mí y en lo extraño que es que esté yo aquí.

La señorita Templeman miró a Elizabeth Jane con interés y dejó las cartas.

-¡Ah! No se preocupe -dijo-. Me recostaré en el sofá; usted se sienta a mi lado y hablaremos todo lo que usted quiera.

Elizabeth se acercó a la cabeza del sofá silenciosa pero con evidente placer. Se podía ver que, aunque en edad era más joven que su anfitriona, en modales y visión general parecía más madura. La señorita Templeman se acomodó en el sofá con la postura indolente de antes y, tapándose la frente con el brazo, en una pose muy parecida a la de un famoso cuadro de Tiziano, habló a Elizabeth-Jane con los ojos vueltos hacia atrás.

-Le voy a revelar algo -dijo-. Me pregunto si lo habrá adivinado ya. Hace tan sólo unos días que me he convertido en propietaria de una gran casa y de una gran fortuna.

-¡Oh! ¿Hace sólo unos días? -murmuró Elizabeth Jane, con el semblante algo decaído.

-De niña viví con mi padre de guarnición en guarnición, hasta que me volví algo inquieta e inestable. Él era oficial del ejército. Me siento obligada a mencionar esto por considerar que es mejor que conozca usted la verdad.

-Claro, claro. -Miró pensativamente alrededor de la habitación: el pequeño piano cuadrado con incrustaciones de metal, las cortinas de las ventanas, la lámpara, los reyes y reinas rubios y morenos de la baraja y, finalmente, el rostro invertido de Lucetta Templeman, cuyos grandes ojos brillantes tenían, así vistos desde arriba, un efecto muy extraño.

Elizabeth no dejaba de imaginar todo tipo de cualidades y aptitudes en su anfitriona.

-Seguro que habla usted francés e italiano de corrido -dijo-. Yo no he podido pasar de unos cuantos rudimentos de latín.

-Bueno, como en mi isla de origen se habla francés, este hecho tiene muy poca importancia. Es más bien lo contrario.

-¿Dónde se encuentra su isla de origen?

La señorita Templeman le contestó tras vencer cierta renuencia:

-Es Jersey. Allí se habla francés en un lado de la calle e inglés en el otro, y una lengua mixta en medio. Pero de eso hace mucho tiempo. Es Bath la ciudad a la que pertenece mi familia, si bien mis antepasados de la isla de jersey fueron tan buenos como cualquier inglés de la gran isla. Se llamaban Le Sueur, una vieja familia que hizo grandes cosas en su época. Yo me fui a vivir allí a la muerte de mi padre. Pero no doy demasiada importancia a las cosas del pasado, y me considero bastante inglesa en materia de sentimientos y gustos.

Lucetta se había ido de la lengua sin darse cuenta. Había llegado a Casterbridge como si procediera de Bath, y, por razones obvias, Jersey debía desaparecer de su vida. Pero la presencia de Elizabeth la había alentado a hablar con libertad, y a quebrantar al final su firme resolución.

Sin embargo, no podía haberla quebrantado ante una persona más discreta. De todos modos, cambió rápidamente de tema y, después de aquel día, se mostró tan alerta que no dio pie en ningún momento para identificarse como la joven de Jersey que había sido la querida de Henchard en unos momentos especialmente críticos. Asimismo, no dejaban de resultar graciosos sus esfuerzos por evitar cualquier palabra francesa que le llegase a la punta de los labios. La eludía con la rapidez del débil Apóstol ante la acusación de «Tu lengua te delata».

La siguiente fue una mañana llena de expectación para Lucetta. Se vistió para el señor Henchard y esperó impaciente su visita antes del mediodía. Como no llegó, estuvo esperándolo toda la tarde. Pero no dijo a Elizabeth que la persona a la que esperaba era su padre.

Estuvieron sentadas en ventanas contiguas de la misma habitación de la gran mansión de piedra, haciendo ganchillo y mirando al mercado, que ofrecía un espectáculo animado. Elizabeth divisó la copa del sombrero de su padre entre el gentío congregado allí abajo, sin darse cuenta de que Lucetta observaba el mismo objeto con un interés más intenso todavía. Henchard se movía a un lado y otro de aquel lugar bullicioso, que en unos puntos parecía vivo como un hormiguero, en otros más reposado, y diseminado en puestos de fruta y verdura. Pese a la incomodidad de los empujones y al peligro de los vehículos que cruzaban, los agricultores preferían por norma general para sus transacciones el *carrefour* abierto al lóbrego mercado cubierto que se les había destinado. Allí se afanaban en aquel único día de la semana, formando un pequeño mundo de polainas, trueques y valijas. Hombres de estómagos protuberantes cuyo perfil caía como ladera de montaña; hombres cuyas cabezas oscilaban al andar como árboles en una tormenta de noviembre; hombres que, al conversar, adoptaban variadas posturas, reduciendo la estatura al abrirse de piernas y metiéndose las manos en sus profundísimos bolsillos. Sus rostros irradiaban calor tropical, pues, si cuando estaban en casa sus semblantes variaban según las estaciones, en el mercado brillaban todo el año como pequeñas hogueras.

Todos parecían llevar la ropa como si fuera un estorbo, una necesidad engorrosa. Algunos iban bien vestidos, pero la mayor parte de ellos vestían de cualquier manera, con trajes que parecían recordatorios de las gestas, achicharramientos y esfuerzos cotidianos de sus portadores a lo largo de los años. Sin embargo, muchos llevaban en los bolsillos talonarios de cheques muy usados con saldos raras veces inferiores a las cuatro cifras. De hecho, lo que estas formas humanas convexas representaban primordialmente era dinero contante y sonante,

dinero listo en sus grandes manos rechonchas, en el acto y no para el año siguiente, como era el caso de muchos nobles y de muchas personas que ejercían profesiones liberales.

En medio de ellos se elevaban dos o tres altos manzanos, que parecían haber crecido allí mismo; hasta que se vio que estaban sostenidos por hombres de las comarcas de la sidra que habían ido a venderlos, trayendo la arcilla de su terruño pegada a las botas. Elizabeth-Jane, que los había observado otras veces, dijo:

-Me pregunto si traerán los mismos árboles cada semana.

-¿Qué árboles? -preguntó Lucetta, absorta en su búsqueda de Henchard.

Elizabeth contestó vagamente, pues un incidente había absorbido también su atención. Tras uno de aquellos árboles se hallaba Farfrae, discutiendo animadamente sobre unas muestras con un agricultor. Henchard se había topado con el joven, cuyo rostro parecía preguntarle: «¿Por qué no nos hablamos?». Elizabeth suspiró al advertir un chispazo en los ojos de su padre que significaba: «No».

-¿Está particularmente interesada por alguien de ahí fuera? -preguntó Lucetta.

-Oh, no -dijo su compañera con el rostro encarnado. Por fortuna, la figura de Farfrae había quedado oculta tras el manzano. Lucetta la miró fijamente.

-¿De veras? -insistió.

-De veras -reiteró la otra.

Lucetta volvió a mirar por la ventana.

-Supongo que son todos agricultores -dijo.

-No. Está también el señor Bulge, que es comerciante de vinos. Y Benjamin Brownlet, tratante de caballos. Y Kitson, criador de cerdos. Y Yopper, subastador. Y cerveceros y molineros y otros muchos.

Farfrae se veía ahora con toda claridad, pero ella no lo mencionó.

La tarde del sábado transcurrió de esta manera errática. La hora de exhibición de muestras había dado paso a esa otra hora ociosa previa al regreso dedicada sobre todo al chismorreo. Henchard no había visitado a Lucetta, pese a haber estado tan cerca de ella. Sin duda había estado demasiado ocupado, pensó. Iría el domingo o el lunes.

Llegaron estos días, pero no el visitante, aunque Lucetta repitió su atavío con escrupuloso esmero. Estaba descorazonada. Se debe poner en claro que Lucetta no tributaba ya a Henchard toda la ardiente pasión que la había embargado durante la primera fase de sus relaciones: el desafortunado desenlace de éstas había enfriado considerablemente el amor puro. Pero aún seguía deseando casarse con él ahora que no había nada que lo impidiera, y enderezar así su situación, algo por lo que parecía suspirar especialmente. De parte de ella, había sólidas razones sociales para que se celebrara el matrimonio; de parte de él, ya no había ninguna razón humana por la que éste debiera aplazarse, y menos desde que ella había accedido a la riqueza.

El martes era la fiesta de la Candelaria. A la hora del desayuno, dijo a Elizabeth-Jane con bastante frialdad:

-Imagino que hoy su padre pasará por aquí para verla. Supongo que acudirá al mercado junto con otros comerciantes de cereales.

Ella sacudió la cabeza.

-No vendrá.

-¿Por qué?

-Me tiene rencor -dijo con voz ronca.

-¿Han discutido más seriamente de lo que imagino?

Elizabeth, deseosa de proteger al hombre a quien creía su verdadero padre contra cualquier acusación de indebida antipatía, contestó:

-Sí.

-¿Entonces el lugar donde usted está es el que él evitaría con mayor probabilidad?

Librodot

Elizabeth asintió con tristeza. Lucetta pareció perpleja, frunció sus bonitas cejas y labios e irrumpió en histéricos sollozos. Aquello era el desastre. Su ingenioso plan había fracasado por completo...

-Oh, ¿qué le ocurre, mi querida señorita Templeman? -exclamó su compañera.

-Me gusta mucho su compañía -dijo Lucetta tan pronto como pudo hablar de nuevo.

-Sí, sí, y a mí me encanta la suya -dijo a su vez Elizabeth a modo de consuelo.

-Pero... Pero... -No pudo terminar la frase, cuya continuación era, naturalmente, que si Henchard sentía una antipatía tan profunda hacia ella, como parecía ser el caso, no le quedaba más remedio que buscar la manera de desembarazarse de ella, por desagradable que le resultara. Se le ocurrió un recurso provisional.

-Señorita Henchard, ¿quiere ir a hacerme unos encargos después del desayuno? Ah, qué buena es usted. ¿Quiere ir por...? -Y enumeró varios recados en distintas tiendas, que mantendrían a Elizabeth ocupada al menos durante aproximadamente las dos horas siguientes.

-¿Ha visitado alguna vez el museo?

Elizabeth Jane no lo había visitado

-Entonces puede ir a verlo. Puede terminar la mañana en él. Es una antigua casa, situada en una bocacalle. He olvidado el lugar exacto, pero la encontrará con toda seguridad. Alberga un montón de objetos interesantes: esqueletos, dientes, cacharros viejos y sartenes, botas antiguas y huevos de aves rarísimas. Todo muy instructivo. Quédese allí hasta que le entre apetito.

Elizabeth se vistió con premura y partió.

«Me pregunto por qué querrá librarse de mí hoy», se dijo con el ánimo abatido mientras salía. Pese a su habitual candidez, y a la dificultad de atribuir otros motivos a Lucetta, resultaba obvio que ésta deseaba su ausencia más que sus servicios o su instrucción.

Tan pronto como hubo marchado, una de las criadas de Lucetta fue a casa de Henchard con la siguiente nota, cuyo contenido no podía ser más escueto:

Querido Michael:

> Hoy, en el transcurso de tu jornada laboral, pasarás delante de mi casa dos o tres horas. Así que, por favor, hazme una visita. Estoy triste y decepcionada de que no hayas venido a verme antes, pues ¿puedo impedir cierto nerviosismo fruto de mi equívoca relación contigo, especialmente ahora que la fortuna de mi tía me ha puesto en un lugar destacado en la sociedad? Como la presencia de tu hija aquí podría ser la causa de tu negligencia, la he mandado de paseo durante toda la mañana. Di que vienes por motivos de negocios. Estaré completamente sola.
>
> LUCETTA

Al volver la mensajera, le dio instrucciones concretas de que, si venía un caballero, debía ser admitido inmediatamente, y se sentó a esperar el resultado.

Sentimentalmente, no le importaba demasiado verlo: sus retrasos la habían aburrido; pero era necesario, y con un suspiro adoptó varias posturas pintorescas en el sillón, primero de esta manera, luego de esta otra, hasta lograr que la luz cayera sobre su cabeza. Después se reclinó sobre el sofá en la postura ligeramente encogida que tanto le favorecía, y, con el brazo levantado a la altura de la ceja, se quedó mirando hacia la puerta. Esta, decidió, era la mejor postura; y así permaneció hasta que se oyeron en las escaleras los pasos de un hombre. Entonces, olvidando su pose (pues la naturaleza era demasiado fuerte para el artificio todavía), saltó y corrió a esconderse detrás de una de las cortinas en un acceso de timidez. A pesar del declive de la pasión, la situación se prestaba al nerviosismo: no había visto a Henchard desde que se habían despedido, de manera supuestamente temporal, en Jersey.

Oyó a la criada acompañar al visitante hasta la habitación y cerrar la puerta detrás de él, y luego partir como en busca de su señora. Lucetta descorrió la cortina con un saludo nervioso. El hombre que estaba ante ella no era Henchard.

X X I I I

En realidad, justo antes de salir de detrás de la cortina se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que su visitante pudiera ser otra persona; pero ya era demasiado tarde para retroceder.

El visitante, muchos años más joven que el alcalde de Casterbridge; era rubio, sonrosado, esbelto y guapo. Llevaba unas bonitas polainas de paño con botones blancos, lustrosas botas relucientes con infinitos agujeros para los cordones, ligeros tirantes de pana bajo un chaleco y chaqueta de velvetón negro; y, en la mano, un bastón con puño de plata. Lucetta se sonrojó y dijo con una curiosa mezcla de mohín y risa en el rostro:

-¡Oh, me he equivocado!

El visitante, por el contrario, no se rió en absoluto.

-¡No sabe cómo lo siento! -dijo en tono de disculpa-. He venido a preguntar por la señorita Henchard y me han acompañado hasta su habitación. Le aseguro que en ningún caso me habría presentado ante usted de forma tan indiscreta, de haberlo sabido.

-He sido yo la indiscreta -dijo ella.

-Pero ¿acaso me he equivocado de casa, señora? -dijo el señor Farfrae, parpadeando un poco en medio de su confusión y golpeándose nerviosamente las polainas con el bastón.

-Oh, no. Siéntese, caballero. Descanse un poco ya que ha subido hasta aquí -contestó Lucetta en tono gentil, para tranquilizarle-. La señorita Henchard vendrá en seguida.

En realidad, esto no era exactamente cierto; pero la hiperbórea vivacidad de aquel joven, su seriedad y su encanto especial, como un instrumento musical bien tensado, todo lo que había despertado a primera vista el interés de Henchard, de Elizabeth -Jane y de la alegre feligresía de Los Tres Marineros, hizo que a Lucetta le resultara también atractiva su inesperada presencia. El vaciló, miró el sillón, pensó que no había peligro en ello (aunque sí lo había) y se acomodó.

La repentina entrada de Farfrae fue simplemente el resultado del permiso de Henchard para volver a ver a Elizabeth, en caso de que pretendiera cortejarla. Al principio no había prestado demasiada atención a la brusca carta del alcalde; pero una transacción comercial excepcionalmente afortunada lo puso en buenas relaciones con todo el mundo y le reveló que podía casarse perfectamente, si así lo decidía. ¿Y quien más agradable, ahorrativa y satisfactoria en todos los sentidos que Elizabeth-Jane? Aparte de sus recomendaciones personales, de dicha unión se seguiría la reconciliación con su antiguo amigo Henchard, si todo transcurría con normalidad. Así, olvidándose de la brusquedad del alcalde, aquella mañana, camino de la feria, fue a visitarla a su casa, donde le habían informado debidamente de que se había mudado a la casa de la señorita Templeman. Algo estimulado al no encontrarla esperándole -así de antojadizos son los hombres-, acudió rápidamente a High-Place Hall, donde encontró no a Elizabeth, sino a la dueña de la casa.

-La feria de hoy parece muy importante -dijo ella cuando, por una distracción natural, sus ojos buscaron la escena bulliciosa del exterior-. Las numerosas ferias y mercados de ustedes me tienen muy interesada. ¡En cuántas cosas pienso mientras miro desde aquí!

Él pareció vacilante sobre cómo contestar. De la calle llegaba un vago vocerío; entre las voces, como pequeñas olas en un mar en calma, una se elevaba constantemente por encima de las demás.

-¿Mira usted a la calle a menudo? -preguntó. -Sí, muy a menudo.

-¿Busca a alguien que conoce?

¿Por qué tenía que haber contestado como contestó?

-Miro simplemente como a un cuadro. Pero -prosiguió, dirigiéndole una mirada de simpatía- ahora ya puedo hacerlo: puedo buscarle a usted. Usted está siempre ahí, ¿no es cierto? Ah, no me torne en serio. Pero es divertido buscar a alguien a quien se conoce en

medio de la multitud, aunque no se tenga necesidad de él. Se libra una de esa terrible opresión de estar rodeada de una turbamulta y no tener a nadie que nos ponga en contacto con ella.

-Sí. Tal vez vive usted demasiado sola, señora.

-Nadie sabe lo sola que estoy.

-Pero usted es rica, según dicen.

-Si es así, no sé cómo disfrutar de mis riquezas. Llegué a Casterbridge pensando que me gustaría residir aquí. Pero... me pregunto si será así.

-¿De dónde es usted, señora?

-De cerca de Bath.

-Y yo de cerca de Edimburgo -murmuró él-. Es mejor quedarse en casa, es cierto; pero un hombre debe vivir donde puede hacer dinero. Es una pena, pero es siempre así... Sí, a mí me ha ido muy bien este año. Vaya que sí -prosiguió con sincero entusiasmo-. ¿Ve a ese hombre con un abrigo de cachemir pardo? Pues en otoño le compré una gran cantidad de trigo cuando estaba a bajo precio, y luego, cuando subió un poco, vendí todo el que tenía. Sólo me reportó un pequeño beneficio; mientras, los agricultores se guardaban su trigo esperando un momento más propicio, sí, aunque las ratas estaban royendo sus almiares. Y, justo cuando lo vendí, los mercados empezaron a bajar, y entonces aproveché para comprar el trigo a quienes habían estado aguantando tanto tiempo a un precio menor que el que se pagaba cuando mi primera compra. Y luego -exclamó impetuosamente, con el rostro iluminado- lo vendí unas semanas después cuando empezó a subir de nuevo... Y así, contentándome con pequeños beneficios, aunque frecuentes, no tardé en ganar quinientas libras. ¡Sí, señor! -Bajó la mano sobre la mesa, olvidándose por completo de dónde estaba-. Y mientras... los que habían estado esperando un momento más oportuno se quedaron sin ganar nada...

Lucetta lo miró con interés crítico. Era un nuevo tipo de persona para ella. Los ojos de él se posaron también por fin sobre la dama, y sus miradas se cruzaron.

-Veo que la estoy aburriendo -dijo.

-En absoluto -dijo ella, sonrojándose. -¿De veras que no?

-Todo lo contrario. Me parece muy interesante.

Ahora le tocó a Farfrae exhibir unas manchas de rubor. -Bueno, me refiero a todos ustedes, los escoceses -añadió rápidamente a modo de corrección-. Están libres de los extremos del sur. Nosotros, los meridionales, más ordinarios, somos todos o de una manera o de otra: cálidos o fríos, apasionados o indiferentes, mientras que en ustedes se dan las dos modalidades al mismo tiempo.

-No entiendo bien lo que quiere decir, señora. Le ruego que se exprese con mayor claridad.

-Bueno, se ilusionan ustedes pensando en cómo prosperar. Luego se ponen tristes al pensar en Escocia y los amigos.

-Sí, a veces pienso en mi hogar -dijo con sencillez.

-Igual me ocurre a mí, dentro de lo que puedo... La casa en la que nací era muy vieja, y la demolieron para hacer nuevas edificaciones, de manera que apenas tengo ahora un hogar en el que poder pensar. -Lucetta no añadió, como podría haber hecho, que la casa se hallaba en St. Helier, y no en Bath.

-Pero las montañas, y la niebla, y las rocas siempre están ahí, ¿no? ¿Y no le parecen un hogar?

Ella sacudió la cabeza.

-Pues a mí, sí -murmuró él. Y se vio cómo su pensamiento volaba hacia tierras nórdicas. Ya fuera por su origen escocés, ya por sus características personales, era completamente cierto lo que Lucetta había dicho, que en la trama vital de Farfrae se daban dos vertientes (la comercial y la romántica) que resultaban muy distintas a veces. Al igual

Librodot

que los filamentos de un cordón trenzado, aquellos contrastes podían yuxtaponerse, pero no confundirse.

-¿Le gustaría volver a su país? -preguntó ella.

-Ah, no, señora -dijo Farfrae, volviendo repentinamente a la realidad.

Fuera de las ventanas, la feria había alcanzado ahora su punto culminante. Era la más importante del año, y difería bastante del mercado de unos días antes. Semejaba una gran mancha parda salpicada de motas blancas; tal era la impresión que daban los jornaleros que buscaban trabajo. Las mujeres, con sus amplios sombreros cual entoldados de un carro, sus faldas de algodón y sus chales a cuadros, se mezclaban con los blusones de los carreteros, pues todos participaban por igual en la feria. Entre la multitud, en la esquina de la calle, un viejo pastor atrajo las miradas de Lucetta y Farfrae por su inmovilidad. Era, obviamente, un hombre escarmentado. Debía de haber batallado muy rudamente en la vida, pues, para empezar, era un hombre de escasa corpulencia. Estaba ahora tan encorvado por el duro trabajo y los años que quien se le hubiera acercado por detrás difícilmente habría visto su cabeza. Había plantado el tallo de su cayado en la cuneta y se apoyaba sobre su empuñadura, abrillantada como plata por la larga fricción de las manos. Se había olvidado por completo de dónde estaba, y de para qué había venido, pues tenía los ojos clavados en el suelo. Unos metros más allá se concertaban unas negociaciones relacionadas con él, pero él no las oía: parecía como si estuvieran pasando por su cabeza agradables visiones de sus éxitos en la juventud, cuando su habilidad le había abierto todas las puertas a las que había llamado.

Las negociaciones en curso tenían como actores principales a un agricultor de la comarca y al hijo del propio anciano. Al parecer, se había presentado una seria dificultad: el agricultor no se quería llevar la corteza sin la miga; es decir, al anciano sin el joven. Y el hijo tenía una novia en su caserío actual, la cual estaba a un lado esperando el resultado con labios pálidos.

-Siento abandonarte, Nelly le dijo el joven con emoción-. Pero, ya ves, no puedo matar de hambre a mi padre, y él se queda sin trabajo el día de la Anunciación. Son sólo treinta y cinco millas.

Los labios de la joven temblaron.

-¡Treinta y cinco millas! -murmuró-. ¡Ah, eso es demasiado! No volveré a verte más.

Era realmente una distancia insalvable para la flecha del dios Cupido, pues los jóvenes de Casterbridge eran como los jóvenes de cualquier otro lugar.

-Ah, no, no. No volveré a verte nunca -insistía ella mientras el muchacho le cogía la mano con fuerza. En aquel momento volvió el rostro hacia la casa de Lucetta para ocultar su llanto. El agricultor dijo al joven que le daba media hora de plazo para contestarle y se alejó, dejando al grupo sumido en la tristeza.

Los ojos de Lucetta, inundados de lágrimas, se cruzaron con los de Farfrae. Para su sorpresa, también los de éste se habían humedecido.

-Es muy duro -dijo ella con vehemencia-. Los amantes no deberían estar separados por un motivo así. Ah, si yo pudiera dejaría a la gente que viviera y se amara a su antojo.

-Tal vez yo pueda conseguir que no se separen -dijo Farfrae-. Necesito a un joven carretero. Y tal vez pueda contratar también al anciano. Sí, no me resultará muy gravoso, y estoy seguro de que me harán apaño de alguna manera.

-Oh, qué bueno es usted -exclamó ella, encantada-. Vaya a decírselo, y hágame saber después s si lo ha conseguido.

Farfrae salió, y ella lo vio hablar con el grupo. Los ojos de todos brillaron, y el trato se cerró rápidamente. Farfrae volvió junto a Lucetta inmediatamente después.

-Ha demostrado usted tener un gran corazón -dijo Lucetta-. Yo, por mi parte, he decidido permitir a mis criadas tener novio si así lo desean. Haga usted como yo.

Farfrae se puso algo serio, y meneó la cabeza un poco.

-Yo debo mostrarme un poco más estricto -dijo.

-¿Por qué?

-Usted es... una mujer próspera; y yo, un comerciante de heno y trigo que pugna por abrirse paso.

-Yo soy una mujer muy poco ambiciosa.

-Bueno, no sé cómo explicarme. No sé conversar con las damas, ambiciosas o no, se lo aseguro -dijo Donald, con gravedad teñida de pesar-. Procuro ser correcto con la gente.

-Veo que es usted tal y como dice -replicó ella, imponiéndose inteligentemente en estos intercambios del corazón. Bajo la impresión de aquella observación de reconocimiento personal, Farfrae volvió a mirar a la abigarrada multitud.

Dos agricultores se daban la mano y, como estaban bastante cerca de las ventanas, sus observaciones se podían oír igual de bien que otras anteriores.

-¿Ha visto usted al joven señor Farfrae esta mañana? -preguntó uno de ellos-. Me prometió estar aquí a las doce de la mañana pero me he recorrido toda la feria una docena de veces y no he visto ni rastro de él, aunque suele ser hombre de palabra.

-Caramba, se me había olvidado este compromiso -murmuró Farfrae.

-Ahora debe irse, ¿verdad? -dijo ella.

-Sí -replicó él. Pero aún seguía allí.

-Es mejor que se marche -le urgió ella-. Puede perder un cliente.

-Por favor, señorita Templeman, va a conseguir que me enfade -exclamó Farfrae.

-Entonces supongamos que no acude y se queda un poco más.

Él miró con impaciencia al agricultor que lo estaba buscando y que, fatídicamente, siguió en dirección a Henchard; luego se dirigió de nuevo a Lucetta:

-Me gustaría quedarme, pero me temo que debo marchar -dijo-. No conviene desatender los negocios, ¿verdad?

-Ni un solo minuto.

-Es cierto. Vendré en otra ocasión, señora, si me lo permite.

-Por supuesto -dijo ella-. Lo que nos ha ocurrido hoy a los dos es bastante curioso.

-Algo sobre lo que deberemos pensar cuando estemos solos.

-Oh, no lo sé. Después de todo, son cosas que suelen ocurrir.

-No. Yo no diría eso. No...

-Bueno. Sea como fuere, ya ha pasado, y el mercado le llama.

-Sí, sí. ¡El mercado, los negocios! Ojalá no existieran los negocios en el mundo!

Lucetta casi se echó a reír. Habría reído con ganas de no haber sido por la pequeña emoción que la embargaba en aquel momento.

-¡Cómo ha cambiado usted! -dijo-. No debería cambiar tan fácilmente...

-A mí nunca se me habría ocurrido decir semejante cosa antes de venir aquí, y estar con usted... -dijo el escocés con una mirada sencilla, avergonzada, de disculpa, por su debilidad.

-Si tal es el caso, sería mejor que no siguiera mirándome. Dios mío, creo que lo he corrompido por completo...

-Sea ése el caso o no, la veré en mis pensamientos... En fin, debo marcharme. Gracias por el placer de la visita.

-Gracias a usted por haberse quedado.

-Tal vez me reencuentre con mi espíritu mercantil cuando lleve unos minutos fuera de aquí -murmuró-. Pero no sé... No sé.

Mientras se iba, ella dijo con vehemencia:

-Puede que con el paso del tiempo oiga usted hablar de mí en Casterbridge. Si oye decir que soy una coqueta, cosa que alguien podría creer a causa de algunos incidentes de mi vida pasada, no le haga caso, pues no lo soy.

-Juro que no lo creeré -dijo él con fervor.

Librodot

Así acabó la visita. Ella había encendido el entusiasmo del joven hasta hacerlo rebosar por completo de sentimentalismo, mientras que él, al ofrecerle una nueva forma de entretener su ocio, había conseguido despertar en ella un interés bastante serio. ¿Por qué le había ocurrido aquello? Ninguno de los dos podría haber contestado a aquella pregunta.

En sus años más jóvenes, Lucetta difícilmente se habría fijado en un comerciante. Pero una serie de altibajos, coronados por la imprudencia cometida con Henchard, la habían vuelto indiferente a la profesión de las personas. Durante sus años de pobreza había sido rechazada por la sociedad a la que había pertenecido, y no tenía intención especial de volver a ella. Su corazón anhelaba un arca en la que poder refugiarse y descansar. No le importaba que fuera blanda o áspera, siempre y cuando fuera cálida.

Farfrae salió de la casa sin acordarse en absoluto de que había ido allí para ver a Elizabeth. Desde la ventana, Lucetta lo vio abrirse paso entre la muchedumbre de agricultores y gañanes. Por sus andares notó que era consciente de su mirada, y toda ella se fue detrás de aquel joven modesto, rebelándose contra la corazonada de que no era para ella y haciendo votos para que volviera a verlo. Farfrae entró finalmente en el mercado cubierto, y allí lo perdió de vista.

Tres minutos después, cuando ya había abandonado la ventana, varios golpes a la puerta, más fuertes que numerosos, resonaron por toda la casa, y la doncella subió precipitadamente.

-El alcalde -anunció.

Lucetta se había reclinado y estaba mirando con aire soñador a través de sus dedos. No contestó de inmediato, y la doncella repitió la información, añadiendo:

-Dice que siente no disponer de demasiado tiempo.

-Oh. Entonces dígale que, como tengo jaqueca, no voy a retenerlo hoy.

Transmitido el mensaje, oyó cómo cerraban la puerta. Lucetta había ido a Casterbridge a reavivar los sentimientos de Henchard. Pero, ahora que los había reavivado, era indiferente al resultado.

Su visión de Elizabeth -Jane como elemento perturbador había cambiado, y ya no sentía necesidad de deshacerse de la joven por causa de su padre. Al entrar ésta, en su dulce ignorancia del giro que habían tomado los acontecimientos, Lucetta se le acercó y le dijo con absoluta sinceridad:

-Estoy muy contenta de que haya vuelto. Se quedará a vivir aquí mucho tiempo, ¿verdad?

Qué idea tan original: Elizabeth como perro guardián para mantener alejado a su padre... Y aun así no era una idea desagradable. Henchard se había desentendido de Lucetta todos estos días, tras comprometerla seriamente en el pasado. Lo menos que podía haber hecho al quedar libre, y más siendo ella rica, era responder con afecto y rapidez a su invitación.

Sus emociones se elevaron, cayeron, se ondularon, la llenaron de locas conjeturas por su carácter repentino Así concluyeron las experiencias de Lucetta aquel día.

X X I V

La pobre Elizabeth, que no sospechaba en absoluto que su mala estrella hubiera podido perjudicar de aquella manera las incipientes atenciones de Farfrae para con ella, se alegró al oír a Lucetta expresar su deseo de que se quedara.

Pues, además de que aquella casa era un hogar, la vista panorámica del mercado tenía tanto atractivo para ella como para Lucetta. El *carrefour* era como el convencional Espacio Abierto en los grandiosos dramas teatrales, donde los incidentes que se producen casi siempre afectan a los que viven en los alrededores. Agricultores, comerciantes, lecheros, curanderos, vendedores ambulantes... se daban cita allí de semana en semana, y desaparecían al caer la tarde. Era la encrucijada de todas las órbitas.

De un sábado para otro era ahora para las dos jóvenes como de un día para otro. Emocionalmente hablando, no vivían durante los intervalos. Adondequiera que fueran de paseo los demás días, el día de mercado las encontraba con toda seguridad en casa. Ambas deslizaban miradas furtivas por la ventana a los hombros y nuca de Farfrae. Su rostro lo veían raras veces, pues, ya por timidez, ya para no distraerse de los negocios, él evitaba mirar en dirección a sus aposentos.

Así fue pasando el tiempo hasta que cierta mañana de mercado trajo nuevas sensaciones. Elizabeth y Lucetta se hallaban desayunando cuando ésta recibió de Londres un paquete con dos vestidos. Llamada por Lucetta, Elizabeth se levantó de la mesa y, al entrar en la alcoba de su amiga, vio los dos vestidos extendidos en la cama, uno de color cereza oscuro y el otro de un color más claro, con sendos guantes en la punta de cada manga, sendos sombreros en cada cuello y una sombrilla atravesada encima de los guantes. Lucetta estaba junto a la sugerida figura humana en actitud contemplativa.

-Yo no lo pensaría tanto -dijo Elizabeth, en alusión a la intensidad con que Lucetta estaba deshojando mentalmente la margarita de qué modelo le sentaría mejor.

-Decidir sobre vestidos nuevos es una tarea difícil -dijo Lucetta-. Durante toda la primavera que viene vas a ser o esa persona -dijo señalando con el dedo una de las combinaciones o esa otra, totalmente distinta -señalo ahora a la otra-; y una de las dos, no se sabe cual podría resultar poco recomendable.

La señorita Templeman decidió finalmente correr el riesgo o de ser la persona de color cereza. El vestido le sentaba que ni pintado, y pasó con él al salón seguida de Elizabeth.

La mañana era excepcionalmente diáfana para aquella época del año. El sol caía de plano sobre las casas y la acera de enfrente, derramando una luz intensa en la casa de Lucetta. De repente, tras un estrépito de ruedas, se añadió a esta constante luz una serie fantástica de irradiaciones circulares sobre el techo, y las compañeras se acercaron a la ventana. Justo enfrente se había detenido un vehículo difícil de describir, como si lo hubieran colocado allí para una exposición.

Era un nuevo invento agrícola llamado «sembradora de tracción animal», desconocido hasta la fecha, en su forma moderna, en aquella parte del país, donde para sembrar se utilizaba aún el venerable saco sementero como en los tiempos de la Heptarquía. Su llegada ocasionó el mismo revuelo en el mercado del grano que habría ocasionado una máquina voladora en Charing Cross. Los gañanes se agolparon en derredor, las mujeres se acercaron hasta cierta distancia, y los niños se deslizaban por debajo y por su interior. La máquina estaba pintada de verde, amarillo y rojo chillones, y en su conjunto parecía un híbrido de avispón, saltamontes y gamba, aumentados enormemente; aunque también se podía haber comparado con cualquier instrumento de música vertical, despojado de la parte delantera. Eso es lo que le pareció a Lucetta.

-Caramba, parece tata especie de piano agrícola -dijo.

-Tiene algo que ver con el trigo -dijo Elizabeth

-Me pregunto a quién se le habrá ocurrido la idea de traerlo hasta aquí.

Donald Farfrae acudió al pensamiento de ambas como el potencial innovador, pues aunque él no era agricultor propiamente hablando, estaba estrechamente vinculado al negocio de la agricultura. Y, como en respuesta a sus pensamientos, Farfrae en persona apareció en aquel momento, miró la máquina, la rodeó y se dispuso a manejarla como si entendiera algo de su funcionamiento. Las dos observadoras se sobresaltaron al verlo aparecer; Elizabeth abandonó la ventana, se dirigió a la parte posterior de la habitación y se quedó allí, como si estuviera contemplando el revestimiento de la pared. Pero, antes de que se diera cuenta de lo que había hecho, Lucetta, animada por la coincidencia de su nuevo atavío con la visión de Farfrae, dijo en voz alta:

-Vamos a ver ese ingenio, sea lo que sea.

Elizabeth-Jane se puso al instante el sombrero y el chal, y ambas salieron a la calle. De entre todos los agricultores allí congregados, la propietaria adecuada de la nueva máquina parecía Lucetta, pues era la única que rivalizaba con ella en color.

Las dos mujeres la examinaron con curiosidad: las filas de tubos en forma de trompeta, unos dentro de otros, y los pequeños vertedores, parecidos a cucharillas de sal, que volcaban la simiente en la parte superior de los tubos, que la depositaban a su vez en la tierra. Alguien dijo de repente:

-Buenos días, Elizabeth-Jane.

Esta alzó la vista. Era su padrastro.

Su saludo había sido algo seco e intempestivo, y Elizabeth-Jane, perdiendo momentáneamente la serenidad, tartamudeó sin pensar:

-Papá, le presento a la dama con la que vivo, la señorita Templeman.

Henchard se llevó la mano al sombrero, que se quitó con saludo tan amplio que llegó a rozarse la rodilla. La señorita Templeman se inclinó.

-Encantada de conocerle, señor Henchard -dijo-. Es ésta una máquina bastante curiosa.

-Sí -replicó Henchard, el cual procedió a explicársela, esforzándose por hacerla parecer ridícula.

-¿Quién la ha traído? -preguntó Lucetta.

-Oh, eso no me lo pregunte a mí, señora -dijo Henchard-. Este cacharro... Es imposible que pueda funcionar. Lo ha traído uno de nuestros mecánicos por recomendación de un mequetrefe con ínfulas que imagina... -Sus ojos se toparon con la mirada implorante de Elizabeth-Jane, y no terminó la frase, pensando que el escocés probablemente seguía cortejándola.

Henchard se dio media vuelta y se alejó. Luego se oyó algo que a su hijastra le pareció una alucinación. Esta creyó oír farfullar a Henchard las siguientes palabras:

-Te has negado a verme...

Unas palabras de reproche dirigidas a Lucetta... Elizabeth no podía creer que las hubiera pronunciado su padrastro; tal vez estaban dirigidas a alguno de los agricultores con polainas amarillas que había a su lado. Sin embargo, Lucetta parecía silenciosa; además, aquel incidente pasó inmediatamente a un segundo plano gracias a un canturreo que sonaba como desde el interior de la máquina. Henchard había desaparecido ahora dentro del mercado cubierto, y ambas mujeres miraron hacia la sembradora. Vieron detrás de ella la espalda inclinada de un hombre que estaba metiendo la cabeza en su mecanismo para tratar de desentrañar sus sencillos secretos. La canción canturreada rezaba de esta manera:

Una tarde de verano,
poco antes del crepúsculo,
Kitty, con su bonito vestido marrón,
llegaba a la montañosa Gowrie.

Elizabeth Jane había descubierto al punto quién era el cantante y se sintió culpable de no sabía qué. Lucetta la reconoció después y, más dueña de sí, dijo con cierto tono burlón:

-La *muchacha de Gowrie* cantada dentro de una sembradora... ¡Qué portento!

Satisfecho al fin de su revisión, el joven se incorporó y su mirada se cruzó con la de las dos mujeres.

-Estamos contemplando esta maravilla de sembradora -dijo las señorita Templeman-. Pero, al parecer, su rendimiento deja mucho que desear, ¿no? -añadió basándose en la información recién obtenida de Henchard.

-¿Que deja mucho que desear? Ah, nada de eso -la corrigió Farfrae en tono grave-. Esta máquina va a revolucionar el arte del sembrado en estos lares. Los sembradores ya no tendrán que lanzar la simiente a voleo, de manera que una pueda caer en el camino, otra entre cardos, y todo eso. Cada grano irá directamente a su lugar apropiado, y a ningún otro.

-Entonces, el romanticismo del sembrador habrá desaparecido para siempre -observó Elizabeth Jane, que congeniaba con Farfrae al menos en la lectura de la Biblia-. «Quien observe viento adverso no sembrará», como dijo el Maestro; pero esas palabras no tendrán ya sentido. Cómo cambian las cosas...

-Ya, es cierto... Así es la vida -reconoció Donald, con la mirada fija en un punto lejano-. Pero estas máquinas son ya muy corrientes en el este y norte de Inglaterra -añadió a modo de disculpa.

Lucetta parecía al margen de este intercambio de citas, pues su conocimiento de las Sagradas Escrituras era algo limitado.

-¿Es suya esa máquina? -preguntó a Farfrae.

-Ah, no, señora -dijo él confuso y deferente al oír su voz, aunque hablando con Elizabeth-Jane había estado tranquilo-. No, no. Yo me he limitado a recomendar su adquisición.

En el silencio que siguió Farfrae pareció verla sólo a ella; parecía haber pasado de la simple percepción de Elizabeth a una esfera de la existencia de mayor brillantez y prestancia. Lucetta, advirtiendo que Farfrae estaba aquel día dividido entre sus facetas mercantil v romántica, le dijo alegremente:

-Bueno, no vaya a olvidarse de su máquina por nosotras -y volvió a entrar en la casa junto con su compañera.

Esta última tuvo la impresión de haber estado de más, aunque no se explicaba por qué razón. Lucetta se lo explicó en parte al decirle, una vez que estuvieron solas en el salón:

-El otro día tuve ocasión de hablar con el señor Farfrae. Por eso lo conocía ya.

Lucetta se mostró muy amable con Elizabeth aquel día. Juntas vieron cómo el mercado se llenaba de gente y cómo después se iba vaciando con el lento declinar del sol en la parte alta de la ciudad, mientras sus rayos enfilaban la calle de punta a punta. Los calesines y los carros fueron desapareciendo uno tras otro hasta que no quedó un solo vehículo en la calle. La hora del mundo rodado había terminado para dejar paso al mundo peatonal. Los gañanes del campo acudían ahora en tropel desde las aldeas con sus mujeres e hijos para la compra semanal, y en vez del estrépito de ruedas y cascos de caballos no se oía más que el ruido de muchos pasos. Aperos, agricultores y clase adinerada..., todo esto había desaparecido. El carácter del comercio de la ciudad había pasado del volumen a la multiplicidad, y ahora corrían peniques como se habían manejado libras en las primeras lloras del día.

Lucetta y Elizabeth contemplaban este espectáculo, pues, aunque era de noche y las farolas estaban encendidas, tenían las contraventanas abiertas. Junto al vago parpadeo de la lumbre hablaron más libremente.

-Su padre se ha mostrado algo distante con usted -dijo Lucetta.

-Sí. -Y, olvidando el momentáneo misterio de la probable conversación de Henchard con Lucetta, prosiguió-: Es porque no me cree respetable. He tratado de serlo más de lo que

nadie puede imaginar, pero en vano. La separación entre mi madre y mi padre fue para mí muy desafortunada. No sabe lo que es tener una de estas sombras en la vida.

Lucetta pareció estremecerse.

-Yo no conozco ese tipo concreto de sombras -dijo-. Pero se puede tener una sensación de deshonra, de vergüenza, en otros aspectos.

-¿Ha tenido usted alguna vez ese sentimiento? -preguntó la joven inocentemente.

-Oh, no -se apresuró a contestar Lucetta-. Estaba pensando en... lo que ocurre a veces cuando una mujer se ve inmersa en situaciones extrañas a los ojos del mundo sin tener ella culpa.

-Se debe sentir muy desdichada después.

-Y muy nerviosa, pues es posible que las demás mujeres la desprecien, ¿no?

-No exactamente despreciarla, aunque tampoco mostrarle afecto o respeto.

Lucetta volvió a estremecerse. Su pasado no estaba en modo alguno a salvo de averiguaciones, ni siquiera en Casterbridge. Para empezar, Henchard no le había devuelto el aluvión de cartas que le había escrito en medio de su primer brote de pasión. Posiblemente las había destruido; pero lamentó profundamente haberlas escrito.

El reencuentro con Farfrae y el comportamiento de éste con Lucetta habían conseguido que la reflexiva Elizabeth observara más a su brillante y amistosa compañera. Unos días después, al tropezarse sus ojos con los de Lucetta mientras ésta se disponía a salir, en cierto modo supo que las señorita Templeman estaba acariciando la esperanza de ver al atractivo escocés. Este hecho estaba impreso con grandes rasgos en las mejillas y ojos de la mujer para cualquiera que, como era el caso de Elizabeth-Jane, la conociera un poco. Lucetta siguió su camino y cerró la puerta de la calle.

Un espíritu de vidente se apoderó de Elizabeth, empujándola a sentarse junto al fuego y a adivinar acontecimientos a partir de datos percibidos con tanta seguridad como si los hubiera visto con sus propios ojos. Así, siguió mentalmente a Lucetta. Vio su encuentro con Donald como por casualidad, vio la mirada especial de éste cuando encontraba a una dama, con una intensidad añadida por ser ésta Lucetta. Se representó los gestos apasionados del escocés; contempló la indecisión de ambos entre la renuencia a separarse y el deseo de no ser observados; columbró el estrecharse de sus manos, cómo probablemente se separaban mostrando rigidez en sus contornos y movimientos generales, y sólo en detalles menores la chispa de la pasión, invisible así a todo el mundo menos a sí mismos. Esta silenciosa pitonisa no había terminado de pensar en estas cosas cuando Lucetta llegó sin hacer ruido por detrás y la hizo sobresaltarse.

Todo era verdad, tal y como ella se lo había figurado. Lo podría haber jurado. La fuerte luminosidad de sus ojos destacaba sobre el color subido de sus mejillas.

-Ha visto usted al señor Farfrae, ¿verdad? -dijo Elizabeth recatadamente.

-Sí -reconoció Lucetta-. ¿Cómo lo ha adivinado?

Esta se arrodilló sobre la lumbre y tomó las manos de su amiga con emoción entre las suyas. Pero al final no le dijo cuándo y cómo lo había visto, ni qué le había dicho él.

Aquella noche Lucetta no pudo conciliar el sueño. Por la mañana le entró fiebre y, a la hora del desayuno, dijo a su compañera que estaba muy preocupada por una cosa, algo relacionado con una persona por la que sentía un vivo interés. Elizabeth la escuchó con la mejor disposición del mundo.

-Esa persona, una dama, admiró en otro tiempo a un hombre mucho, muchísimo.

-Ah -dijo Elizabeth Jane.

-Fueron muy íntimos, demasiado incluso. El no pensaba tan profundamente en ella como ella en él. Pero, en un momento de impulso, puramente por reparación, él le propuso hacerla su esposa. Ella aceptó. Pero surgió una complicación inesperada en el curso de los acontecimientos, aunque ella había estado hasta entonces tan comprometida con él que creía que le iba a ser imposible pertenecer a otro hombre, por razones de conciencia, aun cuando se lo hubiera propuesto. Después de aquello estuvieron un buen tiempo

separados, durante el cual ninguno de los dos oyó hablar del otro; y ella creyó que su vida había tocado a su fin.

-Ah. Pobre muchacha.

-Sufrió mucho por él; aunque yo añadiría que a él no se le debería culpar enteramente de lo ocurrido. Al final, el obstáculo que los separaba desapareció providencialmente; y él volvió para casarse con ella.

-¡Qué maravilla!

-Pero en el intervalo, ella, mi pobre amiga, conoció a un hombre que le gustó más. Y ahora viene el problema: ¿podía ella honradamente despedir al primero?

-¿Un hombre nuevo que le gustó más? Mal asunto.

-Sí -dijo Lucetta, mirando apenada a un niño que daba vueltas al manubrio de la fuente pública-. Mal asunto. Aunque hay que recordar que se vio arrastrada a una posición equívoca con el primer hombre por un accidente..., que no era tan educado ni tan refinado como el segundo y que ella había descubierto en el primero ciertas particularidades que lo hacían menos deseable como marido de lo que había imaginado al principio.

-No sé qué decir -señaló Elizabeth -Jane con aire meditabundo-. Es muy difícil. Se necesitaría a un papa para resolver este problema.

-Usted misma parece preferir no hacerlo, ¿verdad? -Lucetta mostró en su tono implorante cuánto se apoyaba en el juicio de Elizabeth.

-Sí, señorita Templeman -admitió Elizabeth-. Preferiría no hacerlo.

Sin embargo, Lucetta pareció aliviada por el simple hecho de haber abierto su alma a alguien, y poco a poco fue mejorando de sus dolores de cabeza.

-Tráigame un espejo. ¿Qué aspecto tengo? -preguntó con languidez.

-Pues... un aspecto algo cansado -contestó Elizabeth, mirándola como un crítico examina un cuadro de dudosa autenticidad. Le alargó el espejo, y Lucetta se miró en él con ansiedad.

-Me pregunto si me conservo bien -dijo tras un lapso.

-Bueno..., no se conserva nada mal.

-¿Dónde parezco peor favorecida?

-Debajo de los ojos. Le noto algunas ojeras.

-Sí. Ése es mi punto flaco, lo sé. ¿Cuántos años cree que me quedan para seguir pareciendo atractiva?

Era curioso que Elizabeth, siendo más joven, pareciera a Lucetta docta y experimentada en estas cuestiones.

-Digamos que unos cinco años -dictaminó-. O, si lleva una vida sin sobresaltos, hasta diez. Sí, sin amor se podría calcular unos diez años.

Lucetta pareció ponderar aquellas palabras como si de un veredicto inalterable e imparcial se tratara. No le contó mas cosas sobre su pasado sentimental, Vinculado a una tercera persona; y Elizabeth, que a pesar de su filosofía tenía un corazón muy tierno, suspiró aquella noche en la cama pensando que la bonita y rica Lucetta no le concedía su total confianza y no le decía nombres y fechas, pues no se le escapaba que el «ella» del relato era la propia Lucetta.

Librodot

X X V

La siguiente fase de la sustitución de Henchard por Farfrae en el corazón de Lucetta se inició con la visita que éste le hizo, con evidente agitación. Convencionalmente hablando, conversó tanto con la señorita Templeman como con su compañera; pero la verdad es que Elizabeth estaba en la habitación como si fuera invisible. En efecto, Donald parecía no verla en absoluto, y contestaba a sus cuerdas observaciones con monosílabos tan educados como indiferentes, pues sus ojos y demás sentidos estaban prendados de aquella mujer, que podía presumir de una variedad más proteica de frases, humores, opiniones y hasta principios que Elizabeth. Lucetta se había empeñado en hacerla partícipe del círculo, pero ella no pasó de ser una triste convidada de piedra.

La hija de Susan Henchard soportó la dura frialdad de aquel trato como antes había soportado cosas peores, y procuró salir cuanto antes, y lo más discretamente posible, de aquella habitación donde reinaba un desequilibrio tan flagrante. El escocés no parecía el mismo Farfrae que había bailado con ella y la había acompañado a su casa en un delicado equilibrio entre el amor y la amistad: ese único período en la historia del amor que se puede decir que no está teñido de dolor.

Mirando estoicamente por la ventana de su alcoba, contempló su desventura como si estuviera escrita en lo alto de la torre contigua de la iglesia. «Sí -musitó finalmente posando con suavidad la palma en el alféizar-. Este es el segundo hombre de la historia que me contó.»

Entretanto, los rescoldos de los sentimientos de Henchard hacia Lucetta habían vuelto a avivarse a cansa de las circunstancias. El alcalde estaba descubriendo que la joven por la que en otro tiempo había sentido cierta mezcla de afecto y lástima, que la reflexión había ido apagando, era, matizada ahora con cierta inaccesibilidad y una belleza más madura, la única persona que podría reconciliarlo con la vida. Día tras día el silencio de Lucetta lo iba convenciendo de que no valía la pena intentar hacerla volver adoptando una actitud distante; así, acabó cediendo y volvió a visitarla un día en que Elizabeth-Jane se hallaba ausente.

Al dirigirse a ella, atravesó la habitación con unos andares pesados que denotaban cierta torpeza, con mirada firme y ardiente -el sol y la luna en comparación con la mirada tímida de Farfrae -y con una actitud campechana en absoluto fingida. Pero ella le pareció muy distinta tras su nueva situación social: le alargó la mano con una deferencia tan estudiada que él se volvió también deferente y se sentó con una perceptible pérdida de poder sobre ella. Aunque no entendía mucho del arte de vestir, no se le escapaba que se presentaba inadecuadamente ataviado ante aquella mujer a la que había considerado hasta entonces casi de su propiedad. Ella balbuceó algo muy cortés relativo a su amabilidad por haberla visitado. Esto le hizo recuperar el ánimo. Le dijo, con una mirada de extrañeza, una vez perdido el miedo:

-¡Cómo no iba a visitarte, Lucetta! ;Qué significa esa bobadas? Sabes que no podría haber hecho otra cosa aunque me lo hubiera propuesto; es decir, si es que me queda un mínimo de sentimiento. He venido a decirte que estoy preparado, tan pronto como transcurra el plazo de rigor, a darte mi nombre en recompensa por tu devoción y por lo que perdiste pensando muy poco en ti y demasiado en mí, y a decirte también que cuentas con mi pleno consentimiento para fijar el día o el mes que te parezcan más apropiados, pues de estas cosas sabes tú más que yo.

-Es demasiado pronto por el momento -dijo ella evasivamente.

-Sí, claro. Supongo que así es. Pero has de saber, Lucetta, que, poco después de morir mi pobre Susan, tan maltratada por mí, y, cuando no podía soportar la idea de casarme otra vez, pensé que, después de lo que había ocurrido entre nosotros, era mi deber no aplazar innecesariamente el día de poner las cosas en su sitio. Sin embargo, no podía venir a verte precipitadamente pues ya puedes adivinar cómo ha hecho que me sienta ese dinero que has

heredado. -Su voz decayó lentamente; era consciente de que en aquella sala sus acentos y modales adolecían de una falta de finura no observable en la calle. Miró alrededor de la estancia, adornada con nuevos cortinajes y bonitos muebles-. Caramba, te aseguro que no sabía que vendieran en Casterbridge semejantes muebles -apostilló.

-Desde luego que no se venden. Ni se venderán hasta que no pasen al menos cincuenta años de civilización. Me ha hecho falta un gran carromato y cuatro caballos para traerlos hasta aquí.

-Vaya, da la impresión de que estuvieras viviendo de rentas.

-Oh, no. No es tal el caso.

-Pues tanto mejor. Pero ocurre que el hecho de verte instalada de esta manera me hace sentir un poco raro en tu presencia.

-No veo por qué...

En realidad, no se necesitaba una respuesta, y él no se la dio.

-En fin, Lucetta -prosiguió-. Lo cierto es que no hay otra persona en el mundo a la que me hubiera gustado tanto ver acceder a tanta riqueza; además, estoy seguro de que no hay nadie que sepa llevarla con mejor estilo que tú. -Se volvió con un ademán de admiración y felicitación tan fervientes que ella retrocedió ligeramente, a pesar de lo bien que lo conocía.

-Te agradezco de verdad todo lo que me dices -dijo, como quien recita una frase aprendida. La actitud de reserva fue percibida por Henchard, el cual mostró su tristeza al instante. Nadie era más rápido que él en reflejar una cosa así.

-Puedes agradecérmelo o no. Aunque las cosas que digo puedan carecer de ese refinamiento que pareces haber aprendido últimamente, son bien reales, mi querida señorita Lucetta.

-Eso es una manera algo grosera de dirigirte a mí -replicó Lucetta con el ceño repentinamente fruncido y los ojos encendidos.

-¡En absoluto! -replicó Henchard, acalorado-. Pero, bueno, no tengo ninguna intención de ponerme a discutir contigo. He venido a hacerte una honrada proposición para callar la boca de tus enemigos de Jersey, y tú deberías mostrarte agradecida por ello.

-¡Cómo puedes hablar así! -contestó ella, echando humo-. Teniendo en cuenta que mi único delito fue ceder a la loca pasión de una muchacha sin consideración por los formulismos, y que fui lo que se llama inocente todo el tiempo que ellos me llamaron culpable, no deberías mostrarte tan hiriente. Ya padecí bastante en aquellos tiempos horribles cuando me escribiste hablándome de la vuelta de tu mujer, y de mi consiguiente despido; y si ahora soy un poco independiente, creo que se trata de un privilegio que se me debe con toda ,justicia, ¿no te parece?

-Sí, sin duda -dijo él-. Pero en esta vida no se nos juzga por lo que son las cosas, sino por lo que parecen. Por eso creo que deberías aceptarme, por amor a tu buen nombre. Lo que se sabe en tu Jersey natal se puede saber aquí.

-No veo por qué estás hablando siempre de Jersey. Yo soy inglesa.

-De acuerdo. Bueno, en fin, ¿qué dices a mi propuesta?

Por primera vez desde que se conocían, Lucetta tenía la iniciativa; sin embargo, se echó atrás.

-Por el momento, dejemos las cosas tal y como están -dijo algo turbada-. Trátame como a una amiga, y yo te trataré igual. Dejemos que el tiempo... -se detuvo y no dijo nada para llenar el vacío durante un rato, pues no había entre ellos esa presión de la gente que se conoce poco y se siente forzada a hablar sin necesidad.

-O sea, según sople el viento, ¿no? -dijo él finalmente de forma adusta, asintiendo con la cabeza a sus pensamientos.

Durante unos instantes la habitación se llenó de un torrente amarillo de luz reflejada, producido por el heno recién aparvado de un carromato que llevaba el nombre de Farfrae. A su lado iba montado el propio titular. El rostro de Lucetta se transfiguró

Librodot

como se transfigura el rostro de una mujer cuando el hombre al que ama surge ante sus ojos como una aparición.

De haber vuelto la cabeza Henchard y mirado por la ventana, el secreto de la inaccesibilidad de Lucetta habría quedado desvelado. Pero Henchard estaba mirando tan fijamente al suelo, tratando de justipreciar el tono de sus palabras, que no advirtió la nota de calidez en su rostro.

-Yo no lo habría imaginado... No, no lo habría imaginado en una mujer -exclamó de repente, irguiéndose y recuperando su actitud habitual, mientras Lucetta, preocupada por apartarlo de cualquier sospecha de la verdad, le pidió que no se diera prisa. Hizo traer unas manzanas, e insistió en que le pelaran una. Pero él declinó el ofrecimiento.

»No, no. Estas cosas no van conmigo -dijo secamente, dirigiéndose a la puerta. Al salir, volvió los ojos hacia ella-. Viniste a vivir a Casterbridge sólo por mí -dijo-. Y ahora que estamos aquí no tienes nada que decir a mi ofrecimiento...

Apenas hubo bajado las escaleras, ella se dejó caer en el sofá, de donde volvió a saltar presa de un ataque de desesperación.

-¡Lo amaré! -gritó apasionadamente-. En cuanto a este otro, tiene un carácter demasiado fuerte, y sería una locura, sabiéndolo, unirme a él para siempre. No quiero ser esclava del pasado. Amaré allí donde yo decida.

Sin embargo, tras decidir romper con Henchard, se la podría haber supuesto capaz de apuntar más alto que Farfrae. Pero Lucetta no razonó nada: temía duras palabras por parte de la gente con la que había estado asociada anteriormente. No le quedaban parientes, y, con su ligereza característica, aceptaba buenamente lo que el destino le ofrecía.

A Elizabeth-Jane, que contemplaba la situación pendular de Lucetta entre sus dos amantes desde la esfera cristalina de su límpido espíritu, no se le ocultaba que su padre, como ella lo llamaba, y Donald Farfrae se estaban enamorando perdidamente de su amiga cada día que pasaba. Por parte de Farfrae, era la pasión natural de la juventud; por la de Henchard, la codicia, artificialmente estimulada, de una edad más madura.

El dolor que experimentaba al verse absolutamente postergada por estos dos hombres se atenuaba a veces gracias a su sentido del humor. Cuando Lucetta se pinchaba un dedo, los dos se mostraban tan preocupados como si se estuviera muriendo; mientras que, cuando Elizabeth había estado gravemente enferma o en serio peligro, se habían limitado a una palabra convencional de condolencia, olvidándose de ella acto seguido. Pero, por lo que respectaba a Henchard, esta percepción suya le producía también cierta pena filial; no podía evitar preguntarse qué habría hecho ella para verse tan desdeñada tras las muestras de solicitud que le había manifestado antes. Y, en cuanto a Farfrae, tras reflexionar desapasionadamente, decidió que la suya era una actitud completamente natural. ¿Qué era ella al lado de Lucetta? Una de las pálidas estrellas del firmamento al lado de la luz de la luna.

Elizabeth había aprendido la lección de la renuncia, y estaba tan familiarizada con el naufragio de los deseos cotidianos como con el ponerse del sol de cada día. Si su período anterior le había enseñado pocas filosofías librescas, al menos la había ejercitado en esto. Sin embargo, su experiencia había consistido menos en una serie de puras decepciones que en una serie de sustituciones. Siempre había ocurrido que lo que ella había deseado no se le había concedido, y que lo que se le había concedido no era lo que ella había deseado. Así, miraba con serenidad los días, ahora ya parte del pasado, en que Donald había sido su amante no declarado y se preguntaba qué cosa no deseada le enviaría el cielo en su lugar.

X X V I

Ahora bien, ocurrió que, una hermosa mañana de primavera, Henchard y Farfrae se encontraron en el paseo de castaños que discurría por la muralla meridional de la población. Ambos acababan de terminar su temprano desayuno, y no había nadie más por allí. Henchard iba leyendo una carta de Lucetta, en la que le pedía disculpas por no concederle inmediatamente una segunda entrevista, tal y como él le había pedido en una nota.

Donald no tenía muchas ganas de entablar conversación con su antiguo amigo en la nueva y tensa fase de sus relaciones, pero tampoco podía mirar a otra parte, como si no lo conociera. Le saludó con la cabeza, y Henchard hizo lo mismo. Ya se habían alejado unos pasos cuando una voz gritó:

-¡Eh, Farfrae!

Era Henchard, que se había plantado ante él y lo estaba mirando.

-¿Se acuerda -preguntó Henchard como si fuera el pensamiento y no la presencia del otro lo que le impelía a hablar- de lo que le conté sobre aquella segunda mujer que sufrió tanto por su irreflexiva intimidad conmigo?

-Sí, me acuerdo -dijo Farfrae.

-¿Se acuerda de lo que le dije sobre cómo empezó todo y cómo terminó?

-Sí.

-Pues bien. Le he ofrecido que se case conmigo ahora que ya puedo hacerlo, y ella no quiere. ¿Qué piensa usted de ella?

-Pues... que usted ya no le debe nada más -dijo Farfrae con su habitual franqueza.

-Es cierto -dijo Henchard, y siguió su camino.

El que Henchard hubiera levantado la vista de una carta para hacerle unas preguntas impidió a Farfrae imaginar ni remotamente que Lucetta pudiera ser la culpable. Además, la actual situación de ésta era tan diferente a la de la joven de que le había hablado Henchard que era suficiente para velar su identidad. En cuanto a Henchard, las palabras y actitud de Farfrae tranquilizaron cierta sospecha que le había estado rondando. No eran las palabras de un rival conturbado.

Sin embargo, estaba firmemente convencido de que existía un rival. Lo percibía en la atmósfera que se respiraba en torno a Lucetta y en el nuevo estilo de sus misivas. Había cierta fuerza antagónica, cierta corriente adversa, que lo arrastraba con fuerza cada vez que intentaba acercarse a ella. Estaba cada vez más seguro de que no se trataba de uno más de sus caprichos. Sus ventanas echaban chispas como si no lo quisieran a él; sus cortinas parecían colgar de manera aviesa, como si ocultaran a alguien. Para descubrir de quién era aquella presencia -si de Farfrae o de cualquier otro- resolvió verla otra vez, por mucho que le costara; y al final lo consiguió.

Durante la entrevista, mientras ella servía el té, Henchard aprovechó para lanzarle cautelosamente la pregunta de si conocía al señor Farfrae.

Oh, sí, claro que lo conocía, declaró. No podía evitar conocer a casi todo el mundo de Casterbridge, viviendo en una atalaya desde la que se dominaba el espacio más importante y concurrido de la ciudad.

-Es un joven muy agradable -dijo Henchard.

-Sí -dijo Lucetta.

-Las dos lo conocemos -dijo la amable Elizabeth-Jane, para aliviar el nerviosismo que había adivinado en su compañera.

Se oyó un golpe en la puerta; en realidad, se oyeron tres golpes completos y otro muy suave al final.

«Esta manera de llamar a la puerta es de alguien entre educado y sencillo -se dijo el comerciante de granos para sus adentros-. No me extrañaría nada que fuera él.» En efecto, unos segundos después hizo su aparición Donald en persona.

La turbación y el sonrojo que mostró Lucetta aumentaron las sospechas de Henchard, sin ofrecerle la prueba de que estaba en lo cierto. Estaba furioso de verse en aquella extraña situación; de encontrarse ante una mujer que le había reprochado abandonarla cuando fue calumniada, que le había exigido comprensión por ese motivo, que no había vivido más que para esperarlo y que, a la primera ocasión que pudo, había venido a pedirle que reparara, dándole su nombre, la falsa posición en la que se veía por su causa. Así había sido la que tenía enfrente. Y ahora él estaba sentado a su mesa de té tratando de merecer su atención y sintiendo, con rabia de amante vejado -como cualquier enamorado primerizo-, que el otro hombre allí presente era un villano.

Permanecieron sentados de esta guisa alrededor de la mesa cada vez más oscura, como en un cuadro toscano de la cena de los dos discípulos en Emaús. Lucetta, que hacía el papel de tercera figura rodeada por un halo de santidad, se hallaba frente a ellos. Elizabeth-Jane, fuera del juego, los observaba desde lejos, como el evangelista que luego pondría por escrito su testimonio: los largos intervalos de silencio durante los cuales todo el mundo exterior parecía reducirse al repiqueteo de las cucharillas y tacitas de porcelana, al taconeo de alguien que pasaba bajo la ventana, al paso de una carretilla o carromato acompañado del silbido del carretero, al borboteo del agua al verterse en los cubos domésticos en la fuente pública situada justo enfrente, al intercambio de saludos entre los vecinos y al roce de los palos con que acarreaban su abastecimiento vespertino.

-¿Más pan y mantequilla? -preguntó Lucetta a la vez a Henchard y a Farfrae, sosteniendo entre ambos una bandeja con largas rebanadas. Henchard cogió una de ellas por un extremo y Donald por el otro; como cada cual se había dado por aludido, ninguno la soltó y la rebanada se partió en dos.

-Oh, cómo lo siento -exclamó Lucetta con risa nerviosa mal disimulada. Farfrae trató de reír, pero estaba demasiado enamorado para ver el incidente bajo otra luz que no fuera dramática.

«Qué ridículos me parecen estos tres», decía Elizabeth para sus adentros.

Henchard se fue de allí con todo tipo de conjeturas aunque sin la menor prueba definitiva de que su contrincante fuera realmente Farfrae, por lo que no pudo tomar ninguna resolución. Sin embargo, para Elizabeth Jane estaba más claro que el agua que Donald y Lucetta eran amantes en ciernes. Más de una vez, a pesar de sus precauciones, Lucetta no había podido impedir que su vista volara a los ojos de Farfrae como un pájaro vuela a su nido. Pero Henchard estaba construido con materiales demasiado gruesos para discernir a la luz del crepúsculo semejantes minucias, que eran para él como los zumbidos de un insecto que no llega a captar el oído humano.

Con todo, sentía una gran agitación interior, como si una oculta rivalidad sentimental se añadiera ahora a la manifiesta rivalidad comercial, echando nueva leña al fuego.

Su revitalizado antagonismo se concretó cuando mandó a buscar a Jopp, el administrador originalmente desplazado por la llegada de Farfrae. Henchard se había tropezado con este hombre muchas veces en la calle y, por su manera de vestir, había observado que estaba pasando necesidad; asimismo, se había enterado de que vivía en Mixen Lane, uno de los peores suburbios de la ciudad, el *pis aller* de la vivienda en Casterbridge, prueba palmaria de que había alcanzado un nivel que no le permitía andarse con demasiadas pretensiones. Jopp entró después de anochecer por la puerta de los almacenes y se abrió paso a través del patio de heno y paja hasta el despacho, en el que Henchard estaba esperándolo.

-Me encuentro de nuevo sin capataz -dijo el comerciante de granos-. ¿Tiene usted un trabajo fijo?

-Sólo algunos trabajillos para matar el hambre, señor.

-¿Cuánto pide?

Jopp mencionó una cantidad, que era muy moderada.

-¿Cuándo puede venir?

Librodot

-Ahora mismo, si lo desea, señor. Jopp, plantado con las manos en los bolsillos en la esquina de la calle hasta que el sol destiñó los hombros de su abrigo hasta un color parduzco como de espantapájaros, había estado observando constantemente a Henchard en la plaza del mercado, estudiándolo y evaluándolo en virtud de esa facultad que, en su inactividad, tiene el hombre inactivo de conocer al hombre ocupado mejor de lo que se conoce él a sí mismo. Además, Jopp había tenido también una experiencia que le podía resultar de gran utilidad: era el único de Casterbridge, además de Henchard y de la discretísima Elizabeth, que sabía que Lucetta era realmente de Jersey y que sólo con posterioridad había ido a vivir a Bath-. Yo también conozco Jersey, señor -dijo-. Estuve viviendo allí cuando usted solía ir de negocios. Ah, sí, lo ví allí muchas veces.

-¡No me diga! Estupendo. Pues no se hable más: trato hecho. Me bastan las referencias que me mostró cuando vino la otra vez para solicitar el puesto. -A Henchard no se le ocurrió que a veces los temperamentos degeneran en tiempos de necesidad. Jopp le dio las gracias con aire más ufano ahora que por fin formaba oficialmente parte del personal.

-Pues ahora -dijo Henchard, clavando la mirada en sus ojos-, hay una cosa que necesito imperiosamente, en mi calidad de mayor comerciante de trigo y de heno de estos contornos. Hay que eliminar a ese escocés que se está apoderando con tanto atrevimiento del negocio de cereales de esta ciudad. ¿Me oye? Aquí no hay sitio para los dos; de eso estoy absolutamente convencido.

-Ya me he dado cuenta -dijo Jopp.

-Mediante una competencia limpia, por supuesto -puntualizó Henchard-. Pero tan dura, alerta e implacable como limpia, o incluso más. Haciendo a los agricultores unas ofertas a tan bajo precio que le haga morder el polvo y morirse de hambre. Yo tengo mucho dinero, no lo olvide, y puedo hacerlo.

-Yo soy de la misma opinión -dijo el nuevo capataz. La inquina de Jopp hacia Farfrae por haberle usurpado en otro tiempo el puesto lo convertía en un excelente instrumento para sus fines, pero al mismo tiempo en el colaborador menos recomendable que podía haber elegido.

A veces pienso -añadió Henchard- que debe de tener alguna bola de cristal en la que ve todo lo que va a ocurrir el año que viene. Tiene una maña especial para hacer que todo lo que toca le salga bien. Además, tiene una intuición mayor que la de mucha gente. Pero debemos bajarle los humos. Venderemos más barato que él y compraremos más caro; y así conseguiremos dejarlo fuera de combate.

Luego entraron en aspectos más concretos sobre cómo alcanzar aquel objetivo, y se despidieron a altas horas de la noche.

Elizabeth Jane se enteró por casualidad de que Jopp había sido contratado por su padrastro. Estaba tan convencida de que no era el hombre idóneo para ocupar aquel cargo que, aun a riesgo de enfadar a Henchard, le expresó su aprensión en la primera ocasión que se le presentó. Pero sus palabras cayeron en saco roto. Henchard contestó a ellas con un gruñido.

El tiempo reinante parecía favorecer sus planes. Era la época inmediatamente anterior a la revolución del comercio del grano que llevaría a cabo la competencia extranjera, cuando aún, como desde tiempo inmemorial, las cotizaciones del trigo de mes en mes dependían enteramente de las cosechas nacionales. Una mala cosecha, o la perspectiva de ésta, podía doblar el precio del trigo unas semanas después; y la promesa de una buena, bajarlo con la misma rapidez. Los precios eran como las carreteras de la época, con pendientes muy pronunciadas que reflejaban en sus tramos las condiciones locales, sin ingeniería, nivelación ni promedio.

Los ingresos del agricultor se regulaban dentro de este horizonte reducido por las cosechas de trigo, y, a su vez, la cosecha de trigo dependía del tiempo. Así, el agricultor se convertía en una especie de barómetro viviente, con tentáculos siempre orientados al cielo y al viento. El clima local lo era todo para él; el clima de otros países le era completamente indiferente. También para quienes no eran agricultores, la gran masa de la población rural, el cariz del tiempo constituía un factor más importante que en nuestros días. El sentimiento de

Librodot

los campesinos a este respecto era tan fuerte que resultaría casi impensable en estos tiempos más ecuánimes. Su primer impulso era entregarse a lamentaciones al menor atisbo de lluvias y tempestades inoportunas, que se presentaban como un Alastor[1] para aquellas familias cuyo delito era ser pobres.

A principios del verano, miraban las veletas como los que esperan en la antecámara la aparición del lacayo. El sol los llenaba de alegría; la lluvia tranquila les daba que pensar; semanas de tempestad lluviosa los dejaba estupefactos. Y ese cariz del cielo que ahora consideramos desagradable, a ellos les parecía un maleficio.

Era junio, y el tiempo era muy desfavorable. Casterbridge, que era por así decir el diapasón según el cual todos los caseríos y aldeas adyacentes afinaban sus instrumentos, estaba decididamente tristona. En vez de nuevos artículos en los escaparates de las tiendas, habían vuelto a exponerse los que se habían rechazado el verano anterior: hoces arrinconadas, bieldos defectuosos, polainas revejidas y botas de agua tiesas por los años, todo ello bien pulido, es cierto, para que diera la impresión de nuevo.

Henchard, respaldado por Jopp, vaticinó una cosecha desastrosa y decidió basar su estrategia contra Farfrae a partir de aquel vaticinio. Pero, antes de actuar, deseaba -como todo el mundo desea- saber con certeza lo que en aquel momento sólo era una gran probabilidad. Era bastante supersticioso -como suelen serlo estas naturalezas testarudas- y se le pasó por la cabeza una idea algo peregrina, que ni siquiera se atrevió a revelar a Jopp.

En una aldehuela solitaria situada a varias millas de la ciudad -en comparación con la cual las que se denominan aldeas apartadas resultarían lugares animadísimos- vivía un hombre que tenía fama de ser vaticinador o profeta del tiempo. El camino que conducía a su casa era tortuoso y cenagoso, más impracticable aún a causa del tiempo poco propicio que estaba haciendo aquellos días. Una noche que llovía tanto que la hiedra y el laurel restallaban a distancia como descargas de mosquetón, y cualquiera que hubiera salido a la intemperie podía tener la disculpa de abrigarse hasta las orejas y las cejas, un caminante embozado avanzaba en dirección a la avellaneda que chorreaba sobre el chamizo del profeta. La carretera se convertía en sendero, el sendero en camino carretero, el camino carretero en camino de herradura, el camino de herradura en caminillo, y éste en una senda cubierta de maleza. El caminante solitario avanzó resbalando aquí y allí, y tropezando con los obstáculos naturales de la vegetación hasta que, al final, alcanzó la casa, la cual tenía un jardín y estaba rodeada de un alto y denso seto. La casa, relativamente grande, había sido construida con barro por las propias manos del ocupante, y techada también por él. Allí había vivido siempre y allí se suponía que moriría un día.

Se mantenía por medios ocultos, pues no dejaba de ser anómalo que, al tiempo que apenas había nadie en los contornos que no se riera de las afirmaciones de este hombre con la fórmula «No hay nada cierto en ellas», muy pocos eran realmente los que en el fondo de sus almas no creían en ellas. Siempre que lo consultaban lo hacían «por un simple antojo». Cuando le pagaban, decían: «Tenga ese regalillo para Navidad, o para la Candelaria», según el caso.

El habría preferido más sinceridad en su clientela, y menos ridícula hipocresía, pero una fe fundamental lo consolaba de las ironías superficiales. Así pues, tenía su medio de subsistencia. La gente lo mantenía al tiempo que le volvía la espalda. Se sorprendía a veces de que la gente dijera creer tan poco en él pero creyera tanto, mientras que en la iglesia se declaraba muy creyente pero creía muy poco.

A sus espaldas, le llamaban el «Buen Ojo» a causa de su fama; a la cara, «señor Fall».

El seto de su jardín formaba un arco sobre la entrada, y en él, como en un muro, se había abierto una puerta. El corpulento viajero se detuvo delante de aquella puerta, y, con el rostro embozado en un pañuelo como si padeciera dolor de muelas, enfiló el camino de

[1] En griego, deidad vengativa. *(N. del T)*

entrada. Los postigos no estaban cerrados, y vio que el profeta se hallaba en el interior preparando la cena.

En respuesta a los golpes, Fall acudió a abrir con una vela en ristre. El visitante retrocedió un poco ante la luz.

-¿Puedo hablar con usted? -dijo en un tono expresivo.

La invitación del adivino para que entrara fue respondida con la fórmula de la comarca: «Está bien así, gracias», tras lo cual al casero no le quedaba otra alternativa que salir. Colocó la vela en el borde del aparador, descolgó el sombrero de un clavo y salió al porche al encuentro del forastero, cerrando la puerta tras él.

-Hace tiempo que vengo oyendo que... puede hacer usted ciertas cosas -empezó el otro, esforzándose por ocultar su identidad.

-Es posible, señor Henchard -dijo el vaticinador del tiempo.

-Ah, ¿por qué me llama así? -preguntó el visitante con un sobresalto.

-Porque así se llama usted. Como presentía que iba a venir, estaba esperándole; y, como suponía que estaría reventado tras su caminata, he preparado dos platos de sopa. Mire, ahí están. -Empujó la puerta, y se vio la mesa con la cena preparada, con silla, cubiertos, plato y vaso para una segunda persona, tal y como le había declarado.

Henchard se sintió igual que Saúl cuando lo recibió Samuel. Permaneció en silencio unos momentos y luego, despojándose de su disfraz y abandonando su cautela, dijo:

-Eso quiere decir que no he venido en vano... Así que, por ejemplo, usted puede hacer desaparecer las verrugas...

-Sin ningún problema.

-Y curar la escrófula.

-Eso lo hago, con mucha cautela, siempre y cuando se lleve la bolsa de sapos día y noche.

-Y vaticinar el tiempo...

-Con tiempo y esfuerzo.

-Entonces tome esto -dijo Henchard-. Es una corona. Dígame entonces qué tiempo va a hacer las dos semanas de la cosecha. ¿Cuándo lo podré saber?

-Ya lo he averiguado, y lo puede saber en seguida. -Se daba el caso de que cinco agricultores de distintas partes del país ya habían acudido a él para preguntarle lo mismo-. Por el sol, la luna y los astros, por las nubes, vientos, árboles y la hierba, por la llama de la vela y las golondrinas, el olor de las hierbas, y también por los ojos de gato, los cuervos, las sanguijuelas, las arañas y los montones de estiércol, la última quincena de agosto será de lluvia y tempestad.

-De eso no está seguro, por supuesto.

-Tan seguro como se puede estar en un mundo en el que todo es inseguro. Este otoño parecerá que vivimos más en el Apocalipsis que en Inglaterra. ¿Quiere que le haga un croquis con el horóscopo?

-Ah, no -dijo Henchard-. Yo no creo en los pronósticos, si quiere que le diga la verdad. Sólo que...

-No cree, no, claro que no cree -dijo Buen Ojo sin tono despectivo-. Usted me ha dado una corona porque le sobran, sin duda. Pero ¿por qué no me acompaña a cenar, ya que está preparada la mesa?

Henchard le habría acompañado de buena gana, pues el apetitoso olor del guisado había pasado de la casa al porche con una fuerza de atracción tan grande que su olfato pudo reconocer por separado la carne, las cebollas, la pimienta y las hierbas. Pero haber accedido a tanta familiaridad habría significado otorgarle implícitamente el título de vaticinador del tiempo, cosa que no quería hacer, y se marchó como había venido.

El sábado siguiente Henchard compró grano en unas cantidades tan grandes que se habló mucho de aquella compra entre sus conciudadanos el abogado, el vinatero y el

médico; y repitió la operación todos los siguientes días hábiles. Cuando sus graneros se hubieron llenado hasta reventar, todas las veletas de Casterbridge chirriaron y se volvieron para mirar a otra dirección, corno cansadas del suroeste. El tiempo cambió; el sol, que durante semanas había tenido color estaño, asumió los tonos del topacio. El humor del clima pasó de flemático a optimista: se daba casi por descontada una cosecha excelente, y, por consiguiente, los precios se derrumbaron.

Aquel cambio, maravilloso para el que no estuviera directamente interesado, resultó terrible para nuestro obcecado comerciante de granos, el cual se acordó entonces de lo que ya sabía antes: que un hombre podía jugar sobre el tapete cuadrado del campo igual que sobre una mesa.

Henchard había apostado por el mal tiempo y, al parecer, había perdido. Había confundido el flujo con el reflujo. Sus transacciones habían sido tan considerables que no se podía aplazar más el pago, y para pagar se vio obligado a vender un trigo que unas semanas antes había comprado a muchos chelines más el quintal. No había llegado a ver la mayor parte del trigo comprado, que ni siquiera se había movido de las eras en que yacía amontonado a muchas millas de distancia. Sus pérdidas fueron enormes.

Un día luminoso de primeros de agosto encontró a Farfrae en el mercado. Éste se había enterado de sus calamitosas transacciones (si bien sin adivinar que había sido él el blanco y destinatario de éstas) y le expresó su sentimiento, pues, desde aquel intercambio de palabras en South Walk, habían vuelto a hablarse, aunque con poco calor. En un primer momento, Henchard pareció tomar a mal aquellas muestras de conmiseración; pero en seguida adoptó un tono de indiferencia.

-Bah. No es nada grave, caramba -exclamó con fiera alegría-. Son cosas que suelen ocurrir, ¿no? Sé que se ha dicho últimamente que los precios me han jugado una mala pasada. Pero ¿hay algo de particular en ello? Probablemente la cosa no sea tan mala como dice la gente. Además, hay que ser bobo para dejarse impresionar por los vaivenes del negocio...

Pero aquel día tuvo que acudir al banco de Casterbridge por razones por las que nunca había acudido antes y sentarse durante largo tiempo en el despacho de los socios con actitud seria. Poco después se rumoreó que buena parte de las fincas y vastos almacenes de cereales que habían estado a nombre de Henchard en la ciudad y alrededores habían pasado a poder de sus banqueros.

Mientras bajaba los escalones del banco se encontró con Jopp. La nefasta operación que acababa de desarrollarse en el banco había añadido nueva leña al incendio que habían iniciado las muestras de conmiseración por parte de Farfrae aquella mañana, una simpatía que Henchard imaginaba como una posible sátira disfrazada. Así, Jopp fue recibido con algo muy distinto a un saludo amigable. Se había quitado el sombrero para secarse el sudor de la frente y estaba diciendo a un conocido: «Un hermoso día de calor».

-¡No puede secarse el sudor y decir «Un hermoso día de calor» al mismo tiempo, digo yo! -gritó Henchard en un tono enfurecido arrinconándolo contra la pared del banco-. Si no hubiera sido por su maldito consejo, podría haber sido hoy un día hermoso de verdad. ¿Por qué me dejó seguir, eh? Una palabra de duda de su parte o de cualquier otra persona me habría hecho pensarlo dos veces. Pero usted nunca está seguro del tiempo hasta que no ha pasado...

-Mi consejo, señor, fue que hiciera lo que creyera más conveniente.

-Vaya individuo más útil... Cuanto antes se vaya a ayudar a otras personas de esa misma manera, mejor. -Henchard siguió dirigiéndose a Jopp en estos términos hasta que por fin decidió despedirlo allí mismo. Tras lo cual, se dio media vuelta y se fue.

-Le aseguro que se arrepentirá de esto, señor. Se arrepentirá de verdad... -exclamó Jopp, completamente pálido y siguiendo con la mirada al comerciante de

granos, mientras éste desaparecía entre la multitud que llenaba la cercana plaza del mercado.

Librodot

XXVII

Eran vísperas de la cosecha. Como los precios estaban a la baja, Farfrae compraba. Como ocurría tantas veces, los agricultores, tras haber contado con una mala cosecha, se pasaron al otro extremo y empezaron a vender (en opinión de Farfrae) con demasiada temeridad, al dar ahora por descontada una buena cosecha. Así, él siguió comprando trigo viejo a un precio relativamente ridículo, pues la producción del año anterior, aunque no muy grande, había sido de excelente calidad.

Cuando empezó la recolección, Henchard había liquidado sus operaciones de manera desastrosa y se había desembarazado de sus compras con unas pérdidas enormes. Durante tres días hizo un tiempo excelente, y luego se dijo Henchard: «¿Y si ese maldito brujo llevara razón después de todo?».

En efecto, tan pronto como las guadañas empezaron a actuar, la atmósfera empezó a humedecerse hasta el punto de que el mastuerzo habría podido crecer en ella sin necesidad de ningún otro alimento; rozaba, cual franela mojada, las mejillas de la gente que salía a la calle. Después se levantó un viento cálido y huracanado; algunas gotas sueltas de lluvia aún se estrellaban contra los cristales de las ventanas; la luz del sol irrumpía como un abanico abierto rápidamente, proyectaba el patrón de la ventana sobre el suelo de la habitación con una claridad lechosa y sin brillo y se retiraba con la misma rapidez con la que había aparecido.

A partir de aquel día y hora quedó claro que no iba a haber un cosecha tan buena como se había creído. Si Henchard hubiera esperado un poco, podría al menos haber evitado las pérdidas, aunque no hubiera registrado beneficios. Pero la paciencia era una cualidad ausente en su temperamento. Permaneció silencioso ante este vuelco de la situación climática. Todos sus pensamientos parecían converger en la conclusión de que algún poder extraño estaba trabajando en su contra.

«Me pregunto -se decía con recelo- si no habrá alguien que ha puesto al fuego una imagen mía de cera o esté removiendo un brebaje maléfico para ocasionar mi ruina. Yo no creo en tales cosas, pero ¿y si fuera verdad?» Aun así, no podía admitir que el causante de todo aquello, si es que había algún causante, pudiera ser Farfrae. Aquellos ataques aislados de superstición los tenía Henchard cuando se sentía deprimido, cuando lo abandonaba su característica visión práctica de las cosas.

Entretanto, Donald Farfrae no dejaba de prosperar. Había comprado en un mercado tan deprimido que la actual estabilidad de los precios bastó para reportarle un montón de oro allí donde había habido sólo un poco.

«Caramba, pronto será alcalde», se dijo Henchard. Sin duda debía de resultarle particularmente duro a él tener que seguir la estela triunfal de aquel hombre en su camino hacia el Capitolio.

La rivalidad de los amos había pasado también a los empleados.

Las sombras de la noche septembrina habían caído ya sobre Casterbridge. Los relojes habían dado las ocho y media y ya asomaba la luna. Las calles de la ciudad estaban curiosamente silenciosas para una hora tan relativamente temprana. De repente se oyó a lo largo de la calle el ruido de unos cascabeles y de ruedas de carro; a lo que siguieron unas voces de ira debajo de la casa de Lucetta. Ésta corrió a la ventana, acompañada por Elizabeth-Jane, y levantó las persianas.

La vecina casa del mercado y el ayuntamiento colindaban con la iglesia, salvo en la planta baja, donde un pasillo arqueado daba acceso a un gran espacio cuadrado llamado Bull Stake. En el centro se levantaba una columna de piedra, a la que antiguamente se ataban los bueyes para azuzarlos con perros, a fin de que su carne se volviera más tierna antes de ser sacrificados en los mataderos anejos.

Librodot

El pasillo que conducía a aquel lugar se hallaba obstruido por dos carros tirados por cuatro caballos, uno de ellos cargado con gavillas de heno; los caballos se habían adelantado unos a otros y cabezas y patas traseras estaban todas liadas. Habría quedado paso libre para otros vehículos de haber ido ambos carros sin carga; pero uno de ellos estaba repleto de heno hasta las ventanas de la alcoba de Lucetta.

-Seguro que lo has hecho a propósito -exclamó el carretero de Farfrae-. Los cascabeles de mis caballos se pueden oír a media milla de distancia en una noche como ésta.

-Si hubieras marchado con cuidado y no de manera tan atolondrada, me habrías visto de sobra -replicó airado el mozo de Henchard.

Según las normas de circulación, el mozo de Henchard tenía la culpa y no tuvo más remedio que recular hasta la calle principal. Pero, al intentarlo, la rueda posterior rozó con la pared del camposanto, y, toda la montaña de heno se volcó, mientras dos de las cuatro ruedas y las patas del caballo de la limonera quedaban al aire.

En vez de preocuparse por recoger la carga, los dos hombres se enzarzaron en una pelea a puñetazo limpio. Antes de terminar el primer asalto, apareció en el lugar Henchard, al que alguien había corrido a llamar.

Henchard agarró a los dos hombres por el cuello y los lanzó en direcciones opuestas; luego se volvió hacia el caballo que estaba en el suelo y logró destrabarlo. Tras preguntar qué había pasado, y viendo el lamentable estado de su carro y de su carga, empezó a echar pestes contra el empleado de Farfrae

Lucetta y Elizabeth-Jane habían acudido para entonces a la esquina de la calle, desde donde, a la luz de la luna, vieron el montón de heno desparramado y pasaron varias veces al lado de Henchard y de los carreteros. Las mujeres habían presenciado lo que nadie más había visto: el origen del accidente. Lucetta tomó la palabra:

-Yo lo he visto todo, señor Henchard. Y ha sido su mozo el que ha tenido la culpa.

Henchard hizo una pausa en sus invectivas y se volvió.

-¡Oh! No la había visto, señorita Templeman -dijo-. ¿Que ha tenido la culpa mi mozo? Ah, seguramente. Seguramente. Pero permítame que le diga que el carro del otro venía vacío, y sin duda tiene más culpa.

-No. Yo lo he visto también -dijo Elizabeth Jane-. Y le puedo asegurar que no ha podido hacer nada para evitarlo.

-No puede fiarse usted de lo que dicen -murmuró el mozo de Henchard.

-¿Por qué no: -preguntó Henchard bruscamente.

-¿Que por qué? Pues verá, señor, porque todas las mujeres están de parte de Farfrae, que es de esos señoritos que se meten en el corazón de una doncella como el gusano en el cerebro de una oveja, haciendo que a sus ojos lo torcido parezca derecho.

-Pero... es que no sabes quién es la dama de la que estás hablando de esa maneras? ¿No sabes que yo la cortejo desde hace algún tiempo? Así que ándate con cuidado

-Ah. No. Aparte de los ocho chelines semanales, no sé nada, señor

-¿Y que el señor Farfrae lo sabe perfectamente? El es muy vivo para los negocios, pero no haría nada tan solapado como lo que estás sugiriendo.

Ya fuera o no porque Lucetta había oído aquel diálogo en voz baja, lo cierto es que su blanca figura desapareció hacia el interior de su casa, y la puerta se cerró antes de que Henchard pudiera alcanzarla para seguir conversando con ella. Esto lo desalentó, pues lo que había dicho aquel hombre había bastado para que deseara hablar con ella más detenidamente. En aquel momento apareció el viejo guardia.

-Stubberd, encárguese de que nadie pase por aquí esta noche -le dijo el comerciante de trigo-. La carga debe quedarse donde está hasta mañana, pues todos los peones siguen trabajando en el campo. Si se empeña en pasar algún coche o carromato, dé órdenes para que

Librodot

se desvíe por la calle trasera, ¡y que se vaya al diablo! ¿Algún caso para mañana en el Ayuntamiento?

-Sí. Uno muy curioso, señor.

-Ah. ¿De qué se trata?

-De una vieja, señor, sorprendida perjurando y alterando el orden público nada menos que junto a los muros de la iglesia, señor, como si fuera una taberna. Eso es todo, señor.

-Ah. El alcalde se ha ausentado de la ciudad, ¿no es cierto?

-Así es, señor.

-Muy bien. Entonces, allí estaré. No olvide vigilar este heno. Buenas noches, agente.

Durante aquellos momentos, Henchard había decidido seguir a Lucetta, a pesar de su actitud esquiva, y llamó a su puerta.

La contestación que recibió fue que la señorita Templeman lamentaba no poder verlo de nuevo aquella noche, pues tenía un compromiso en la ciudad.

Henchard se apartó de la puerta hacia el lado opuesto de la calle, donde permaneció junto a su heno en solitaria ensoñación, pues el guardia se había ido y los caballos ya habían sido retirados. Aunque la luna brillaba poco, aún no se habían encendido las farolas, y Henchard se refugió en la sombra de una de las pilastras que soportaban el pasadizo que daba acceso a Bull Stake, y desde allí se dispuso a vigilar la fachada de Lucetta.

En su alcoba se veía entrar y salir luces de vela. Era evidente que se estaba vistiendo para la cita, por extraño que pudiera parecer a aquella hora. Las luces se apagaron, los relojes dieron las nueve y, casi en aquel mismo momento, Farfrae apareció por la esquina opuesta y llamó a la puerta. Era indudable que ella había estado esperándolo dentro, pues al instante abrió la puerta en persona. Juntos salieron por un camino posterior en dirección a la parte occidental de la ciudad, evitando así la calle de enfrente. Adivinando adónde se dirigían, decidió seguirlos.

La cosecha se había aplazado tanto por los caprichos del tiempo que, cada vez que hacía bueno, todos los brazos se ponían a la obra para salvar lo que de aprovechable quedaba de las cosechas dañadas. A causa del acortarniento de los días, los cosecheros trabajaban también a la luz de la luna. De ahí que aquella noche los campos de trigo colindantes a dos lados del cuadrado que formaba Casterbridge estuvieran animados por la presencia de los recolectores. Sus gritos y risas habían llegado a Henchard mientras estaba en la casa del mercado, y, a juzgar por el atajo que habían tomado Farfrae y Lucetta, no le cabía duda de que se dirigían hacia ese lugar.

Casi toda la ciudad había acudido al campo. En la villa de Casterbridge aún se conservaba la costumbre ancestral de ayudarse unos a otros en épocas de especial necesidad; y así, aunque el trigo pertenecía al sector agrícola de una pequeña comunidad -la que vivía en el barrio de Durnover-, el resto de la población no estaba menos interesada en su recolección.

Al llegar a lo alto del camino, Henchard cruzó la umbrosa avenida que corría por la muralla, se deslizó por un terraplén verde y se detuvo en un campo segado. Las gavillas estaban dispuestas a modo de pabellones por toda la extensión amarilla, y las más alejadas se perdían de vista bajo el resplandor de la luna. Se había situado en un punto apartado de las operaciones inmediatas; pero los otros dos habían entrado también en aquel lugar, y pudo verlos serpentear entre las gavillas. No parecía importarles el rumbo de sus pasos, pues al cabo de unos minutos enfilaron hacia el punto donde se hallaba Henchard. De haber tropezado con él, la situación habría resultado harto engorrosa, por lo que decidió esconderse tras la gavilla más próxima.

-Tiene mi permiso -estaba diciendo Lucetta alegremente-. Diga lo que le apetezca.

-Bien, entonces -contestó Farfrae, con un apasionamiento de enamorado que Henchard no le había oído nunca- tenga por seguro que contará con muchos admi-

radores a causa de su posición, riqueza, talento y belleza. Pero ¿sabrá resistir la tentación de contar con tantos y contentarse con uno solo, bastante ordinario?

-¿Y sería ése el que está hablando ahora? -dijo ella riendo-. Muy bien, señor, ¿y qué más?

-Ay, me temo que lo que siento me va a llevar a olvidar los modales.

-Si es ésa la causa, espero que no vuelva a tenerlos nunca... -Tras ciertas frases quebradas, que Henchard no alcanzó a entender, ella añadió-: ¿Está seguro de que no se sentirá celoso?

Farfrae le cogió la mano mientras le aseguraba que no.

-Sabe perfectamente, Donald, que no amo a nadie más -dijo ahora-. Pero me gustaría obrar a mi manera en algunas cosas.

-¡En todas! ¿A qué cosa especial se refiere usted?

-¿Y si no quisiera vivir siempre en Casterbridge, por ejemplo, tras descubrir que no soy feliz aquí?

Henchard no oyó la contestación. Podría haber oído aquello y otras muchas cosas más; pero no le hacía demasiada gracia representar el papel de espía. Ellos prosiguieron hacia el centro de la actividad, donde las gavillas iban pasando, a un promedio de una docena por minuto, a los carros y carromatos listos para el acarreo.

Lucetta insistió en despedirse de Farfrae al acercarse a los trabajadores. El tenía que decirles algo, y, aunque le rogó que lo esperara unos minutos, ella no cedió y volvió a casa sola.

Henchard abandonó al instante la era y la siguió. Su estado mental era tal cuando llegó a la casa de Lucetta que no tocó la campanilla, sino que abrió la puerta y se dirigió directamente a su cuarto de estar, esperando encontrarla allí. Pero, al no ver allí a nadie, se dio cuenta de que, en su precipitación, se le había anticipado. Sin embargo, no tuvo que esperar mucho, pues pronto oyó el frufrú de su vestido en el vestíbulo, seguido de un suave ruido al cerrarse la puerta. Unos momentos después, apareció.

La luz era tan tenue que Lucetta no reparó al principio en la presencia de Henchard. Al verlo allí, dejó escapar un pequeño grito, casi de terror.

-¡Cómo puedes asustarme así! -exclamó, sulfurada-. Son más de las diez y no tienes derecho a sorprenderme aquí a estas horas.

-No sé si tengo derecho o no. En cualquier caso, tengo la excusa. ¿Es imprescindible que tenga que pararme a pensar en el código de conducta?

-Es demasiado tarde para recibir decorosamente, y podrías causarme algún perjuicio.

-Vine a verte hace una hora y no quisiste recibirme, y ahora creía que estabas en casa. Eres tú, Lucetta, la que se porta mal conmigo. No está bien de tu parte darme con la puerta en las narices de esta manera. Tengo un pequeño asunto del que hablarte, que pareces haber olvidado.

Ella se hundió en un sillón, completamente pálida.

-No quiero oír hablar de ese asunto. No quiero... -dijo a través de sus manos, mientras él, de pie cerca del borde de su falda, empezaba a recordarle los días de Jersey.

-Pero deberías escucharme -dijo él.

-Lo nuestro terminó, y por culpa tuya. ¿Por qué no me dejas ahora la libertad que he conseguido con tanto dolor? Si yo hubiera descubierto que me habías propuesto matrimonio por puro amor, ahora me podría sentir ligada a ti. Pero en cuanto me enteré de que lo habías planeado por pura compasión, casi como un deber desagradable, porque te había cuidado durante tu enfermedad y comprometí mi buen nombre, y tú creías deberme una reparación, a partir de entonces mis sentimientos hacia ti se fueron enfriando.

-Entonces, ¿por qué viniste a buscarme a esta ciudad?

-Creí que debía casarme contigo por razones de conciencia, puesto que estabas libre, aunque... ya no me gustabas igual que antes.

-¿Y por qué no sigues pensando lo mismo ahora?

Librodot

Permaneció en silencio. Era demasiado evidente que la conciencia había impuesto su ley hasta que el nuevo amor hizo su irrupción y ocupó el lugar de esa ley. Pero, al tiempo que se daba cuenta de esto, olvidaba por un momento la razón que justificaba parcialmente su argumento: que haber descubierto el mal carácter de Henchard la disculpaba de no arriesgar en sus manos su felicidad tras haber escapado de ellas una vez. Lo único que pudo decir fue:

-Yo era una pobre muchacha entonces, y ahora las circunstancias me han cambiado tanto que apenas soy la misma persona.

-Eso es cierto. Y eso hace que el caso resulte algo engorroso para mí. Pero yo no quiero tocar tu dinero. Quiero que cada penique de tu propiedad se destine exclusivamente a tu persona. Además, este argumento no vale nada. El hombre en que estás pensando no es mejor que yo.

-¡Si fueras tan bueno como es él, me dejarías en paz! -gritó apasionadamente.

Aquella frase hizo saltar a Henchard:

-Tú no puedes rechazarme si quieres obrar con rectitud -exclamó-. Y si esta misma noche no prometes ser mi esposa ante un testigo, te aseguro que revelaré nuestros años de intimidad por el bien de otros hombres.

Un aire de resignación se apoderó de ella. Henchard notó su amargura; y si el corazón de Lucetta se hubiera entregado a cualquier hombre que no hubiera sido Farfrae, probablemente se habría compadecido. Pero lo había suplantado el trepador (como él lo llamaba) que se había encumbrado subiéndose a sus hombros, y no pudo mostrar ninguna compasión.

Sin mediar otra palabra, Lucetta tocó la campanilla y pidió que llamaran a Elizabeth-Jane, que estaba en su habitación. Ésta apareció, sorprendida en medio de sus elucubraciones. Tan pronto como vio a Henchard, avanzó hacia él cumpliendo con su deber.

-Elizabeth-Jane- -le dijo cogiéndola por la mano-. Quiero que oigas esto. -Y, volviéndose a Lucetta-: ¿Quieres casarte conmigo, sí o no?

-Si tú lo deseas, no tengo más remedio que decir sí. -¿Dices sí, entonces?

-Sí.

En cuanto hubo dado su promesa, cayó de espaldas, desvanecida.

-¿Qué cosa tan terrible le ha hecho decir, papá, que ha perdido el conocimiento? -preguntó Elizabeth, arrodillándose junto a Lucetta-. No la obligue a hacer nada en contra de su voluntad. Yo he vivido con ella y sé que no tiene mucha resistencia.

-No seas simplona -dijo Henchard secamente-. Esta promesa lo deja libre para ti, si es que lo quieres. ¿No crees?

Estas palabras hicieron que Lucetta se despertara sobresaltada.

-¿Lo deja libre para quién? ¿De quién estáis hablando? -preguntó excitada.

-De nadie, por lo que a mí respecta -dijo Elizabeth con firmeza.

-Ah. Bueno... En ese caso, ha sido un error mío -dijo Henchard-. Pero el asunto es entre la señorita Templeman y yo. Ella acepta ser mi esposa.

-Por favor, no hable de eso ahora -le rogó Elizabeth, cogiendo una mano de Lucetta.

-No lo haré, si ella lo promete -dijo Henchard.

-Ya lo he prometido -gimió Lucetta, con los miembros caídos como mayales de pura aflicción y debilidad-. Michael, por favor, no hables de eso más.

-No lo haré -dijo. Y, cogiendo el sombrero, se marchó. Elizabeth-Jane siguió arrodillada junto a Lucetta.

-¿Qué es esto? -preguntó-. Ha llamado a mi padre Michael como si lo conociera desde hace tiempo. ¿Cómo es que tiene un poder tan grande sobre usted para haberle prometido ser su esposa en contra de su voluntad? Ah, usted me esconde muchos secretos...

-Y tal vez usted me esconda también alguno -murmuró Lucetta con los ojos cerrados, sin pensar, en su ingenuidad, que el secreto del corazón de Elizabeth tenía por objeto precisamente al joven que había ofuscado el suyo.

-Yo no haría nada contra usted -balbuceó Elizabeth, haciendo un gran esfuerzo para controlar sus emociones-. No logro entender cómo mi padre puede dominarla a usted de esa manera. No simpatizo con él en esto en absoluto. Iré a hablar con él y a pedirle que la deje libre.

-No, no -dijo Lucetta-. Que sea como haya de ser.

X X V I I I

A la mañana siguiente, Henchard fue al Ayuntamiento a juzgar un caso de poca importancia, al ser aún magistrado aquel año en virtud de su anterior mandato como alcalde. Al pasar junto a la casa de Lucetta, miró hacia las ventanas, pero no vio nada.

Henchard en sus funciones de juez de paz podría parecer una incongruencia a primera vista. Pero sus valoraciones a la vez rudas y fiables, así como su manera directa de abordar las cosas, le habían procurado conocimientos jurídicos más que complejos a la hora de despachar los asuntos menudos que se presentaban en su juzgado. Al estar ausente el doctor Chalkfield, el alcalde elegido aquel año, el comerciante de granos ocupó el sillón principal, mientras sus ojos volaban abstraídamente hacia la fachada de piedra esmerilada de High-Place Hall.

Había un solo caso, y la infractora se Hallaba delante de él. Se trataba de una anciana con la cara salpicada de manchas. Iba vestida con un chal de ese tono indefinido que acaba adquiriendo la ropa aunque nunca tuviera en su origen, y que no era ni pardo ni rojizo ni avellana ni ceniza; una cofia negra y pegajosa, que parecía haberse usado en el país del salmista, donde las nubes llueven grasa, y un delantal que había sido blanco en una época relativamente reciente, por lo que contrastaba visiblemente con el resto de su indumentaria. El aspecto estrafalario de la mujer indicaba que no era natural de Casterbridge ni de sus contornos.

Lanzó una rápida mirada a Henchard y al segundo magistrado, y Henchard la miró a su vez creyendo recordar algo.

-Bien, ¿qué es lo que ha hecho? -preguntó, mirando al pliego de cargos.

-Se la acusa, señor, de alterar el orden público -susurró Stubberd.

-¿Dónde ha sido eso? -preguntó el otro magistrado.

-Junto a la iglesia, señor, el peor sitio que podía haber elegido de todos. La sorprendí in fraganti, señoría.

-Haga el preceptivo juramento -dijo Henchard-, y oigamos lo que tiene que decir.

Se hizo prestar juramento a Stubberd, el escribano mojó la pluma, pues Henchard no solía tomar notas personalmente, y el guardia empezó:

-Eran las once y veinticinco de la noche del cinco del corriente cuando oí un ruido ilegal en la calle. Cuando llegué...

-No vaya tan deprisa, Stubberd -dijo el escribano.

El guardia esperó, con los ojos puestos en la pluma del escribano, hasta que éste dejó de garabatear y dijo «adelante». Stubberd prosiguió:

-... cuando llegué al lugar, vi a la acusada en otro, a saber, la cuneta. -Hizo una pausa, durante la cual no quitó la vista de la pluma del escribano.

-... cuneta. Siga, Stubberd.

-Lugar situado a doce pies y nueve pulgada más o menos de donde... -Con objeto de que el escribano no se quedara retrasado, Stubberd se detuvo otra vez aquí, pues, conociendo su testimonio de memoria, podía detenerse tranquilamente en el punto que quisiera.

-¡Protesto! -exclamó la anciana-. Eso de «lugar situado a doce pies y nueve pulgadas más o menos» no es un testimonio válido.

Los magistrados se consultaron mutuamente, y el segundo dijo que el tribunal opinaba que la expresión de doce pies y nueve pulgadas se podía admitir en un hombre que había prestado juramento. Stubberd, lanzando a la anciana una mirada de triunfo disimulada, prosiguió:

-... donde yo estaba. Ella cruzaba constantemente la calle de manera peligrosa, y, al acercarme yo, cometió un delito contra el orden público y me insultó.

-... me insultó... Bien, ¿y qué dijo ella?

-Dijo: «Quita de ahí esa linterna de mi ...», dijo.

-Siga.

-Dijo: «¿No me has oído, cabeza de chorlito? Que quites de ahí esa linterna de mi... Yo he tumbado a tipos con mayor musculatura que tú, imbécil, hijo de pu ...; que me muera si no lo he hecho», dice.

-¡Protesto! !Yo no dije esas expresiones! -interrumpió la vieja-. Yo no estaba en condiciones de oír lo que decía, y unas palabras que yo no oí no pueden servir para acusarme de nada.

Hubo otra pausa para deliberar. Consultado un libro, se dio permiso a Stubberd para que prosiguiera. Estaba claro que la vieja había acudido a los tribunales más veces que los propios magistrados, los cuales tuvieron que aplicarse para observar todos los detalles del procedimiento. Sin embargo, después de dejar a Stubberd divagar otro poco más, Henchard pareció perder la paciencia y lo cortó:

-Vamos, no queremos seguir oyendo más «mi ...», «hijo de pu ...», y demás expresiones. Diga lo que tenga que decir como un hombre y no se ande con tantos remilgos, Stubberd; o si no, cállese. -Y, volviéndose a la mujer, le dijo-: Y bien, ¿tiene usted algo que alegar?

-Sí -contestó con un centelleo en los ojos; y el escribano mojó la pluma.

»Hace unos veinte años aproximadamente, estaba yo vendiendo *furmity* en una caseta en la feria de Weydon... -«Hace veinte años...» Vamos, ya puesta ¿por qué no se remonta a los tiempos del profeta Isaac? -dijo el escribano con tono sarcástico.

Pero Henchard la estaba mirando fijamente, y se había olvidado por completo de lo que era testimonio y de lo que no lo era.

-Un hombre y una mujer con una niña pequeña entraron en mi caseta -prosiguió la mujer-. Se sentaron y tomaron un tazón cada uno. Ah, Dios mío. Yo gozaba entonces de una situación social bien distinta a la actual, pues hacía contrabando con el Continente; y solía rociar la *furmity* con ron a quien lo pedía. Eso me pidió el hombre; y luego me lo pidió otra vez y otra y otra; hasta que discutió con su mujer y ofreció venderla al mejor postor. Apareció un marinero, que ofreció cinco guineas, las pagó y se llevó a la mujer con él. Y el hombre que vendió a su mujer de aquella manera es el que está sentado ahí, en el sillón principal. -La ponente concluyó señalando con la cabeza a Henchard mientras se cruzaba de brazos.

Todos miraron a Henchard. Su rostro parecía extrañamente descolorido, como si lo hubieran empolvado con ceniza.

-No queremos escuchar su vida y milagros -dijo con brusquedad el segundo magistrado, rompiendo el silencio que se había producido-. Se le ha preguntado si tiene algo que alegar referente a su caso.

-Eso tiene que ver con mi caso. Es la prueba de que no es un hombre mejor que yo, y que no tiene derecho a estar sentado ahí, juzgándome a mí.

-Esa es una historia inventada -dijo el escribano-. Así que mantenga la lengua sujeta.

-No. Es cierto. -Las palabras habían venido de Henchard-. Eso es tan cierto como que ahora es de día -dijo con parsimonia-, y desde luego es una buena prueba de que no soy mejor que ella. Y, para no caer en la tentación de vengarme, dejo el fallo en manos de ustedes.

La sensación que produjo en la sala aquella revelación fue indescriptible. Henchard abandonó su sillón y, al salir, pasó por delante del nutrido grupo de gente que abarrotaba la gradería y los alrededores de la puerta, pues parecía como si la vieja expendedora de *furmity* hubiera insinuado misteriosamente a los vecinos del callejón en el que se alojaba desde su llegada que conocía un par de cosas interesantes sobre el hombre más famoso del lugar, el señor Henchard, y que tal vez las contaría. Eso era lo que había convocado a tanto público.

-¿Por qué hay tantos curiosos en el Ayuntamiento hoy? -preguntó Lucetta a su criada cuando hubo concluido la vista del caso. Se había levantado tarde y acababa de mirar por la ventana.

-Ah, sí, señora. Es ese escándalo sobre el señor Henchard. Una mujer ha probado que, antes de convertirse en un hombre de pro, vendió a su mujer por cinco guineas en la taberna de una feria.

En todos los relatos que Henchard le había hecho acerca de la separación de su mujer, Susan, a lo largo de tantos años, a la que siempre había creído muerta, nunca le había explicado claramente la causa real e inmediata de aquella separación. Ahora oía la verdad por primera vez. Una sensación de congoja se fue apoderando gradualmente de ella al recordar la promesa que le había arrancado la noche anterior. Así que, en el fondo, Henchard era esto... ¡Qué terrible revelación para una mujer que iba a ser suya para siempre!

Durante el día fue a pasear al Ring, y a otros lugares, y no regresó hasta el crepúsculo. A su regreso, tan pronto como vio a Elizabeth-Jane le dijo que había decidido retirarse a una población costera durante unos días: a Port-Bredy. Casterbridge le resultaba demasiado deprimente.

Elizabeth, viéndola tan abatida y desmejorada, la animó en aquel propósito, pensando que un cambio de aires la ayudaría a recuperarse, si bien no podía dejar de sospechar que Casterbridge le parecía deprimente debido en buena parte al hecho de que Farfrae se hallaba ausente.

Elizabeth fue a despedir a su amiga y tomó las riendas de High-Place Hall hasta su regreso. Tras dos o tres días de soledad e incesante lluvia, Henchard fue a visitarla y pareció decepcionado al enterarse de su ausencia, y, aunque simulando indiferencia, se retiró manoseándose la barba con aire contrariado.

Al día siguiente volvió a visitarla.

-¿Ya ha vuelto? -preguntó.

-Sí. Esta mañana -contestó su hijastra-. Pero no está en casa ahora. Ha marchado a dar un paseo por la carretera de Port-Bredy. No volverá hasta el atardecer.

Tras unas palabras que sólo sirvieron para poner de manifiesto su impaciencia y su inquietud, Henchard salió de la casa.

X X I X

A aquella hora, Lucetta iba caminando con paso alado por la carretera de Port-Bredy, tal y como Elizabeth había anunciado. No dejaba de ser curioso que hubiera escogido para su paseo vespertino la carretera por la que había vuelto a Casterbridge en un carruaje tres horas antes -si es que algo era curioso en la concatenación de acontecimientos en la que se sabe que cada cosa tiene su debida explicación-. Era sábado, el día del mercado principal, y Farfrae, contra su costumbre, no estaba visible en el puesto que ocupaba habitualmente en la sala de los comerciantes de grano. Sin embargo, se sabía que volvería a la ciudad aquella misma noche, «para estar allí el domingo».

Sin volver la vista atrás, Lucetta había llegado al final de la hilera de árboles que bordeaban esta y otras avenidas de la ciudad, un mojón que marcaba una milla, y allí se detuvo.

Era un valle entre dos suaves pendientes, y la carretera, que seguía el trazado de la calzada romana, se alargaba hacia delante como una línea de agrimensor hasta perderse de vista en la distancia. No se veían ahora ni setos ni árboles, pues la carretera se ceñía a la gran extensión de trigo segado como una cinta a una prenda de vestir. Cerca de allí se divisaba un granero, la única edificación que se levantaba en todo el paisaje.

Miró fijamente la carretera que se encogía en la distancia, pero no aparecía nada en ella, ni siquiera un puntito. Exhaló la palabra «Donald» y volvió el rostro hacia la ciudad, dispuesta a regresar.

Pero la carretera no estaba igual de desierta en aquella dirección: una silueta solitaria se aproximaba, la de Elizabeth-Jane.

A pesar de su soledad, Lucetta pareció contrariada; por su parte, Elizabeth, al reconocer a su amiga, esbozó unos gestos de simpatía antes incluso de poder expresar su sentimiento mediante palabras.

-Se me ocurrió de repente venir a su encuentro -dijo con una sonrisa.

La contestación de Lucetta no llegó a sus labios a causa de un incidente inesperado: por un camino que había a su derecha y que venía a desembocar a la carretera, donde ella estaba, se acercaba un toro con paso incierto; Elizabeth, que estaba mirando al otro lado, no había reparado en el animal.

En el último trimestre de cada año el ganado constituía, además del sustento, el terror de muchas familias de Casterbridge y alrededores, donde la reproducción se llevaba a cabo con un éxito abrahámico. La cantidad de cabezas de ganado que salían y entraban en la ciudad en esta época del año para ser vendidas en subasta pública era muy grande; y todas estas bestias astadas, al vagar de un lado para otro, obligaban a mujeres y niños a cobijarse en el primer lugar que encontraban. En general, los animales habrían vagado sin molestar a nadie; pero, según la tradición de Casterbridge, para conducir el ganado era indispensable proferir gritos espantosos acompañados de muecas y gestos desaforados, esgrimir grandes estacas, llamar a perros callejeros y, en general, hacer cuanto pudiera enfurecer a los aviesos y aterrorizar a los mansos. Era muy corriente descubrir el vestíbulo lleno de niños pequeños, niñeras, mujeres mayores o colegialas que se disculpaban por su presencia con la consabida frase: «Un toro pasaba por la calle».

Lucetta y Elizabeth miraron al animal con recelo mientras éste seguía avanzando indeciso hacia ellas. Era una res voluminosa, de color pardusco, con manchas de barro en las ijadas. Sus cuernos eran espesos y estaban rematados con latón; los orificios de su hocico se asemejaban al Túnel del Támesis visto en los mundonuevos de antaño. Entre ellos, colgando del cartílago de su morro, había un recio anillo de cobre, bien soldado y tan inamovible como

Librodot

el collar de latón de Gurth.[1] Al anillo habían atado un palo de fresno de aproximadamente un metro de longitud, que el toro agitaba violentamente como un mayal. Las dos jóvenes no se alarmaron realmente hasta que no vieron aquel palo, pues era señal de que el toro era demasiado salvaje para ser conducido y que de alguna manera se había escapado, pues la vara era el medio de que se servía el arriero para controlar al animal y mantener sus cuernos a una distancia prudencial. Buscaron un refugio o lugar donde esconderse, y pensaron en el granero situado a poca distancia. Mientras mantuvieron los ojos fijos en el toro, éste había mostrado cierta deferencia en su manera de acercarse; pero en cuanto le dieron la espalda para refugiarse en el granero, sacudió la cabeza decidido a aterrorizarlas al máximo. Las dos jóvenes salieron corriendo despavoridas y, en consecuencia, el toro cargó contra ellas con decisión.

Al granero, que se hallaba detrás de una ciénaga verde, se podía entrar por una de las habituales dobles puertas, que alguien había abierto sujetándola con una estaca, y hacia esta abertura se dirigieron. El interior había sido despejado recientemente para trillar, salvo en un extremo, donde se veía un montón de trébol seco. Elizabeth-Jane se hizo cargo en seguida de la situación:

-Debemos trepar a lo alto -dijo.

Pero, apenas se habían acercado, oyeron al toro precipitarse a través de la ciénaga y entrar como un rayo en el granero, derribando la estaca al pasar y haciéndolo con estrépito, con lo que los tres quedaron apresados en el interior. El perplejo animal las vio y se lanzó corriendo hacia el rincón en el que se habían refugiado. Las jóvenes consiguieron burlar a su perseguidor, de manera que éste topaba contra la pared cuando ellas estaban ya a medio camino hacia el otro extremo. Para cuando las fuerzas le permitían volverse y seguirlas hasta allí, habían pasado ya al otro lado. Y así prosiguió la persecución, mientras el vaho caliente de su hocico llegaba hasta ellas como un siroco, y sin que Elizabeth ni Lucetta dispusieran de un solo momento libre para abrir la puerta. No se sabe qué habría podido ocurrir de haberse prolongado aquella situación; el hecho es que, unos segundo después, un traqueteo en la puerta distrajo la atención del astado: apareció un hombre, que se abalanzó sobre la vara y retorció la cabeza del animal como si se la fuera a arrancar. El retortijón fue tan violento que el recio cuello pareció perder su rigidez y quedar medio paralizado, mientas salía sangre por el morro. El astuto ardid del anillo en el hocico era demasiado para la impulsiva fuerza bruta, y el animal acabó cediendo.

En la oscuridad parcial, el hombre parecía corpulento y decidido. Condujo al toro hasta la puerta, y la luz reveló los rasgos de Henchard. Sujetó al animal fuera y volvió a entrar para socorrer a Lucetta, pues no había reparado en la presencia de Elizabeth, que estaba subida en el montón de trébol. Lucetta estaba histérica, y Henchard la cogió en sus brazos y la llevó hasta la puerta.

-¡Me has salvado! -gritó en cuanto pudo hablar.

-Te he devuelto tu amabilidad -contestó él con ternura-. Tú me salvaste en otro tiempo.

-¿Cómo... cómo es que estás aquí? -preguntó, sin prestar atención a lo que acababa de decirle.

-He venido hasta aquí buscándote. Hace dos o tres días que quiero decirte algo; sin embargo, tú has estado fuera y no he podido. Pero probablemente no te encuentres ahora en el estado más adecuado para conversar.

-Ah, no... ¿Dónde está Elizabeth?

-¡Aquí estoy! -gritó alegremente la que faltaba, la cual, sin esperar a que le colocaran una escalera, se deslizó hasta el suelo por la parte delantera del montón de trébol.

[1] Esclavo porquero de *Ivanhoe* de Walter Scott, que llevaba en un collar de latón el nombre de su propietario *(N. del E.)*

Henchard llevaba a Lucetta a un lado y a Elizabeth Jane al otro, y así avanzaron lentamente por la cuesta de la carretera. Al alcanzar la cima, y empezar a bajar, Lucetta, ya recuperada, recordó que se le había caído el manguito en el granero.

-Yo iré a buscarlo -se ofreció Elizabeth-Jane-. No me importa, pues no estoy tan cansada como usted. –Y volvió apresuradamente sobre sus pasos en dirección al granero, mientras los otros reanudaban el camino.

Elizabeth no tardó en encontrar el manguito, pues era una prenda bastante grande en aquella época. Al salir, hizo una pausa para mirar un instante al toro, que ahora daba más lástima que otra cosa con su hocico ensangrentado y que probablemente había querido jugar con ellas más que matarlas. Henchard lo había sujetado bien metiendo la vara en el quicio de la puerta y asegurándola con una estaca. Luego, al volverse para regresar, vio un calesín verde y negro acercarse por la dirección opuesta; el vehículo iba conducido por Farfrae.

Su presencia parecía explicar el paseo de Lucetta por aquella parte de la ciudad. Donald la vio, se detuvo y fue informado al punto de lo ocurrido. Al decirle Elizabeth Jane el gran peligro que había corrido Lucetta, mostró una turbación que ella no recordaba haberle visto nunca. Estaba tan impresionado por la noticia que la ayudó a subir a su lado sin apenas darse cuenta de lo que hacía.

-¿Dice usted que la va acompañando el señor Henchard? -preguntó al final.

-Sí. La lleva a su casa. Ya deben haber llegado. -¿Y está segura de que ella podrá llegar? Elizabeth Jane estaba completamente segura. -Su padrastro la ha salvado, entonces.

-Así es.

Farfrae frenó el paso del caballo. Ella adivinó la causa. Sin duda creía más prudente no aparecer ahora en medio de los dos. Henchard había salvado a Lucetta, y provocar en ella una posible muestra de afecto por él, que no había participado en el incidente, le debía de parecer un acto tan poco generoso como insensato.

Como el tema inmediato de su conversación se había agotado, Elizabeth se sintió algo cohibida de verse al lado de su anterior pretendiente. Pronto vieron las dos siluetas

de los otros haciendo su entrada en la ciudad. El rostro de la mujer se volvía frecuentemente, pero Farfrae no fustigaba al caballo. Al llegar a las murallas, Henchard y su acompañante ya habían desaparecido calle abajo. Farfrae ayudó a bajar a Elizabeth Jane, en vista de que ésta le había expresado su deseo de apearse allí mismo, y él siguió en dirección a los establos situados en la parte posterior de su casa.

Por esta razón entró por la puerta del jardín. Al subir a su habitación, la encontró completamente desordenada: en el suelo se veían varias cajas con sus cosas, así como su librería desmontada en tres piezas. Pero aquel espectáculo no pareció causarle la menor sorpresa.

-¿Cuándo se expedirá todo esto? -dijo a la dueña de la casa, que estaba supervisando la operación.

-Mucho me temo que no antes de las ocho, señor -dijo-. Debe de comprender que hasta esta mañana no hemos sabido que se iba a mudar usted; de lo contrario, ya estaría todo listo.

-Bueno. No importa, no importa -dijo Farfrae con tono jovial-. Las ocho está bien, siempre y cuando no sea más tarde. Y ahora, me voy para no hacerles perder más tiempo, o, de lo contrario, será más bien para las doce. -Dicho esto, salió por la puerta principal y enfiló la calle.

Durante aquel intervalo, Henchard y Lucetta habían mantenido una conversación de muy diferente tenor. Tras la partida de Elizabeth en busca del manguito, el comerciante de granos le habló con franqueza, reteniéndole la mano en el brazo, aunque ella la habría retirado de buena gana.

-Mi querida Lucetta, estos dos o tres días me he muerto de ganas de verte -dijo-; desde que te vi la última vez, he estado dando vueltas a la manera en que obtuve tu promesa la otra noche. Me dijiste que si era un hombre cabal, no debía insistir. Aquello me llegó al alma.

Librodot

Pensé que era la pura verdad. Yo no quiero que seas desgraciada, y sé que casarte ahora conmigo te haría muy desgraciada. Es algo que salta a la vista. Por eso acepto que nuestro compromiso tenga carácter indefinido y que aplacemos los preparativos de la boda hasta dentro de un par de años.

-Pero... ¿no puedo agradecerte lo que acabas de hacer por mí de alguna otra manera? -dijo Lucetta-. Me has salvado la vida. Y la solicitud que muestras por mí es como tener un carbón encendido en la cabeza. Ahora soy una mujer con mucho dinero. Tal vez pueda hacer algo a cambio de tu bondad... Algo en el plano práctico...

Henchard permaneció pensativo. Era evidente que aquello no se lo esperaba.

-Hay una sola cosa que podrías hacer, Lucetta -dijo-. Pero no es exactamente de esa índole.

-Entonces, ¿de qué se trata? -preguntó con renovada aprensión.

-Antes debo contarte algo para que lo entiendas mejor. Es posible que hayas oído que este año me han ido mal las cosas. He hecho lo que no había hecho nunca: especulé con los precios temerariamente, y perdí. Y eso me ha colocado en un serio aprieto.

-Y deseas que te avance algún dinero, ¿no?

-No, no -dijo Henchard, casi enfadado--. Yo no soy un hombre capaz de sacar dinero a una mujer, ni aunque esa mujer sea casi mía, como tú lo eres. No, Lucetta. Pero sí puedes hacer una cosa, que me salvaría del apuro. Mi principal acreedor es Grower, y si hay alguien capaz de hacerme pasar un mal rato, ese alguien no es otro que él. Pues bien, si consigo un plazo de dos semanas más, eso bastaría para enderezar mi situación. Esto sólo se puede conseguir de una manera: haciéndole saber que eres mi futura esposa, que nos casaremos tranquilamente la siguiente quincena. Pero espera. Aún no lo he dicho todo. Esta historia se la contaremos sin perjuicio, por supuesto, de lo que acabo de decirte sobre el aplazamiento de nuestro compromiso. Nadie más tiene por qué saberlo. Así, tú me acompañarías a ver al señor Grower, permitiendo que me dirigiera a ti ante él como futuros esposos. Le pediríamos que lo mantuviera en secreto. Él no tendría entonces ningún reparo en esperar. Para dentro de dos semanas ya estaré en condiciones de hacer frente a mis compromisos; y entonces podré decirle fríamente que lo nuestro se ha aplazado un año o dos. Nadie de la ciudad tiene por qué enterarse de que me has ayudado. Ésta es la manera en que me puedes ayudar en el plano práctico.

Como era ese momento del día que la gente llama «los rubores de la tarde», es decir, el cuarto de hora previo al crepúsculo, no observó al principio el efecto que sus palabras ejercieron sobre Lucetta.

-Si fuera alguna otra cosa... -balbuceó ésta, transmitiéndose a su voz la sequedad de sus labios.

-¡Pero si es una insignificancia! -exclamó Henchard con un profundo reproche-. Es menos de lo que me has ofrecido... Sólo el principio de lo que me has prometido hace poco. Podría decirle eso yo mismo, pero no me creería.

-No es que no quiera... Es que no puedo de ningún modo -dijo con una angustia que aumentaba visiblemente.

-¡Eres irritante! -estalló él-. ¡Lo suficiente para obligarte a que cumplas inmediatamente lo que me has prometido!

-¡No puedo! -insistió desesperadamente.

-Pero ¿por qué no? Sólo unos minutos después de haberte liberado de tu promesa de casarte conmigo ahora...

-Porque... él fue testigo.

-Testigo... ¿de qué?

-Debo decírtelo. Pero no me censures.

-Bien. Escuchemos lo que tienes que decir.

-Testigo de mi matrimonio. El señor Grower fue testigo.

-¿Matrimonio?

-Sí. Con el señor Farfrae. Oh, Michael. Ya soy su esposa. Nos casamos esta semana en Port-Bredy. Había razones poderosas que nos desaconsejaban casarnos aquí. El señor Grower fue testigo porque se encontraba por casualidad en Port-Bredy aquel día.

Henchard se quedó como idiotizado. Lucetta se alarmó tanto de su silencio que murmuró algo sobre prestarle suficiente dinero para hacer frente sin agobios a la quincena de marras.

-¡Que te has casado con él! -dijo Henchard al final-. ¡Cielo santo, te casaste con él mientras estaba en pie tu promesa de casarte conmigo!

-Déjame que te lo cuente -dijo ella con lágrimas en los ojos y un fuerte temblor en la voz-. No, no seas cruel. Yo me había enamorado, pero temía que tú pudieras hablarle del pasado, y aquello me quitaba el sueño. Y luego, después de hacerte la promesa, me enteré de que habías... vendido a tu primera mujer en una feria, como se vende un caballo o una vaca. ¿Cómo podía yo mantener mi promesa después de oír aquello? No podía correr el riesgo de entregarme a ti para siempre. Adoptar tu nombre después de semejante escándalo habría significado humillarme ante toda la ciudad. Pero sabía que perdería a Donald si no lo aseguraba en seguida, pues tú cumplirías tu amenaza de hablarle de nuestra anterior relación mientras existiera una posibilidad de reservarme para ti. Pero no lo harás ahora, ¿verdad, Michael? Pues ya es demasiado tarde para separarnos.

El vuelo de campanas en la iglesia de San Pedro había sonado en honor al nuevo matrimonio mientras Lucetta hablaba; y ahora se oía también por toda la calle la alegre fanfarria de la banda municipal, famosa por el empleo generoso de los timbales.

-Entonces, todo este jaleo se debe precisamente a eso, supongo.

-Sí. Creo que él lo ha dicho, o tal vez también el señor Grower... ¿Puedo dejarte ahora? Mi... se ha tenido que quedar hoy en Port-Bredy, y me ha mandado unas horas antes que él.

-Así que ha sido la vida de su esposa la que he salvado esta tarde...

-Sí, cosa por la que él te estará eternamente agradecido.

-Muy amable de su parte... ¡Ah, mujer falsa! -estalló Henchard-. ¡Me lo habías prometido!

-Sí, sí. Pero lo hice a la fuerza, y además sin conocer todo tu pasado.

-Y ahora a mí se me ocurre algo para castigarte como mereces. Una palabra a este flamante marido sobre cómo me cortejaste, y tu preciosa felicidad se irá al traste en unos segundos...

-¡Michael, ten piedad de mí, y sé generoso!

-Tú no mereces ninguna piedad. Antes, tal vez. Pero, ahora, no.

-Te ayudaré a saldar tu deuda.

-¿Yo, pensionista de la mujer de Farfrae? Ah, no. No sigas ante mi presencia por más tiempo, si no quieres que diga algo peor. Vete de aquí.

Ella desapareció bajo los árboles del paseo meridional mientras la banda se aproximaba por la esquina, despertando los ecos de cada piedra en celebración de su felicidad. Lucetta no prestó atención, sino que tomó una bocacalle en dirección a su casa procurando que nadie la viera.

Librodot

X X X

Las palabras de Farfrae a su casera se referían a la mudanza de sus cajas y demás efectos a su nueva residencia, la casa de Lucetta. La tarea no era pesada, pero se había demorado a causa de las frecuentes pausas para comentar el sonado acontecimiento, del que la buena mujer había sido informada mediante una nota tan sólo unas horas antes.

Poco antes de abandonar Port-Bredy, Farfrae se había visto retenido por unos clientes muy importantes, a los que no había sido capaz, ni siquiera en aquellas circunstancias excepcionales, de dar largas. Además, había una ventaja en que Lucetta llegara primero a su casa. Nadie sabía todavía en Casterbridge lo que había acontecido, y ella estaba en mejores condiciones para dar la noticia a la servidumbre, junto con las debidas instrucciones respecto al alojamiento de su marido. Así pues, había mandado por delante a su esposa de dos días en una berlina alquilada, mientras él se acercaba a ver unos depósitos de trigo y de alfalfa tras haberle indicado la hora aproximada a la que llegaría aquella misma tarde. Esto explicaba que ella hubiera salido a su encuentro tras sus cuatro horas de separación.

Después de dejar a Henchard, Lucetta hizo un esfuerzo supremo para calmarse y estar así en condiciones de recibir a Donald en High-Place Hall. Un pensamiento la ayudó en aquel empeño; saber que, pasara lo que pasara, ya lo tenía asegurado. Media hora después, Donald entraba en la casa, y ella salió a su encuentro con la misma sensación de alivio y alegría que si viniera de cumplir una misión peligrosa que hubiera durado dos meses.

-Hay algo que no he hecho, y, sin embargo, es importante -dijo ella seriamente cuando le hubo contado la aventura del toro-. Me refiero a dar la noticia de nuestro matrimonio a mi querida Elizabeth-Jane

-Ah, ¿aún no se lo has dicho? -dijo él con aire meditabundo-. Yo la acompañé hasta la ciudad desde el granero; pero tampoco le dije nada, pues creía que ya se había enterado en la ciudad y no me felicitaba por timidez y esas cosas...

-Difícilmente puede haberse enterado. Voy a descubrirlo ahora mismo. Ah, una cosa, Donald: ¿te importa que siga viviendo conmigo igual que antes? Es una muchacha tan silenciosa y sencilla...

-Oh, claro que no me importa -contestó Farfrae, tal vez algo confuso-. Sólo que... me pregunto si estará de acuerdo.

-Oh, claro que sí -dijo Lucetta con vehemencia-. Estoy segura de que le encantará. Además..., pobrecilla, no tiene otro hogar.

Farfrae la miró, vio que no sospechaba nada de su discreta amiga, y se alegró.

-Dispón como te plazca al respecto, caramba -dijo él-. Soy yo quien ha venido a tu casa, y no tú a la mía.

Voy rápidamente a decírselo -dijo Lucetta.

Cuando subió a la habitación de Elizabeth-Jane, ésta se había quitado su ropa de calle y estaba descansando con un libro en la mano. Lucetta vio en seguida que aún no se había enterado de la noticia.

-No bajé a verla, señorita Templeman... -dijo ella con sencillez-. Iba a preguntarle si se ha recuperado ya del susto, pero descubrí que tenía una visita. Me pregunto por qué estarán repicando las campanas, y a qué se debe la fanfarria de la banda municipal... Alguien debe de haberse casado; aunque también puede ser que estén ensayando para Navidad.

Lucetta musitó un vago «sí», y, sentándose junto a la otra, la miró pensativa:

-¡Qué persona tan solitaria es usted! -empezó-. Nunca está al corriente de lo que pasa ni de lo que cuchichea la gente. Debería salir más y cotillear un poco, como hacen otras mujeres, y así no tendría necesidad de hacerme preguntas de ese género. Bueno, tengo algo que contarle.

Elizabeth Jane dijo que le encantaba oírla y adoptó una postura receptiva.

-Tengo que remontarme a muchos años atrás -dijo Lucetta, mientras la dificultad de explicarse satisfactoriamente a la sesuda joven que tenía delante resultaba cada vez más evidente a cada sílaba que pronunciaba-. ¿Se acuerda del peliagudo caso de conciencia del que le hablé hace algún tiempo, sobre un primer amante y un segundo amante? -Y, en medio de frases entrecortadas, le repitió un par de palabras importantes del relato que le había hecho.

-Oh, sí, claro que me acuerdo; el relato sobre una amiga suya -dijo Elizabeth secamente, mirando el iris de los ojos de Lucetta como si quisiera captar el matiz exacto de su color-. Los dos amantes, el antiguo y el nuevo: ella quería casarse con el segundo, pero creía que debía casarse con el primero; de manera que se apartó del buen camino para seguir el malo, como el poeta Ovidio que he estado traduciendo: *Video meliora proboque, deteriora sequor*.

-Ah, no. No es que siguiera el mal camino exactamente -se apresuró a decir Lucetta.

-Pero usted dijo que a ella, o a usted, para ser más precisa -contestó Elizabeth, dejando caer la máscara-, la conciencia y el honor la obligaban a casarse con el primero.

A Lucetta se le subieron los colores a la cara al verse reconocida; contestó con cierto nerviosismo:

-Usted nunca dirá nada de esto, ¿verdad, Elizabeth-Jane?

-Por supuesto que no ya que usted lo quiere así.

-Entonces le diré que el caso es más complicado, por no decir peor, de lo que aparecía en mi relato. El primer hombre y yo nos conocimos en circunstancias muy extrañas, y creímos que debíamos casarnos porque la gente había empezado a hablar de nosotros. El era viudo, o al menos eso me dijo. No había oído hablar de su primera mujer desde hacía muchos años. Pero la mujer volvió, y nosotros nos separamos. Luego murió, y el marido volvió a cortejarme diciendo que era el momento de llevar a cabo nuestro proyecto. Pero comprenderá, Elizabeth-Jane, que todo aquello equivalía a una nueva relación. Yo había quedado liberada de todas mis promesas... por el regreso de la otra mujer.

-¿Pero no ha renovado últimamente su promesa? -dijo la más joven con tono sosegado. Había adivinado al hombre número uno.

-Una promesa que me fue arrancada con una amenaza.

-Sí, es cierto. Pero yo creo que una mujer, como es su caso, que se une a un hombre en el pasado de una manera tan desgraciada..., debería convertirse en esposa suya, siempre que fuera posible y aun cuando no fuera la parte culpable.

El semblante de Lucetta perdió su chispa.

-Ha resultado ser un hombre con el que cualquier mujer tendría miedo de casarse -dijo en tono suplicante-. Mucho miedo. Y yo no lo he sabido hasta después de renovarle mi promesa.

-Entonces sólo queda una solución para preservar el honor. Usted debería quedarse soltera.

-Pero... piense bien lo que dice. Tenga en cuenta que...

-Tengo muy claro lo que digo -la interrumpió su compañera con temeridad-. He adivinado muy bien quién es el hombre; es mi padre. Y repito que usted debe tomarlo a él, o no tomar a nadie más.

Cualquier sospecha de incorrección era para Elizabeth-Jane como el trapo rojo para un toro. En efecto, su anhelo de rectitud en la conducta casi rozaba la obsesión. A causa de sus anteriores conflictos relacionados con su madre, la menor sombra de irregularidad le producía un terror difícil de imaginar para quien está libre de sospecha.

-Usted debería casarse con el señor Henchard, o con nadie más -repitió con un labio tembloroso en cuyo movimiento participaban dos pasiones.

-Yo no puedo aceptar eso -dijo Lucetta apasionadamente.

-Lo admita o no, es la pura verdad.

Lucetta se cubrió los ojos con la mano derecha y, como si ya no tuviera más argumentos que alegar en su defensa, alargó la izquierda hacia Elizabeth-Jane.

-¡Vaya! ¡Usted se ha casado con él! -gritó esta última saltando de alegría después de mirar a los dedos de Lucetta-. ¿Cuándo ha sido? ¿Por qué no me lo dijo en vez de andarse con tantos remilgos? ¡Ah, qué acto tan honorable por su parte! El trató a mi madre muy mal, parece ser, en un momento de embriaguez. Y no cabe duda de que es demasiado duro a veces. Pero usted conseguirá dominarlo completamente, estoy segura, con su belleza y su riqueza y su talento personal. Usted es una mujer que él adorará con toda seguridad, y ahora los tres seremos felices.

-¡Oh, mi querida Elizabeth-Jane! -gritó Lucetta desconsoladamente-. ¡Es con otra persona con quien me he casado! Estaba tan desesperada, tenía tanto miedo a verme forzada a hacer cualquier otra cosa, tanto miedo a posibles revelaciones que apagaran su amor por mí que decidí hacerlo de inmediato, pasara lo que pasara, y comprar una semana de felicidad a costa de lo que fuera.

-¿Que se ha casado con el señor Farfrae? -exclamó Elizabeth-Jane con tono a la vez condenatorio y consternado.

Lucetta asintió con la cabeza. Había recobrado el dominio de sí.

-Las campanas tocan por ese motivo -dijo-. Mi marido está abajo. Vivirá aquí hasta que encontremos una casa más adecuada para nosotros. Le he dicho que quiero que siga usted viviendo con nosotros, como si nada hubiera cambiado.

-Déjeme pensarlo... sola -contestó rápidamente la muchacha, conteniendo de manera admirable el torbellino de sus emociones.

-Piénselo, pues. Estoy segura de que seremos felices juntos.

Lucetta acudió al lado de Donald, que estaba abajo, y una vaga inquietud turbó su alegría al verlo en su casa. No era a causa de su amiga Elizabeth-Jane, pues no tenía la menor sospecha de cuáles eran sus verdaderas emociones, sino a causa de Henchard.

Pues bien. La decisión instantánea de la hija de Susan Henchard fue de no seguir viviendo en aquella casa. Aparte de su apreciación de la conducta de Lucetta, Farfrae había estado tan cerca de ser su amante declarado que se sentía incapaz de seguir viviendo allí.

Se vistió apresuradamente y salió a la calle cuando aún no había anochecido del todo. Al poco tiempo, dado que conocía bien la ciudad, encontró un alojamiento apropiado, y quedó convenido que pasaría la noche allí. De vuelta a casa de Lucetta, entró sin hacer ruido, se quitó su bonito vestido y se puso otro más sencillo, reservando aquél para alguna ocasión importante, pues ahora tenía que velar más por su economía. Escribió una nota para Lucetta, la cual se había encerrado en el cuarto de estar con Farfrae; luego llamó a un hombre que pasaba con una carretilla y, tras decirle que cargara todas sus cosas, salió con paso ligero hacia su nueva morada, que estaba situada en la misma calle en que vivía Henchard, y casi enfrente de su puerta.

Allí estuvo un rato meditando la manera de salir adelante económicamente. La pequeña pensión anual que le había asignado su padrastro le permitía no morirse de hambre. Su gran maña para coser y bordar -adquirida de niña tejiendo redes en casa de Newson- podría serle de gran utilidad; y sus estudios, que no había abandonado ni un momento, podrían servirle más aún.

Para entonces toda Casterbridge se había enterado ya de la reciente boda, de la que se hablaba ruidosamente en las aceras, confidencialmente tras los mostradores y jovialmente en Los Tres Marineros. Se debatía con particular interés si Farfrae iba a vender su negocio y convertirse en un notable con el dinero de su esposa, o si iba a mostrar suficiente independencia para seguir en su profesión a pesar de su brillante alianza.

X X X I

Las palabras de la mujer de la *furmity* ante los magistrados se habían extendido como la pólvora, de manera que, veinticuatro horas después, no había persona en Casterbridge que no estuviera al tanto de la barbaridad cometida hacía muchos años por Henchard en la feria de Weydon Priors. A la dramática luz de aquella acción, nadie se acordaba de la penitencia que había hecho después. De haber sido conocido aquel incidente desde antiguo, ahora casi nadie le habría dado una importancia especial, considerándolo simplemente un pecadillo de juventud, el único de un hombre joven con el que el burgués sólido y maduro (aunque algo tozudo) de la actualidad tenía bastante poco en común. Pero como aquella acción había permanecido en el más absoluto secreto desde entonces, nadie tenía en cuenta el intervalo de los años, y aquel punto negro de su juventud aparecía ahora como un delito reciente.

Aunque el asunto del juzgado había tenido poca importancia en sí, constituyó la punta de una cumbre desde la que cayó en picado la fortuna de Henchard. Aquel día -por no decir aquel mismo minuto- Henchard traspasó el límite de la prosperidad y el honor y empezó a descender rápidamente por la otra pendiente. Fue sorprendente la rapidez con que cayó en la estima general. Socialmente, recibió un violento empujón, y, habiendo perdido ya solidez comercial a causa de transacciones temerarias, la velocidad de su caída iba acelerándose cada hora en ambos sentidos.

Ahora miraba más a la acera y menos a las fachadas de las casas cuando paseaba por la ciudad; más a los pies y polainas de los hombres y menos a las pupilas de sus ojos con aquella mirada llameante que antes los había hecho parpadear.

Otros acontecimientos vinieron a aliarse para culminar su ruina. Aquél había sido un mal año para otros, además de para él, y el sonado fracaso de un deudor en quien había confiado generosamente consumó el descalabro de su tambaleante descrédito. En su desesperación no había sabido mantener esa estricta correspondencia entre la muestra y el género que es el alma del comercio del grano. De aquello fue principalmente culpable uno de sus hombres, el cual, en su gran ignorancia, sacó una muestra de una enorme cantidad de trigo de segunda calidad que Henchard tenía a mano, limpiándola de los granos chafados, agostados y podridos. De haberse ofrecido el producto honradamente, no se habría producido ningún escándalo; pero aquella superchería, al venir en semejante momento, acabó por arrastrar el nombre de Henchard a lo más profundo del pozo.

La resolución legal de su quiebra siguió los pasos habituales. Un día que Elizabeth-Jane pasaba por delante de Las Armas del Rey, vio que entraba y salía mucha más gente de lo normal en un día sin mercado. Un transeúnte la informó, mostrando cierta sorpresa por su ignorancia, de que se trataba de la reunión de los acreedores del señor Henchard para hacer la liquidación de sus bienes. Le entraron ganas de llorar y, al oír que él estaba en el hotel, quiso entrar a verlo, pero alguien le aconsejó que no lo hiciera en aquella ocasión particular.

La sala en la que se habían reunido deudor y acreedores daba a la calle, y Henchard, al mirar por la ventana, divisó a Elizabeth-Jane a través de la persiana metálica. El examen de su caso había concluido, y los acreedores se disponían a abandonar la sala. La aparición de Elizabeth lo había sumido en una ensoñación; luego apartó el rostro de la ventana y, dominándolos a todos con su estatura, llamó la atención de los presentes unos instantes. Su semblante había perdido el lustre de prosperidad; el pelo y las patillas seguían siendo de color negro, pero el resto parecía recubierto de una especie de capa de ceniza.

-Señores -exclamó-, además del activo que se ha mencionado, y que aparece en la liquidación, aquí está esto también. Les pertenece a ustedes como todo lo demás, y no seré yo quien les sustraiga nada. -Dicho lo cual, sacó el reloj de oro de su bolsillo y lo dejó sobre la mesa; luego abrió su cartera (de lona amarilla, como la que llevaban todos los agricultores y comerciantes) y volcó el dinero también sobre la mesa. Después retiró unos instantes el

Librodot

reloj para quitarle el guardapelo que le había hecho y regalado Lucetta-. Ahora ya tienen todo lo que poseo en este mundo -dijo-. Y ojalá tuviera más que ofrecerles...

Los acreedores, agricultores casi todos, miraron el reloj y el dinero, y luego a la calle. Tomó la palabra el agricultor James Everdene, de Weatherbury:

-No, no, Henchard -dijo con tono cordial-. No queremos eso. Es un gesto que le honra, pero guárdeselo. ¿Qué dicen ustedes, vecinos? ¿Están de acuerdo?

-Sí, claro. No queremos eso -dijo Grower, otro de los acreedores.

-Que se lo quede, por supuesto -murmuró otro desde el fondo de la sala, un joven reservado y silencioso llamado Boldwood; y el resto reaccionó del mismo modo.

-Bien -dijo el presidente de la comisión, dirigiéndose a Henchard-. Aunque es un caso desesperado, me veo obligado a reconocer que nunca he encontrado a un deudor que se haya comportado con mayor corrección. He comprobado que la liquidación está hecha con la mayor limpieza posible. No hemos tenido ningún problema. No ha habido ninguna evasión ni ocultamiento. La temeridad comercial que lo condujo a esta situación desafortunada salta a la vista de todos; pero es igualmente cierto que ha hecho todo lo posible para evitar que nadie salga perjudicado.

Henchard se sintió más afectado por aquellas palabras de lo que dejó ver, y se volvió de nuevo hacia la ventana. Un murmullo general de asentimiento siguió a las palabras del presidente de la comisión, y se levantó la sesión. Cuando todos hubieron marchado, Henchard miró el reloj que le habían devuelto. «Esto no me pertenece en justicia -dijo para sí-. ¿Por qué diablos no se lo han llevado? Yo no quiero lo que no es mío.» Pareció acordarse de algo y llevó el reloj a la relojería, que estaba justo enfrente, dijo al relojero que le diera a cambio lo que fuera y marchó con lo recaudado a ver a uno de sus más modestos acreedores, un labriego de Durnover que estaba pasando grandes estrecheces, y le entregó el dinero.

Una vez que se puso la etiqueta a todo lo que había pertenecido a Henchard, y que empezó la subasta, se produjo una reacción de simpatía entre los habitantes de la ciudad, los cuales no habían tenido hasta entonces más que palabras de condena. Ahora que sus conciudadanos veían el curso de su vida de manera distinta, ahora que veían lo admirablemente que había utilizado su único talento, la energía, para fraguarse una posición de riqueza a partir de la nada más absoluta -que era realmente lo único que él tenía cuando llegó a la ciudad como jornalero aparvador, con su berbiquí y su cuchilla de cortar heno en el capacho-, recapacitaron y lamentaron su caída.

Por mucho que lo intentaba, Elizabeth no lograba cruzarse nunca con él. Era la única persona que seguía creyendo en él, y estaba deseando poder perdonarle su rudeza y ayudarlo en aquellos momentos de dificultad.

Le escribió, pero él no le contestó. Fue a verlo a su casa, la casona en la que ella había pasado días tan felices durante algún tiempo, con su fachada de ladrillo marrón vidriado aquí y allá y con barrotes en las ventanas. Pero Henchard ya no se encontraba allí. El ex alcalde había dejado la casa de su época de prosperidad y se había ido vivir a la casa de Jopp, situada en Priory Mill, el triste barrio al que había llegado paseando una noche tras descubrir que Elizabeth no era su hija. Ésta se encaminó hacia allí.

Le pareció extraño que Henchard hubiera escogido aquel lugar para retirarse; pero pensó que la necesidad no le había dejado otra opción. Aún seguían en pie algunos árboles que parecían suficientemente viejos para haber sido plantados por los antiguos frailes, y la presa situada detrás del molino original seguía vertiendo la misma cascada cuyo terrible rugido se había oído durante siglos. La casa estaba construida con piedras viejas del desmantelado priorato, trozos de sillería, jambas moldeadas y dinteles, todo ello mezclado con la argamasa de los muros.

Henchard ocupaba un par de habitaciones de aquella casa de la que Jopp, al que había dado empleo, maltratado, camelado y despedido sucesivamente, era el dueño. Pero tampoco aquí se dejaba ver su padrastro.

-¿Ni siquiera por su hija? -suplicó Elizabeth.

-Por nadie en estos momentos. Esas son sus órdenes -le dijeron.

Después pasó por delante de los almacenes de trigo y heno que habían sido el cuartel general de su actividad comercial. Sabía que ya no mandaba allí, pero el familiar portón llamó particularmente su atención. Habían dado unos brochazos de pintura color plomo para borrar el nombre de Henchard, aunque algunas letras lograban transparentarse como barcos en la niebla. Encima, con pintura blanca reciente, estaba escrito el nombre de Farfrae.

Preguntó a Abel Whittle, que iba arrastrando su esqueleto junto a la cancela:

-¿Quién es el amo ahora? ¿El señor Farfrae?

-Sí, señorita Henchard -dijo-. El señor Farfrae ha comprado el negocio, con todos los braceros, y ahora nos va mejor que antes, aunque sé que no debería decir esto delante de usted, que es su hija política. Trabajamos de firme, pero ya no tenemos miedo. Era el miedo lo que me hacía perder mis pocos pelos. Ya no se oyen voces ni portazos, ni nadie se mete con el alma eterna de nadie, y esas cosas; y aunque cobramos un chelín menos a la semana, me considero un hombre más rico, pues ¿para qué desear el mundo entero si se tiene la cabeza siempre en vilo, señorita Henchard?

La información era en general verdadera, y los almacenes de Henchard, paralizados el tiempo que había durado la liquidación de sus bienes, habían reanudado su actividad al tomar posesión el nuevo inquilino. A partir de entonces, los sacos llenos, atados con cadenas brillantes, se deslizaban hacia arriba y hacia abajo sin cesar bajo la polea, brazos peludos salían por las diferentes aberturas y metían el grano, gavillas de heno entraban y salían incesantemente del granero y las poleas chirriaban, mientras las básculas y romanas se afanaban allí donde antes todo se había calculado a ojo de buen cubero.

Librodot

XXXII

En la parte baja de la ciudad había dos puentes.

El primero, de ladrillo envejecido por el tiempo, se hallaba al final de la calle principal, donde una bocacalle torcía en dirección a las callejuelas de Durnover, que se hallaba más abajo; de manera que este puente formaba el punto de intersección entre la respetabilidad y la indigencia. El segundo puente, de piedra, estaba más alejado y por él pasaba la carretera; en realidad, estaba casi en las praderas, aunque aún dentro de los límites urbanos.

Aquellos dos puentes eran expresivos. Todos sus salientes estaban completamente gastados, en parte por el clima, pero sobre todo por la fricción producida por generaciones de paseantes sin rumbo, cuyos pies inquietos se habían topado año tras año contra sus parapetos al detenerse allí a meditar sobre el curso de sus negocios. En el caso de los ladrillos y piedras más deleznables, hasta las superficies más lisas estaban agujereadas por la misma combinación de causas. La mampostería de la parte alta estaba sujeta con hierro, pues no era inhabitual que los más desesperados arrancaran trozos de piedra y los lanzaran al río, en abierto desafío a la autoridad.

En efecto, alrededor de este par de puentes gravitaban todos los fracasados de la ciudad; los fracasados en los negocios, el amor, la sobriedad, el delito. No estaba claro por qué los infelices de Casterbridge solían elegir los puentes para sus meditaciones en lugar de las balaustradas, los portones o las cancelas.

Existía una marcada diferencia de estatus entre los que frecuentaban el puente próximo, de ladrillo, y los que frecuentaban el puente más alejado, de piedra. Los más plebeyos preferían el primero, adyacente a la ciudad; no les importaba la mirada del ojo público. Sus éxitos no habían sido demasiado grandes, y, aunque pudieran sentirse descorazonados, no veían su fracaso con ninguna sensación de vergüenza. Solían llevar las manos en los bolsillos, una correa alrededor de las caderas o rodillas, y botas que requerían muchos lazos pero que nunca parecían llevar ninguno. En vez de suspirar por sus desgracias, escupían, y, en vez de decir: «Una espada ha atravesado mi alma», decían: «La suerte me ha dado la espalda». Jopp, en su época de miseria, había estado aquí a menudo, como también la tía Cuxsom, Christopher Coney y el pobre Abel Whittle.

Los *misérables* que frecuentaban el puente más alejado eran de una estofa más distinguida. Entre ellos figuraban ciudadanos en quiebra, hipocondríacos, personas de las que se decía que habían «perdido su situación» por culpa propia o por mala suerte, los fracasados en las profesiones liberales, gente culta pero mal vestida que no sabía cómo librarse de las horas engorrosas entre el desayuno y el almuerzo, o de las más engorrosas aún entre el almuerzo y el anochecer. Los ojos de esta fauna casi siempre miraban por encima del parapeto el curso del agua. De los hombres sorprendidos mirando de aquella manera se podía afirmar que el mundo no los había tratado bien por una u otra razón. Mientras que a los desgraciados del puente más próximo a la ciudad no les importaba que los vieran, y tenían la espalda hacia el parapeto para poder ver así a los transeúntes, los que se acercaban a este otro nunca miraban hacia la calzada ni se volvían al oír pasos, sino que, enfrascados en su mundo, observaban la corriente siempre que se acercaba un extraño, como si algún pez les interesara, aunque hacía ya muchos años que cualquier cosa con escamas había sido presa de pescadores furtivos.

Así cavilaban y cavilaban. Si su agravio era la opresión, querían ser reyes; si la pobreza, millonarios; si el pecado, santos o ángeles; si el amor desdeñado, Adonis cortejados en muchas leguas a la redonda. Se sabía que algunos de los que se quedaban ahí pensando tanto tiempo con la mirada fija habían acabado con los huesos arrastrados por las aguas, y que eran descubiertos a la mañana siguiente, definitivamente liberados de sus zozobras, ya en las proximidades ya en una laguna profunda llamada Agua Negra, más abajo del río.

Librodot

A este puente acudía Henchard, como habían acudido otros desafortunados antes que él; solía dirigirse por la ribera que bordeaba el lado más frío de la ciudad. Allí se hallaba una tarde ventosa mientras el reloj de la iglesia de Durnover daba las cinco. Mientras el viento llevaba las notas a sus oídos a través de la húmeda llanura, pasó un hombre por detrás de él, que lo saludó llamándolo por su nombre. Henchard se volvió ligeramente y vio que el transeúnte era Jopp, su antiguo capataz, ahora empleado en otra parte, a quien, aunque odiaba, había acudido en busca de alojamiento, pues Jopp era el único hombre de Casterbridge cuyas apreciaciones despreciaba el arruinado comerciante hasta el punto de la indiferencia.

Henchard le devolvió el saludo de manera apenas perceptible, y Jopp se detuvo.

-Esos dos se han mudado a su nueva casa hoy mismo -dijo Jopp.

-Ah -dijo Henchard con aire ausente-. ¿Y de qué casa se trata?

-De su antigua casa.

-¿Que se han mudado a mi antigua casa? -Y, encolerizado, añadió-: ¿Tenían que mudarse precisamente a mi casa entre todas las que hay en la ciudad?

-Bueno, como alguien tenía que vivir allí, y usted no podía, no veo que le haga ningún daño.

Era cierto. Farfrae no creía hacerle ningún daño con aquello. Tras haberse hecho con los patios y almacenes, había adquirido la casa por las evidentes ventajas de la contigüidad. Y, sin embargo, saber que ocupaba aquellas amplias habitaciones mientras él, el antiguo inquilino, estaba viviendo en una casucha amargó a Henchard hasta un grado indescriptible.

Jopp prosiguió:

-¿Y se acuerda usted de aquel individuo que compró todos sus mejores muebles en la subasta? Pues era el apoderado de Farfrae. No han llegado a moverse de su sitio, y él ya se ha hecho con el contrato de arrendamiento.

-¿Mis muebles también? A este paso acabará comprando también mi cuerpo y mi alma...

-No se ha dicho que no vaya a hacerlo, el día que usted los venda. -Y, tras plantar aquella cizaña en el corazón de su otrora dominante amo, Jopp prosiguió su rumbo, mientras Henchard se quedaba mirando la rápida corriente y le parecía que el puente retrocedía con él.

La llanura ennegreció y el cielo adquirió un tono gris más oscuro. Cuando el paisaje tuvo el aspecto de un cuadro manchado de tinta, otro viajero se aproximó al gran puente de piedra. Conducía un calesín y se dirigía a la ciudad. El vehículo se detuvo en medio del arco central.

¯¿Señor Henchard? -Era la voz de Farfrae. Henchard volvió la cara.

Farfrae, tras comprobar que había acertado, dijo al mozo que lo acompañaba que prosiguiera él solo, se apeó y avanzó hacia su antiguo amigo.

-Señor Henchard, he oído decir que está usted pensando en emigrar, o algo así -dijo-. ¿Es eso cierto? Tengo razones de peso para preguntárselo.

Henchard contuvo su respuesta unos instantes, y dijo al final:

-Sí, es cierto. Me voy a donde quería ir usted hace unos años, cuando se lo impedí y conseguí que se quedara. Qué vueltas da la vida, ¿verdad? ¿Recuerda usted cuando estuvimos en Chalk Walk, donde lo convencí para que se quedara? Entonces usted no tenía nada y yo era dueño de la casa de Corn Street. Pero ahora yo me encuentro sin un ochavo, y el dueño de esa casa es usted.

-Sí, sí. La he comprado. Así son las cosas; vaya que sí... -dijo Farfrae.

-Ya, cierto -exclamó Henchard, adoptando una actitud sarcástica-. Unas veces arriba y otras abajo. Ya me he acostumbrado a ello. ¿Qué tiene de particular, después de todo?

-Escúcheme un momento, si me puede dedicar un poco de su tiempo -dijo Farfrae-. Igual que yo le hice caso en otro tiempo, no se vaya. Quédese aquí.

-Pero si no me queda otro remedio, señor mío -dijo Henchard desdeñosamente-. Apenas me queda dinero para aguantar un par de semanas más. Aún no me siento con ánimo

Librodot

para volver al trabajo asalariado; pero no puedo seguir sin hacer nada, y mi única salida está en marcharme a otra parte.

-No. Lo que yo le propongo es esto, si quiere escucharme. Véngase a vivir a su antigua casa. Tenemos habitaciones de sobra. Estoy seguro de que a mi mujer no le importará... hasta que se le presente a usted una buena oportunidad.

Henchard se estremeció. Sin duda el cuadro que Donald, sin darse cuenta, le había pintado, vivir con él bajo el mismo techo que Lucetta, era demasiado sorprendente para contemplarlo con ecuanimidad.

-No, no -dijo con brusquedad-. Nos pelearíamos.

-Usted tendría una parte de la casa para usted solo -dijo Farfrae-, y nadie se metería en su vida. Vivirá mucho más saludablemente que aquí junto al río, donde vive ahora.

Henchard volvió a negarse.

-No sabe usted bien lo que me pide -dijo-. Sin embargo, no puedo por menos de darle las gracias.

Entraron en la ciudad juntos, igual que cuando Henchard había convencido al joven escocés para que se quedara.

-¿Por qué no entra a cenar algo? -dijo Farfrae cuando alcanzaron el centro de la ciudad, donde sus caminos se bifurcaban.

-No, no.

-Por cierto, casi se me había olvidado. He comprado buena parte de sus muebles.

-Sí, eso me han dicho.

-A decir verdad, no es que yo quisiera los muebles para mí; quería que usted se llevara lo que deseara, cosas que pudieran recordarle algo especial u objetos particularmente útiles para usted. Lléveselos a su nueva casa. No me quitará usted nada. Podemos arreglarnos con menos perfectamente, y además voy a tener oportunidades de comprar otros.

-¿Cómo? ¿Me los da a cambio de nada? -preguntó Henchard-. ¡Pero usted pagó a los acreedores por ellos!

-Ah, claro. Pero seguro que tienen más valor para usted que para mí.

Henchard se emocionó un poco.

-A veces... pienso que he sido injusto con usted... -dijo con un desasosiego en su rostro que las sombras de la noche ocultaron. Le estrechó de repente la mano y se alejó como si no quisiera traicionar sus sentimientos. Farfrae lo vio girar a la altura de Bull Stake y perderse en dirección a Priory Mill.

Entretanto, Elizabeth Jane, alojada en una habitación del último piso, no mayor que la cámara del profeta[1] y con el vestido de seda de sus días gloriosos guardado en una caja, hacía ganchillo con mucha maña las horas que no dedicaba a devorar los libros que caían en sus manos.

Como su cuarto estaba casi enfrente de la antigua residencia de su padrastro, que ahora era de Farfrae, podía ver a Donald y a Lucetta entrar y salir de la casa con el rebosante entusiasmo que se esperaba de su nueva situación. Se esforzaba por no mirar hacia allí, pero habría sido necesaria una naturaleza sobrehumana para apartar los ojos cuando oía la puerta de la casa.

Mientras llevaba aquella vida tranquila, se enteró de que Henchard se había resfriado y estaba en la cama, posiblemente a consecuencia de sus paseos por los prados con tiempo húmedo. Se presentó en su casa inmediatamente. Esta vez estaba decidida a verlo como fuera, y subió decididamente las escaleras. Lo encontró sentado en la cama, con un abrigo echado por los hombros. Al principio Henchard se mostró enojado por la visita.

[1] Alusión a Eliseo para quien una mujer de Sunam preparó una pequeña habitación con un lecho, una mesa, una silla y un candelero (II Reyes 4:10). *(N. del E.)*

-Vete, vete -dijo-. No quiero verte.

-Pero, papá...

-No quiero verte -repitió.

Sin embargo, ya se había roto el hielo, y Elizabeth se quedó. Arregló la habitación, dio algunas instrucciones a las personas que vivían abajo y, cuando marchó, su padrastro se había reconciliado con la idea de que hubiera ido a visitarlo.

El efecto de sus cuidados, o de su simple presencia, fue una rápida recuperación. Pronto se sintió suficientemente bien para salir. Ahora parecía ver las cosas bajo una nueva luz. Ya había desechado la idea de emigrar, y pensaba más en Elizabeth. Lo que peor soportaba era pasar el tiempo sin hacer nada. Un día, con una mejor opinión sobre Farfrae que la que había tenido durante un tiempo, y con la sensación de que el trabajo asalariado no era algo de lo que hubiera que avergonzarse, se presentó estoicamente en el patio de Farfrae para pedir que lo admitieran como un aparvador más. Fue contratado en el acto.

La contratación de Henchard se hizo a través de un capataz, pues a Farfrae le parecía preferible no relacionarse en persona con el ex comerciante de granos más que lo estrictamente imprescindible. Aunque deseaba ayudarle, conocía de sobra su temperamento impredecible y le pareció más oportuno tratarse a distancia. Por ese motivo prefería darle por medio de una tercera persona las órdenes de ir a aparvar a tal o cual granja.

Durante cierto tiempo la cosa funcionó bien, pues era costumbre ir a los respectivos heniles a aparvar, antes de acarrearlo, el heno comprado en las distintas granjas de los alrededores, de manera que Henchard se hallaba a menudo ausente durante la semana. Cuando terminó esta fase, y Henchard se había acostumbrado a esta nueva vida, lo llevaron a trabajar al patio de la casa, en compañía de los demás peones. Y, así, el que fuera en otro tiempo próspero comerciante y alcalde y muchas más cosas hacía ahora de peón en los almacenes y graneros que antes habían sido de su propiedad.

«Bueno, yo empecé en la vida trabajando como jornalero, ¿no? -se decía en tono retador-. Entonces ¿por qué no voy a poder hacerlo otra vez?» Pero su aspecto era ahora muy distinto al que había tenido en sus años jóvenes. Entonces había llevado ropa limpia y adecuada, de tonos claros y alegres; polainas amarillas como caléndulas, pantalones de pana inmaculados cual lino nuevo y un alegre pañuelo en el cuello estampado de flores. Ahora llevaba lo que había sido un traje azul en su época de hombre público, un sombrero de seda color ladrillo y un corbatín de satén, en otro tiempo negro y ahora manchado y raído. Trabajaba vestido de esta guisa, desplegando una actividad considerable -pues aún no pasaba de los cuarenta y pico años- y viendo, junto con los demás jornaleros del patio, cómo Donald Farfrae entraba y salía por la puerta verde que conducía al jardín, a la casa grande, y a Lucetta.

A principios del invierno se rumoreó por toda Casterbridge que el señor Farfrae, que ya formaba parte del consistorio, iba a ser propuesto para ocupar el cargo de alcalde al cabo de un par de años.

«Sí. Ha sido lista, muy lista», se dijo Henchard para sus adentros al oír un día esto mientras volvía al henil de Farfrae. En esto pensaba mientras aparvaba sus gavillas, y aquella noticia avivó su antigua visión de Donald Farfrae como un rival triunfante que le había pasado por encima.

«¡Un individuo tan joven propuesto para ser alcalde! -musitó con un esbozo de sonrisa en la comisura de la boca-. Pero lo que le hace subir como la espuma es el dinero de ella. ¡Ja! ¡Qué malditamente irónico es todo esto! Aquí estoy yo, su antiguo amo, trabajando como jornalero suyo, y él haciendo ahora de amo mío, con mi casa y mis muebles y la que puedo considerar mi mujer...»

Daba vueltas a aquellos pensamientos cien veces al día. Durante todo el período de sus relaciones con Lucetta, nunca había deseado hacerla suya con la desesperación con que ahora lamentaba su pérdida. No era una codicia mercenaria de su fortuna lo que lo roía, aunque

gracias a aquella fortuna la había deseado tanto, por ese aire de independencia y descaro que atrae a los hombres de su hechura. Le había permitido tener servidumbre, casa y elegantes vestidos, una situación asombrosamente novedosa a los ojos de Henchard, que la había conocido en sus tiempos difíciles.

Estos pensamientos acabaron sumiéndolo en un estado de abatimiento, y aquella alusión a la probable elección de Farfrae para ocupar el sillón consistorial hizo que renaciera en él su antiguo odio. Al mismo tiempo padeció un cambio moral, cuya expresión más importante era esta significativa frase:

-Sólo me quedan dos semanas... Sólo me quedan doce días...

Y así sucesivamente, y la cifra iba menguando de día en día.

-¿Por qué dice usted que le quedan sólo doce días? -le preguntó Solomon Longways, que trabajaba con él en el granero pesando avena.

-Porque dentro de doce días habré cumplido mi promesa.

-¿Qué promesa?

-La de no probar una gota de alcohol. Dentro de doce días hará exactamente veintiún años que la hice, y ese día espero ponerme muy alegre, ¡vive Dios!

Elizabeth-Jane estaba sentada a la ventana un domingo y desde allí oyó en la calle una conversación en la que se mencionaba el nombre de Henchard. Se estaba preguntando de qué se estaría hablando exactamente cuando una tercera persona que pasaba por allí hizo la misma pregunta que ella tenía en la cabeza.

-Michael Henchard ha vuelto a beber después de veintiún años sin tomar ni gota.

Elizabeth Jane se incorporó, se puso sus cosas y salió.

XXXIII

Por aquellas fechas aún existía en Casterbridge una festiva costumbre, apenas reconocida como tal pero no por ello menos arraigada. La tarde de los domingos, un nutrido contingente de trabajadores -cristianos practicantes y sesudos-, tras asistir al servicio religioso, desfilaba desde las puertas de la iglesia hasta la posada de Los Tres Marineros. La retaguardia la constituía generalmente el coro, con sus contrabajos, violines y flautas bajo el brazo.

Una cuestión importante, punto de honor en estas sagradas ocasiones, era que nadie tomara más de un cuarto de litro de bebida. El posadero observaba esta norma tan a rajatabla que servía a los parroquianos en jarras con esa medida. Todas eran exactamente iguales: rectas, con un tilo sin hojas de color marrón angula representado a cada lado, uno hacia los labios del bebedor y otro mirando al compañero. Preguntarse cuántas de estas jarritas poseía el posadero era un ejercicio de fantasía favorito entre los niños. Al menos cuarenta se podían contar ahora en la gran sala, formando un anillo alrededor de la gran mesa de roble de dieciséis patas, como el círculo monolítico de Stonehenge en sus días prístinos. Alrededor de las cuarenta jarritas se formaba un círculo de cuarenta columnas de humo procedentes de sendas pipas de arcilla, sostenidas por los cuarenta feligreses, acomodados a su vez en una circunferencia constituida por otras tantas sillas.

La conversación no se parecía a la de los demás días laborables, sino que versaba invariablemente sobre un tema más sutil y elevado: el sermón; se diseccionaba, se sopesaba, se debatía si había estado por encima o por debajo de lo normal, pues había una tendencia general a considerarlo una gesta científica o un logro sin otra relación con sus propias vidas que la que se da entre el crítico y la cosa criticada. El viola bajo y el sacristán solían hablar con mayor autoridad que el resto a causa de su contacto más directo con el predicador.

Pero resulta que Los Tres Marineros había sido el lugar elegido por Henchard para poner fin a su largo período de abstinencia. Ahora se hallaba cómodamente instalado en la gran sala cuando los cuarenta feligreses hicieron su aparición para beber sus habituales medidas. El tinte encarnado de su rostro delataba que el voto de veintiún años ya había tocado a su fin, y que la era de la intemperancia había comenzado de nuevo. Ocupaba una mesita junto a la mesa maciza reservada a los practicantes dominicales; algunos de éstos lo saludaron al tomar asiento al tiempo que le decían:

-¿Qué tal está usted, señor Henchard? ¡Qué raro verlo por aquí!

Sin levantar la vista de sus piernas extendidas y sus botas, Henchard no se tomó la molestia de contestar durante unos momentos.

-Sí -dijo al final-. Es cierto. Llevo varias semanas con el ánimo abatido; algunos de vosotros conocéis el motivo. Pero ahora ya me siento mejor, aunque no esté del todo sereno. Quiero que los del coro interpretéis algo; entre eso y esta cerveza de Stannidge, espero acabar del todo con mi decaimiento.

-Con todo el gusto del mundo -dijo el primer violín-. Es verdad que ya hemos aflojado las cuerdas de los violines. Pero podemos volver a afinarlas en un periquete. A ver, compañeros, tocad el la, e interpretemos unos compases para este hombre.

-Me importa un pito la letra que sea -dijo Henchard-. Himnos, baladas o canciones profanas: la marcha del granuja o músicas celestiales. Cualquier cosa me parece bien siempre y cuando no desafinéis.

Ja, ja. Creo que somos capaces de eso, pues no hay nadie entre nosotros que lleve menos de veinte años en el coro -dijo el director del conjunto musical-. Como es domingo, vecinos, no estaría mal, por ejemplo, interpretar el cuarto salmo, con música de Samuel Wakely arreglada por mí.

-Al diablo la música de Samuel Wakely arreglada por ti -dijo Henchard-. Pásame un salterio. La única melodía que merece la pena cantarse es la del viejo Wiltshire, el único

Librodot

músico que me hacía hervir la sangre cuando era un chaval. Yo mismo buscaré una letra que le vaya. -Tomó uno de los salterios y empezó a pasar hojas.

En aquel momento miró casualmente por la ventana y vio un grupo de gente pasando por allí, los feligreses de la iglesia de arriba, que acababan de salir del servicio religioso, pues el sermón era allí más largo que en la iglesia de abajo. Entre los que marchaban en cabeza figuraban el señor Regidor Farfrae y, cogida de su brazo, Lucetta, la mujer más observada e imitada por todas las señoras de los pequeños comerciantes. Henchard esbozó una pequeña mueca, pero siguió pasando hojas.

-Ya lo tengo -dijo-. Salmo ciento nueve, con música de Wiltshire, versículos del diez al quince. Voy a leerlo:

Que se queden huérfanos
sus hijos y su mujer viuda;
que sus hijos sean mendigos vagabundos,
expulsados de sus casas en ruinas;
que el acreedor se haga con todo lo que tiene,
y el fruto de su trabajo se lo roben los extraños;
que nadie le tenga compasión,
que nadie se apiade de sus huérfanos;
que sus descendientes sean exterminados,
que en una generación sea borrado su nombre.

-Conozco el salmo. Sí, lo conozco bastante bien -se apresuró a decir el director- Pero preferiría no cantarlo. No se compuso para el canto. Lo elegimos en cierta ocasión cuando un gitano robó la yegua al párroco, convencidos de que iba a agradarle. Pero el párroco se llevó un gran disgusto. No sé en qué estaría pensando el siervo David al componer un salmo que nadie puede cantar sin atraer sobre sí la infamia. Y ahora, vamos a entonar el salmo número cuatro, con música de Samuel Wakely arreglada por mí.

-¡Al diablo tus arreglos! Os he mandado que entonéis el ciento nueve con la melodía de Wiltshire y lo vais a entonar! -tronó Henchard-. ¡De aquí no saldrá ninguno de esta banda de moscones hasta que no se haya cantado ese salmo! -Se levantó de la mesa, cogió el atizador y se dirigió a la puerta, donde se plantó de espaldas-. Y, ahora, haced lo que os digo si no queréis que os rompa el cráneo.

-¡No se ponga así, hombre de Dios, no se lo tome así! Como es el día del Señor, y la letra la compuso el siervo David, y no nosotros, tal vez no nos importe cantar el salmo, ¿verdad? -dijo un miembro del aterrorizado coro mirando al resto de sus compañeros. Se afinaron los instrumentos, y finalmente se cantaron aquellos versículos conminatorios.

-Gracias, gracias -dijo Henchard con la voz más suave, la vista al suelo y aire conmovido-. No echéis la culpa a David -prosiguió en voz baja, sacudiendo la cabeza sin levantar los ojos-. El sabía lo que se hacía cuando escribió esto. Si pudiera permitírmelo, que me muera si no mantendría a un coro de mi bolsillo para que interpretara y cantara para mí en esta época de abatimiento. Pero lo triste del caso es que cuando era rico no necesitaba lo que podía procurarme, y ahora que soy pobre no puedo procurarme lo que necesito...

Durante una pausa de silencio, Lucetta y Farfrae volvieron a pasar, esta vez camino de su casa, pues era costumbre dar un paseo por la calle principal en ambos sentidos entre el servicio religioso y la hora del té.

-Ahí está el hombre sobre el que hemos estado cantando -dijo Henchard.

Los músicos y cantantes volvieron la cabeza y vieron a la persona aludida.

-¡Que el cielo no lo quiera! -dijo el contrabajo.

-¡Ése es el hombre! -insistió Henchard enfáticamente.

Librodot

-Pues -dijo en tono solemne el trompetista- si hubiera sabido que se refería a un hombre vivo, pongo a Dios por testigo de que no habría aplicado la boca a mi instrumento para interpretar ese salmo.

-Lo mismo digo -exclamó el primer cantante-. Pero, me he dicho, como fue compuesto hace tanto tiempo, no debe de tener importancia; además, con ello podemos a dar un gusto a un vecino, pues no se puede decir nada contra la melodía.

-Lo siento, amigos míos, pero ya la habéis interpretado -dijo Henchard triunfalmente-. En cuanto a ése, fue en parte por sus canciones como se encaramó sobre mí hasta hundirme en la ruina... Yo podría doblarle así si quisiera, pero no lo hago. -Apoyó el atizador contra las rodillas, lo dobló como si fuera un palitroque, lo tiró al suelo y se alejó de la puerta.

Fue en este momento cuando Elizabeth-Jane, que se había enterado de que su padrastro estaba allí, entró con semblante pálido y entristecido. El coro y el resto de la pía concurrencia se retiraron, de acuerdo con la norma del cuarto de litro. Elizabeth-Jane acudió al encuentro de Henchard, y le suplicó que la acompañara a casa.

Para entonces, la erupción de su volcán interior ya se había calmado, y, como no había ingerido una cantidad excesiva de alcohol, se mostró sumiso. Ella lo cogió del brazo, y así salieron del local. Henchard caminaba con paso vacilante, como un hombre ciego, repitiéndose sin cesar el último versículo que había entonado el coro:

Que en una generación sea borrado su nombre.

Al final, le dijo:

-Yo soy un hombre de palabra. He cumplido mi promesa durante los veintiún años, y ahora puedo beber con la conciencia tranquila... Si no me quitan de en medio, que se vaya preparando que le voy a gastar una buena... El me lo ha quitado todo y, ¡por los clavos de Cristo que si me encuentro con él no responderé de mis actos!

Aquellas palabras medio articuladas alarmaron a Elizabeth, sobre todo por la firme resolución que observó en el semblante de su padrastro.

-¿Qué piensa hacer? -preguntó con cautela, al tiempo que temblaba con desasosiego, pues creía adivinar cuál era el sujeto y objeto de sus amenazas.

Henchard no contestó, y siguieron andando hasta la casa.

-¿Puedo entrar? -preguntó ella.

-No, no. Hoy no -dijo Henchard. Elizabeth se marchó, convencida de que prevenir a Farfrae era casi un deber, a tono, además, con su deseo más ferviente.

Al igual que los domingos, los días laborables también se veía a Farfrae y a Lucetta revoloteando por la ciudad como dos mariposas, o más bien como una abeja y una mariposa coligadas para abrirse paso en la vida. Ella no parecía ir a gusto a ningún sitio si no era acompañada de su marido; de ahí que, cuando los negocios no permitían a éste perder una tarde, ella se quedaba en casa esperando la hora de su regreso. Elizabeth-Jane lo veía perfectamente desde su atalaya, pero no se decía que Farfrae debiera estarle agradecido por tanta devoción, sino que, ahíta de lecturas, citaba la exclamación de Rosalinda: «Señora, conózcase a sí misma; arrodíllese, ayune y dé gracias al cielo por el amor de un buen hombre»[1].

Tampoco perdía de vista a Henchard. Un día en que le preguntó por su salud, éste le contestó diciendo que no soportaba la mirada de conmiseración de Abel Whittle mientras trabajaban juntos en el patio.

-Es un tipo tan imbécil -dijo Henchard- que no consigue olvidarse de cuando yo era el amo.

-Si me permite, iré yo a aparvar para usted en lugar de Wimble -dijo ella.

[1] Shakespeare, *Como gustéis* III *(N.del E.)*

Librodot

Su intención al acudir al patio era tener oportunidad de contemplar la situación general de los asuntos de Farfrae ahora que su padrastro trabajaba allí. Las amenazas de Henchard la habían alarmado tanto que deseaba observar su conducta cuando los dos estuvieran cara a cara.

Los dos o tres primeros días, Donald no asomó por allí, hasta que, una tarde, la puerta verde se abrió y aparecieron primero Farfrae y poco después Lucetta. Donald llevaba a su mujer sin titubear, pues era evidente que no sospechaba en absoluto que hubiera habido algo entre ella y el nuevo aparvador a su servicio.

Henchard no volvió los ojos hacia ninguno de los dos, sino que los mantuvo fijos en la gavilla que estaba atando, como si sólo eso centrara su atención. El sentimiento de delicadeza que siempre empujaba a Farfrae a evitar cuanto pudiera parecer un triunfo sobre un rival caído le aconsejó no pasar junto al henil donde el aparvador y su hija estaban trabajando y proseguir hacia la sección de granos. Entretanto, Lucetta, que no sabía que Henchard había sido contratado como jornalero de su marido, avanzó hasta el henil, donde se tropezó de repente con él, exhalando un pequeño «¡Oh!» que el confiado y atareado Donald se hallaba demasiado lejos para oír.

Con un gesto de servilismo estudiado, Henchard se tocó el borde del sombrero al verla pasar, al igual que Whittle y el resto de los jornaleros, ante lo que ella pronunció un ahogado «Buenas tardes».

-¿Cómo ha dicho, señora? -dijo Henchard, como si no la hubiera oído.

-He dicho «Buenas tardes» -dijo ella con voz desfallecida.

-Oh, claro. Buenas tardes, señora -contestó él, tocándose de nuevo el sombrero-. Me alegra mucho verla, señora. -Lucetta parecía turbada, y Henchard prosiguió-: Para nosotros, humildes peones, es un gran honor que una dama se acerque a interesarse por nosotros.

Ella le dirigió una mirada implorante. El sarcasmo era demasiado amargo, demasiado difícil de soportar.

-¿Puede decirme qué hora es, señora? -preguntó.

-Sí, claro -se apresuró a contestar ella-. Las cuatro y media.

-Gracias. Aún queda hora y media para dejar el trabajo. Ah, señora, los de las clases inferiores no sabemos nada del alegre ocio de que disfrutan las personas como usted.

Tras saludar con la cabeza y sonreír a Elizabeth-Jane, Lucetta se alejó tan pronto como tuvo ocasión de ir en busca de su marido, que estaba en el otro extremo del recinto; allí se la vio conducir a éste por la puerta trasera para no pasar de nuevo por delante de Henchard. Era evidente que se había llevado una sorpresa.

A la mañana siguiente, y como resultado de aquel reencuentro casual, Henchard recibió del cartero esta nota, escrita por Lucetta con toda la amargura que pudo expresar en cuatro líneas:

> Te pido por favor que no vuelvas a dirigirte a mí en el tono mordaz que has empleado hoy si paso por el patio en alguna otra ocasión. Yo no te guardo rencor, y me alegra de verdad que hayas encontrado trabajo en las dependencias de mi querido marido; pero creo que, en justa correspondencia, tengo derecho a que se me trate como a su mujer y a que no se me mortifique con sarcasmos solapados. Yo no he cometido ningún delito ni te he hecho ningún agravio.

«Pobre idiota -se dijo Henchard complaciéndose en su ferocidad, con la nota en la mano- ¡No se le ocurre otra cosa que comprometerse por escrito de esta manera! ¿Y si le enseñara este escrito a su querido marido? Bah.» Y arrojó la carta al fuego.

Lucetta extremó la precaución para no volver a pasar entre las secciones de heno y de trigo. Antes habría muerto que correr el riesgo de encontrarse tan de cerca con Henchard otra vez. El abismo que los separaba era mayor cada día que pasaba. Farfrae se mostraba siempre afable con el antiguo e infortunado comerciante de granos, pero no podía evitar ir

considerándolo poco a poco como uno más de sus numerosos jornaleros. Henchard, que lo notó, ocultó su resentimiento bajo una capa de impasibilidad, y decidió templar el ánimo yendo a beber a Los Tres Marineros cada vez con mayor asiduidad.

En su esfuerzo por impedir que su padrastro bebiera más, Elizabeth-Jane solía llevarle té a las cinco de la tarde en una pequeña cesta. Una día, al ir a cumplir su cometido, lo encontró pesando semillas de trébol y de colza en el almacén de trigo de la planta superior, y subió a verlo. Cada planta tenía una puerta que daba al vacío, y sobre cada puerta había una polea de la que colgaba una cadena para izar los sacos.

Al asomar la cabeza por la trampilla, se dio cuenta de que la puerta superior estaba abierta y su padrastro y Farfrae se hallaban conversando, éste cerca del vertiginoso borde y aquél algo detrás. Para no interrumpirlos, se quedó esperando en la escalera, sin asomar más la cabeza. Mientras esperaba, vio -o creyó ver, pues la embargó una sensación de terror- que su padrastro levantaba lentamente la mano hasta la altura de los hombros de Farfrae con una extraña expresión en su rostro. El joven no se dio cuenta en absoluto de aquel gesto, el cual era tan indirecto que, aunque se hubiera dado cuenta, podría perfectamente haberlo considerado el gesto natural de extender el brazo. Pero habría sido posible, con un empujoncito, hacerle perder el equilibro y precipitarlo al vacío.

Elizabeth casi se desvaneció al pensar en lo que esto podía haber supuesto. En cuanto se volvieron hacia ella, cogió mecánicamente el té, lo dejó y se retiró. Al reflexionar después, se esforzó por tranquililizarse pensando que aquel movimiento había sido un poco irregular, y nada más. Pero, por otra parte, la condición de su padrastro como subordinado en un establecimiento del que había sido el dueño en otro tiempo podría haber actuado como un veneno excitante, y finalmente optó por prevenir a Farfrae.

Librodot

X X X I V

Al día siguiente, Elizabeth-Jane se levantó a las cinco y salió a la calle. Aún no había amanecido. Reinaba una niebla muy espesa y la ciudad estaba tan silenciosa como oscura, a excepción del tamborileo de las gotas de lluvia condensadas en los árboles de las avenidas rectangulares que delimitaban la villa en aquel punto, y que tan pronto se oía desde West Walk como desde South Walk, o de ambos sitios a la vez. Avanzó hacia el final de Corn Street y, conociendo de memoria el horario de Farfrae, esperó sólo unos minutos antes de oír el sonido familiar de su puerta y luego sus rápidos pasos hacia ella. Lo encontró en el punto en el que el último árbol de la avenida de circunvalación flanqueaba la última casa de la calle.

Al principio pareció no reconocerla; luego, mirándola inquisitivamente, dijo:

¯Caramba, señorita Henchard, ¿cómo es que se ha levantado tan temprano?

Ella le pidió disculpas por entretenerlo a aquella hora tan inesperada.

-Es que quería hablarle de algo importante.

-¿De veras? -dijo él con la jovialidad de un superior-. ¿De qué se trata, pues? Le agradezco que se haya tornado la molestia.

Ella advirtió la dificultad de hacerle comprender el tenor exacto de sus inquietudes. Empezó con cautela. mencionando el nombre de Henchard.

-A veces temo... -dijo haciendo un esfuerzo enorme- que pueda dejarse llevar de un arrebato y... llegar a insultarlo, señor.

-Pero si somos muy buenos amigos...

-O le juegue una mala pasada, señor. Recuerde que está atravesando unos momentos muy difíciles.

-Pero le aseguro que nos llevamos bastante bien...

-O haga algo... que pueda hacerle daño..., herirlo incluso... -Cada palabra le costaba el doble de esfuerzo. Y veía que Farfrae seguía mostrándose incrédulo. El pobre Henchard, ahora empleado suyo, no era, en su opinión, el Henchard que le había dado órdenes en otro tiempo. Sin embargo, no sólo seguía siendo el mismo hombre, sino el hombre cuyas siniestras cualidades, antes latentes, los golpes recibidos habían vuelto a sacar a la superficie.

Farfrae, hombre feliz que no pensaba en ningún mal continuó quitando importancia a sus temores. Se alejaron, y ella volvió a su casa. Los jornaleros se dirigían a sus puestos de trabajo, los carreteros a la talabartería por artículos que habían llevado a reparar, los caballos a las herradurías, y en general se notaba ya movimiento por parte de quienes vivían de un salario. Elizabeth volvió a su habitación desalentada, convencida de que no lo había hecho bien y de que su advertencia sólo había servido para ridiculizarla a sus ojos.

Pero Donald Farfrae era una de esas personas para las que ningún incidente pasa nunca del todo inadvertido. Solía revisar sus impresiones después, más sosegadamente, y el juicio impulsivo del momento no siempre coincidía con el juicio definitivo. La visión del rostro serio de Elizabeth en medio de la escarcha matutina le volvió a la memoria varias veces aquel día. Conociendo la solidez de su carácter, no desdeñó del todo las insinuaciones de la joven.

Pero no desistió de un generoso plan respecto a Henchard en el que estaba pensando precisamente aquellos días, y, cuando se encontró con el abogado Joyce, el secretario del ayuntamiento, unas horas más tarde, le habló de él como si nada hubiera ocurrido que pudiera empañarlo.

-Es sobre ese pequeño comercio de semillas que da al camposanto y que está en alquiler -dijo-. Yo no lo quiero para mí, sino para nuestro desdichado conciudadano Henchard. Sería una buena manera de empezar, aunque insignificante. He dado a conocer a los miembros del consistorio mi intención de encabezar una suscripción privada para que pueda establecerse en este comercio; y que yo pondría cincuenta libras si ellos ponen las otra cincuenta.

-Sí, sí. Eso he oído. Y no hay nada que objetar contra ese plan -contestó el empleado municipal con su habitual franqueza-. Pero, Farfrae, otros ven lo que usted no ve. Henchard lo odia; sí, lo odia. Y conviene que lo tenga bien presente. Ha llegado a mi conocimiento que anoche estuvo en Los Tres Marineros diciendo en público cosas sobre usted que no se deberían decir.

-Ah, ¿es cierto eso? ¿De veras? -dijo Farfrae bajando la mirada-. ¿Por qué iba a decir esas cosas contra mí? -añadió el joven con un deje de amargura-. ¿Qué daño le he hecho yo para que desee mi mal?

-¡Vaya usted a saber! -dijo Joyce alzando el ceño-. De todos modos, usted demuestra una gran magnanimidad al oír estas cosas y seguir manteniéndolo como asalariado en su establecimiento.

-Yo no puedo despedir a un hombre que fue en otro tiempo un buen amigo mío. ¿Cómo puedo olvidar que cuando vine aquí fue él quien me abrió las puertas de la ciudad? No, no. Mientras yo tenga trabajo que ofrecerle, será para él si así lo decide. No seré yo quien le niegue una cosa tan insignificante. Sin embargo, por el momento abandonaré la idea de ayudarle financieramente para que se establezca por cuenta propia.

A Farfrae le dolió mucho abandonar aquel proyecto. Pero aquella noticia, junto con otros rumores que le habían llegado, cayeron en su ánimo como un mazazo, y fue a dar contraórdenes al arrendador del negocio de semillas. Creyendo oportuno darle alguna explicación de la suspensión de las negociaciones, mencionó el nombre de Henchard y afirmó que las intenciones del consistorio habían cambiado al respecto.

El arrendador se sintió decepcionado y, tan pronto como vio a Henchard, le hizo saber que Farfrae había vetado un plan del consistorio para establecerlo en su comercio. Y así, aquel equívoco no hizo sino aumentar la enemistad entre los dos hombres.

Cuando Farfrae entró aquella noche, el calentador del agua estaba silbando en el fogón semiovalado. Lucetta, ligera como una sílfide, corrió a su encuentro y lo cogió de las manos. Farfrae le contestó con un beso.

-¡Ah! -gritó ella juguetonamente, mirando a la ventana-. ¿No te has fijado? Las persianas están subidas y la gente puede vernos. ¡Qué escándalo!

Cuando se encendieron las velas, se corrieron las cortinas y los dos se sentaron a tomar el té, ella lo notó algo serio. Sin preguntarle directamente el porqué, lo miró solícitamente de hito en hito.

-¿Quién ha venido? -preguntó él con aire ausente-. ¿No ha venido nadie a preguntar por mí?

-No -dijo Lucetta-. ¿Qué ocurre, Donald?

-Bueno... Nada de lo que valga la pena hablar -contestó con tristeza.

-Entonces, no te preocupes. Ya verás cómo consigues superar el bache. A los escoceses siempre les acompaña la suerte.

-No, no siempre -dijo él, sacudiendo lacabeza de forma melancólica con los ojos puestos en un pedazo de pan sobre la mesa-. Conozco a muchos escoceses a los que no les ha acompañado la suerte. Por ejemplo, Sandy Macfarlane, que se fue a América a probar fortuna y se ahogó., O Archibald Leith, que fue asesinado. O los pobres Willie Dunbleeze y Maitland Macfreze, que siguieron el mal camino y acabaron como suelen acabar tales personas.

-¡Ay, qué bobo eres! Yo me refería a los escoceses en general. ¡Siempre tomáis todo al pie de la letra! Bueno, cuando hayamos terminado de tomar el té, me cantarás esa graciosa canción sobre la muchacha de tacones altos y cabellos de plata, con cuarenta y un pretendientes.

-No, no. Esta noche no tengo ganas. Es por Henchard. Me odia. De tal modo que no puedo ser su amigo aunque quisiera. Comprendería que me tuviera un poco de envidia, pero no consigo entender los motivos de su odio. ¿Lo entiendes tú, Lucetta? Se parece más a una vieja rivalidad de amantes que a una rivalidad comercial.

Librodot

Lucetta se había apagado un poco.

-No -replicó.

-Le doy empleo; eso no puedo negárselo. Pero tampoco puedo cerrar los ojos al hecho de que no se puede tener confianza en la conducta de un hombre de pasiones tan fuertes como él.

-¿Qué has oído, Donald querido? -dijo Lucetta, alarmada. Las palabras que tenía en la punta de la lengua eran: «¿Algo sobre mí?». Pero no llegó a decirlas. Sin embargo, no pudo ocultar su agitación y se le llenaron los ojos de lágrimas.

-No, no. No es tan serio como imaginas -declaró Farfrae tratando de reconfortarla, aunque él no conocía la verdad y gravedad del asunto tan bien como ella.

-Me gustaría que hicieras una cosa que ya hemos hablado -dijo Lucetta con aire preocupado-. Dejar los negocios e irnos a vivir lejos de aquí. Nos sobra el dinero, y no veo qué es lo que nos retiene aquí.

Farfrae pareció dispuesto a hablar seriamente de aquella cuestión, y conversaron hasta que les anunciaron una visita. Era su vecino, el regidor Vatt.

-Les supongo enterados de la muerte del pobre doctor Chalkfield. Sí, ha muerto esta tarde, a las cinco -dijo el señor Vatt. Chalkfield era el regidor que había sido nombrado alcalde el pasado noviembre.

Farfrae lamentaba mucho aquella noticia, y el señor Vatt prosiguió:

-Pues bien, hace varios días que sabíamos que iba a morir, y como su familia queda bien situada, debemos tomar la noticia como viene. Y ahora quería proponerle algo confidencialmente. ¿Aceptaría usted el cargo de alcalde si lo eligieran para sucederle, teniendo en cuenta que no existe ninguna oposición especial?

-Pero hay otras personas que tienen prioridad sobre mí; además, yo soy demasiado joven, y la gente podría pensar que soy un arribista -dijo Farfrae después de una pausa.

-En absoluto. No hablo sólo por mí mismo. Hay otras personas que lo han propuesto también para el cargo. ¿Se niega usted?

-Habíamos pensado marcharnos de aquí -se interpuso Lucetta, mirando a Farfrae con nerviosismo.

-Era sólo una posibilidad -murmuró Farfrae-. No me negaré, si es la voluntad de una respetable mayoría del consistorio.

-Muy bien. Entonces, considérese elegido. Ya hemos tenido alcaldes de cierta edad durante bastante tiempo.

Cuando hubo marchado, Farfrae dijo con aire meditabundo:

-Desde luego, hay unas fuerzas superiores que manejan nuestras vidas... Nosotros planeamos una cosa, y luego hacemos otra. Si quieren hacerme alcalde, me quedaré; y Henchard, que despotrique todo lo que quiera.

A partir de aquella noche, Lucetta estuvo muy intranquila. Si no hubiera sido la imprudencia encarnada, no habría actuado como actuó al encontrarse con Henchard por casualidad un par de días después. Fue en medio del trajín del mercado, donde nadie pudo oír su conversación.

-Michael -dijo ella-, tengo que pedirte otra vez lo que te pedí hace varios meses: que me devuelvas cualquier carta o papel mío que tengas, a no ser que los hayas destruido. Debes comprender mi gran deseo de que no quede ningún rastro de mi época de Jersey, por el bien de todos.

-¡Vaya, qué mujercita! Te llevé al cambio de postas todos y cada uno de tus papeles, y no apareciste...

Ella le explicó cómo la muerte de su tía le había impedido acudir aquel día a la cita.

-¿Y qué ha sido de aquel paquete, entonces? -preguntó.

Él no lo sabía. Trataría de recordarlo. Cuando Lucetta se hubo marchado, recordó que había dejado un montón de papeles inútiles en un una caja fuerte empotrada en la pared de su antiguo comedor, actualmente ocupado por Farfrae. Las cartas podrían estar allí.

Una sonrisita grotesca se dibujó en el rostro de Henchard. ¿Habrían abierto la caja?

Aquella misma noche se oyó un gran repique de campanas en Casterbridge, y las bandas de metal, madera, cuerda y percusión recorrieron la ciudad con mayor derroche de fanfarria que en ninguna ocasión anterior. Farfrae era el nuevo alcalde: el ducentésimo y pico de una dinastía electiva que se remontaba a los días de Carlos I, y la bella Lucetta pasaba a ser la primera dama de la ciudad... Pero, ay, con un gusano que carcomía su alegría: Henchard. ¡Iba a contar algo!

Entretanto, Henchard, indignado por la errónea noticia de que Farfrae se había opuesto al proyecto de instalarlo en el comercio de simientes, se enteró de que éste había sido elegido alcalde, lo que, a causa de su relativa juventud y del hecho sin precedentes de ser escocés, había despertado un interés inusitado. El redoble de campanas, y aquella música que sonaba más fuerte que la trompeta de Tamerlán, aguijonearon su resentimiento hasta lo indecible: su proceso de exclusión le parecía ahora consumado.

A la mañana siguiente fue a trabajar, como de costumbre, al patio de Farfrae, y, hacia las once, lo vio entrar por la puerta verde con gran naturalidad, como si no le hubiera afectado su nueva dignidad; si acaso, se había vuelto un poco más reservado con él, como consciente de hallarse ante un ex alcalde. Pero Farfrae lo abordó con total afabilidad, suponiendo que Henchard había olvidado todo lo sucedido en el reciente pasado,

-Quería preguntarle -dijo éste- por un paquete que posiblemente he dejado olvidado en mi vieja caja fuerte del comedor. -Y le dio algunos detalles más.

-Si es así, debe de seguir donde usted lo dejó -dijo Farfrae-. Yo nunca he abierto la caja fuerte hasta ahora, pues guardo mis papeles importantes en el banco para dormir tranquilo por la noche.

-No contiene nada de especial importancia... para mí -dijo Henchard-. Sin embargo, me pasaré esta noche a recogerlo, si no tiene usted inconveniente.

Era ya algo tarde cuando cumplió su promesa. Se había tomado un ponche, como hacía ahora con frecuencia, y, mientras se acercaba a la casa, una mueca de humor sarcástico se dibujó en su boca, como si estuviera considerando alguna forma de diversión terrible. Fuera ésta la que fuera, su entrada en la casa no le restó fuerza, a pesar de ser su primera visita desde que viviera allí en calidad de propietario. El sonido de la campanilla le pareció la voz de un criado sobornado para jugarle una mala pasada; el movimiento de las puertas, reminiscencias de días definitivamente pasados.

Farfrae lo invitó a entrar al comedor, donde rápidamente abrió la caja fuerte de hierro empotrada en la pared: la suya, la caja de Henchard, construida por un ingenioso cerrajero bajo su dirección. Farfrae retiró de allí el paquete, junto con otros papeles, disculpándose por no habérselos devuelto antes.

-No se preocupe -dijo Henchard secamente-. En realidad, se trata en su mayor parte de cartas... Sí -prosiguió mientras se sentaba y desataba el apasionado paquete de Lucetta-. Aquí está. ¡Quién me iba a decir que lo iba a volver a ver! Espero que la señora Farfrae se encuentre bien después de las emociones de ayer.

-Está un poco cansada; y hoy se ha acostado antes.

Henchard volvió su atención a las cartas, que empezó a clasificar con interés; Farfrae estaba sentado al otro extremo de la mesa del comedor.

-Por cierto, ¿recuerda usted -le preguntó- el curioso capítulo de mi historia pasada, del que le hablé en cierta ocasión, y a propósito del cual me dio usted algunos consejos? En realidad, estas cartas están relacionadas con aquel asunto desdichado. Aunque, gracias a Dios, todo ha terminado ahora.

-¿Qué fue de aquella pobre mujer? -preguntó Farfrae. -Por suerte para ella, se casó, e hizo un buen casamiento -dijo Henchard-. De manera que aquellos reproches que me dirigía no me producen ya ahora ningún dolor, como podría haber ocurrido de no haber acabado la historia de esta manera. ¡Escuche lo que es capaz de decir una mujer enojada!

Farfrae, deseoso de consolarlo un poco, aunque sin el menor interés, y cediendo a algún que otro bostezo, le prestó educadamente atención.

-«Para mí -leyó Henchard-, no hay prácticamente ningún futuro. Una persona consagrada a ti que no atiende a convencionalismos, que cree imposible convertirse en la mujer de ningún otro hombre, pero que aún no es para ti más que la primera mujer con la que te encuentras por la calle, ésa soy yo. Te eximo por completo de cualquier intención de hacerme daño; sin embargo, tú eres la puerta por la que el daño me ha llegado. Decir que, si muriera tu mujer actual, me pondrías en su lugar es un consuelo bastante grande, en la medida en que puede serlo. Pero ¡qué despacio pasa el tiempo! Aquí sigo, abandonada por mis escasos conocidos, y abandonada también por ti.»

»Con estas palabras se dirigía a mí -dijo Henchard-; torrentes de palabras de este tipo, cuando yo no podía poner remedio a lo que sucedía.

-Sí -dijo Farfrae con aire ausente-. Es algo muy frecuente en las mujeres.

La realidad era que él entendía muy poco de mujeres; sin embargo, detectando cierta similitud estilística entre las efusiones de la mujer que él adoraba y las de la supuesta desconocida, concluyó que Afrodita siempre hablaba de este modo, fuera cual fuera la mujer en que se encarnara.

Henchard desplegó otra carta y la leyó de la misma manera, deteniéndose al llegar a la firma, igual que antes.

-No le revelo el nombre -dijo con indiferencia-. Como no me casé con ella, sino que ha sido otro hombre quien lo ha hecho, le debo esa discreción.

-Cierto, cierto -dijo Farfrae-. Pero ¿por qué no se casó con ella al morir su mujer, Susan? -Farfrae hizo esta y otras preguntas con el tono confortable e indiferente de quien está al margen de un asunto.

-Ya. Buena pregunta -dijo Henchard, con una mueca de media luna nuevamente esbozada en su rostro-. A pesar de todas sus protestas de amor, cuando fui a hacerlo, empujado por la generosidad más elemental, ya no estaba disponible para mí.

-Ya se había casado con otro, ¿tal vez?

Henchard pareció pensar que sería acercarse demasiado a la realidad si le contaba otros pormenores, y le contestó con un monosílabo:

-Sí.

-Aquella señorita debía de tener un corazón fácil de trasplantar.

-Desde luego. Desde luego -asintió Henchard enfáticamente.

Abrió una tercera y una cuarta carta, y leyó. Esta vez llegó al final como si fuera a decir el nombre de la firmante. Pero volvió a pararse en seco. Como se habrá adivinado, había decidido originar una gran catástrofe al final de aquel drama leyendo el nombre; era la idea fija con la que había acudido a aquella casa. Pero, allí sentado, a sangre fría, no pudo resolverse a hacerlo. Semejante descalabro de sentimientos le dio miedo incluso a él. Su carácter era suficientemente fuerte para aniquilarlos a los dos en el calor del momento; pero cometer aquel acto mediante veneno oral estaba más allá de la medida de su hostilidad.

X X X V

Tal y como había dicho Donald, Lucetta se había retirado pronto a su habitación porque estaba cansada. Sin embargo, no se acostó sino que se quedó sentada en su sillón leyendo y repasando los acontecimientos de la jornada. Al oír la campanilla, se extrañó de que alguien pudiera venir a hacer una visita tan tarde. Oyó que alguien entraba al comedor, que se hallaba prácticamente debajo de su alcoba, y poco después distinguió el murmullo de una persona leyendo.

Era la hora en que Donald solía subir al dormitorio, pero aún proseguía la lectura y la conversación. Aquello le parecía bastante extraño. Al principio pensó que se había cometido algún delito especialmente grave y que el visitante, quienquiera que fuese, estaba leyendo la información que sobre aquél publicaba, en edición especial, *La Crónica* de Casterbridge. Finalmente, salió de la alcoba y bajó las escaleras. La puerta del comedor estaba entreabierta, y en el silencio general de la casa, entregada al descanso diario, reconoció perfectamente la voz del que leía antes de alcanzar el pie de las escaleras. Se quedó de piedra. La saludaron sus propias palabras, en boca de Henchard, cual espíritu de ultratumba.

Lucetta se apoyó la cara en el lustroso pasamanos, como buscando consuelo en medio de su consternación. Mientras contenía la respiración, más y más palabras fueron llegando sucesivamente a sus oídos. Lo que más la asombraba era el tono de su marido: hablaba tranquilamente, como a quien le sobra el tiempo.

-Permítame una pregunta -estaba diciendo éste, mientras el crujido del papel indicaba que se estaba desdoblando una nueva cuartilla-. ¿No cree que leer a un extraño unas cartas que estaban destinadas a usted sólo podría ser atentatorio contra el honor de esa mujer?

-Bueno, lleva usted razón -dijo Henchard-. Pero, al no revelar su nombre, presento su caso sólo como un ejemplo de todo el género femenino, no como un escándalo personal.

-Si yo fuera usted, las destruiría -dijo Farfrae, otorgando ahora una mayor importancia a las cartas-. Como ya es esposa de otro hombre, le causarían mucho daño si llegaran a hacerse públicas.

-No, no las voy a destruir -murmuró Henchard apartándolas. Luego se levantó, y Lucetta no oyó nada más.

Volvió a la alcoba semiparalizada. No se desvistió de puro miedo, sino que se sentó al borde de la cama, aguardando. ¿Le habría revelado el secreto al despedirse? La espera era insoportable. Si se lo hubiera confesado todo a Donald en la primera fase de sus relaciones, probablemente él lo habría aceptado y se habría casado a pesar de todo, contrariamente a lo que ella había temido. Pero la revelación del secreto ahora, por parte de ella o de cualquier otra persona, tendría unas consecuencias fatídicas.

Oyó cerrarse la puerta de la calle, y a su marido echar el cerrojo. Tras un último vistazo general a la casa, como era su costumbre, Farfrae subió las escaleras tranquilamente. Los ojos de Lucetta perdieron todo el brillo al verlo entrar por la puerta; él la miró primero con cierto titubeo, pero luego, para su asombro y contento, le dirigió la habitual sonrisa de alivio de quien se ha liberado de una situación engorrosa. Ella no pudo aguantar más y rompió en sollozos.

Farfrae, después de reconfortarla y calmarla un poco, le habló, naturalmente, de Henchard.

-Era la última visita que habría deseado esta noche -dijo-. Creo que está un poco perturbado mentalmente. Me ha estado leyendo un montón de cartas relacionadas con su vida pasada, y yo no he podido hacer otra cosa que escucharle pacientemente.

Aquello bastaba. Así que, después de todo, Henchard no le había contado nada. Las últimas palabras de Henchard a Farfrae, ya en el umbral, habían sido éstas: «Bueno, le estoy muy agradecido por haberme escuchado. Tal vez un día le cuente más cosas de esa mujer».

Al oír esto, Lucetta se sintió incapaz de comprender los motivos que podía haber tenido Henchard para abordar aquel asunto, pues, en tales casos, solemos atribuir al enemigo una capacidad de acción implacable que nunca encontramos en nosotros mismos ni en nuestros amigos, y olvidamos que a menudo los esfuerzos se frustran por falta de tenacidad tanto para la venganza como para la generosidad.

A la mañana siguiente, Lucetta se quedó en la cama meditando cómo esquivar el incipiente ataque. La solución de contar a Donald la verdad, vagamente concebida, le pareció demasiado atrevida, pues temía que, como habían hecho las demás personas, él la culpara más a ella que a su mala estrella.

Así pues, decidió utilizar la persuasión, no con Donald, sino con el enemigo en persona. Le parecía la única arma que le quedaba como mujer. Una vez trazado el plan, se levantó y escribió la siguiente nota a la persona que la mantenía en vilo:

> Anoche, al bajar al comedor, te sorprendí conversando con mi marido, y vi tu intención de vengarte. Sólo pensarlo me anonada. Ten piedad de una mujer destrozada. Si me vieras, seguro que te ablandarías. Mi vida actual es un constante sinvivir. Estaré en el Ring a la hora en que sales de trabajar, antes de la puesta del sol. Por favor, acude a la cita. No encontraré descanso hasta que te vea cara a cara y oiga decir de tus labios que vas a poner fin a este espantoso juego.

Mientras concluía su petición, exclamó para sus adentros: «¡Si las lágrimas y súplicas han servido alguna vez a los débiles contra los fuertes, que sirvan también ahora! ».

A este fin, se arregló y atavió de una manera que nunca había hecho antes. Hasta entonces, realzar sus encantos naturales había sido la práctica habitual en su vida adulta, en la que no era precisamente ninguna novicia. Pero ahora descuidó hacerlo, y hasta se esforzó por afear su aspecto natural. Además de parecer ya de por sí algo desmejorada por la zozobra que la atormentaba, no había dormido en toda la noche, lo que prestaba a sus rasgos bonitos, aunque ligeramente ajados, un aspecto prematuramente envejecido. Tanto por falta de ánimo como por designio propio, eligió el vestido más modesto y sencillo de su guardarropa, el que más tiempo hacía que no se ponía.

Para evitar la posibilidad de ser reconocida, se puso un velo y salió de casa furtivamente. El sol estaba posándose en la colina como una gota de sangre en un párpado cuando llegó al final de la carretera. Entró en el anfiteatro a paso ligero. En su interior en sombras no se percibía el menor signo de vida.

Sus temores de que Henchard no se presentara no se vieron confirmados. Henchard apareció por la parte alta e inició el descenso, mientras Lucetta lo esperaba casi sin aliento. Al bajar hasta la arena, advirtió un cambio en su actitud: se había detenido a cierta distancia, sin que ella adivinara por qué.

Como nadie podría tampoco haberlo adivinado. La verdad era que, al escoger aquel lugar, y aquella hora, para la cita, Lucetta había respaldado su súplica, sin saberlo, con el argumento más contundente posible ante aquel hombre de humor cambiante, pesimista y supersticioso. La silueta de Lucetta en medio de aquel inmenso recinto, la inhabitual sencillez de su vestido, su actitud de esperanza y súplica, revivieron tan fuertemente en el alma de Henchard el recuerdo de otra mujer maltratada que había ido allí también en otro tiempo, y de aquella misma manera -una mujer que ahora reposaba en su tumba-, que se sintió completamente desarmado y notó como una punzada en el corazón por haber intentado tomar represalias contra una persona del sexo débil. Al acercarse a Lucetta, y antes de que ella hubiera pronunciado una palabra, la suerte de aquella lid ya estaba echada.

Su actitud, mientras bajaba, había sido de cínica indiferencia, pero ahora, abandonada su mueca medio irónica, dijo en un tono suave y amable:

-Buenas noches. Por supuesto que me alegra venir a verte, si así lo deseas.

-Oh, gracias -dijo ella con recelo.

-Lamento verte con ese aspecto -tartamudeó él, sinceramente compungido.

Ella meneó la cabeza y exclamó:

-¿Cómo puedes decir que lo lamentas cuando eres tú el único responsable?

-¿Qué? -dijo Henchard con inquietud- ¿Que soy yo culpable de que estés así?

-Sí. Yo no tengo ningún otro motivo para estar angustiada. Mi felicidad sería completa si no fuera por tus amenazas. ¡Oh, Michael! No me trates con tanta saña. Piensa que ya me has atormentado bastante. Cuando vine aquí, era una mujer joven, y ahora veo que estoy envejeciendo a pasos agigantados. Ni mi marido ni ningún otro hombre van a tener ya ningún interés en mirarme.

Henchard estaba desarmado. Su antiguo sentimiento de desdeñosa compasión por el sexo femenino en general se veía intensificado por esta mujer suplicante que parecía el doble de aquella otra. Más aún, la pobre Lucetta había vuelto a dar muestras de su irreflexiva falta de previsión, la causante de todas sus desgracias, al haberlo citado allí, de aquella manera tan comprometedora, sin percibir ningún riesgo. Semejante mujer era una pieza demasiado fácil para cualquier cazador; se sintió avergonzado, perdió allí mismo todo deseo de humillarla y dejó de envidiar a Farfrae por habérsela llevado: se había casado por su dinero, y nada más. Henchard deseaba no volver a tener nada más que ver con aquel asunto.

-Bien, ¿y qué quieres que haga, entonces? -dijo con tono afable-. Te aseguro que intentaré complacerte. Mi lectura de aquellas cartas fue sólo una broma un poco pesada. Pero no revelé nada.

-Que me devuelvas todas las cartas y papeles que hablen de matrimonio o de algo peor.

-De acuerdo. Te daré hasta el último trozo de papel que tenga en mi poder, Lucetta... Pero aquí, entre nosotros, es casi seguro que él acabará descubriendo algo de ese asunto, tarde o temprano.

-Bueno -dijo ella con voz trémula y vehemente-, pero será después de haberle demostrado que soy una esposa fiel y digna de él. Para entonces estará en condiciones de perdonarme.

Henchard la miró en silencio; aun entonces envidiaba a Farfrae por un amor tan grande como aquél.

-Humm. Eso espero -dijo-. Tendrás las cartas sin falta. Y se mantendrá el secreto. Te lo juro.

-¡Qué bueno eres! ¿Cuándo y cómo me las vas a dar?

Henchard reflexionó unos instantes y le dijo que se las mandaría a la mañana siguiente.

-Descuida -añadió-. Suelo cumplir mi palabra.

X X X V I

Al regresar de su cita, Lucetta vio a un hombre junto al farol más próximo a su casa. Cuando ella se detuvo en la puerta disponiéndose a entrar, el hombre se le acercó y le habló. Era Jopp.

Le pedía perdón por hablarle, pero había oído decir que un comerciante de granos de la comarca había pedido al señor Farfrae que le recomendara a un socio activo, y él deseaba ofrecerse para el puesto: era una persona fiable, y ya se lo había hecho saber al señor Farfrae por carta; pero le quedaría eternamente agradecido si decía a su marido unas palabras apoyando su solicitud.

-De esos asuntos yo no sé absolutamente nada -dijo Lucetta fríamente.

-Pero usted podría certificar mejor que nadie mi aptitud, señora -dijo Jopp-. Yo estuve viviendo varios años en Jersey, y la conocía de vista.

-No me diga -replicó ella-. Pues yo no lo conocía a usted.

-Un par de palabras suyas bastarían para dar fuerza a mi solicitud, señora -insistió.

Ella volvió a negarle que tuviera nada que ver con aquellos asuntos y, cortándolo en seco, impaciente por entrar en casa antes de que su marido la echara de menos, lo dejó plantado en la acera.

Él se quedó mirándola hasta que desapareció y se volvió a su casa. Al llegar, se sentó en el rincón de la chimenea apagada mirando los morillos y la leña dispuesta para calentar el agua a la mañana siguiente. Oyó un ruido extraño arriba, y Henchard bajó de su cuarto, donde parecía haber estado registrando sus cajones.

-Quisiera -le dijo- que me hiciera un favor, Jopp..., esta noche, si puede. Que llevara esto a la señora Farfrae. Es para ella. Yo lo podría llevar personalmente, pero no quiero que me vean por allí.

Le entregó un paquete envuelto en papel marrón y sellado. Henchard había cumplido su palabra: al volver de su cita con ella, se había puesto a registrar entre sus escasas pertenencias en busca de cualquier papel que tuviera la escritura de Lucetta. Jopp expresó con indiferencia su buena disposición.

-Y bien, ¿qué tal le ha ido hoy? -preguntó su inquilino-. ¿Le ha salido algún trabajo?

-Por desgracia, no -dijo Jopp, que no le había hablado de la solicitud cursada a Farfrae.

-No le saldrá nada en Casterbridge -declaró Henchard con seguridad-. Debe irse a buscar más lejos. -Dio las buenas noches a Jopp y volvió a su habitación.

Jopp siguió allí sentado hasta que sus ojos se sintieron atraídos por la sombra del cabo de vela sobre la pared; mirando el original, descubrió que se había convertido en una especie de coliflor al rojo vivo. Su mirada se posó a continuación en el paquete de Henchard. Sabía que había habido algo entre Henchard y la actual señora de Farfrae, y todas sus vagas ideas sobre esta cuestión se redujeron a la siguiente: «Henchard tiene un paquete que pertenecía a la señora Farfrae, y algún motivo para no devolvérselo en persona. ¿Qué podrá contener?». Y así siguió cavilando hasta que, herido por el desaire que le había hecho Lucetta y sintiendo curiosidad por saber si había algo que él pudiera explotar de sus antiguas relaciones con Henchard, examinó el paquete. Como Henchard era algo torpe para la pluma y todo lo relacionado con la escritura, no había sellado la cera por no saber que su eficacia dependía precisamente del sello. Jopp, que era mucho menos torpe en aquellas cuestiones, levantó uno de los sellos con el cortaplumas, miró el extremo abierto y vio que el paquete contenía cartas. Satisfecha aparentemente su curiosidad, volvió a sellar el extremo abierto ablandando simplemente la cera con la llama de la vela y salió con el paquete para cumplir lo que se le había pedido.

El camino que tenía que seguir discurría por la orilla del río, en la parte baja de la ciudad. Al salir a las luces del puente situado al final de la calle principal, vio pasar por allí a la tía Cuxsom y a Nance Mockridge.

-Íbamos a Mixen-Lane a pasarnos por El Dedo de Pedro antes de meternos en la piltra -dijo la tía Cuxsom-. Hay música de violines y panderetas. Qué, Jopp, ¿por qué no nos acompaña? No será más de cinco minutos.

Jopp solía evitar generalmente aquellas compañías, pero las circunstancias que estaba atravesando lo habían vuelto algo más despreocupado que de costumbre, y, sin mediar más palabras, decidió cumplir su encargo dando aquel rodeo.

Aunque la parte superior de Durnover se componía principalmente de una curiosa mezcolanza de graneros y casas de labranza, había un lado menos pintoresco en aquel barrio. Era Mixen Lane, en la actualidad derribado en su mayor parte.

Mixen Lane era el Adullam[1] de todas las aldeas circundantes. Era el escondite de quienes vivían en la penuria, endeudados o de alguna manera apurados. Los jornaleros del campo y otros campesinos, que combinaban un poco de caza furtiva con sus faenas, y algo de camorra y de bebida con su caza furtiva, se encontraban tarde o temprano en Mixen Lane. Mecánicos rurales demasiado perezosos para mecanizarse, braceros demasiado rebeldes para someterse a una disciplina, acababan recalando -algunos sin más remedio- en Mixen Lane.

Las callejas bordeadas de chamizos se extendían como una lengua de tierra por el campo bajo y neblinoso. En Mixen Lane se podían ver muchas cosas tristes y bajas, y algunas funestas. El vicio entraba y salía por sus fueros en ciertas puertas del vecindario; la temeridad habitaba bajo el tejado de la chimenea torcida; la vergüenza, en algunos balcones; el robo (en época de carestía), en las cabañas con paredes de barro junto a los sauces. Ni siquiera los asesinatos eran del todo desconocidos. En una manzana de chamizos un callejón más arriba se podría haber erigido un altar a la enfermedad en años pretéritos. Tal era Mixen Lane en la época en que Henchard y Farfrae fueron alcaldes.

Sin embargo, esta hoja enferma de la planta robusta y floreciente que era Casterbridge se hallaba casi en pleno campo, a menos de cien metros de una hilera de nobles olmos, desde donde, más allá del páramo, se dominaba una vista de brezales, aireadas llanuras, campos de trigo y casas señoriales. Un riachuelo separaba el páramo de los bloques de viviendas, sin que hubiera ningún puente para franquearlo, ninguna manera de acceder a las casas si no era rodeando por la carretera. Pero bajo las escaleras de cada casa se guardaba una misteriosa tabla de veinticinco centímetros de anchura, que era en realidad un puente secreto.

El habitante de aquella zona que volvía del trabajo después del anochecer -la hora de mayor actividad allí- atravesaba a hurtadillas el páramo, se acercaba a la margen del susodicho riachuelo y silbaba mirando a la casa donde se alojaba. Una silueta hacía entonces su aparición al otro lado llevando el puente en posición vertical; lo bajaba, y con una mano ayudaba a franquearlo al que venía, junto con los faisanes y liebres que traía, cazados en los caseríos vecinos. La caza se vendía bajo cuerda a la mañana siguiente, y, un día después, el furtivo comparecía ante los magistrados, con las miradas de simpatía de todos los vecinos clavadas en su nuca. Desaparecía durante cierto tiempo, y luego se le veía viviendo tranquilamente de nuevo en Mixen Lane.

Caminando por aquella calleja al anochecer, al forastero le llamaban la atención especialmente dos o tres rasgos muy peculiares. Uno eran los intermitentes zambombazos procedentes de la parte trasera de la posada, que indicaban que allí había una bolera. Otro era la extendida práctica de silbar: no había casa de la que no saliera algún silbido agudo. Otro era la frecuencia de delantales blancos sobre faldas parduzcas en mujeres que merodeaban por las puertas de las casas. Un delantal blanco es una prenda sospechosa en situaciones en las que es difícil la limpieza. Además, la laboriosidad y limpieza que expresa el delantal blanco eran desmentidas por las posturas y andares de las mujeres que lo llevaban: generalmente con los nudillos en las caderas (actitud que les prestaba el aspecto

[1] Gruta en la que David se refugió de Saúl. «A su alrededor se congregaron todos, los oprimidos, todos los deudores y todos los amargados» (I Samuel, 22:2*). (N. del E.)*

Librodot

de jarras con dos asas) y los hombros contra las jambas de las puertas; mientras que había una curiosa vivacidad en la manera en que aquellas honradas mujeres giraban el cuello y guiñaban el ojo ante cualquier ruido parecido a pasos de hombre por la calle.

Sin embargo, entre tanta cosa mala también encontraba espacio la indigencia respetable. Bajo algunos de los tejados moraban almas puras y virtuosas cuya presencia en aquel lugar se debía a la mano de hierro de la necesidad, y a nada más. Familias de aldeas en decadencia, familias de esa sección otrora voluminosa y ahora casi extinta de la sociedad rural llamada «arrendatarios vitalicios», «titulares de derechos feudales» y otras cuyas techumbres se habían venido abajo por un motivo u otro, obligándolas a abandonar el lugar que había sido su hogar durante varias generaciones, todas iban a parar allí, a menos que prefirieran dormir bajo un seto del camino.

La posada llamada El Dedo de Pedro era la iglesia de Mixen Lane.

Estaba céntricamente situada, como suelen estarlo semejantes lugares, y, socialmente hablando, era a Los Tres Marineros lo que esta posada a Las Armas del Rey. A primera vista, la posada era de una respetabilidad sorprendente. La puerta se mantenía cerrada, y el arenoso escalón que la antecedía estaba tan limpio que, evidentemente, muy pocas personas entraban por ella. Pero en una esquina había un corredor muy angosto que la separaba de la casa contigua; y, en medio de ese corredor, una puerta estrecha, lustrosa y sin color por el roce de infinitas manos y hombros. Era la verdadera entrada a la posada.

Se podía ver a un peatón pasar abstraído por Mixen Lane y de repente desaparecer, y quien lo observara acabaría parpadeando como Ashton ante el esfumado Ravenswood[2]. Este peatón abstraído se había escabullido de costado por el corredor, y pasado directamente a la taberna mediante un similar ejercicio de habilidad.

La parroquia de Los Tres Marineros estaba compuesta por gente de pro en comparación con la que se congregaba aquí, aunque hay que reconocer que la cola de Los Tres Marineros tocaba la cresta del Dedo de Pedro en muchos puntos. Por allí pasaban perdularios y vagabundos de todo pelo. La posadera era una mujer virtuosa que hacía años había sido encarcelada injustamente como supuesta cómplice de no se sabía bien qué. Cumplió sus doce meses de condena, y desde entonces ponía siempre cara de mártir, salvo cuando se encontraba con el guardia que la había detenido, al que solía guiñar el ojo.

A aquella casa habían llegado Jopp y sus acompañantes. Los bancos en que se sentaron eran endebles y altos, con respaldos sujetos con una cuerda a unos ganchos del techo, pues, cuando los clientes se volvían especialmente escandalosos, los bancos se tambaleaban y se habrían volcado sin dicha sujeción. El estruendo de los bolos resonaba desde el patio trasero, unas cachiporras colgaban de la repisa de la chimenea, y antiguos cazadores furtivos y guardabosques a los que los propietarios habían perseguido injustamente se sentaban codo con codo: hombres que en tiempos pasados habían peleado a la luz de la luna hasta que el cumplimiento de la condena por una parte, y la pérdida del favor y la expulsión del servicio, por la otra, los habían colocado allí en un mismo plano, charlaban tranquilamente sobre los viejos tiempos.

-¿Te acuerdas de cuando pescabas truchas con un ramujo sin alborotar la corriente, Charl? -estaba diciendo un guarda despedido-. Una vez te vi hacer eso, no sé si te acuerdas.

-Vaya que si me acuerdo. Pero el peor lío en que me vi metido fue en lo del faisán, en Yalbury Wood. Tu mujer juró en falso en aquella ocasión. Joe. Ah, vaya que si lo hizo. No se puede negar.

-¿Cómo fue aquello? -preguntó Jopp.

-¿Que cómo fue? Pues bien, Joe y yo nos agarramos y los dos caemos rodando cerca del seto de su jardín. Al oír el ruido, su mujer sale corriendo con la badila y, como está

[2] En *La novia de Lammermoor* (1819), de Walter Scott, Ravenswood se hunde en arenas movedizas ante la mirada atónita del coronel Ashton *(N. del E.)*

oscuro bajo los árboles, no distingue quién está encima. «¿Dónde estás, Joe, arriba o abajo?», grita. «Pues debajo, ¡dónde si no voy a estar!», contesta él. Entonces ella empieza a sacudirme con la badila en la cabeza, espaldas y costillas hasta que volvemos a rodar. «¿Dónde estás ahora, querido Joe, arriba o abajo?», vuelve a gritar. Por san Judas, te aseguro que si me echaron el guante fue por su culpa. Y luego, cuando nos presentamos en el juzgado, se pone a jurar que el faisán era de su corral, cuando tú sabes muy bien, Joe, que no era vuestro para nada: pertenecía al señorito Brown, a ése pertenecía, lo habíamos robado al pasar por su bosque, una hora antes. Me dolió mucho que se cometiera una injusticia conmigo... Pero, en fin, aquello ya pasó.

-Yo te podía haber conseguido un montón de aves mucho antes -dijo el guarda-. Yo estaba muchas veces apenas a unos metros de ti, con piezas mucho mejores que aquel miserable faisán.

-Vaya que sí... El mundo no suele enterarse de nuestras grandes hazañas -dijo la mujer de la *furmity*, que se había buscado un sitio donde vivir en aquel barrio y estaba sentada en medio del grupo. Como había viajado mucho en su vida, hablaba de las cosas con una auténtica visión cosmopolita. Fue ella la que preguntó a Jopp qué era el paquete que tan celosamente escondía bajo el brazo.

-¡Ah! Ahí se encierra un gran secreto -dijo Jopp-. La pasión del amor. ¡Pensar que una mujer pueda amar tanto a un hombre y odiar a otro con tanta saña!

-¿Cuál es la dama de sus pensamientos, señor?

-Una que está muy bien situada... en esta ciudad. ¡Cómo me gustaría poder sacarle los colores! Sería más interesante que una comedia leer sus cartas de amor; esa engreída empingorotada... Son sus cartas de amor las que llevo aquí.

-¿Cartas de amor? Pues entonces oigámoslas ahora mismo, alma de Dios -dijo tía Cuxsom-. ¿Te acuerdas, Richard, lo locos que éramos de jóvenes? Le dábamos un penique a un chaval de la escuela para que nos las escribiera, ¿te acuerdas?, para que no dijera a nadie lo que había escrito, ¿te acuerdas?

Para entonces Jopp había hecho presión con el dedo debajo del sello y volcado las cartas; cogiendo una al azar, la leyó en voz alta. La lectura fue desvelando el secreto que Lucetta había esperado mantener oculto con tanto interés; sin embargo, al ser sólo alusivas, las epístolas no lo revelaban del todo.

-¡Que la señora Farfrae escribió eso! -dijo Nance Mockridge-. Para nosotras, mujeres respetables, es una humillación que una de nuestro sexo haya podido comportarse de esa manera. ¡Y pensar que ahora está casada con otro!

-¡Mejor para ella! -dijo la anciana mujer de la *furmity*-. Ah, yo la salvé de un matrimonio realmente malo, aunque nunca ha tenido la cortesía de agradecérmelo...

-Pues oíd lo que digo: me parece un motivo muy bueno para una cencerrada -dijo Nance.

-Cierto -dijo la señora Cuxsom, reflexionando-. Es el mejor motivo para una cencerrada que jamás he conocido; y no lo deberíamos desperdiciar. Hace ya por lo menos diez años de la última vez que se organizó una en Casterbridge.

En aquel momento se oyó un silbido agudo, y la posadera dijo a quien habían llamado Charl:

-Que viene Jim. ¿Quieres hacerme el favor de ir a tenderle el puente?

Sin contestar, Charl y su amiguete Joe se levantaron y, cogiendo la linterna que ella les dio, salieron por la puerta trasera y bajaron por el sendero del jardín, que acababa de forma abrupta en la orilla del riachuelo antes mencionado. Más allá de la corriente estaba el páramo abierto, del que venía un aire pegajoso que les azotaba en la cara. Uno de ellos agarró la tabla, que ya estaba preparada, la tendió sobre el agua, y, en cuanto la otra punta tocó el suelo, unos pies avanzaron sobre ella y apareció la silueta de un hombre fornido, con las piernas protegidas con rodilleras de cuero, un fusil de dos cañones bajo el brazo y algunas aves a la espalda. Le preguntaron si había tenido suerte.

Librodot

-No mucha -dijo indiferentemente-. ¿Todos bien ahí dentro?

Al recibir contestación afirmativa, el hombre siguió hacia el interior mientras los otros retiraban el puente para hacer lo propio. Pero, antes de darse la media vuelta, se detuvieron al oír la llamada de alguien.

Oyeron otro grito. Dejaron la linterna dentro de un cobertizo y se acercaron al borde del riachuelo.

-Eh. ¿Se va por aquí a Casterbridge? -gritó alguien desde la otra orilla.

-No precisamente -dijo Charl-. Hay un riachuelo delante de usted.

-No me importa. Lo voy a atravesar por aquí -dijo el hombre desde el páramo Ya he caminado bastante hoy.

-Espere un momento -le dijo Charl, al descubrir que el hombre no era ningún enemigo-. Joe, trae la tabla y la linterna: hay alguien que se ha extraviado. No debería haber dejado la carretera principal, amigo. Así no tendría ahora que cruzar ninguna corriente.

-Ya veo. Lo que ocurre es que vi luz aquí y me dije: «Ahí hay una casa en las afueras, no lo dudes».

Bajada la tabla, la figura del forastero salió de la oscuridad. Era un hombre de mediana edad, pelo y bigote prematuramente grises, y cara ancha y jovial. Cruzó la plancha sin titubear lo más mínimo, como si aquel método le resultara familiar. Les dio las gracias y siguió caminando con ellos hasta el jardín.

-¿Qué sitio es éste? -preguntó al alcanzar la puerta.

-Una taberna.

-Ah. Tal vez me convenga parar aquí. Vamos adentro, amigos, que quiero invitarles a algo por el favor que me han hecho.

Lo siguieron hasta la posada; la luz del interior les permitió comprobar que era un hombre de más categoría de lo que había dado a entender su manera de hablar. Iba vestido con una riqueza algo vulgar: abrigo de pieles y en la cabeza una gorra de piel de foca, indumentos que, aunque las noches eran frescas, debían de dar calor durante el día, al estar ya la primavera algo avanzada. Llevaba en la mano una pequeña maleta de caoba con guarnición de latón y sujeta con una correa.

Sorprendido, al parecer, por el tipo de clientela que divisó desde la puerta de la cocina, abandonó enseguida la idea de alojarse allí; pero, tomando la situación por el lado positivo, pidió que sirvieran las mejores bebidas, las pagó sin salir del pasillo y se dio media vuelta para proseguir su viaje. Mientras la casera quitaba los cerrojos de la puerta principal, llegó a sus oídos la conversación sobre la cencerrada, que proseguía en el interior de la taberna.

-¿Qué quiere decir eso de una cencerrada? -preguntó.

-Ah, señor -dijo la posadera, tocándose los pendientes con cierto pudor reprobatorio-. Es una vieja práctica, algo loca, de estos contornos, que se hace cuando la mujer de un hombre es..., en fin, cuando no es exactamente suya. Pero yo, como mujer respetable que soy, no la respaldo.

-¿Y.. la van a hacer dentro de poco? Supongo que será un espectáculo digno de verse.

-Bueno, señor... -dijo con una risita. Y luego, recuperando la naturalidad y mirando por el rabillo del ojo, agregó-: Es la cosa más divertida que se puede ver bajo el sol. Y cuesta dinero.

-Ah. Recuerdo haber oído hablar de algo parecido. Yo pienso parar en Casterbridge un par de semanas y no me importaría ver esa representación. -Se volvió hacia el interior y dijo-: Eh, buena gente, me gustaría ver esa vieja costumbre de la que están hablando, y me parece bien contribuir con algo. Ahí va eso. - Lanzó un soberano sobre la mesa y, volviéndose a la puerta acompañado de la posadera, le preguntó el camino para el centro de la ciudad y se despidió.

-El forastero seguro que traía un montón de éstos -dijo Charl, tras coger el soberano y entregarlo a la posadera para que lo guardara-. Por san Judas que debimos birlarle unos cuantos más cuando lo tuvimos a mano.

-Ni hablar -contestó la posadera-. Esta es una casa respetable, gracias a Dios, y no permitiré que se cometa aquí ninguna acción deshonrosa.

-Bien -dijo Jopp-. Ahora, a estudiar todos los detalles para que la cosa esté lista cuanto antes.

-Desde luego -dijo Nance-. Una buena risa calienta mi corazón más que un aguardiente, no lo dudéis.

Jopp recogió las cartas y, como ya era algo tarde, pensó no llevarlas aquella misma noche a la casa de Farfrae. Volvió a la suya, las selló como antes y a la mañana siguiente entregó el paquete en la dirección indicada. Inmediatamente después, Lucetta redujo su contenido a cenizas. La pobre sintió ganas de arrodillarse en acción de gracias: por fin no quedaba ninguna prueba de su desdichado episodio con Henchard en el pasado. Pues, aunque su pecado había sido más falta de perspicacia que mala intención, de haberse llegado a conocer aquel episodio, sin duda habría abierto una fatídica brecha entre ella y su marido.

Librodot

X X X V I I

Así estaban las cosas cuando la vida regular de Casterbridge se vio interrumpida por un acontecimiento de tanta magnitud que su influjo alcanzó a los estratos sociales mas bajos, y agitó las profundidades de su sociedad al mismo tiempo que los preparativos de la cencerrada. Fue una de esas sensaciones que, cuando conmueven a una población rural, dejan una huella indeleble en sus crónicas, como cada año que pasa deja marcado un anillo en el tronco de un árbol.

Un miembro de la familia real iba a pasar por la villa de camino hacia el oeste, donde inauguraría una inmensa obra de ingeniería. Había consentido en detenerse en la ciudad una media hora aproximadamente para escuchar un mensaje del consistorio de Casterbridge; como centro agrícola importante, esta villa quería expresar así su gratitud por los grandes servicios que el personaje real había prestado a la ciencia y economía agrícolas, fomentando proyectos que habían situado el arte de los cultivos en un plano más científico.

En Casterbridge no se había visto ningún miembro de la realeza desde los tiempos del tercer rey Jorge, y sólo a la luz de unas velas, cuando, en un viaje nocturno, se había detenido unos minutos para el cambio de caballos en Las Armas del Rey. Los habitantes decidieron, pues, aprovechar aquella especial ocasión para hacer una *fête carrillonnée*. Media hora de parada no era mucho, cierto; pero se le podía sacar bastante provecho si se organizaban bien las cosas, sobre todo si el tiempo acompañaba.

Un artista muy mañoso escribió el mensaje en un pergamino con letras ornamentales y lo recubrió con los mejores panes de oro y colores que encontró en su tienda. El consistorio se reunió el martes previo al día señalado para ultimar los detalles del acto de bienvenida. Mientras se hallaban reunidos, y ya que la puerta de la sala estaba abierta, oyeron unos fuertes pasos de alguien que subía y se acercaba. De repente, Henchard entró en la sala con un traje raído y harapiento, el mismo que llevara en la época en que los había presidido.

-He pensado -dijo, avanzando hasta la mesa y poniendo la mano sobre el paño verde- que me gustaría unirme a ustedes con motivo de la recepción a nuestro ilustre visitante. Supongo que no tendrán inconveniente...

Los reunidos intercambiaron miradas de perplejidad, y Grower casi royó por completo la punta de su pluma durante el silencio que siguió. Farfrae, el joven alcalde que, en virtud de su cargo, ocupaba el sillón principal, interpretó rápidamente el sentir de la asamblea y, como portavoz que era, se vio obligado a expresarlo, si bien le habría gustado delegar aquella tarea en otra persona.

-Me parece que no sería adecuado, señor Henchard -dijo-. El consistorio es el consistorio y, como usted ya no forma parte de él, habría un defecto de forma, que podría sentar un peligroso precedente.

-Me asiste un motivo especial para desear mi presencia en dicha ceremonia.

Farfrae miró a su alrededor.

-Creo haber expresado el sentir del consistorio, ¿no es cierto?

-Sí, sí -se oyó de la parte del doctor Bath, el abogado Long, el regidor Tubber y otros más.

-¿Entonces no podré participar en el acto oficialmente?

-Me temo que eso es algo absolutamente descartado. Pero, por supuesto, puede asistir al acto tal y como está previsto, al igual que el resto de los ciudadanos.

Henchard no contestó a aquella sugerencia demasiado obvia y, volviéndose sobre sus talones, desapareció.

Había sido sólo un capricho pasajero; pero la oposición encontrada lo afianzó en sus propósitos.

-¡Daré la bienvenida a Su Alteza Real, o no se la dará nadie! -se fue gritando-. Farfrae no va a ser más que yo, ni ninguno de esa pandilla. Ya lo veréis.

La mañana del acontecimiento fue espléndida; un sol radiante iluminaba las ventanas que daban a mediodía, y los habitantes supieron (pues estaban versados en el arte de la meteorología) que aquel tiempo iba a durar. Los lugareños empezaron a llegar temprano de caseríos, aldeas, sotos y tierras altas -estos últimos con sus botas engrasadas y sus sombreros de paño basto- para asistir a la recepción, o, en cualquier caso, para tratar de estar cerca del acontecimiento. Apenas hubo trabajador que no se pusiera una camisa limpia. Solomon Longways, Christopher Coney, Buzzford y el resto de sus cofrades mostraron su especial sensibilidad a la ocasión adelantando a las diez y media su habitual pinta de cerveza (luego tuvieron que pasar muchos días para volver al horario anterior).

Henchard había decidido no trabajar aquel día. Se tomó por la mañana una copa de ron y, ya en la calle, se encontró con Elizabeth-Jane, a la que hacía una semana que no veía.

-Fue una suerte -le dijo- que los veintiún años expiraran antes de esto, de lo contrario no habría tenido arrestos suficientes para hacer lo que voy a hacer.

-¿Qué va a hacer? -preguntó ella, alarmada.

-La bienvenida que voy a dar a nuestro visitante regio.

Ella se quedó algo desconcertada. Luego le preguntó:

-¿Vamos a ver juntos la llegada?

-¿A verla yo? Tengo otras cosas más importantes que hacer. Ya lo verás. Valdrá la pena verlo.

Elizabeth no consiguió adivinar de qué se trataba y se puso su mejor vestido con el ánimo abatido. Poco antes de la hora señalada volvió a ver a su padrastro. Creyó que se dirigía a Los Tres Marineros; pero no. Lo vio abrirse paso entre el bullicioso gentío hasta la tienda de Woolfrey, el pañero. La joven esperó fuera, entre la muchedumbre.

Unos minutos después, Henchard salió, para su sorpresa, con una brillante escarapela, mientras, para mayor sorpresa aún, llevaba en la mano una bandera de fabricación casera, una de las muchas que abundaban aquel día en la ciudad; la había clavado a un palo de madera de pino, que probablemente había servido para enrollar percal. Henchard enrolló su bandera en el umbral de la puerta, se la metió bajo el brazo y enfiló la calle.

De repente, los individuos más altos de la multitud volvieron las cabezas mientras los más bajos se ponían de puntillas. Alguien había dicho que se estaba acercando el cortejo real. El ferrocarril había extendido por aquella época un ramal cerca de Casterbridge, pero se había quedado a varias millas del lugar; de manera que el trecho que faltaba, así como el resto del viaje, se iba a hacer por carretera a la manera tradicional. La gente esperaba -las familias de abolengo en sus coches, las masas a pie mirando hacia la carretera de Londres entre repiques de campanas, y parloteo de lenguas.

Elizabeth Jane observaba la escena desde detrás de la gente. Habían dispuesto algunas sillas para que las damas pudieran presenciar el espectáculo; la silla más adelantada la ocupaba Lucetta, la esposa del alcalde. En la carretera, al alcance de su vista, estaba Henchard. Ella tenía un aspecto tan radiante y hermoso que el ex alcalde, por lo que pareció, experimentó por un momento la debilidad de desear llamar su atención. Pero Henchard distaba mucho de resultar atractivo a los ojos de una mujer, que suelen sentirse atraídos sólo por la superficie de las cosas. El no sólo era un jornalero incapaz de vestir como antes, sino que además desdeñaba presentarse bien vestido. Todos los demás, desde el alcalde hasta la lavandera, parecían estrenar ropa, cada cual según sus medios; pero Henchard se había empeñado en mostrarse con la ropa andrajosa y raída de hacía años.

Y ocurrió esto: los ojos de Lucetta se pasearon por delante de él sin prestarle atención, como suelen hacer en tales ocasiones los ojos de las mujeres elegantemente vestidas. Su actitud significaba a las claras que para ella era en público un completo desconocido.

Pero nunca se cansaba de mirar a Donald, de pie en animada conversación con sus amigos, unos metros más alla, con la cadena de oro oficial alrededor de su joven cuello,

Librodot

con grandes eslabones cuadrados como el que rodea al unicornio real. La más leve emoción de su marido mientras hablaba tenía rápido reflejo en su rostro y labios, que reproducían los mismos gestos. Estaba viviendo más el papel de él que el suyo propio, y aquel día no le importaba otra cosa que no fuera su querido Donald.

Al final, un hombre estacionado en la curva más alejada de la carretera -es decir, en el segundo puente, del que ya se ha hecho mención- dio una señal, y los miembros del consistorio, con sus trajes de etiqueta, avanzaron desde la fachada del Ayuntamiento hasta el arco erigido a la entrada de la ciudad. Los carruajes del regio visitante y su séquito llegaron en medio de una nube de polvo, se formó una procesión y todos avanzaron hacia el centro de la ciudad a paso lento.

El centro de interés era la plaza del Ayuntamiento. Se había dejado un espacio enarenado delante del carruaje real, y hasta él se abrió paso un hombre antes de que nadie pudiera detenerlo. Era Henchard. Con su bandera particular desplegada en la mano izquierda, se descubrió la cabeza y avanzó hacia el costado del carruaje mientras extendía la derecha hacia el ilustre personaje con obsequioso ademán.

Todas las damas dijeron con la respiración contenida:

-¡Oh, mirad eso!

Lucetta estuvo a punto de perder el conocimiento. Elizabeth-Jane, que estaba mirando por encima de los hombros de la gente que tenía delante, quedó aterrada al ver la escena; pero su interés por aquel espectáculo tan fastuoso se sobrepuso al miedo.

Farfrae reaccionó inmediatamente en su calidad de alcalde. Agarró a Henchard por el hombro, lo hizo retroceder y le dijo con duras palabras que se largara de allí. Los ojos de Henchard se cruzaron con los suyos, y Farfrae, pese a la excitación e irritación del momento, observó la luz feroz que había en ellos. Durante unos momentos, Henchard permaneció en su sitio como paralizado; luego, como cediendo a un impulso inexplicable, se retiró. Farfrae miró a la galería de las damas y vio que las mejillas de su Calpurnia estaban pálidas.

-¡,Pero si es el antiguo protector de su marido! -exclamó la señora Blowbody, una dama de la vecindad que estaba sentada al lado de Lucetta

-¿Protector? -contestó rápidamente la mujer de Donald, indignada.

-¿Dice usted que ese hombre es un conocido del señor Farfrae? -dijo la señora Bath, la mujer del médico, recién llegada a la ciudad por su reciente matrimonio con el doctor.

-Trabaja como peón para mi marido -dijo Lucetta.

-Ah, ¿no es más que eso? Pues a mí me han dicho que fue gracias a él como su marido se abrió paso en Casterbridge. ¡Qué historias se inventa la gente!

-Y que lo diga... Pero no fue así, ni mucho menos. El genio de Donald le habría capacitado para abrirse paso en cualquier sitio sin ayuda de nadie. El sería exactamente lo que es aunque no hubiera ningún Henchard en el mundo.

Era en parte la ignorancia de Lucetta de las circunstancias de la llegada de Donald la que le hacía hablar así y en parte la impresión de que todo el mundo parecía inclinado a desairarla en aquel momento triunfal. Aquel incidente duró sólo unos momentos, pero fue necesariamente presenciado por el personaje real, quien, no obstante, haciendo gala de una gran diplomacia, fingió no haber visto nada anormal y se apeó del carruaje. El alcalde avanzó y leyó el discurso; el ilustre personaje le contestó, luego dijo unas palabras en privado a Farfrae y estrechó la mano de Lucetta, en su calidad de primera dama. La ceremonia duró sólo unos minutos, y los carruajes aporrearon el pavimento como carros del faraón mientras enfilaban Corn Street y tomaban la carretera de Budmouth para proseguir su viaje hacia la costa.

Entre el gentío se encontraban también Coney, Buzzford y Longways.

-¡Qué diferente es ahora del que cantó un día en Los Tres Marineros! -dijo el primero-. Es curioso cómo ha conseguido engatusar a esa mujer rica en tan poco tiempo...

-Cierto. Cómo le gustan a la gente los vestidos elegantes... Pero yo digo una cosa: hay una mujer más guapa que ella y en la que nadie se fija porque es pariente de ese soberbio de Henchard.

-Muy bien dicho, Buzz -observó Nance Mockridge-. A mí me gustaría ver ese árbol de Navidad sin tantos adornitos. Porque no se me da muy bien el papel de villana, porque, si no, daría toda mi calderilla para ver a esa presumida mordiendo el polvo... Aunque tal vez la vea pronto -apuntilló haciendo un gesto significativo con la cabeza.

-No es una pasión muy noble en una mujer -dijo Longways.

Nance no contestó, pero todos sabían a qué se refería. Las ideas difundidas por la lectura de las cartas de Lucetta en El Dedo de Pedro se habían condensado en un escándalo que se extendió como la pólvora por Mixen Lane y todos los barrios pobres de Casterbridge.

Aquel heteróclito grupo de ociosos que se conocían entre sí se dividió en dos por un proceso de selección natural: los frecuentadores del Dedo de Pedro se dirigieron hacia Mixen Lane, donde vivían casi todos, mientras que Coney, Buzzford, Longways y sus afines se quedaron en la calle.

-¿A que no sabéis lo que están preparando allí? -dijo Buzzford a los que iban con él, con voz de misterio.

Coney lo miró.

-No será la cencerrada.

Buzzford asintió con la cabeza.

-Yo tengo mis dudas de que la vayan a organizar -dijo Longways-. Si la están preparando, desde luego lo están haciendo en el más absoluto secreto.

-En cualquier caso, he oído decir que hace un par de semanas que la están organizando.

-Si estuviera seguro, los denunciaría -dijo Longways con decisión-. Me parece una broma demasiado pesada, que podría producir un tumulto en el pueblo. Sabemos que el escocés es un hombre recto, y que su mujer se ha comportado correctamente desde que llegó aquí; y si antes hubo algo raro, eso es asunto de ellos, no nuestro.

Coney reflexionó. Farfrae aún era querido en la comunidad, pero había que reconocer que, enfrascado como estaba en sus negocios y ambiciosos proyectos, había perdido a los ojos de los más pobres parte de aquel encanto que había tenido como joven sin un penique, pero simpático, que cantaba cancioncillas en las tabernas tan primorosamente como las aves en el campo. De ahí que el deseo de no verlo envuelto en ningún jaleo ya no tuviera la fuerza de otros años.

-Supón que hacemos una indagación, Christopher -prosiguió Longways-, y que descubrimos que hay algo de verdad en ello. ¿Qué te parece si mandamos una carta a los más afectados aconsejándoles que se quiten de en medio?

Se adoptó aquella solución, y el grupo se separó. Buzzford dijo a Coney:

-Vamos, viejo amigo. Vámonos de aquí. Ya no hay nada más que ver.

Aquellos bienintencionados se habrían sorprendido de haber sabido lo maduro que estaba aquel burlesco complot.

-Sí. Buenas noches -dijo Jopp al grupo del Dedo de Pedro en la esquina de Mixen Lane-. Como colofón a la visita real, el efecto será mucho mayor después de lo que han brillado hoy.

Para él, al menos, no era ninguna broma, sino una venganza.

Librodot

X X X V I I I

Los actos habían sido breves -demasiado- para Lucetta, de la que se había apoderado una intoxicante Weltlust; no obstante, habían constituido un gran triunfo para su persona. Aún notaba en los dedos el apretón de la mano regia; y ciertos rumores de que su marido podría recibir el título de caballero no le parecían extraordinariamente fantásticos: cosas más raras habían ocurrido a hombres tan buenos y cautivadores como su escocés.

Después de su encontronazo con el alcalde, Henchard se había retirado detrás de la tribuna de las damas, donde había permanecido mirando de forma abstraída la parte de la solapa por la que lo había agarrado Farfrae. Posó allí la mano, como si aún no creyera del todo que hubiera podido infligirle semejante ultraje una persona a la que en otro tiempo había tratado con afecto y generosidad. En aquel estado semiestupefacto llegó a sus oídos la conversación de Lucetta con las otras damas: la oyó renegar claramente de él, refutar que hubiera ayudado nunca a Donald, afirmar que no era más que un simple jornalero suyo.

De vuelta hacia su casa se encontró con Jopp en el arco que daba acceso a Bull-Stake.

-Qué, hemos tenido un desaire, ¿eh? -dijo Jopp.

-¿Y qué le importa eso a nadie? -contestó Henchard con aire sombrío.

-Nada, hombre; yo también he tenido otro, así que los dos estamos en situación parecida. –Y le contó de forma concisa sus gestiones para conseguir la intercesión de Lucetta.

Henchard oyó su relato sin prestar demasiada atención; su propia relación con Farfrae y Lucetta eclipsaba todas la emparentadas con ella. Y prosiguió su camino profiriendo frases entrecortadas: «En otras ocasiones ella me ha suplicado muchas cosas, y ahora ni su lengua lo reconoce ni sus ojos me ven... Y él... qué enfadado parecía. Arremetió contra mí como si yo fuera un toro que ha roto la cerca... Yo lo he tomado con mansedumbre, pues he visto que aquello no se podía resolver allí. Es de los individuos a los que no importa echar sal en una herida abierta... Pero ya me las pagará, y ella también lo lamentará. Esto tiene que arreglarse con una pelea, cara a cara; y entonces veremos si ese petimetre se puede enfrentar con un hombre».

Sin más reflexión, el fracasado comerciante, con algún plan feroz en la cabeza, almorzó precipitadamente y salió en busca de Farfrae. Injuriado corno rival suyo y despreciado como jornalero, sabía que aquel día había llegado al fondo de su degradación, tras ser zarandeado como un vulgar vagabundo delante de toda la ciudad.

La multitud se había dispersado. Pero, a excepción de los arcos verdes, que aún seguían en pie, la vida de Casterbridge parecía haber vuelto a su normalidad. Henchard enfiló Corn Street hasta la casa de Farfrae, llamó y dejó el mensaje de que deseaba ver al amo en los graneros tan pronto le fuera posible. Después rodeó la casa en dirección al patio, y entró.

No había nadie, pues, como había podido comprobar, los peones y carreteros estaban disfrutando de media vacación a causa de los acontecimientos de la mañana, aunque los carreteros debían volver después un rato para dar de comer a las caballerías y limpiar los establos. Al pie de las escaleras del granero, dijo para sí en voz alta: «¡Soy más fuerte que él! ».

Se dirigió a un cobertizo próximo, donde cogió un trozo de cuerda del suelo. Ató un cabo a un clavo, agarró el otro con la mano derecha y enrolló la cuerda a su cuerpo mientras mantenía el brazo pegado al costado, con lo que logró dejarlo completamente inmovilizado. Después subió por las escaleras hasta el piso superior del granero.

Se hallaba vacío, salvo unos cuantos sacos, y en un extremo estaba la puerta otras veces mencionada que se abría debajo de la polea y la cadena de izar los sacos. Abrió la puerta, la fijó para que no se cerrara y miró al vacío. La altura era de treinta a cuarenta pies. Era el lugar donde había estado conversando con Farfrae cuando Elizabeth-Jane lo vio levantar el brazo con aquel ademán que la había asustado.

Volvió al centro de la planta dispuesto a esperar. Desde aquella atalaya se divisaban los tejados circundantes, las copas de los exuberantes castaños, con apenas una semana de frondosidad, las ramas colgantes de los tilos, el jardín de Farfrae y la puerta verde que daba acceso al interior de la casona. Pasado cierto tiempo -no habría podido decir cuánto exactamente-, la puerta verde se abrió y Farfrae salió por ella. Parecía vestido para emprender un viaje. La luz baja del inminente crepúsculo le dio en el rostro al salir de la sombra de la pared, tiñéndolo de color fuego. Henchard lo miró con los dientes apretados, lo que marcó poderosamente la pronunciada cuadratura de su mandíbula y la verticalidad de su perfil.

Farfrae avanzaba con una mano en el bolsillo y tarareando una canción con tanto esmero que parecía interesarle la letra de manera especial. Era la canción que había cantado años antes en Los Tres Marineros el día que llegó a Casterbridge como un aventurero con poco dinero y sin saber muy bien adónde ir:

Aquí está mi mano, mi leal amigo,
y tú dame la tuya.

Nada emocionaba más a Henchard que aquellas canciones antiguas. Se echó hacia atrás: «No, no puedo hacerlo jadeó-. ¿Por qué le habrá dado a ese estúpido por ponerse a cantar eso ahora?», se dijo.

-¿Eh, está ahí? -gritó Farfrae-. No lo veía. ¿Qué pasa?

Un minuto después, Henchard oyó cómo subía a la primera planta, a la segunda e iniciaba la ascensión a la tercera. Luego Farfrae asomó su cabeza por la puerta caediza.

-¿Qué está haciendo aquí a estas horas? -preguntó, avanzando unos pasos-. ¿Por qué no se ha tomado el día libre como el resto de los mozos? -Le hablaba en un tono severo, pero sólo lo suficiente para hacerle ver que recordaba aún el infausto incidente del mediodía y que estaba convencido de que había estado bebiendo.

Henchard no dijo nada; reculando, cerró la trampilla de la escalera y le dio varias patadas hasta que quedó bien encajada en el marco; luego se volvió hacia el perplejo joven, que ya había observado que uno de sus brazos estaba atado al costado.

-Ahora -dijo Henchard tranquilamente- ya estamos solos, cara a cara, hombre a hombre. Su dinero y su elegante mujer ya no lo encumbran por encima de mí como hace unas horas, y mi pobreza no me empuja a rebajarme.

-¿Qué significa todo esto? -preguntó Farfrae simplemente.

-Espere un poco, amigo. Debería haber pensado mejor lo de ofender brutalmente a un hombre que no tiene nada que perder. Yo he aguantado su rivalidad con temeridad y sus desdenes con humildad; pero sus empellones me han degradado, y eso no lo soportaré. Farfrae se calentó un poco al oír aquello.

-A usted no se le había perdido nada allí -dijo.

-Tanto o más que a cualquiera de los allí presentes. ¡Cómo se atreve un mocoso petulante como usted decirle a un hombre de mi edad que no se le ha perdido nada allí! -La vena de la ira se le había hinchado en la frente mientras dijo aquello.

- Usted insultó a la realeza, Henchard; y era mi obligación, como magistrado principal, impedírselo.

-¡Al diablo la realeza! -exclamó Henchard-. Puestos a eso, yo soy mejor súbdito que usted.

- No he venido aquí para discutir. Espere a enfriarse un poco y verá las cosas de la misma manera que yo

-Tal vez sea usted el que se enfríe primero. Y para siempre -dijo Henchard con tono funesto-. Muy bien, le diré de qué va el asunto. Aquí estamos los dos, en esta planta cuadrada, para concluir esa pequeña pelea que inició usted esta mañana. Ahí está la puerta, a cuarenta pies del suelo. Uno de nosotros arrojará al otro por esa puerta. Y el que gane se quedará

Librodot

dentro; puede bajar luego y dar la alarma diciendo que el otro ha caído por accidente, o contar la verdad si quiere. Como yo soy más fuerte, me he atado un brazo para no salir con ventaja. ¿Entendido? Así que ¡en guardia!

Farfrae no tuvo tiempo para otra cosa que no fuera hacer frente a Henchard pues éste había arremetido ya contra él. Era una pelea en toda regla; el objetivo de cada cual era conseguir que el adversario cayera de espaldas, y, por parte de Henchard, naturalmente, que fuera por la abertura.

Con su única mano libre, la derecha, Henchard agarró con fuerza el lado izquierdo del cuello de la chaqueta de Farfrae, el cual hizo lo propio con el de Henchard sirviéndose de la mano contraria. Con la derecha se esforzaba por agarrarle el brazo izquierdo, pero no podía conseguirlo porque Henchard lo escondía hábilmente detrás, mientras miraba a los ojos bajos de su rubio y delgado adversario.

Henchard avanzó un pie, y Farfrae hizo lo mismo. Hasta aquí la pelea se parecía bastante a las que se veían por aquellas latitudes. Estuvieron varios minutos sacudiéndose y retorciéndose como árboles en medio de una tormenta, aunque en medio del más absoluto silencio. Luego se les empezó a oír jadear. Después Farfrae trató de agarrar la otra parte del cuello de la chaqueta de Henchard, pero apenas pudo porque el hombre más corpulento empleaba todas sus fuerzas para impedirlo. Aquella parte de la pelea acabó con Farfrae arrodillado por la fuerte presión de uno de los musculosos brazos de Henchard. Sin embargo, impedido como estaba, no pudo mantenerlo en aquella posición y Farfrae volvió a incorporarse, con lo que la pelea siguió como antes.

Con un movimiento brusco, Henchard llevó a Donald de forma peligrosa al borde del precipicio; viendo su posición, el escocés se arrimó por primera vez contra su adversario, y todos los esfuerzos de aquel enfurecido príncipe de las tinieblas -como podría habérsele calificado por el aspecto que tenía ahora- fueron insuficientes para levantar a Farfrae o desprenderse de él. Finalmente lo consiguió con un esfuerzo sobrehumano, pero sólo cuando los dos se encontraban de nuevo lejos de la fatídica puerta. Henchard consiguió que Farfrae diera una voltereta completa. De haber tenido libre el otro brazo, habría podido hacerlo rodar por el vacío. Pero Farfrae volvió a incorporarse y logró retorcer el brazo libre de su contrincante, causándole un gran dolor, visible en las muecas de su cara. El de mayor edad propinó al más joven un tremendo caderazo y, aprovechando el impulso, lo empujó hacia la puerta sin soltarlo hasta que la cabellera rubia de Farfrae y uno de sus brazos quedaron colgando en el vacío.

-Y ahora -dijo Henchard entre sus jadeos-, éste es el final de lo que empezó esta mañana. Su vida está en mis manos.

-Pues tómela, entonces. Tómela -dijo Farfrae-. Hace tiempo que la buscaba, ¿no? Pues ya la tiene.

Henchard lo miró en silencio, y sus ojos se encontraron.

-¡Oh, Farfrae, eso no es cierto! -dijo amargamente-. Pongo a Dios por testigo de que ningún otro hombre le ha profesado mayor afecto que yo. Pero, ahora, aunque subí aquí a matarlo, no puedo hacerle daño. Vaya a denunciarme si quiere. Haga lo que quiera. No me importa lo que pueda pasarme.

Se retiró al fondo, se desató el brazo y se desplomó sobre unos sacos del rincón, presa del remordimiento. Farfrae lo miró en silencio, se dirigió a la trampilla e inició el descenso. Henchard lo habría llamado de buena gana, pero su lengua le falló en aquel momento, y los pasos del joven se fueron apagando.

Henchard se sintió embargado de vergüenza y de un fuerte sentimiento de culpabilidad. Se agolparon en su pensamiento escenas de sus primeros tiempos con Farfrae, aquéllos en los que su curiosa mezcla de espíritu romántico y pragmático lo había seducido hasta el punto de poder tocar en él como en un instrumento de música. Se quedó tan anonadado que permaneció sobre los sacos acurrucado en una postura inhabitual en un hombre, y sobre todo en un hombre como él; lo que tenía de femenina sentaba

trágicamente a la figura de un varón tan implacable. Oyó una conversación abajo, la apertura de la puerta de la cochera y el enganche de un caballo; pero no prestó especial atención.

Así permaneció hasta que las delgadas sombras se convirtieron en una oscuridad espesa y opaca, y la puerta de la nave en un rectángulo de luz gris, la única forma visible en los alrededores. Finalmente se levantó, se sacudió el polvo de la ropa con gesto cansado y fue bajando a tientas las escaleras hasta llegar al patio.

«Hubo un tiempo en que tuvo una buena opinión de mí -iba murmurando-. Ahora me odiará y me despreciará irremediablemente.»

Se apoderó de él un deseo obsesivo de ver de nuevo a Farfrae aquella noche y, mediante algunas súplicas desesperadas, intentar el casi imposible objetivo de arrancarle su absolución de aquel intempestivo y loco ataque. Pero, mientras avanzaba hacia su puerta, recordó lo que había ocurrido en el patio mientras él yacía arriba en una especie de estupor, sin prestarle la menor atención. Farfrae, recordó, se había acercado al establo para enganchar el caballo al calesín; entre tanto, Whittle le había llevado una carta; Farfrae le había dicho entonces que no iría a Budmouth tal y como había planeado, pues le habían pedido inesperadamente que fuera a Weatherbury, y de camino pensaba pasarse por Mellstock, lugar que quedaba a una o dos millas solamente de su itinerario.

Sin duda había salido al patio para emprender un viaje sin sospechar ninguna clase de enemistad, y luego había partido (aunque con otro rumbo) sin decir palabra a nadie sobre lo ocurrido en el granero.

Por lo tanto, era inútil ir a casa de Farfrae hasta varias horas después.

No había más remedio que esperar su regreso, aunque esperar suponía toda una tortura para su alma inquieta y culpable. Se fue a pasear por las calles y barrios de la ciudad, deteniéndose aquí y allí, hasta que alcanzó el puente de piedra del que se ha hablado antes, lugar que él visitaba con frecuencia en esa época. Allí pasó un buen rato oyendo el murmullo de las aguas de la presa y vislumbrando a media distancia las luces de Casterbridge.

Mientras seguía indolentemente apoyado sobre el parapeto, llamaron su atención unos sonidos poco habituales. Era una confusión de ruidos rítmicos, a los que las calles, al multiplicar sus ecos, añadían una confusión mayor. Su primer pensamiento indiferente -que aquellos ruidos estridentes provenían de la banda municipal, dispuesta a redondear un día memorable con una explosión de armonías vespertinas- se vio contradicho por ciertas peculiaridades de reverberación. Pero, inexplicablemente, no prestó mucha atención; su sensación de degradación era demasiado fuerte para admitir ideas de otro género, y volvió a apoyarse sobre el parapeto, como antes.

Librodot

X X X I X

Al bajar Farfrae de la última planta, jadeante tras su encuentro con Henchard, hizo una pausa en la planta baja para recuperar el aliento. Salió al patio con la intención de enganchar él mismo el caballo al calesín (todos los mozos tenían el día libre) para dirigirse a una aldea situada en la carretera de Budmouth. A pesar de la terrible pelea, decidió seguir con su viaje con objeto de recuperarse antes de volver a entrar a casa y encontrarse con los ojos de Lucetta. Quería considerar lo que debía hacer en un caso tan serio.

Cuando estaba a punto de salir, Whittle le entregó una carta con la dirección mal escrita, y con la palabra «urgente» en el sobre. Al abrirlo, se sorprendió al ver que no iba firmada. Contenía la escueta petición de que se pasara por Weatherbury aquella misma noche con relación a cierto negocio que allí tenía entre manos. Farfrae no conocía ninguna razón por la que aquel negocio pudiera calificarse de urgente, pero, como tenía ganas de salir, cedió a la petición anónima, considerando además que tenía que hacer una visita a Mellstock, que le cogía de paso. Así pues, informó a Whittle de su cambio de rumbo, información que llegó a oídos de Henchard, y emprendió la marcha. Farfrae no había dicho a su empleado que llevara el mensaje dentro de la casa, y era de suponer que Whittle no iba a llevarlo por iniciativa propia.

La carta anónima era un ardid bien intencionado pero torpe de Longways y otros jornaleros de Farfrae para que estuviera fuera aquella noche y frustrar así la grotesca mojiganga en caso de que se llevara a cabo. De haberle informado puntualmente del caso, habría caído sobre sus cabezas la venganza de sus camaradas, que disfrutaban con aquellos antiguos alborotos; y por ello el plan de enviar una carta les pareció, por indirecto, el más recomendable.

Respecto a la pobre Lucetta, no tomaron ninguna medida de protección, creyendo, como creía la mayoría, que era la principal responsable de aquel escándalo y que, por tanto, debía aguantar el chaparrón como pudiera.

Eran alrededor de las ocho, y Lucetta estaba sentada sola en el salón. Hacía más de media hora que había caído la noche, pero ella no había encendido las velas, pues, cuando Farfrae estaba fuera, prefería esperarlo a la luz de la lumbre, y, si no hacía demasiado frío, mantener la ventana de guillotina un poco abierta para oír cuanto antes el ruido de sus talones. Estaba cómodamente sentada, de mejor humor de lo que acostumbraba desde que era una mujer casada. La jornada había sido un éxito rotundo; y la inquietud temporal producida por el bochornoso número de Henchard había desaparecido con la mansa desaparición de éste ante los reproches de su marido. Las pruebas testimoniales de su absurda pasión por Henchard, y sus consecuencias, estaban ya destruidas, y ahora ya no tenía ninguna razón de peso para temer nada.

Aquella ensoñación, en la que se mezclaban este y otros temas, se vio perturbada por una zaragata lejana, que iba aumentando por momentos. Al principio no se sorprendió demasiado, pues aquella velada la había dedicado a la diversión la mayoría de la gente desde la visita del séquito real. Pero su atención se vio en seguida atraída por la voz de una criada de la casa contigua, que hablaba desde una ventana a alguna otra criada apostada en un piso más elevado de otra casa de enfrente.

-¿Por dónde van ahora? -preguntó la primera con interés.

-No te lo puedo asegurar ahora mismo -dijo la segunda-, porque me estorba la chimenea de la cervecería. Ah, sí, ya los veo. Caramba, caramba.

-¿Qué ves, qué ves? -dijo la primera, con redoblado interés.

-Al final van a pasar por Corn Street. Vienen sentados, espalda contra espalda.

-¿Qué? ¿Llevan dos monigotes?

-Sí. En un barro, espalda contra espalda, y atados codo con codo. Ella mira adelante, y él atrás.

-¿Representaban a alguien en particular?

-No sé. Quién sabe. El hombre lleva una chaqueta azul y polainas de cachemira; tiene bigote negro y la cara encarnada. Es un monigote con una careta.

El barullo aumentó de pronto, pero luego disminuyó.

-Vaya. Al final no lo voy a ver -gritó decepcionada la primera criada.

-Han pasado un momento a una bocacalle -dijo la que ocupaba la posición envidiable de un ático-. Ahora, ahora sí los tengo a tiro.

-¿Cómo es la mujer? Dímelo, y en seguida te diré si es en la que estoy pensando.

-¡Caramba! Va vestida igual que ella cuando estuvo sentada en primera fila esta mañana viendo la actuación de los comediantes delante de la fachada del Ayuntamiento.

Lucetta se puso en pie de un salto; y casi en ese mismo instante se abrió suave pero rápidamente la puerta de la habitación. Elizabeth-Jane avanzó hasta la luz de la chimenea.

-Vengo a verla urgentemente -dijo jadeando-. No he llamado a la puerta. Perdóneme. Veo que no ha cerrado los postigos, y que la ventana está abierta.

Sin esperar la respuesta de Lucetta, salió disparada hacia la ventana y cerró uno de los postigos. Lucetta se deslizó hacia su lado.

-Chist. Déjelo así -dijo en tono imperioso y con la voz seca mientras cogía la mano de Elizabeth-Jane y levantaba un dedo. Su conversación fue tan en voz baja y tan rápida que no perdió una sola palabra de las que se dijeron fuera, que eran las siguientes:

-Lleva el cuello descubierto, el pelo con trenzas y la peineta del moño en su sitio; vestido de seda color canela, medias blancas y zapatos de color.

De nuevo Elizabeth-Jane trató de cerrar la ventana, pero Lucetta la detuvo con mayor fuerza todavía.

-¡Soy yo! -dijo con el rostro pálido como la muerte-. ¡Una procesión, un escándalo con mi efigie y la suya!

La mirada de Elizabeth delataba que ella ya estaba enterada.

-Vamos a cerrar del todo -le imploró Elizabeth-Jane, advirtiendo que la espantosa rigidez de los rasgos de Lucetta iba aumentando conforme se aproximaba el ruido y las risotadas.

-¡Para qué sirve cerrar, si él lo va a ver! -se desgañitó-. Donald lo va a ver. justo a esta hora iba a volver a casa, y esto le va a romper el corazón. ¡Nunca volverá a amarme, y eso será mi muerte!

Elizabeth-Jane estaba fuera de sí:

-¿Pero es que no se puede hacer nada para parar eso? -gritó-. ¿No hay nadie que lo pueda parar, nadie?

Abandonó las manos de Lucetta y corrió a la puerta. Lucetta, al grito de «¡Quiero verlo!», volvió a la ventana, subió la guillotina hasta arriba y salió al balcón. Elizabeth la siguió y la rodeó con su brazo para hacerla entrar. Los ojos de Lucetta estaban fijos en aquel desfile brujeril que ahora avanzaba a paso ligero. Las luces que rodeaban ambas efigies les prestaban una claridad fantasmagórica; era imposible no adivinar a qué pareja real simbolizaban.

-Venga adentro, por favor -le imploró Elizabeth-, y déjeme cerrar la ventana.

-Soy yo. Soy yo. Incluso mi sombrilla. Mi sombrilla verde -gritaba Lucetta con atroces carcajadas mientras entraba. Se quedó inmóvil unos segundos y luego cayó al suelo sin conocimiento.

La burda música de la cencerrada cesó así en el instante mismo de su desplome. Las risotadas sarcásticas se fueron convirtiendo en rumores, y las pisadas se fueron apagando como el murmullo de un viento exangüe. Elizabeth percibió todo aquello de manera semiconsciente; tocó la campana y se inclinó sobre Lucetta, que se convulsionaba sobre la alfombra en medio del paroxismo de un ataque epiléptico. Tocó varias veces más, pero en vano. Era harto probable que la servidumbre hubiera salido a la calle a ver más de cerca aquel demoníaco aquelarre.

Por fin apareció un mozo de Farfrae, que había permanecido boquiabierto en el escalón de la puerta; luego la cocinera. Los postigos que Elizabeth había entornado precipitadamente se cerraron por completo; se encendió una vela, Lucetta fue conducida a su habitación, y el mozo fue a buscar a un médico. Mientras Elizabeth desvestía a Lucetta, ésta recobró el conocimiento; pero, en cuanto recordó lo ocurrido, sufrió un nuevo ataque.

El médico llegó con extraordinaria prontitud; estaba en la puerta de su casa preguntándose, como otros, qué podía significar aquella escandalera. Tan pronto como vio a la desgraciada paciente, dijo, en contestación a la muda pregunta de Elizabeth:

-Es grave.

-No es más que un ataque -dijo Elizabeth.

-Sí. Pero, en su actual estado de salud, un ataque es muy peligroso. Deben buscar ahora mismo al señor Farfrae. ¿Dónde está?

-Ha ido a una aldea, señor -dijo la criada-, cerca de la carretera de Budmouth. Es probable que llegue pronto.

-No importa. Hay que ir a buscarlo en seguida por si no se diera prisa. -El médico volvió a la cabecera de la enferma. El mensajero salió disparado, y se pudieron oír sus pasos apresurados a través del patio.

Entretanto, el señor Benjamin Grower, el eminente burgués de quien ya se ha hecho mención, al oír desde su casa de la calle principal aquel estrépito de cuchillos de carnicero, tenazas, panderos, violines de tres cuerdas, liras célticas, cornamusas desafinadas, serpentones, cuernos y otros géneros de música histórica, se caló el sombrero y salió a enterarse de lo que sucedía. Llegó a la esquina anterior a la casa de Farfrae y adivinó en seguida de qué se trataba, pues, al ser natural de la ciudad, ya había asistido antes a algunas de estas algaradas. Su primera medida fue ir en busca de los guardias; había en la ciudad dos guardias medrosos a los que encontró por fin escondidos en un callejón más amedrentados que de costumbre, pues temían, no sin fundamento, que se les tratase con malos modos en caso de ser vistos.

-¿Qué podemos hacer dos pobres tullidos contra semejante recua de amotinados? -replicó Stubberd en respuesta a las reconvenciones del señor Grower-. Sería tentarlos a cometer felo *de se*[1] sobre nosotros, lo que entrañaría la muerte para el perpetrador; y nosotros no deseamos causar la muerte de nadie.

-Pues vayan entonces a buscar ayuda. Vamos, yo les acompaño. Veremos lo que pueden hacer unas palabras autoritarias. Vamos deprisa. ¿Tienen sus porras?

-Al ser tan pocos, no quisimos que nos vieran como agentes del orden, señor; así que metimos nuestras porras reglamentarias en este canalón, señor.

-¡Pues sacadlas de ahí y vamos de una vez, por el amor de Dios! ¡Ah! Señor Blowbody, qué suerte que ande por aquí (Blowbody era el tercero de los tres magistrados del municipio).

-Y bien, ¿a qué se debe toda esa escandalera? -dijo Blowbody-. ¿Han cogido sus nombres?

-No. Y ahora -dijo Grower a uno de los guardias- usted vaya con el señor Blowbody rodeando por Old Walk hasta la calle, y yo iré con Stubberd por aquí, todo derecho. Con este plan los tendremos rodeados. Coged solamente los nombres. No los ataquen ni los interrumpan.

Y eso hicieron. Pero mientras Stubberd avanzaba con el señor Grower hacia Corn Street, de donde venía el ruido, se sorprendieron al constatar que no había ninguna marcha. Pasaron por delante de la casa de Farfrae y miraron hasta el final de la calle. Las llamas de los faroles parpadeaban, los árboles del Walk susurraban y se veía a unos cuantos ociosos con las manos en los bolsillos. Todo era como de costumbre.

[1] Conducta suicida *(N. del T)*

Librodot

-¿No han visto a un batiburrillo de gente que iba alborotando? -dijo Grower con tono autoritario a uno de los ociosos que llevaba una chaqueta de fustán, unas correas alrededor de las rodillas y una pipa corta en la boca.

-¿Cómo dice, señor? -preguntó con tono obsequioso la persona interpelada, que no era otra que Charl, del Dedo de Pedro. El señor Grower repitió las palabras.

Charl meneó la cabeza expresando la más completa ignorancia infantil.

-No. No hemos visto nada. ¿Verdad, Joe? Y tú estabas aquí antes que yo.

Joseph contestó con la misma expresión de perplejidad.

-Hum. Qué curioso -dijo el señor Grower-. Ah, ahí viene un hombre respetable al que conozco de vista. -La silueta que se aproximaba no era otra que la de Jopp-. ¿Ha visto usted por casualidad a una panda de individuos haciendo un ruido endiablado, una cencerrada o algo así?

-Ah, no. Nada, señor -contestó Jopp como si le hubieran hecho una pregunta extravagante-. Pero esta noche me he movido poco, así que tal vez en...

-Oh, era justo aquí. Justo aquí -dijo el magistrado.

-Ahora que lo dice, he notado que el viento produce esta noche un murmullo peculiar en los árboles del Walk, un poco más poético que de costumbre, señor. Tal vez se refiera a eso -sugirió Jopp mientras volvía a meter la mano en el bolsillo de su abrigo, desde donde sostenía hábilmente unas tenazas de cocina y un cuerno, que se había metido por dentro del chaleco.

-No, no. ¿Acaso me toma por un imbécil? Guardia, vamos por ahí. Deben haber seguido por esa bocacalle. Sin embargo, no pudieron ver a los alborotadores ni en aquella bocacalle ni en la calle principal. Blowbody y el segundo guardia, que asomaban por allí, trajeron las mismas noticias. Efigies, burro, linternas, banda..., todo había desaparecido, como la caterva de *Como*[2].

-Sólo nos queda una cosa -dijo el señor Grower-. Buscar a una docena de voluntarios, dispuestos a ir todos en grupo a Mixen Lane y al Dedo de Pedro. Mucho me equivoco si no encontramos allí una pista de los autores.

Aquellos carcamales guardianes de la ley buscaron ayuda con la mayor rapidez posible, y el grupo entero desfiló hasta el malfamado callejón. No le resultó nada fácil llegar hasta allí en plena noche, al no haber farol ni alumbrado de ningún tipo que iluminara el camino, salvo alguna claridad ocasional proveniente de una ventana o puerta entreabierta con el fin de dar salida al humo de la chimenea. Al final llegaron a la posada y, tras un prolongado y fuerte aporreo, proporcional a la importancia de su visita, hicieron su entrada por la puerta principal.

En los bancos del interior, sujetos al techo con cuerdas para asegurar su estabilidad, un grupo de parroquianos estaba bebiendo y fumando en actitud hierática. La posadera miró a los invasores con aire sosegado.

-Buenas noches, caballeros -les deseó con acento sincero-. Hay espacio de sobra. Espero que no ocurra nada malo.

Los intrusos miraron en derredor.

-Juraría que a usted lo he visto no hace mucho en Corn Street -dijo Stubberd a uno de los presentes-. ¿No ha estado usted hablando con el señor Grower?

El hombre, que no era otro que Charl, sacudió la cabeza con aire ausente.

-Llevo aquí por lo menos una hora, ¿no es cierto, Nance? -dijo a una mujer que bebía su cerveza con aire meditativo junto a él.

[2] En el drama pastoril Como (1634) de John Milton, el mago Como, hijo de Circe y Baco, vive en una selva de Gales con un séquito de monstruos y animales, que es finalmente destruido gracias a la magia de un espíritu vigilante. *(N. del E.)*

Librodot

-A fe que sí. Cuando llegué para tomar tranquilamente mi media pinta de todas las noches tú ya estabas aquí, como todos los demás.

El otro guardia, que se hallaba frente al reloj, vio reflejado en su cristal un movimiento furtivo. Volviéndose bruscamente, sorprendió a la posadera cerrando la puerta del horno.

-¿Le pasa algo raro a ese horno, señora? -señaló avanzando, abriéndolo y sacando una pandereta.

-Ah -dijo ella con tono de disculpa- Esto lo guardamos aquí para utilizarlo cuando hay un poco de baile tranquilo. Como puede ver, el tiempo húmedo la estropea, y se me ha ocurrido meterla aquí para que se seque un poco.

El guardia asintió con la cabeza como si supiera algo; pero en realidad no sabía nada. No hubo manera de sacar nada a aquella parroquia muda e inofensiva. Unos minutos después, los pesquisidores salieron y, uniéndose a sus ayudantes, que se habían quedado fuera, marcharon a otra parte.

X L

Unas horas antes, Henchard, cansado de rumiar en el puente, había vuelto a dirigir sus pasos hacia el centro de la ciudad. Al embocar una calle, vio salir una procesión de un callejón más arriba. Las linternas, los cuernos y la muchedumbre lo sobresaltaron. Al ver los monigotes montados en un burro comprendió de qué se trataba.

La cuadrilla atravesó la calle, enfiló otra y desapareció. Henchard retrocedió unos pasos sumido en graves reflexiones y decidió finalmente volver a casa por el sendero que bordeaba el río. Pero, incapaz de encontrar sosiego, fue a la casa donde se hospedaba su hijastra, donde le dijeron que ésta había ido a casa de la señora Farfrae. Como obedeciendo a un embrujo, y presa de una aprensión indefinible, siguió la misma dirección, esperando encontrarla por la calle ahora que los alborotadores se habían esfumado. Al no conseguirlo, dio el más suave de los tirones a la campana de la puerta, donde lo informaron de lo ocurrido, así como de la orden del médico de llamar urgentemente a Farfrae, cosa que habían hecho enviando a un mozo a buscarlo a la carretera de Budmouth.

-¡Pero si ha ido a Mellstock y a Weatherbury! -exclamó Henchard, ahora indeciblemente preocupado-. ¡No ha cogido la carretera de Budmouth, ni mucho menos!

Pero, ay, Henchard había perdido toda credibilidad. Nadie le creyó, pues sus palabras sonaban a expresiones fútiles e irreflexivas. Aunque la vida de Lucetta parecía depender en aquel momento del regreso de su marido, no mandaron ningún mensajero a Weatherbury. Henchard, en un estado de amarga ansiedad y contrición, decidió ir a buscarlo personalmente.

A este fin salió de la ciudad precipitadamente, corrió por la carretera del este allende el páramo de Durnover, subió una colina situada más allá y siguió corriendo en la moderada oscuridad de aquella noche de primavera hasta llegar a una segunda y casi a una tercera colina, a unas tres millas de distancia. En Yalbury Botton -o Yalbury Plain-, al pie de la colina, se detuvo a escuchar. Al principio no oyó más que los latidos de su corazón, junto al suave suspiro del viento entre las masas de piceas y alerces del bosque de Yalbury, que cubrían las alturas a cada lado; pero de repente le llegó el ruido de unas ruedas ligeras que afilaban sus llantas contra los tramos de la carretera recién adoquinados, acompañado del distante resplandor de las luces.

Supo que era el calesín de Farfrae bajando la colina, pues el vehículo había sido de su propiedad hasta que lo comprara el escocés en la subasta de sus bienes. Henchard volvió sobre sus pasos por Yalbury Plain, pues el calesín había reducido velocidad al pasar entre dos campos sembrados.

Se encontraba en el punto donde la carretera se bifurcaba en dirección a Mellstock. Si Farfrae tomaba aquella dirección, como parecía ser su intención, probablemente retrasaría su regreso un par de horas. Pronto se vio que persistía en aquella intención, pues la luz viró hacia Cuckoo Lane, el mencionado desvío. El faro del calesín alumbró la cara de Henchard, lo que permitió a Farfrae distinguir a la mismísima persona con la que había peleado unas horas antes.

-¡Farfrae! ¡Señor Farfrae! -gritó Henchard jadeando, levantando la mano.

Farfrae dejó que el caballo embocara un poco el desvío antes de deternerse. Luego tiró de las riendas y, como si se dirigiera a un enemigo declarado, dijo por encima de los hombros:

-¿Sí?

-¡Vuelva en seguida a Casterbridge! -grió Henchard-. Ha ocurrido algo grave en su casa que exige su presencia inmediata. He venido corriendo hasta aquí para darle la noticia.

Farfrae permaneció silencioso, y su silencio hizo que a Henchard se le cayera el alma a los pies. ¿Por qué antes de aquello no había pensado en lo que era tan evidente? El, que, cuatro horas antes, lo había incitado a librar una lucha a muerte, estaba ahora, en la oscuridad de la noche, en una carretera solitaria invitándolo a volver por un camino

Librodot

particular, donde podrían asaltarlo sus cómplices, en vez de proseguir por el camino planeado, donde tenía menos riesgo de ser asaltado. Henchard casi vio el discurrir de aquellos pensamientos por la mente de Farfrae.

-Tengo que ir a Mellstock -dijo Farfrae fríamente mientras aflojaba las riendas para proseguir.

-Pero el asunto es más serio que su negocio de Mellstock -imploró Henchard-. Es su esposa. Está enferma. Le contaré más detalles en el camino de vuelta.

La agitación y brusquedad de Henchard aumentaron la sospecha de Farfrae de que se trataba de un ardid para llevarlo al bosque próximo, donde Henchard podría haber tramado llevar a cabo lo que, por prudencia o por falta de coraje, no había podido consumar unas horas antes. Farfrae arreó al caballo.

-Sé lo que está pensando -insistió Henchard corriendo tras él a la desesperada y viendo la imagen de villano sin escrúpulos que se había forjado a los ojos de su antiguo amigo-, pero no soy como usted piensa -se desgañitó-. Créame, Farfrae, he venido sólo por usted y por su mujer. Su mujer está en peligro. No sé nada más; sólo que quieren que vuelva usted. Un mozo suyo ha ido a buscarlo por otra carretera equivocadamente. ¡Oh, Farfrae, créame, por favor! ¡Soy un desgraciado y un miserable, pero mi corazón sigue estando con usted!

Pero Farfrae desconfiaba de él enteramente. Sabía que su mujer estaba embarazada, pero la había dejado poco antes en perfecto estado; y la traición de Henchard era más creíble que su historia. En otro tiempo le había oído observaciones irónicas y amargas, y podía ahora perfectamente tratarse de una más. Aligeró, pues, el paso del caballo y no tardó en alcanzar el altozano que lo separaba de Mellstock, mientras la carrera azorada de Henchard parecía confirmarle que sus intenciones eran, en efecto, aviesas.

El calesín y su conductor se empequeñecieron contra el cielo; los esfuerzos de Henchard para ayudar a Farfrae habían sido vanos. Por aquel pecador arrepentido no iba a haber ninguna alegría en el cielo. Se maldijo como un Job menos escrupuloso, como un hombre vehemente que ha perdido el amor propio, último asidero del ánimo en medio de la pobreza y la desgracia. A aquella sima había bajado tras unos momentos de oscuridad emocional de la que el cercano bosque constituía una inadecuada ilustración. Inició el regreso por el mismo camino de la ida. En cualquier caso, no debía ser motivo de retraso para Farfrae encontrárselo de camino cuando regresara a casa.

Al llegar a Casterbridge, Henchard se acercó de nuevo a casa de Farfrae. Al abrirse la puerta, rostros de angustia se enfrentaron a él desde las escaleras, vestíbulo y rellano. Todos dijeron con el mismo acento de pesar y decepción:

-¡Ah! No es él.

Hacía bastante tiempo que el criado, al descubrir su error, había vuelto a la casa, por lo que todas las esperanzas estaban puestas en Henchard.

-Pero ¿no lo ha encontrado? -preguntó el médico.

-Sí... Pero no le puedo contar más -contestó Henchard, mientras se hundía en un sillón de la entrada-. No vendrá antes de dos horas.

-Hum -dijo el cirujano, volviendo a subir.

-¿Cómo está? -preguntó Henchard a Elizabeth, que formaba parte del grupo.

-Corre grave peligro, papá. Su ansiedad por ver a su marido puede resultar fatal. ¡Pobre mujer! Me temo que la han matado.

Henchard miró a su compasiva interlocutora durante unos instantes, como si la viera bajo una nueva luz; luego, sin más observaciones, salió en dirección a su solitario chamizo. Así acabaría la rivalidad con aquel hombre, pensó. La muerte se iba a llevar la ostra, y Farfrae y él se quedarían con la valva. Pero ¿y Elizabeth-Jane? En medio de su desolación la veía ahora como un pequeño destello de luz. Le había gustado la expresión de su rostro al contestarle desde las escaleras. Había notado afecto en él, y, lo que más necesitaba

Librodot

Henchard ahora era afecto simple y puro. Ella no era suya; pero, por primera vez, tuvo la vaga imaginación de que podría serlo..., si es que seguía amándolo.

Jopp se disponía a acostarse cuando llegó Henchard. Al oírlo entrar por la puerta, dijo:

-La salud de la señora Farfrae parece correr serio peligro.

-Sí -dijo Henchard secamente, sin sospechar en absoluto su complicidad en la arlequinada de la noche y levantando los ojos sólo lo suficiente para ver que el rostro de Jopp expresaba una gran preocupación.

-Ha venido alguien preguntando por usted -agregó Jopp cuando Henchard se disponía a encerrarse en su habitación-. Una especie de viajero o capitán de navío o algo así.

-Ah. No sé quién puede ser.

-Me ha parecido un hombre acomodado. Pelo gris y cara redonda; pero no ha dejado ni nombre ni recado alguno.

-Ni a mí me interesa tampoco lo más mínimo. -Dicho lo cual, Henchard cerró la puerta.

El desvío a Mellstock retrasó el regreso de Farfrae casi las dos horas que Henchard había calculado. Uno de los motivos urgentes para su inmediata presencia era que se necesitaba su autorización para llamar también al médico de Budmouth. Cuando regresó por fin, lamentó amargamente haber interpretado mal las palabras de Henchard.

Se despachó un mensajero a Budmouth, pese a lo avanzado de la noche, y el otro médico llegó de madrugada. Lucetta había mejorado bastante con la llegada de Donald, el cual raras veces, o nunca, abandonaba su cama; y cuando, inmediatamente después de su entrada, ella trató de susurrarle el secreto que oprimía su corazón, él la hizo callar por miedo a que hablar empeorara aún más su estado, asegurándole que ya habría tiempo de sobra para contarle lo que fuera.

Aún no se había enterado de lo de la cencerrada. La grave dolencia y el aborto sufridos por la señora Farfrae cundieron rápidamente por toda la ciudad. Los cabecillas de la cencerrada adivinaron la causa con aprensión y arrepentimiento, y el miedo impuso un silencio sepulcral sobre los detalles de la orgía; por su parte, los que rodeaban a Lucetta no se atrevieron a aumentar la pena de su marido aludiendo al asunto.

Qué, y cuánto, contó finalmente Lucetta a Farfrae acerca de sus antiguas relaciones con Henchard, solos en el desamparo de aquella noche triste, es algo difícil de saber. Que le contó la verdad sobre su pasada intimidad con el comerciante de granos resultó evidente por las propias declaraciones de Farfrae. Pero si, y en qué medida, le habló de otras cuestiones relativas a su conducta posterior -los motivos para venir a Casterbridge para unirse a Henchard, la presunta justificación para abandonarlo tras descubrir que había razones de peso para temerlo (aunque si lo había abandonado había sido más bien por haberse enamorado de un flechazo de otro hombre), el modo de reconciliar moralmente su boda con el otro cuando se hallaba comprometida en cierta medida con el primero...-, todo eso quedó en el exclusivo secreto de su marido

Además del sereno que cantó las horas y el tiempo en Casterbridge aquella noche, hubo una figura que recorrió Corn Street de cabo a rabo con no menor frecuencia. Fue la de Henchard, cuyo propósito de retirarse a descansar no tardó en revelarse vano: cada cierto tiempo iba a interesarse por el estado de la paciente. Lo hacía tanto por Farfrae como por Lucetta, y por Elizabeth-Jane aún más que por los otros dos. Tras haber perdido sucesivamente todas sus ilusiones, su vida parecía centrarse en la personalidad de su hijastra, cuya presencia apenas había soportado hasta hacía poco. Verla cada vez que iba a preguntar por la salud de Lucetta constituía un consuelo para él.

La última de sus visitas la hizo hacia las cuatro de la mañana, a la luz acerada de la aurora. Lucifer se estaba volviendo día por el páramo de Durnover, los gorriones estaban empezando a posarse en las calles, y las gallinas de los corrales habían empezado a

Librodot

cacarear. Vio que una criada abría la puerta suavemente y retiraba de la aldaba el trozo de tela que amortiguaba su ruido. Atravesó la calle. Los gorriones apenas levantaron el vuelo, pues a aquellas horas del día no temían la agresividad del hombre.

-¿Por qué retiráis la tela? -preguntó Henchard.

La sirvienta se volvió, ligeramente sobresaltada, y estuvo unos instantes sin contestar. Al reconocerlo, dijo:

-Porque ya pueden llamar todo lo fuerte que quieran: ella no volverá a oír más aldabonazos.

Librodot

X L I

Henchard volvió a su casa. Como el día ya había despuntado, encendió la lumbre y se sentó meditabundo frente a ella. Un buen rato después, oyó unas suaves pisadas acercarse a la casa; un dedo golpeó la puerta con timidez. El rostro de Henchard se iluminó, pues sabía que aquella manera de llamar era de Elizabeth. Esta entró en su habitación con el rostro pálido y triste.

-¿Se ha enterado? -preguntó-. La señora Farfrae. Ha muerto. Hace alrededor de una hora.

-Sí, me he enterado -contestó Henchard-. Hace poco que he venido de allí. Es muy amable de tu parte, Elizabeth, haber venido a decírmelo. Debes de estar muy cansada después de haber estado velando toda la noche. Quédate aquí conmigo esta mañana. Puedes ir a descansar a la otra habitación; ya te llamaré cuando esté preparado el desayuno.

Para darle gusto, y también a sí misma -pues su nueva amabilidad era causa de sorpresa y gratitud en medio de su vida solitaria-, hizo lo que le pedía y se echó en una especie de diván improvisado en la habitación contigua. Lo oyó preparar el desayuno; pero su pensamiento volvió rápidamente a Lucetta, cuya muerte en la flor de su vida, y en la alegre espera de la maternidad, le parecía una desgracia inenarrable. Sin embargo, cayó rápidamente dormida.

Entretanto, su padrastro había preparado el desayuno en la otra habitación; pero, al verla dormida, no la despertó. Esperó con la vista perdida en la lumbre y atento, como un ama de casa, a que el agua siguiera caliente, como si fuera un honor para él tener a su hijastra en casa. En efecto, se había producido un gran cambio: ahora abrigaba el sueño de un futuro iluminado por su presencia filial, como si sólo en eso pudiera residir la felicidad.

Se sobresaltó al oír otra llamada en la puerta, y se levantó a abrirla de mala gana, pues en aquellos momentos cualquier visita le parecía inoportuna. Ante él apareció un hombre recio, cuya figura y porte le parecieron extraños: una persona con experiencia cosmopolita podría haberlos denominado coloniales. Era el hombre que había entrado al Dedo de Pedro a preguntar el camino. Henchard movió la cabeza y lo miró con aire extrañado.

-Buenos días, buenos días -dijo el extranjero con profusa cordialidad-. ¿Es usted el señor Henchard?

-Sí, así me llamo.

-Así que lo he cogido en casa. Pues qué bien. La mañana es la hora de los negocios, no hay duda. ¿Puedo intercambiar unas palabras con usted?

-Sí, claro -contestó Henchard, dejándole pasar.

-Tal vez se acuerde de mí -dijo el visitante, mientras tomaba asiento.

Henchard lo observó con indiferencia y sacudió la cabeza.

-Bueno, tal vez no se acuerde. Mi apellido es Newson.

El rostro y los ojos de Henchard acusaron una agonía de muerte. El otro no lo percibió.

-Conozco bien ese nombre -dijo Henchard por fin, mirando el suelo.

-No lo dudo. Bien, el hecho es que llevo dos semanas buscándolo. Desembarqué en Havenpool y pasé por Casterbridge camino de Falmouth; al llegar a esta localidad, me dijeron que llevaba usted viviendo desde hacía varios años aquí. Así que volví, y hace apenas diez minutos que he llegado en la diligencia. «Vive abajo, junto al molino», me han dicho. Y aquí me tiene. Pues bien, mi visita está relacionada con aquella transacción que hicimos hace veinte años... Fue una cosa bastante curiosa. Yo era entonces más joven que ahora. En fin, tal vez cuanto menos hablemos de eso, mejor.

-¡Una transacción curiosa! Mucho peor que curiosa. No puedo ni siquiera concederle que sea yo el mismo hombre que vio usted entonces. Yo no estaba en mis cabales, y un hombre que no está en sus cabales no es el mismo.

Librodot

-Entonces éramos jóvenes e irreflexivos -dijo Newson-. Sin embargo, yo he venido a enmendar yerros más que a provocar discusiones. Pobre Susan... Qué experiencia tan extraña la suya...

-Desde luego...

-Era una mujer de gran corazón, muy sencillota. No era en absoluto lo que se dice astuta o sutil. Mejor que fuera así.

-Ya. No. No lo era.

-Como coincidirá usted probablemente conmigo, era lo bastante simple para creer que aquella venta tenía carácter vinculante. Era más inocente que una santa, y yo nunca vi nada malo en aquello.

-Sí. Lo pude comprobar personalmente -dijo Henchard, aún sin mirarlo a los ojos-. Ahí está lo que más me escuece. Si ella hubiera visto el fondo de las cosas, nunca me habría abandonado. Nunca. Pero ¿cómo iba ella a verlo? ¿Qué conocimientos tenía? Ninguno. Sólo sabía escribir su nombre.

-En fin, lo cierto es que no me sentí con ganas de abrirle los ojos sobre la validez de aquella transacción -dijo el antiguo marinero-. Yo creía, y no había demasiada vanidad en aquel pensamiento, que ella sería feliz conmigo. Fue relativamente feliz, y yo nunca la habría engañado hasta el día de su muerte. La hija de ustedes murió. Tuvo otra, y todo fue bien. Pero llegó un momento... Fíjese en lo que le digo: siempre llega un momento. Pues bien, llegó un momento (fue algo después de que ella, yo y la niña volviéramos de América) en que alguien a quien Susan había confiado su historia le dijo que mis derechos sobre ella eran una ridiculez, y se rió de la fe que tenía en ellos. Después de aquello ya no volvió a ser feliz conmigo. Se puso cada vez más triste, y no hacía más que penar y suspirar. Dijo que debía dejarme, pero nuestra hija era un problema. Luego un amigo me aconsejó cómo debía actuar, y lo obedecí, convencido de que era lo mejor. La dejé en Falmouth y me embarqué. Al llegar al otro lado del Atlántico, hubo una tormenta y se supuso que muchos de nosotros, incluido yo mismo, nos habíamos hundido en el mar. Pero yo conseguí llegar hasta las costas de Terranova, y luego me pregunté qué debía hacer. Como ya estoy aquí, aquí me quedaré, me dije; así le haré un favor, ahora que ya no me quiere; pues, me dije, mientras piense que los dos seguimos vivos, será desgraciada. Pero si me cree muerto, volverá a él, y la niña tendrá un hogar. Yo no volví a este país hasta hace un mes. Entonces me enteré de que, como había supuesto, había vuelto con usted, y mi hija con ella. En Falmouth me dijeron que Susan había muerto. Pero mi Elizabeth-Jane, ¿dónde está?

-También ha muerto -dijo Henchard con resolución-. ¿Cómo no se lo dijeron?

El marinero se sobresaltó y empezó a pasear por la habitación con aire compungido.

-¡Muerta! -dijo en voz baja-. Entonces, ¿para qué quiero mi dinero?

Henchard, sin contestar, sacudió la cabeza, como si la pregunta fuera para Newson y no para él.

-¿Dónde está enterrada? -preguntó el viajero.

-Junto a su madre -dijo Henchard en el mismo tono impasible.

-¿Cuándo murió?

-Hace año y pico -contestó el otro sin vacilar.

El marinero seguía de pie. Henchard no levantaba la mirada del suelo. Al final, dijo Newson:

-Así que mi viaje no ha servido para nada. Me puedo ir, entonces, igual que vine... Me lo tenía merecido... No lo molestaré más.

Henchard oyó los pasos de Newson por el piso enarenado, lo oyó alzar mecánicamente el pestillo, abrir y cerrar lentamente la puerta, movimientos naturales en un hombre frustrado y afligido; pero éste no volvió la cabeza. La sombra de Newson pasó por la ventana. Se había ido.

Luego, Henchard, dando apenas crédito al testimonio de sus sentidos, asombrado de lo que había hecho, se levantó de su silla. Había sido un impulso momentáneo. El reciente cariño que sentía por Elizabeth, la esperanza renacida en medio de su soledad de que fuera para él la hija que ella creía ser, y de la que él pudiera sentirse orgulloso, se había estimulado con la llegada inesperada de Newson y Henchard había llegado al punto de querer reservársela exclusivamente para él; de manera que la repentina perspectiva de perderla le había hecho contar mentiras absurdas e infantiles, burlándose por completo de las posibles consecuencias. Había esperado otras preguntas que lo acosaran y desenmascararan su embuste al instante; pero esas preguntas no llegaron. Aunque seguramente se las haría en otra ocasión. La partida de Newson podía no ser definitiva; se podría enterar en la ciudad y volver a maldecirlo y a llevarse el último tesoro que le quedaba...

Se puso rápidamente el sombrero y salió en la dirección que había tomado Newson. Pronto divisó su espalda en la carretera: al cruzar Bull-Stake, Henchard lo siguió; vio que su visitante se detenía en Las Armas del Rey, donde el coche de postas de la mañana que lo había traído estuvo esperando media hora el cruce con otro. El coche en el que había venido estaba ahora a punto de partir. Newson montó; subieron su equipaje y, unos minutos después, el vehículo desapareció con él dentro.

Ni siquiera volvió la cabeza. Fue un acto de pura fe en las palabras de Henchard, una fe tan absoluta que rayaba en lo sublime. El joven marinero que se había llevado a Susan en un arranque momentáneo, tras mirarla sólo unos segundos, seguía viviendo y actuando de la misma forma más de veinte años después: era este mismo viajero entrecano que había tomado las palabras de Henchard tan al pie de la letra que casi le había dado vergüenza a éste verlo partir.

¿Sería Elizabeth-Jane suya en virtud de aquel engaño impulsivo? «Lo más probable es que me dure poco tiempo», se dijo. Newson podría conversar con sus compañeros de diligencia, algunos de los cuales podían ser de Casterbridge, y su superchería quedaría al descubierto.

Esta probabilidad llevó a Henchard a atrincherarse en una actitud defensiva, y, en vez de considerar la mejor manera de reparar el entuerto, y dar a conocer inmediatamente la verdad al padre de Elizabeth, empezó a ponderar la mejor manera de mantener la situación que el azar había favorecido. Así, su afecto hacia la joven se volvió más exclusivo con aquel nuevo avatar, que ponía en jaque sus derechos sobre ella.

Miró en la distancia, esperando ver a Newson volver a pie, informado e indignado, a reclamar a su hija. Pero no apareció ninguna figura por la carretera. Posiblemente, embargado por la pena, no había hablado con nadie en la diligencia.

Su pena... ¿Qué pena podía sentir él al lado de la suya, si llegaba a perderla? El afecto de Newson, enfriado por los años, no podía compararse con el suyo, alimentado por la constante presencia de la joven. Con estos especiosos argumentos elucubraba su alma celosa para absolverse de la separación entre padre e hija.

Volvió a la casa, creyendo que Elizabeth se habría ido. Pero no: allí estaba, recién salida de su cuarto, con las marcas del sueño aún en los ojos pero con mucho mejor aspecto.

-¡Oh, papá! -dijo sonriendo-. En cuanto me eché, me quedé dormida, aunque creía que no me sería posible conciliar el sueño. Me pregunto por qué no habré soñado con la pobre señora Farfrae después de tanto pensar en ella; pero no. Qué extraño que a veces no soñemos con sucesos recientes que han absorbido por completo nuestro espíritu...

-Me alegro de que hayas podido dormir -dijo, cogiéndole la mano con ansiedad, lo que a ella pareció causarle una agradable sorpresa.

Se sentaron a desayunar, y los pensamientos de Elizabeth-Jane volvieron a Lucetta. Su tristeza añadía encanto a un semblante cuya belleza había residido siempre en su reflexiva sobriedad.

Librodot

-Papá -dijo en cuanto reparó en la comida desplegada ante ella-. Ha sido muy amable al preparar con sus manos este estupendo desayuno mientras yo dormía perezosamente.

-Lo hago todos los días -contestó-. Tú me abandonaste; todo el mundo me ha abandonado. ¿Cómo podría sobrevivir si no hago todas las cosas por mí mismo?

-Vive usted muy solo, ¿verdad?

-Por desgracia, hija mía..., hasta un grado que no te imaginas. Es culpa mía. Tú eres la única que se ha preocupado por mí y ha venido a verme durante muchas semanas. Y ya no vas a volver más.

-¿Por qué dice eso? Claro que volveré, si es que desea verme.

Henchard esbozó un gesto dubitativo. Aunque últimamente había tenido la esperanza de que Elizabeth-Jane volviera a vivir con él como hija, ahora no se atrevía a pedírselo. Newson podría aparecer en cualquier momento, y era mejor estar lejos de Elizabeth cuando ésta se enterara de algunas verdades.

Guando terminaron de desayunar, su padrastro aún vacilaba; hasta que llegó el momento en que Henchard solía ir a su trabajo cotidiano. Elizabeth se levantó y, asegurándole que volvería pronto, subió por la colina a la luz de la mañana.

«En este momento sus sentimientos hacia mí son tan cálidos como los míos hacia ella; ella vendría a vivir conmigo a este chamizo con sólo pedírselo. Sin embargo, antes de que anochezca probablemente haya vuelto Newson; y entonces ella me despreciará.»

Estas reflexiones, constantemente repetidas, lo acompañaron a todas partes a lo largo del día. Su estado de ánimo no era ya el de un desdichado rebelde, irónico y temerario, sino la plúmbea tristeza de quien ha perdido lo único que puede hacer su vida interesante, o mínimamente tolerable. Pronto no le quedaría nadie que se sintiera orgulloso de él, nadie que lo confortara, pues Elizabeth-Jane no tardaría en ser una extraña, o algo peor. Susan, Farfrae, Lucetta, Elizabeth..., uno tras otro, los había ido perdiendo a todos, bien por su culpa, bien por culpa del destino. Además, no sentía ningún interés o ilusión especial por la vida que pudiera ocupar su lugar. Si hubiera podido al menos refugiarse en la música, tal vez habría aguantado la mísera existencia que llevaba, pues la música producía una gran fascinación en él. El menor sonido de trompeta u órgano bastaba para conmoverlo, y las armonías elevadas lo transubstanciaban. Pero el duro destino había dispuesto que no pudiera invocar en su ayuda aquel divino espíritu. Todas las perspectivas que se le presentaban eran del color más negro. En lo sucesivo no podía sucederle nada; ya no esperaba nada. Y, sin embargo, en el curso natural de la vida, le podían quedar aún otros treinta o cuarenta años... para ser objeto de mofa, a lo sumo de lástima.

Este pensamiento le resultaba insoportable.

Al este de Casterbridge se extendían páramos y valles por los que corría mucha agua. Quien paseara por aquella dirección, si permanecía silencioso en un día de noche serena, podía oír sinfonías singulares que estas aguas interpretaban como una orquesta sin luz, las más distintas tonalidades tanto en las partes próximas como en las más alejadas del páramo. En el boquete de la presa ejecutaban un recitativo; donde un afluente caía por encima de un muro de piedra, un alegre trino; bajo un arco, un resonar de timbales metálicos; y en Durnover-Hole, un siseo. El lugar en el que más fuerte resonaba esta música acuática era en las denominadas «Diez Compuertas», por donde, durante las grandes avalanchas de primavera, se precipitaba una auténtica fuga de sonidos.

El río era allí profundo e impetuoso en todas las estaciones, motivo por el que las compuertas se elevaban y bajaban por un mecanismo de ruedas dentadas y un cabrestante. Un sendero conducía desde el segundo puente a estas compuertas atravesando la carretera principal (tan frecuentemente mencionada), y salvando la corriente por la cabecera a través de un estrecho puente de madera. Pero, después de

caer la noche, era difícil encontrar una presencia humana por aquí, pues el sendero llevaba sólo a un lugar llamado Blackwater, donde la corriente era muy profunda y el paso peligroso.

Sin embargo, Henchard, que había salido de la ciudad por la carretera del este, anduvo hasta el segundo puente, o puente de piedra, y desde allí enfiló este sendero solitario, siguiéndolo por la orilla hasta que las oscuras formas de las diez compuertas cortaron el brillo que arrojaba al río el débil resplandor que aún se vislumbraba por poniente. Unos segundos después se hallaba junto al boquete de la presa, donde el agua era más profunda. Miró hacia atrás y hacia adelante, y comprobó que no hubiera nadie a la vista. Se quitó la chaqueta y el sombrero y se arrimó al borde de la corriente con las manos cruzadas.

Mientras sus ojos estaban clavados en el agua, vieron algo que flotaba en el pozo circular que siglos de erosión habían formado; el pozo que él había escogido para servirle de lecho de muerte. Al principio no lo distinguió bien a causa de la sombra que proyectaba la orilla; pero luego fue emergiendo y tomando forma, la de un cuerpo humano completamente rígido sobre la superficie del agua.

La corriente circular originada por la compuerta central empujó aquella forma hacia adelante hasta que pasó bajo los ojos de Henchard. Luego éste descubrió, con una sensación de terror, que era él mismo. No alguien que se le pareciera, sino alguien en todos los aspectos igual a él... Su doble perfecto estaba flotando como muerto en el pozo de las Diez Compuertas.

La sensación de algo sobrenatural fue tan intensa en aquel hombre desdichado que se volvió como si hubiera sido testigo de un milagro aterrador. Se tapó los ojos e inclinó la cabeza. Sin volver a mirar a la corriente, cogió la chaqueta y el sombrero y se alejó lentamente.

Al poco tiempo se encontró junto a la puerta de su casa. Para su sorpresa, Elizabeth-Jane estaba allí; se le acercó, le dijo varias cosas y le llamó papá como antes. De modo que Newson no había vuelto.

-Me dio la impresión de que estaba usted muy triste esta mañana -dijo-, y he vuelto para ver cómo sigue. No es que yo esté precisamente alegre. Pero todo el mundo y todas las cosas parecen estar en su contra... Sé que debe de estar sufriendo mucho.

¡Cómo adivinaba las cosas aquella mujer! Sin embargo, no había adivinado todo el alcance de su angustia. Le dijo:

-¿Tú crees que aún existen milagros, Elizabeth? Yo no soy un hombre leído. Me gustaría conocer muchas cosas que ignoro. He tratado de leer y aprender toda mi vida, pero cuanto más me esfuerzo más ignorante me encuentro.

-No creo que haya milagros en nuestros días -dijo ella.

-¿No hay intervenciones cuando alguien tiene intenciones desesperadas, por ejemplo? Bueno, tal vez no, en sentido directo. Tal vez no. Pero... ¿por qué no vienes a dar un paseo conmigo para que veas mejor lo que quiero decir?

Elizabeth aceptó de buena gana, y él la llevó al otro lado de la carretera principal y por el sendero solitario hasta las Diez Compuertas. Caminaba lleno de inquietud, como si algún espectro, invisible para ella, rondara a su alrededor y perturbara su visión. A ella le habría gustado hablarle de Lucetta, pero temía molestarlo. Al acercarse a la presa, Henchard se detuvo y le pidió que avanzara sola y mirara al pozo, y le dijera luego lo que veía.

Elizabeth lo obedeció.

-Nada -le dijo al volver.

-Vuelve otra vez -dijo Henchard- y mira con más atención.

Ella se acercó al borde otra vez. A su regreso, al cabo de un rato, le dijo que veía algo flotando por allí, pero que no sabía lo que podía ser. Que le parecía un lío de ropa vieja.

-¿Se parece a la mía? -preguntó Henchard.

-Bueno, me parece que sí. Por favor, papá, ¿por qué no nos vamos de aquí?

-Ve a mirar otra vez y luego nos vamos a casa.

Elizabeth volvió y él la vio inclinarse hasta que su cabeza estuvo muy cerca del borde del pozo. Después de incorporarse, volvió a su lado.

-¿Y bien? -dijo Henchard-. ¿Qué has visto ahora?

-Vamos a casa.

-Pero dime antes qué es lo que flota allí.

-La efigie -dijo ella rápidamente-. Probablemente la tiraron al río entre los sauces de Blackwater cuando se vieron sorprendidos por la llegada de los magistrados; y ha debido llegar flotando hasta aquí abajo.

-¡Ah, claro, mi efigie! Pero ¿dónde está la otra? ¿Por qué sólo la mía? Ese espectáculo que han montado la ha matado a ella y a mí me ha dejado con vida.

Elizabeth-Jane pensó y pensó en aquellas palabras («y a mí me ha dejado con vida») mientras volvían sobre sus pasos hasta la ciudad, y al final adivinó el significado.

-Papá, ya no le dejaré más solo -exclamó-. ¿Puedo vivir con usted y cuidarle como hacía antes? No me importa que sea usted pobre. Me habría gustado venir esta misma mañana, pero usted no me lo pidió.

-¿Que si puedes venir a vivir conmigo? -gritó él amargamente-. Elizabeth, no te burles de mí. ¡Ojalá así fuera!

-Pues ya lo verá -dijo ella.

-¡Pero no puedes perdonarme la manera tan brusca en que te he tratado durante estos años!

-Ya lo he olvidado todo. No hablemos más de eso.

Hablaron sobre algunos detalles de su nueva vida en común y luego cada cual se fue a su casa. Henchard se afeitó por primera vez en muchos días, se puso ropa nueva y se peinó, y a partir de entonces fue como un hombre resucitado.

A la mañana siguiente, se confirmó lo que había dicho Elizabeth-Jane. La efigie de Henchard fue descubierta por un pastor, y la de Lucetta apareció un poco más arriba del río. Pero se habló lo menos posible de aquel asunto, y las figuras fueron destruidas en privado.

A pesar de la explicación natural del misterio, Henchard no dejó por ello de considerarlo como una intervención del más allá. Elizabeth-Jane le oyó decir: «¿Hay alguien más condenable que yo? Y, sin embargo, parezco estar en manos de Alguien».

Librodot

XLII

Pero el convencimiento de Henchard de estar en manos de Alguien empezó a diluirse a medida que se alejaba en el tiempo el acontecimiento que le había dado origen. La aparición de Newson lo mantenía en vilo constantemente. Estaba seguro de que volvería un día.

Sin embargo, Newson no volvió. A Lucetta la habían llevado en cortejo fúnebre hasta el camposanto. Casterbridge le había tributado sus últimos respetos antes de volver a la rutina de siempre, como si ella no hubiera vivido nunca allí. Elizabeth seguía convencida de ser hija de Henchard, y ahora compartía su hogar. Tal vez, después de todo, Newson se había marchado para siempre.

El desconsolado Farfrae se enteró con el tiempo de la causa inmediata de la enfermedad y muerte de Lucetta, y su primer impulso fue vengarse y precipitar todo el peso de la ley sobre los perpetradores de aquella fechoría. No obstante, decidió esperar hasta después del funeral para llevar a cabo sus propósitos. Llegado el momento, lo pensó mejor. A pesar de lo infausto del resultado, era evidente que en modo alguno había sido éste intencionado ni previsto por la caterva de individuos que lo habían organizado. Por lo que él suponía -pues no sabía nada del despecho de Jopp-, sólo los había animado la seductora perspectiva de sacar los colores a la persona que más mandaba en la ciudad -ese último y morboso consuelo que les queda a quienes se restriegan en el cieno-. Entraba en juego, además, otro tipo de consideraciones: Lucetta se lo había confesado todo antes de morir, y no convenía remover demasiado su pasado, tanto por ella como por Henchard y también por sí mismo. Le pareció que el mejor tributo a la memoria de la fallecida, así como la mejor filosofía, era considerar el suceso un accidente desafortunado.

Henchard y él trataban de evitarse en la medida de lo posible. Por deferencia a Elizabeth, el primero se había tragado su orgullo y había aceptado el pequeño negocio de simientes y raíces que algunos miembros del consistorio, encabezado por Farfrae, habían adquirido para darle una nueva oportunidad en los negocios. De haber afectado sólo a él, con toda seguridad habría rechazado aquella ayuda promovida, aunque de manera remota, por el hombre al que él asaltara tan vilmente un día. Pero el afecto de la muchacha le parecía necesario para seguir vivo; y, por mor de ella, el orgullo se revistió de humildad.

Allí se establecieron, pues; y cada día de sus vidas Henchard se anticipaba a los deseos de ella con una solicitud paterna intensificada por una especie de miedo celoso a la rivalidad. Sin embargo, ahora había pocos motivos para suponer que Newson pudiera volver a Casterbridge a reclamar a su hija. Era un nómada forastero, y casi extranjero. Hacía muchos años que no veía a su hija; su afecto por ella no podía ser muy grande según el curso normal de las cosas; otros intereses oscurecerían pronto probablemente los recuerdos que le quedaran de ella y le impedirían reanudar una investigación del pasado y descubrir que era aún una criatura del presente. Para acallar su conciencia de alguna manera, Henchard se repetía a menudo que la mentira que le había asegurado aquel codiciado tesoro no se había propuesto aquel objetivo, sino que había sido como la última palabra de desafío de un desesperado que no repara en ninguna consecuencia. Más aún, se decía que ningún Newson podría amarla como él la amaba, ni la cuidaría y mimaría hasta la muerte como él estaba dispuesto a hacer.

Y así vivieron en aquella tienda que daba al camposanto. Hasta el final de aquel año no ocurrió nada especialmente reseñable. Salían raras veces, y nunca en días de mercado; veían a Farfrae en ocasiones más raras todavía y sólo de manera pasajera en la distancia de la calle. Por su parte, éste proseguía con sus faenas habituales, sonriendo mecánicamente a sus colegas en los negocios y regateando con los vendedores, como acaban haciendo los hombres de luto después de cierto tiempo.

Librodot

«El tiempo, a su manera gris»[1], enseñó a Farfrae a valorar su experiencia con Lucetta. Hay hombres cuyos corazones persisten en una fidelidad tenaz a una imagen o causa que el azar les ha encomendado mucho tiempo después de que su juicio les haya hecho ver que no tienen nada de preciosas, e incluso más bien lo contrario; sin ellos, la lista de los hombres probos resultaría incompleta. Pero Farfrae no era de estos hombres. Era inevitable que la penetración, viveza y agilidad que lo caracterizaban lo sacarían pronto del callejón en que lo había colocado la pérdida de Lucetta. No podía por menos de percibir que, con su muerte, había cambiado una amenazadora desgracia por un pesar pasajero. Después de la revelación de su historia, la cual habría tenido que producirse tarde o temprano en el momento más inesperado, difícilmente se podía creer que la vida con ella hubiera conllevado felicidad perpetua.

Pero, a pesar de ello, la imagen de Lucetta seguía viva en él; sus flaquezas sólo suscitaban la crítica más suave y sus sufrimientos atenuaban la ira que sentía de cuando en cuando dentro de sí por todo cuanto le había ocultado.

Al final del año, el pequeño negocio de simientes y granos de Henchard, no mucho mayor que un aparador, había prosperado considerablemente, y padrastro e hijastra disfrutaban de una vida sosegada en el ameno y soleado rincón en que se hallaba emplazado. La Elizabeth-Jane de aquel período se caracterizó por una actitud tranquila que ocultaba una gran actividad interior. Daba largos paseos por el campo dos o tres veces por semana, casi siempre en dirección a Budmouth. Alguna vez Henchard notó que, cuando se sentaban juntos después de aquellos enérgicos paseos, Elizabeth se mostraba más cortés que afectuosa, cosa que lo entristecía especialmente: a las amarguras anteriores se añadía la de pensar que, con su severa censura, había congelado el precioso afecto que ella le había ofrecido al principio.

Ella era ahora dueña soberana de sus actos. Para ir y venir, para comprar y vender. Su palabra era ley.

-Tienes un manguito nuevo, Elizabeth -le dijo un día Henchard con bastante humildad.

-Sí. Me lo he comprado -contestó ella.

Volvió a mirar una mesa contigua, donde ella lo había dejado. Era de brillante piel marrón, y aunque él no entendía mucho de aquellas prendas, le pareció inhabitualmente lujosa.

-Ha costado bastante, ¿verdad, querida? -se aventuró a preguntarle.

-Un poco más de lo que había calculado -dijo ella tranquilamente-. Pero no es llamativo.

-Ah, no, claro -dijo el león domesticado, tratando de no ofenderla en lo más mínimo.

Algún tiempo después, con la llegada de una nueva primavera, se detuvo frente a su alcoba vacía una vez que pasaba por allí. Se acordó del día en que se había mudado de la hermosa casa de Corn Street por culpa de la rudeza con que la trataba, y en que él había mirado su habitación de la misma manera. Esta era mucho más humilde. Pero lo que más llamó su atención fue la abundancia de libros que había por doquier. Su número y calidad hacían que la endeble estantería que los soportaba pareciera absurdamente desproporcionada. Algunos, ciertamente muchos, debía haberlos adquirido recientemente; y, aunque él la animaba a comprar libros, dentro de unos límites razonables, le sorprendió aquella profusión en comparación con la modestia de sus ingresos. Por primera vez se sintió algo herido por lo que le pareció una muestra de despilfarro, y decidió decirle unas palabras; pero, antes de armarse del valor suficiente, ocurrió un hecho que hizo volar sus pensamientos en una dirección completamente opuesta.

[1] *Time, in his own gray style:* Shelly, *Epipsychidion* (1821), II, 55. *(N. del E.).*

Librodot

La época de mayor venta de semillas ya había pasado, y habían llegado las tranquilas semanas previas a la temporada del heno, que imprimía a Casterbridge un sello característico por el abarrotamiento de bieldos de madera, carros nuevos de color amarillo, verde y rojo, guadañas formidables y horcas con púas suficientes para ensartar a una familia no muy numerosa. Contrariamente a su costumbre, Henchard salió un sábado por la tarde rumbo a la plaza del mercado sintiendo que le gustaría pasar unos minutos por el lugar de sus antiguos triunfos. Farfrae, para quien seguía siendo casi un extraño, estaba unos peldaños más abajo de la puerta de la Bolsa de Cereales -lugar al que solía acudir a estas horas- y parecía estar pensando en algo que veía a cierta distancia.

Los ojos de Henchard siguieron los de Farfrae, y vieron que el objeto de su mirada no era ningún labriego exhibiendo muestras, sino su propia hijastra, que acababa de salir de una tienda situada al otro lado de la calle. Ella, por su parte, no se había dado cuenta de la atención del escocés, menos afortunada que las jóvenes cuyas plumas, como las del ave de Juno, se proveen de ojos de Argos siempre que hay posibles admiradores a la vista.

Henchard se alejó, pensando que tal vez no había nada importante, después de todo, en aquella mirada de Farfrae a Elizabeth-Jane. Sin embargo, no podía olvidar que el escocés había mostrado en otro tiempo un tierno interés por ella, aunque de índole fugaz. Rápidamente volvió a aflorar a la superficie ese rasgo de su idiosincrasia que había gobernado sus actos desde el principio y que lo había convertido en el hombre que fundamentalmente era. En vez de pensar que una unión entre su preciada hijastra y el emprendedor y próspero Donald podía ser bueno para ella y para sí mismo, se enfureció ante la sola posibilidad.

En otro tiempo, aquella instintiva aversión se habría concretado en una medida concreta. Pero ya no era el Henchard de antaño. Se había impuesto a sí mismo aceptar los deseos de Elizabeth Jane, en cualquier asunto que fuera, como un mandamiento inquebrantable. Temía que un comentario adverso pudiera hacerle perder la consideración que se había ganado tras meses de absoluta devoción, convencido de que era mejor conservar esta consideración estando ella lejos que despertar su antipatía teniéndola cerca.

Pero el simple pensamiento de esta separación enfebreció su espíritu, y por la noche dijo con una inquietud disfrazada de tranquilidad:

-Elizabeth, ¿has visto hoy al señor Farfrae?

Elizabeth-Jane se sobresaltó ante aquella pregunta, y contestó con cierta confusión:

-No.

-Ah. Bueno, bueno, no pasa nada... Es sólo que lo he visto en la calle cuando estábamos los dos allí.

Se preguntó si su turbación le confirmaba una nueva sospecha: que los largos paseos que daba últimamente, así como la cantidad de nuevos libros que tenía, tuvieran algo que ver con el escocés. Ella no lo sacó de dudas, y por temor a que el silencio pudiera perjudicar su actual cordialidad, cambió de tema de conversación.

Por temperamento, Henchard era el hombre menos dado a actuar furtivamente, para bien o para mal. Pero el *sollicitus timor* de su amor, la dependencia del afecto de Elizabeth en que había caído (o, en otro sentido, a que había subido) lo habían desnaturalizado. A menudo sopesaba y ponderaba durante horas el significado de determinado acto o frase suya, cuando en otro tiempo le habría hecho una pregunta a quemarropa. Y ahora, inquieto por la idea de una pasión por Farfrae que pudiera desplazar por completo su apacible afecto filial, observaba más de cerca sus idas y venidas.

No había ningún secreto en los movimientos de Elizabeth-Jane más allá de lo que su reserva habitual permitía; y hay que afirmar inmediatamente que se la podía haber culpado de mantener alguna que otra conversación con Donald cuando se encontraban por casualidad.

Librodot

Fuera cual fuera el origen de sus caminatas por la carretera de Budmouth, lo cierto es que su vuelta solía coincidir con la aparición de Farfrae en Corn Street para darse un paseíto de veinte minutos por aquella ventosa carretera..., con objeto de sacudirse de la ropa las simientes y las granzas antes de sentarse a tomar el té, como solía decir él. Henchard se dio cuenta de esto un día que fue al Ring; desde su escondite, tuvo el ojo puesto en la carretera hasta que los vio aparecer y acercarse. Le embargó una angustia de muerte.

«¡También me va a robar a ésta! -sollozó-. Pero está en su legítimo derecho. Yo no debo entrometerme.»

El encuentro, en realidad, era muy inocente; la relación entre los jóvenes no estaba tan avanzada como suponía el celoso Henchard. De haber sorprendido su conversación, habría oído esto:

Donald. -Le gusta pasear por aquí, ¿verdad, señorita Henchard? -con inflexión en la voz y mirada de admiración.

Elizabeth. -Sí, últimamente he escogido esta carretera para pasear. No tengo grandes motivos para ello.

Donald. -Pero eso puede ser una razón para otros. Elizabeth (ruborizándose). -Eso yo no lo sé. Sin embargo, un motivo es que me gustaría ver un poco el mar cada día.

Donald. -¿Hay un motivo secreto?

Elizabeth (con renuencia). -Sí.

Donald (con el *pathos* de una de las baladas de su país). -Ah, dudo de que sea bueno tener secretos. Los secretos han arrojado una sombra muy negra sobre mi vida. Sabe perfectamente a qué me refiero.

Elizabeth reconoció que lo sabía, pero se abstuvo de confesarle por qué le atraía el mar. Ella misma no podía explicárselo del todo, pues no sabía que el secreto era posiblemente que, además de sus años pasados junto al mar, llevaba sangre de un marinero.

-Gracias por los nuevos libros, señor Farfrae -añadió con timidez-. Me pregunto si debería aceptar tantos.

-¡Ah! ¿Y por qué no? Yo siento mayor placer proporcionándoselos que usted recibiéndolos.

-¡Eso no puede ser!

Siguieron juntos hasta la entrada de la ciudad, donde sus caminos se bifurcaron.

Henchard se prometió a sí mismo que los dejaría a su aire y no pondría ninguna traba en su camino, fuera éste el que fuera. Si estaba escrito que se tenía que quedar sin ella, que así fuera. En la situación que se crearía con su posible matrimonio, él no veía ningún *locus standi* entre ellos. Farfrae siempre lo miraría por encima del hombro; y no ya sólo por su pobreza, sino sobre todo por su comportamiento en el pasado. Así, Elizabeth se convertiría en una extraña para él, y el final de su vida sería la soledad sin ningún amigo.

Ante aquella perspectiva tan amenazadora, no podía evitar mostrarse en guardia. Ciertamente, al vivir bajo su custodia, dentro de ciertos límites, le asistía el derecho a vigilarla. Los encuentros en determinados días de la semana acabaron siendo rutinarios.

Al final, obtuvo la prueba definitiva. Estaba detrás de una pared cerca del lugar en el que Farfrae y ella se habían encontrado. Oyó al joven llamarla «Mi queridísima Elizabeth-Jane» y luego vio que la besaba mientras la muchacha miraba furtivamente a su alrededor para asegurarse de que nadie la observaba.

Cuando se alejaron, Henchard salió de su escondite y los siguió cabizbajo hasta Casterbridge. La amenaza que se cernía sobre aquella relación amorosa seguía en pie. Tanto Farfrae como Elizabeth-Jane debían seguir considerándolo, a diferencia del resto de la gente, el verdadero padre de la joven -desde que se lo comunicara a ambos por separado en la época en la que él había compartido la misma creencia-; y aunque Farfrae tal vez no pusiera ninguna objeción a tenerlo de suegro, íntimos no iban a poder volverlo a ser nunca más. De este modo, Elizabeth, su único asidero afectivo en este mundo, lo iría abandonando conforme fuera cayendo bajo el influjo de su marido, hasta acabar despreciándolo.

De haber entregado ella su corazón a cualquier otro hombre que aquel que había sido su rival, al que había maldecido y con quien había peleado a muerte en otro tiempo -cuando su espíritu no se había doblegado aún-, habría dicho: «No me importa». Pero el cuadro que se dibujaba ante sus ojos era demasiado duro de soportar.

Hay una cámara exterior del cerebro en la que a veces se permite a los pensamientos no reconocidos como nuestros, no deseados y de índole nociva divagar unos momentos antes de ser expulsados al lugar de donde vinieron. En aquellos momentos asaltó a Henchard uno de tales pensamientos:

«¿Y si le dijera a Farfrae que su prometida no es hija de Michael Henchard, es decir, que, legalmente, no es hija de nadie? ¿Cómo recibiría semejante información ese ciudadano tan relamido? Posiblemente renegaría de Elizabeth-Jane, y ella volvería a ser mía otra vez».

Pero, con un estremecimiento, exclamó: «¡Dios no lo quiera! ¿Por qué me asaltan pensamientos tan diabólicos siempre que me esfuerzo por todos los medios en mantener al diablo alejado de mí?».

Librodot

XLIII

Lo que vio Henchard fue visto al poco tiempo, como era de esperar, por otras personas, convirtiéndose en seguida en la comidilla de la ciudad: el señor Farfrae «salía con la hijastra del arruinado Henchard», deambulatoria expresión que significaba sencillamente que la estaba cortejando. Y las diecinueve damiselas más distinguidas de Casterbridge, que se habían creído las única capaces de hacer feliz al próspero comerciante y edil, como muestra de su indignación dejaron de asistir a la misma iglesia que él, abandonaron manierismos deliberados y dejaron de incluirlo entre los miembros de su familia en las preces nocturnas; en una palabra, volvieron a hacer lo mismo que antes.

Tal vez los únicos habitantes de la ciudad a los que aquella elección del escocés produjo plena satisfacción fueron los miembros de la peña filosófica formada por Longways, Christopher Coney, Billy Wills, el señor Buzzford y compañía. Como Los Tres Marineros era donde ambos jóvenes habían hecho su primera aparición en la escena de Casterbridge, mostraron un cálido interés por su idilio -sin excluir, tal vez, la posibilidad de ser bien tratados por ellos en una segunda instancia-. Una noche en que la señora Stannidge entró en el salón y dijo que se asombraba de que un hombre como el señor Farfrae, «un pilar de la ciudad», no se hubiera fijado en la hija de un notable o un rentista, rebajándose a salir con una pobretona, se encontró con la siguiente contestación por parte de Coney:

-No, señora, no. Eso no es rebajarse en absoluto. En todo caso, sería más bien ella la que se rebaja. Eso creo yo. ¿Qué es un viudo cuya primera mujer no ha dejado su crédito demasiado alto para una joven instruida, dueña de su propia vida y además bien parecida? Como remiendo para muchas cosas, creo que esa boda puede venir bien. Cuando un hombre ha mandado construir una tumba a su mujer con el mejor mármol, como él ha hecho, la ha llorado, ha pensado que todo es ya agua pasada y se ha dicho a sí mismo: «La otra se metió por medio; yo conocía a ésta antes, que es una compañera inteligente; y no hay mujer de la buena sociedad que sea leal en nuestros días»..., pues bien, no puede hacer nada mejor que casarse con ella, si es que ella le tiene cariño, claro.

Así hablaban en Los Tres Marineros. Pero no conviene exagerar y pretender que aquel acontecimiento anunciado interesara tanto a la ciudad que no se hablara en ella de otra cosa (aunque no cabe duda de que esta afirmación iba a añadir un mayor *éclat* a la carrera de nuestra pobre heroína). A pesar de lo que puedan decir los chismosos, el interés por asuntos que no afectan directamente a la gente suele ser superficial y pasajero. Sería más acertado afirmar que Casterbridge (exceptuando a las susodichas diecinueve señoritas) prestó oídos a la noticia durante un breve tiempo, pero luego centró la atención en trabajar y ganarse el pan, criar a sus hijos y enterrar a sus muertos, sin importarle en excesiva medida los planes domésticos de Farfrae.

Ni Elizabeth ni Farfrae hablaron de sus planes de matrimonio con Henchard. Reticencia que él interpretó a la luz del pasado: la pareja tenía miedo sin duda a abordar aquel engorroso asunto en su presencia. Resentido como estaba contra la sociedad, el concepto negativo de sí mismo fue ganando cada vez mayor terreno, y la necesidad perentoria de enfrentarse cotidianamente a la humanidad, y de manera particular a Elizabeth-Jane, se convirtió para él en un auténtico suplicio. Su salud empeoró, su sensibilidad se volvió también enfermiza, y buscaba constantemente hurtarse a las miradas de quienes no lo querían. Pero... ¿y si estaba equivocado y no había necesidad de que aquel matrimonio supusiera separarse de ella?

Se imaginó en aquella coyuntura: viviendo como un león sin garras en las habitaciones traseras de una casa de la que su hijastra era la dueña, inofensivo anciano al que Elizabeth sonreiría con ternura y su yerno toleraría cortésmente. Era una perspectiva demasiado dura para su orgullo, y, sin embargo, por amor a la muchacha estaba dispuesto a soportar cualquier

Librodot

cosa, incluso desdenes o especiosas invectivas verbales por parte de Farfrae. El privilegio de estar bajo el mismo techo que ella eclipsaría cualquier posible humillación.

Fuera como fuere, lo cierto era que aquel cortejo -del que ya no había ninguna duda- lo absorbía por completo.

Como se ha dicho, Elizabeth daba sus paseos a menudo por la carretera de Budmouth, y Farfrae solía apañárselas para coincidir allí con ella. A dos millas de distancia, y a un cuarto de milla de la carretera principal, se hallaba un fuerte prehistórico denominado Mai Dun, de dimensiones inmensas y con numerosos baluartes, dentro o encima de cuyo recinto cualquier ser humano que pasara por la carretera no era mayor que una mota de polvo. Anteojo en ristre, Henchard subía allí a menudo y divisaba la vía sin setos, antigua calzada trazada por las legiones del imperio, hasta una distancia de dos o tres millas, con objeto de estar al corriente de cualquier posible novedad en el romance entre Farfrae y su hijastra.

Un día que estaba apostado en aquel lugar, una figura masculina se aproximó por la carretera de Budmouth. Agarrando el anteojo, Henchard esperó encontrarse con los rasgos de Farfrae, como de costumbre. Pero la lente no reveló al novio de Elizabeth-Jane.

Era un hombre vestido de capitán de la marina mercante; al volver a mirar, descubrió quién era. Le pareció una eternidad el momento del reconocimiento. Era Newson.

Bajó el anteojo y durante unos segundos no hizo ningún movimiento. Newson esperaba, y Henchard esperaba, si se podía llamar espera a un pasmo, a una visión paralizada. Pero Elizabeth-Jane no aparecía. Alguna cosa le había hecho desatender su habitual cita. Tal vez Farfrae y ella habían elegido otra carretera por mor de la variedad. Pero ¿qué importancia tenía eso? Ella podía asomar por aquí mañana, y, en cualquier caso, si Newson se empeñaba en encontrarla y obtener una entrevista de carácter privado, pronto tendría una oportunidad.

Entonces le hablaría a Elizabeth no sólo de su paternidad, sino de la treta mediante la cual Henchard se lo había quitado de encima meses atrás. El arraigado sentido de la rectitud de Elizabeth la empujaría a odiarlo por primera vez y a considerarlo un maestro consumado del engaño, y Newson pasaría a reinar en su corazón.

Pero Newson no la vio aquella mañana. Tras detenerse un rato, volvió sobre sus pasos, y Henchard se sintió como un condenado con sólo unas horas de vida. Al volver a casa, la encontró allí.

-Ah, papá -dijo ella inocentemente-. Tengo una carta, una carta extraña, sin firmar. Alguien que me pide que vaya a su encuentro, o a la carretera de Budmout a mediodía de hoy o, por la tarde, a casa del señor Farfrae. Dice que vino a verme hace algún tiempo, pero que lo engañaron, y por eso no me vio. No lo entiendo; pero, aquí entre usted y yo, creo que en el fondo de este misterio está Donald. Debe de ser un pariente suyo que me quiere dar su opinión de... la elección que ha hecho. Pero yo no quería ir hasta haber consultado con usted. ¿Debo ir?

Henchard contestó con voz grave:

-Sí, ve.

La cuestión de si iba o no iba a quedarse en Casterbridge estaba definitivamente zanjada con la entrada en escena de Newson. Henchard no era un hombre capaz de soportar la inexorabilidad de su condena en un asunto que le llegaba tan al corazón. Y, sobradamente experimentado en lo de aguantar congojas en silencio, pero siempre con altivez, decidió acelerar en lo posible la ejecución de la decisión que había tomado.

La muchacha que había representado su única razón de sobrevivir en este mundo se sorprendió al oírle decir, como si no le importara ya su afecto:

-Me marcho de Casterbridge, Elizabeth-Jane

-¿Que se marcha de Casterbridge? -gritó-. ¿Y me va a abandonar?

-Sí, esta pequeña tienda la puedes regentar tú sola perfectamente; a mí ya no me interesan ni los negocios ni el bullicio ni la gente... Prefiero vivir en el campo solo, perderme de vista, seguir mi propio camino y dejarte a ti seguir el tuyo.

Librodot

Ella miró al suelo, mientras sus lágrimas caían en silencio. Estaba convencida de que aquella resolución la había tornado a consecuencia de sus relaciones con Farfrae y de su probable boda. Sin embargo, mostró su devoción por Farfrae dominando su emoción y hablando claramente:

-Siento que haya tomado esta decisión, papá -dijo a la vez con emoción y firmeza-, pues yo creía probable, posible al menos, casarme con el señor Farfrae sin que usted desaprobara la boda.

-Yo no desapruebo nada que tú desees, Izzy -dijo Henchard con un carraspeo en la voz-. Además, tampoco importaría que la desaprobara. Quiero irme. Mi presencia podría entorpecer la situación en el futuro, y, sinceramente, es mejor que me marche.

Las protestas de afecto de Elizabeth no consiguieron hacerle reconsiderar su decisión, pues ella no podía decirle lo que no sabía: que cuando se enterara de que el parentesco que le unía a él era el de hijastra se abstendría de despreciarlo, y que cuando supiera lo que había hecho para mantenerla en la ignorancia se abstendría de odiarlo. Henchard estaba convencido de que lo despreciaría y odiaría (por el momento, ella no podía decir ni hacer nada que pudiera contradecir aquella convicción suya).

-Entonces -dijo Elizabeth finalmente-, no podrá usted asistir a mi boda, y eso no estaría bien.

-No quiero asistir a tu boda, no quiero -exclamó, añadiendo en voz más baja-: Pero piensa en mí alguna vez en tu vida futura. ¿Me prometes que lo harás, Izzy? Piensa en mí cuando seas la mujer del hombre más importante y más rico de la ciudad; y que mis pecados, cuando los conozcas todos -esta frase la dijo más despacio-, no te hagan olvidar que, aunque te amé tarde, te amé de verdad.

-¡Es a causa de Donald! -dijo ella sollozando.

-¡No te prohibo que te cases con él! -dijo-. Prométeme que no me olvidarás cuando... -Iba a decir: «Cuando llegue Newson».

En su agitación, ella se lo prometió maquinalmente, y aquel mismo día, al atardecer, Henchard abandonó la ciudad de cuyo progreso había sido uno de los principales artífices a lo largo de muchos años.

Aquel día se compró una nueva cesta de herramientas, limpió su vieja cuchilla de cortar heno y su berbiquí, se puso polainas nuevas, rodilleras y pantalones, es decir, volvió a la ropa de faena de sus días jóvenes, descartando para siempre el traje de notable venido a menos y el raído sombrero de seda que había llevado todos estos años de decadencia. Se marchó en secreto, sin que un alma de las muchas que lo habían conocido repararan en su partida. Elizabeth-Jane lo acompañó hasta el segundo puente de la carretera, pues no había llegado aún la hora de su cita con el desconocido visitante en casa de Farfrae, y se despidió de él con estupefacción y pesadumbre auténticas, reteniéndolo un minuto o dos antes de dejarle partir. Luego vio cómo su silueta se alejaba por el páramo, al tiempo que el capacho amarillo subía y bajaba a cada paso en sus espaldas y las arrugas de sus corvas iban y venían alternativamente, hasta que finalmente se perdió de vista. Aunque ella no lo sabía, Henchard se parecía mucho en aquel momento al que había hecho su entrada en Casterbridge casi un cuarto de siglo antes, sólo, naturalmente, que los años habían disminuido considerablemente el brío de sus pasos, que su estado de desesperanza lo había debilitado, y curvado sus espaldas, cargadas con el capacho, de una forma perceptible.

Prosiguió de aquella guisa hasta llegar al mojón de la primera milla, a mitad de camino de una colina escarpada. Dejó el capacho encima de la piedra y, acodado a ella, cedió a un retorcimiento convulsivo que era peor que un sollozo, por ser más seco y más duro.

«Si por lo menos me hubiera quedado con ella... -se dijo-, el trabajo duro no me importaría nada. Pero no podía ser. Yo, nuevo Caín, me iré por el mundo solo, como el paria y vagabundo que soy. Pero mi castigo no es mayor del que puedo soportar.»

Con un esfuerzo atroz de voluntad, dominó su angustia, se echó el capacho a la espalda y prosiguió su camino. Entretanto, Elizabeth suspiró al perderlo de vista, recuperó la

serenidad y volvió la cara hacia Casterbridge. Antes de llegar a la primera casa, salió a su encuentro Donald Farfrae. Saltaba a la vista que aquél no era su primer encuentro aquel día. Se cogieron de la mano sin ceremonia, y Farfrae le preguntó con ansiedad:

-¿Se ha marchado, y no le has dicho nada? Me refiero al otro asunto, no a lo nuestro.

-Se ha marchado, y le he dicho lo que sabía de tu amigo. ¿Quién es?

-Bueno, bueno, querida... Pronto te enterarás. Y el señor Henchard se enterará también, si no va muy lejos.

-Irá bastante lejos, a donde nadie sepa nada de él.

Marchaba al lado de su amado, y, al llegar a Crossways, o Bow, giró con él hacia Corn Street en vez de volverse a su casa. Los dos entraron juntos en la casa.

Farfrae abrió de par en par las puertas del salón de la planta baja con estas palabras:

-Ahí lo tienes, esperándote.

Elizabeth entró. En el sillón estaba sentado el afable marinero de cara ancha que había visitado a Henchard una mañana memorable hacía alrededor de año y medio y a quien éste había visto montar en la diligencia y marchar media hora después de su llegada. Era Richard Newson.

El encuentro con su querido padre, de quien llevaba separada, como por la muerte, desde hacía una media docena de años, apenas merece ser relatado. Fue un encuentro emotivo, no sólo por la cuestión de la paternidad. La marcha de Henchard se explicaba ahora por sí sola. Una vez expuestos los hechos, el renacer de los sentimientos filiales de Elizabeth hacia Newson fue más rápido de lo que cabía suponer, pues la conducta de Henchard avalaba de manera definitiva la veracidad del relato del marinero. Además, ella había crecido bajo su paternal cuidado, y, aunque Henchard hubiera sido su verdadero padre, el primero al que ella había considerado como tal casi podría sustituir al otro en su corazón cuando los incidentes de la despedida de éste se hubieran olvidado un poco.

Newson no podía expresar el gran orgullo que sentía ante la muchacha en que se había convertido, y no dejaba de besarla una y otra vez.

-Te he ahorrado la molestia de tener que salir en mi busca, ja, ja -dijo con buen humor-. El hecho es que aquí, el señor Farfrae, me dijo: «Venga y quédese conmigo un par de días, capitán Newson, que yo me encargaré de traerla hasta aquí». «Vaya que si me quedo», le dije. Y aquí me tienes.

-Bueno, Henchard se ha ido -dijo Farfrae, cerrando la puerta-. Lo ha hecho por propia decisión, y, según me cuenta Elizabeth, se ha portado muy bien con ella. Yo no estaba muy tranquilo, pero al final todo ha salido bien, y ya se acabaron los problemas.

-Ya, las cosas han salido como yo pensaba -dijo Newson, mirando sucesivamente a uno y otro-. Yo me he dicho un centenar de veces, mientras trataba de verla sin que ella me viera a mí: «No lo dudes: es mejor que vivas retirado tranquilamente unos días hasta que se presente una buena ocasión». Ahora sé que llevaba usted razón. Así que ¿qué más puedo pedir?

-Bueno, capitán Newson, me encantará tenerlo aquí todos los días, puesto que eso no puede ya ser perjudicial -dijo Farfrae-. He estado pensando que la boda se celebre bajo mi techo, pues la casa es grande y usted está alojado en una posada. Así que esto le ahorrará un montón de problemas, y también de gastos, ¿verdad? Además, los recién casados siempre agradecen no tener que ir muy lejos para llegar a casa.

-Encantado de la vida -dijo el capitán Newson-, pues, como usted dice, no puedo hacer ningún daño ahora que el pobre Henchard se ha marchado; aunque le puedo asegurar que yo no me habría cruzado en su camino por nada del mundo. Ya me entrometí una vez en su familia hasta rozar la descortesía. Pero ¿qué dice mi chica de todo esto? Elizabeth, hija mía, ven a escuchar lo que estamos hablando, y no te quedes mirando por la ventana como si oyeras llover.

-Esas cuestiones las dejo en manos de usted y de Donald -susurró ella, mirando con interés algún pequeño objeto de la calle.

-Bien -continuó Newson, volviéndose de nuevo a Farfrae como quien va a abordar un asunto serio-. Escuche una cosa, señor Farfrae: como usted pone tanto de su parte, además de la casa, yo pondré las bebidas y me encargaré del ron y la ginebra. Tal vez baste con una docena de frascos, pues muchos de los invitados serán féminas, y tal vez no beban suficiente para un pedido de envergadura. Usted debe saber de esto más que yo. Yo he suministrado bebidas un montón de veces a hombres y marineros, pero no tengo la más remota idea de cuántos vasos de ponche puede beber en semejantes ocasiones una mujer, o sea, una mujer no bebedora, para ser más exactos.

-Ah, nada. Bueno, más bien poco. Pero, no -dijo Farfrae, moviendo la cabeza con gravedad-. Deje usted todo eso de mis manos.

Después de tratar algunos particulares más, Newson, reclinándose en su sillón y mirando al techo con una sonrisa reflexiva, dijo:

-Señor Farfrae, no le he contado nunca cómo me despidió Henchard la última vez, ¿verdad?

Este negó haberle oído comentar aquel extremo.

-Ah, sabía que no. Había decidido no perjudicar a aquel nombre; pero ahora que se ha ido, ya se lo puedo decir. Pues bien, yo vine a Casterbridge nueve o diez meses antes de encontrarlo a usted la semana pasada. Ya había estado aquí dos veces antes. La primera, de paso rumbo al este, sin saber que Elizabeth vivía aquí. Luego oí no recuerdo bien dónde que un señor apellidado Henchard había sido alcalde aquí, y vine a visitarlo un día por la mañana temprano. El muy granuja me dijo que Elizabeth-Jane había muerto hacía varios años.

Elizabeth prestó ahora una seria atención a su relato.

-Pero en ningún momento se me pasó por la cabeza que aquel hombre me hubiera dicho una patraña -continuó Newson-. Y créame si le digo que me quedé tan consternado que volví a la diligencia que me había traído aquí y seguí mi viaje sin haber parado en la ciudad media hora siquiera. Ja, ja. Hay que reconocer que fue una buena broma. Eso hay que reconocérselo.

Elizabeth-Jane quedó estupefacta al oír aquello.

-¿Una broma? Ah, no -exclamó ella-. Así que, papá, le ha tenido alejado de mí todos estos meses cuando usted podría haber estado a mi lado...

Su padre admitió que así era.

-¡Eso no debería haberlo hecho! -dijo Farfrae.

Elizabeth suspiró.

-Le he dicho que no lo olvidaría nunca. Pero, ¡ay! Ahora creo que debería olvidarlo.

Newson, un nómada que había conocido tantos países y tantos códigos morales, no percibía la enormidad de aquel delito a pesar de haber sido él la víctima principal. Antes bien, al ver que el asunto tomaba un cariz serio, salió en defensa del culpable ausente.

-Bueno, después de todo no dijo más de diez palabras -alegó Newson-. Y ¿cómo iba él a saber que yo era tan simplón como para tragarme aquel embolado? Yo tuve tanta culpa como él, pobre diablo...

-No -dijo Elizabeth-Jane con resolución, en medio de un torbellino de sentimientos-. Él conocía su carácter. Usted ha sido siempre demasiado crédulo, papá. Se lo oí decir a mamá cientos de veces, y él lo hizo para perjudicarle. Después de tenerme cinco años apartada de usted, convencida de que él era mi padre, no debía haber hecho eso.

Y siguieron discutiendo, sin que Elizabeth encontrara ningún atenuante a la fraudulenta conducta del ausente. Aunque hubiera estado allí, difícilmente podría haber alegado Henchard excusa alguna, pues en aquellos momentos tenía un concepto muy pobre de sí mismo.

-Bueno, bueno. No importa. Todo está ya pasado -dijo Newson de buen humor-. Y ahora volvamos a ocuparnos de la boda.

XLIV

Entretanto, el hombre de quien hablaban había proseguido su solitario camino hacia el este hasta que el cansancio se apoderó de él y buscó un lugar donde descansar. Se sentía tan abatido por haberse separado de la muchacha que excluyó la idea de albergarse en una posada, por humilde que pudiera ser; se adentró en un campo y se echó bajo un almiar de trigo. No tenía ninguna gana de comer. La enorme congoja que sentía le hizo dormir profundamente.

Lo despertó temprano el sol de otoño que brillaba en los rastrojos. Abrió el capacho y comió para desayunar lo que había preparado para cenar; al hacerlo, reparó en otros objetos de su equipaje. Entre los útiles imprescindibles había escondido algunas cosas que Elizabeth Jane había tirado, como guantes, zapatos, un trozo de papel con su letra y otras menudencias por el estilo; asimismo, en su bolsillo llevaba una trenza de sus cabellos. Tras pasar un rato contemplando aquellas cosas, las volvió a guardar y prosiguió la marcha.

Durante cinco días consecutivos caminó entre los setos de la carretera con el capacho a cuestas; el vivo color amarillo de éste, junto con el sombrero del caminante cabizbajo, sobre el que se iban posando sucesivamente las sombras de las ramas, atraía ocasionalmente la mirada de algún labriego. No cabía duda de que se dirigía a Weydon Priors, localidad que alcanzó la tarde del sexto día.

La famosa colina en la que durante tantas generaciones se había celebrado la feria anual estaba ahora prácticamente desierta. Las pocas ovejas que pastaban por allí salieron huyendo al detenerse Henchard en lo alto. Dejó el capacho sobre la hierba y, embargado de nostalgia, buscó con la mirada el camino por el que su mujer y él habían hecho su entrada en el memorable real de la feria veinticinco años antes.

«Sí, subimos por aquí -se dijo tras haberse orientado-. Ella llevaba a la criatura y yo iba leyendo una balada. Luego cruzamos por ahí, ella muy triste y cansada, y yo sin hablarle apenas por culpa del maldito orgullo que sentía por ser pobre. Luego vimos la carpa, que debía quedar más o menos por aquí.»

Avanzó hasta ese lugar; no era realmente donde había estado plantada la carpa, pero eso le pareció a él. «Aquí entramos y nos sentamos. Yo miraba hacia aquí. Luego bebí y cometí el delito. Ese debe de ser el círculo mágico desde el que ella me dirigió las últimas palabras antes de irse con él. Aún me parece estar oyéndolas, con sus sollozos y todo: "Oh, Mike, he vivido contigo todos estos años sin conocer nada más que tu mal humor. Ahora dejaré de ser tuya. Voy a probar suerte en otra parte".»

Sentía la amargura de un hombre que, al recordar su ambiciosa carrera, descubre que lo sacrificado en sentimiento vale tanto como lo ganado en el orden material, más otra amargura sobreañadida al ver que su arrepentimiento no valía para nada. Hacía tiempo que se había arrepentido de aquello; pero sus intentos de sustituir la ambición por amor habían sido tan vanos como la propia ambición. Su agraviada mujer los había frustrado mediante un engaño tan maravillosamente sencillo que parecía una virtud.

Era asombroso que de todas aquellas adulteraciones de la ley social hubiera salido una flor de la naturaleza como Elizabeth. Parte de su deseo de abdicar de la vida era fruto de las perversas incongruencias de ésta, de su frívola disposición a apoyar principios sociales no ortodoxos.

Tras visitar aquel lugar como acto de penitencia, pensaba dirigirse a otra comarca lejana. Pero no conseguía dejar de pensar en Elizabeth y en la parte del horizonte en que vivía. De modo que la tendencia centrífuga alimentada por su hastío del mundo se veía contrarrestada por el influjo centrípeto de su amor por su hijastra. Así, en vez de seguir alejándose en línea recta de Casterbridge, Henchard, de manera gradual, aunque inconsciente, fue olvidándose de su primera intención hasta que su vagabundeo, al igual que el del leñador canadiense, fue trazando una circunferencia de la que Casterbridge formaba el centro. Al

Librodot

subir a una colina, se orientaba por el sol, la luna o las estrellas, y establecía en su pensamiento el punto exacto en el que se hallaban Casterbridge y Elizabeth-Jane. Reprendiéndose por aquella debilidad, cada hora, mejor dicho, cada minuto, se paraba a pensar qué estaría haciendo ella en aquel momento -cómo se sentaba y levantaba, cómo entraba y salía- hasta que la idea de Newson y Farfrae pasaba como una ráfaga de aire frío y borraba su imagen. Y entonces se decía: «¡Qué tonto eres. Y todo por una hija que en realidad no es hija tuya!».

Al final consiguió empleo en su antiguo oficio como aparvador, por ser un trabajo muy solicitado en aquella época del otoño. Fue en una granja pastoral situada junto a la vieja carretera del Oeste, principal centro de comunicación entre los nuevos centros de actividad y los remotos burgos de Wessex. Había escogido la proximidad de aquella arteria porque, aunque a cincuenta millas de Casterbridge, estaba virtualmente más cerca de aquella cuyo bienestar le era tan querido de lo que lo estaría en un lugar incomunicado sólo la mitad de lejos.

Henchard volvía, así, a la misma situación de un cuarto de siglo antes. Exteriormente no había nada que le impidiera empezar de nuevo y, aprovechando su rica experiencia, llegar más alto aún que en el pasado. Pero a ello se oponía el ingenioso mecanismo ideado por los dioses para reducir al mínimo las posibilidades de mejora de los humanos, y por el cual la pericia para hacer las cosas viene *pari passu* con la pérdida de ilusión para hacerlas. Henchard no tenía ya ganas de convertir en un ruedo, por segunda vez, un mundo que se había vuelto para él un simple telón pintado.

Con frecuencia, mientras su cuchilla de heno se cebaba con los olorosos tallos de hierba, observaba a la humanidad y se decía: «Aquí, como en todas partes hay personas que, como hojas heladas, mueren antes de tiempo aunque las necesiten sus familias, el país y el mundo, mientras que yo, un paria, un estorbo al que nadie necesita y todo el mundo detesta, sigo viviendo en contra de mi voluntad».

No obstante, solía mantener el oído atento a las conversaciones de los viajeros, no por simple curiosidad, sino con la esperanza de que alguno trajera alguna noticia de Casterbridge. Pero la distancia era demasiado grande para que sus deseos se vieran satisfechos, y sólo una vez oyó por fin el nombre de «Casterbridge» de labios de un carretero. Corrió a la cancela del campo en que estaba trabajando e interpeló al que había pronunciado aquella palabra, un forastero.

-Sí, amigo, vengo de allí -dijo en contestación a su pregunta-. Paso por allí a menudo, sí, señor, aunque como ya se está empezando a viajar sin caballos, me parece que pronto me voy a quedar sin trabajo.

-¿Le puedo preguntar si hay alguna novedad reseñable en esa vieja villa?

-Todo sigue como de costumbre.

-He oído decir que el señor Farfrae, el último alcalde, está pensando en casarse. ¿Es eso cierto?

-Caramba, pues no podría decírselo. Aunque a mí me da que no. No, no lo creo.

-¡Cómo que no, John! No te acuerdas de nada -dijo una mujer acomodada bajo el toldo del carro-. ¿Qué eran, si no, los paquetes que transportamos a principios de la semana? Estoy segura de haber oído decir que había una boda a la vuelta de la esquina, para el día de san Martín.

El hombre repitió que no sabía nada del asunto, y el carromato se perdió con su tambaleo allende la colina. Henchard estaba convencido de que aquella mujer sabía lo que se decía. Era una fecha verosímil, pues no había motivos para retrasar la boda por ninguna parte. De repente se le pasó por la cabeza escribir a Elizabeth preguntándole directamente; pero el instinto que lo había llevado a secuestrarse se opuso. Y, sin embargo, al despedirse, le había oído decir que no estaba bien que no asistiera a su boda.

Aquellas palabras volvían una y otra vez a su pensamiento mientras se decía que no eran Elizabeth ni Farfrae los que lo habían alejado de ellos sino su propia altiva sensación

de que su presencia ya no era deseada. Había dado por supuesto el regreso de Newson sin tener pruebas concluyentes de que el capitán deseara regresar de verdad, de que Elizabeth-Jane lo fuera a recibir con los brazos abiertos o de que, en caso de regresar, fuera a quedarse para siempre. ¿Y si se había equivocado y no había ninguna necesidad de vivir separado de la muchacha que tanto amaba? Estar cerca de ella, volver a verla, defenderse ante ella, pedirle perdón por su engaño, esforzarse en lo posible por recuperar un rincón en su corazón..., por todo aquello valía la pena arriesgar un rechazo; sí, hasta la propia vida.

Y se arrepentía de las medidas radicales que había tomado últimamente; seguro que, si volvía, Elizabeth y su marido lo despreciarían por su inconsecuencia; y aquella sola idea lo hacía temblar y recapacitar.

Siguió aparvando dos días, y entonces tomó una repentina y temeraria decisión: iría a la celebración de la boda. No mandaría ningún mensaje anunciando su visita. Ella había expresado pesar por su eventual ausencia... Pues bien, su presencia inesperada contribuiría a que ese pesar fuera lo más leve posible.

Para que su presencia no desentonara demasiado con el ambiente festivo de la jornada decidió no hacer su aparición hasta la tarde, cuando ya se hubiera olvidado el formalismo de la ceremonia y en todos los corazones reinara el deseo de empezar una vida nueva y dar por zanjados viejos asuntos del pasado.

Se puso en marcha dos mañanas antes del día de san Martín, calculando unas dieciséis millas por cada una de las tres jornadas, incluida la de la boda. En todo el trayecto sólo había dos pueblos de cierta importancia, Melchester y Shottsford, y en este último pararía la segunda noche, no sólo para descansar, sino también para estar preparado para el día siguiente.

Como la única ropa que tenía era la de faena, manchada y con rotos tras dos meses de intenso trabajo, entró en una tienda a comprar algunas prendas que lo pusieran, al menos exteriormente, un poco a tono con el ambiente festivo general. Las más destacadas fueron un gabán basto, aunque respetable, y un sombrero, una camisa nueva y un pañuelo para el cuello. Satisfecho de que al menos su aspecto no ofendería a Elizabeth, pasó a la cuestión, más interesante, del regalo de boda.

¿Qué le podía regalar? Recorrió la calle de un extremo a otro mirando perplejo los artículos de los escaparates, tristemente consciente de que lo que más le gustaría regalarle estaría fuera del alcance de su miserable bolsillo. Al final llamó su atención un jilguero enjaulado. Preguntó, y vio que podía pagar el precio. Envolvió con una hoja de periódico la prisión de alambre del pequeño animal y buscó un lugar donde pasar la noche.

Al día siguiente emprendió la última etapa, y pronto divisó el distrito que durante tantos años había sido campo de sus operaciones. Parte de la distancia la cubrió sentado en el rincón más oscuro de la parte trasera de un vehículo de transportes; los pasajeros, principalmente mujeres que hacían distancias cortas, hablaron acerca de noticias locales, sobre todo de la boda que se estaba celebrando en aquellos precisos momentos en el pueblo al que se estaban aproximando. De lo hablado Henchard dedujo que habían contratado la banda municipal para tocar durante la velada, y que, por si ésta se distraía un poco en medio de las amenidades de la fiesta, habían hecho venir también al conjunto de cuerdas de Budmouth.

Aparte de aquellos particulares, poco más dijeron que no supiera él ya. La noticia más importante fue el suave repiqueteo de las campanas de Casterbridge, que llegó a los oídos de los viajeros mientras el carricoche se detenía en lo alto de Yalbury Hill para bajar el freno. Acababan de dar las doce del mediodía.

Aquellas notas eran la señal de que todo había salido según lo previsto; de que no había habido sorpresas de última hora; en suma, de que Elizabeth-Jane y Donald Farfrae eran ya marido y mujer.

Al oír aquellas campanadas Henchard perdió todo interés por los chismorreos de los viajeros. Sintió una profunda tristeza. Y, para no dejarse ver en la calle de Caster-

Librodot

bridge hasta la noche a fin de no mortificar a Farfrae y a su novia, se apeó allí mismo con su hato y su jaula, y quedó solo en medio de la ancha y blanca carretera.

Era la colina cerca de la cual había esperado a Farfrae, casi dos años antes, para comunicarle la grave enfermedad de su mujer, Lucetta. El lugar seguía igual: los alerces suspiraban las mismas notas. Pero Farfrae tenía otra mujer, en opinión de Henchard mucho mejor que la primera. Hizo votos para que Elizabeth-Jane hubiera encontrado un hogar mejor que el de tiempos pasados.

Pasó el resto de la tarde presa de un extraño nerviosismo, incapaz de hacer nada que no fuera pensar en el inminente encuentro con ella, y riéndose al mismo tiempo de sí mismo por las emociones que le embargaban, como a un Sansón trasquilado. No era probable que los recién casados hubieran seguido la nueva costumbre de salir de viaje inmediatamente después de la ceremonia; pero, de ser así, se quedaría en Casterbridge hasta que regresaran. Para asegurarse, preguntó a un hombre que venía del mercado si los recién casados se habían marchado, y él le contestó que no; que en aquellos momentos, según lo previsto, se hallaban dando una fiesta en su casa de Corn Street.

Henchard se quitó el polvo de las botas, se lavó las manos en el río y siguió hasta la ciudad a la tenue luz de los faroles. No habría sido necesario hacer aquella pregunta, pues, al acercarse a la morada de Farfrae, saltaba a la vista, y al oído, que allí se estaba celebrando una gran fiesta, y que el propio Donald participaba en ella, pues se oía su voz desde la calle: estaba cantando una balada de su querido país natal, que él tanto amaba pero que nunca había vuelto a visitar. La acera de enfrente estaba llena de curiosos, y, para evitar que le vieran, Henchard se dirigió rápidamente a la puerta.

Estaba abierta de par en par; el vestíbulo estaba iluminado profusamente, y por las escaleras subía y bajaba gente sin cesar. No se atrevió. Entrar con los pies doloridos, cargado de bultos y pobremente vestido en medio de tanto esplendor podía causar una innecesaria humillación a la que él amaba, y tal vez hasta el rechazo de su marido. Dio, pues, la vuelta a la casa hasta la puerta trasera que tan bien conocía y, atravesando el jardín, entró tranquilamente por la cocina, tras dejar temporalmente la jaula con el pájaro cerca de un arbusto para llamar menos la atención.

La soledad y la tristeza lo habían ablandado de tal manera que ahora tenía miedo de circunstancias de las que antes se habría mofado, y empezó a arrepentirse de haber decidido llegar en un momento así. Sin embargo, todo le resultó inesperadamente más fácil al descubrir sola en la cocina a una anciana que parecía ejercer provisionalmente de ama de llaves en aquellos momentos de tanto trajín. Era una de esas personas que no se dejan sorprender por nada, y, aunque su petición debió de parecerle algo rara, se mostró dispuesta a subir a informar al señor y a la señora de la llegada de «un humilde y viejo amigo».

Tras pensarlo mejor, la mujer le dijo que era preferible no esperar en la cocina, sino pasar a una salita posterior, que estaba vacía. Él la siguió y se quedó solo. Cuando la mujer atravesaba el rellano hacia el salón principal, se oyeron unos compases, y ella volvió en seguida para decirle que tendría que esperar a que terminara el baile, pues los señores Farfrae se habían unido a él.

Habían quitado de sus quicios la puerta del salón para disponer de más espacio, y, como la del cuarto en que se hallaba Henchard estaba entreabierta, éste podía ver fugazmente a los bailarines siempre que sus giros los traían cerca de ella, principalmente en forma de revuelo de faldas y de rizos. Veía también de perfil unas tres quintas partes de la banda, sobre todo la sombra inquieta del codo de un violinista y la punta del arco del viola bajo.

Aquella alegría chirriaba en el ánimo de Henchard, quien no comprendía cómo Farfrae, un hombre sobrio además de viudo, y que había sufrido mucho, había podido organizar toda aquella algarabía, pese a ser aún joven y tener sensibilidad para la danza y la canción. Y lo sorprendió más aún que la tranquila Elizabeth, que siempre había tasado la vida en términos moderados y que, a pesar de su juventud, sabía que el matrimonio no

era algo que invitara particularmente a bailar, hubiera tenido tanto interés en organizar tamaño sarao. Sin embargo, al final se dijo que la gente joven no podía ser como la vieja, y que no se podía hacer nada contra la costumbre.

Con el curso de la danza, los bailarines fueron disminuyendo en número, y por primera vez atisbó a su otrora despreciada hijastra, que ahora gobernaba su corazón y lo hacía sufrir. Llevaba un vestido de seda o satén -no habría sabido decirlo- blanco como la nieve, sin el menor tono leche o crema; su cara expresaba más placer nervioso que alegría. Farfrae se acercó después a la puerta, llamando la atención con sus exuberantes movimientos de escocés. La pareja no estaba bailando junta, pero Henchard percibió que, siempre que los cambios de figura los convertían en pareja por unos momentos, sus emociones destilaban una esencia mucho más sutil que cuando estaba separada.

Poco a poco, Henchard se dio cuenta con extrañeza de que había alguien que ganaba a Farfrae en intensidad saltarina; y más extraño le resultó aún descubrir que el personaje que eclipsaba al novio era la pareja de Elizabeth-Jane.

La primera vez que lo vio estaba dando una gran vuelta alrededor de la sala, meneando y bajando la cabeza, con las piernas en forma de X y de espaldas a la puerta. La siguiente vez apareció de frente, el chaleco blanco antes que la cara, y los pies antes que el chaleco blanco. Su rostro irradiaba felicidad..., la misma precisamente que le había sido arrebatada a él. Era el rostro de Newson, que en efecto había venido a suplantarlo.

Henchard se acercó a la puerta, y durante unos segundos permaneció paralizado. Luego se incorporó. Parecía una ruina sombría, oscurecida por «la sombra de su propia alma»[1].

Sin embargo, ya no era un hombre capaz de soportar impasible aquellas adversidades. Su agitación era tan grande que le entraron ganas de marcharse inmediatamente; pero no pudo hacerlo porque la danza acababa de terminar, el ama de llaves había informado a Elizabeth-Jane de la presencia del forastero, y ésta apareció inmediatamente.

-¡Ah! ¡Si es... el señor Henchard! -dijo dando un paso atrás, visiblemente sobresaltada.

-¿Cómo dices, Elizabeth? -gritó mientras le cogía una mano-. ¿Qué has dicho, «el señor» Henchard? No, no me castigues de esa manera. Llámame mejor el indigno viejo Henchard; cualquier cosa menos esa expresión tan fría. Oh, mi chica querida. Ya veo que tienes otro padre en mi lugar, tu padre de verdad. Así que ya lo sabes todo. Pero no le dediques a él todos tus pensamientos. Reserva algunos para mí.

Ella se ruborizó y retiró suavemente la mano.

-Yo le podría haber amado siempre, de todo corazón -dijo ella-. Pero ¿cómo puedo amarlo sabiendo que me engañó de aquella manera tan cruel? Me convenció de que mi padre no era mi padre, me hizo vivir en la ignorancia de la verdad durante muchos años y luego, cuando él, el bueno de mi padre, vino a buscarme, lo alejó cruelmente con una malvada mentira sobre mi muerte, que casi le partió el corazón. Ah, ¿cómo puedo amar como amé en otro tiempo a un hombre que me ha tratado de esa manera?

Los labios de Henchard se entreabrieron para esbozar una explicación, pero luego se cerraron como una tumba y de ellos no salió el menor sonido. ¿Cómo podía él, en aquel momento, exponerle con una mínima esperanza de éxito las atenuantes de sus grandes faltas..., decirle que él también había vivido engañado sobre su verdadera identidad hasta que por la carta de su madre se había enterado de que su verdadera hija había muerto; que, en cuanto a la segunda acusación, su mentira había sido el envite desesperado de un jugador al que le importaba más el afecto de Elizabeth que su propio honor? Entre las razones que le impedían hacer aquel alegato no era la menor la de no valorarse lo suficiente a sí mismo para rebajar sus sufrimientos con una súplica ferviente o un silogismo bien construido.

[1] Shelley, *La revuelta del Islam* (1812). VII xxxvii: VIII. vi. *(N. del E.)*

Librodot

Así pues, renunciando al privilegio de la defensa propia, sólo pensó en la turbación de Elizabeth.

-No quiero que pases un mal rato por culpa mía -dijo con orgullosa superioridad-. Eso no me gustaría nunca, y menos en un momento como éste. He hecho mal en venir. Reconozco mi error. Pero ha sido la última vez; por eso te pido que me perdones. Ya no volveré a molestarte más, Elizabeth-Jane. No, nunca más. Buenas noches. Adiós.

Antes de que ella pudiera ordenar sus pensamientos, Henchard abandonó aquel cuarto y salió de la casa por la puerta trasera, como había entrado. Elizabeth-Jane no volvería a verlo nunca más.

Librodot

X L V

Había transcurrido un mes aproximadamente desde la escena del capítulo anterior. Elizabeth-Jane se había acostumbrado a su nueva situación, y, en cuanto a Donald, la única diferencia en sus costumbres era que ahora volvía a casa más deprisa después de trabajar.

Newson permaneció en Casterbridge tres días más después de la boda (cuya especial animación, como se puede suponer, se debió más a su iniciativa personal que a la de los propios novios), y la ciudad lo había mirado y honrado como al revivido Crusoe del momento. Pero los habitantes no perdieron la calma por su culpa, se debiera o no a que Casterbridge no se dejaba impresionar fácilmente por regresos y desapariciones dramáticas, habiendo sido durante siglos cabeza de partido donde fallecimientos sensacionales, ausencias en las antípodas y cosas por el estilo ocurrían un par de veces al año. A la cuarta mañana, lo vieron subiendo desconsolado una colina, anhelante por vislumbrar el mar desde donde fuera.

La proximidad del agua salada resultó ser para él una necesidad tan vital que prefirió Budmouth como lugar de residencia, pese a residir su hija en la otra localidad. Allí alquiló una habitación en una casa solariega con postigos verdes y un mirador lo bastante saliente para ofrecer un atisbo de una franja vertical de mar azul si se abría la ventana y se asomaba uno a lo largo de una estrecha callejuela de casas altas.

Elizabeth-Jane estaba en medio del salón de la planta superior, observando, con aire crítico, con la cabeza ladeada alguna nueva distribución cuando entró la doncella con el siguiente anuncio:

-Ah, señora, ya sabemos cómo entró esa jaula.

Mientras exploraba sus nuevos dominios la primera semana de residencia, mirando con satisfacción crítica esta o aquella alegre habitación, entrando cautelosamente en oscuros sótanos, saliendo con precaución al jardín, ahora cubierto de hojas por el viento otoñal, y, cual discreta mariscala de campo, valorando las posibilidades que le ofrecía el lugar antes de iniciar su nueva campaña..., la señora de Donald Farfrae había descubierto en un rincón oculto una jaula nueva envuelta en papel de periódico, y en un rincón de la jaula una pelotita con plumas: el cadáver de un jilguero. Nadie había sabido decirle cómo había llegado allí aquel pájaro enjaulado, aunque era evidente que el animalito cantor se había muerto de hambre. Aquel descubrimiento le había ocasionado una profunda tristeza, que le duró varios días, pese a las tiernas bromas de Farfrae; y ahora que el asunto estaba casi olvidado, volvía a revivir.

-Ah, señora, ya sabemos cómo llegó hasta aquí esa jaula. ¿Recuerda aquel labriego que la visitó la noche de su boda? Pues lo vieron por la calle con ella en la mano, y se cree que la dejó aquí mientras entraba a dejar su recado; por lo que se ve, luego se olvidó de recogerla.

Aquello hizo pensar a Elizabeth, y, reflexionando con su especial intuición femenina, decidió que la jaula la había traído Henchard como regalo de boda y muestra de arrepentimiento. Él no le había expresado ningún pesar ni excusa por lo que había hecho en el pasado, pues formaba parte de su naturaleza no buscar atenuantes y ser el más implacable acusador de sí mismo. Elizabeth salió, contempló la jaula, enterró al pequeño cantor muerto de inanición y, desde entonces, su corazón se ablandó al pensar en aquel hombre que se había enajenado a sí mismo.

Cuando volvió su marido, le contó su resolución del misterio de la jaula y le pidió que la ayudara a descubrir, tan pronto como a él le fuera posible, adónde se había desterrado Henchard, para poder reconciliarse con él y tratar de convertir su vida de proscrito en otra más llevadera.

Aunque Farfrae nunca había sentido por Henchard el mismo afecto apasionado que éste le había profesado, tampoco lo había odiado tan apasionadamente como había llegado a

Librodot

odiarlo su antiguo amigo; por tanto, se mostró bien dispuesto a ayudar a Elizabeth-Jane en su plausible propósito.

Pero no era nada fácil descubrir el actual paradero de Henchard. Parecía como si, tras salir de la casa del señor y la señora Farfrae, se lo hubiera tragado la tierra. Elizabeth-Jane recordó lo que había intentado hacer en cierta ocasión, y se echó a temblar.

Pero, aunque no lo sabía, Henchard había cambiado mucho desde entonces -en realidad, había cambiado su misma base emocional-; por lo que no tenía motivos para temer nada. Unos días después, gracias a las pesquisas de Farfrae, se supo que Henchard había sido visto caminando con paso firme por la carretera de Melchester, rumbo al este, a las doce de la noche; es decir, por la misma carretera por la que había venido.

Aquello era suficiente; a la mañana siguiente, se veía a Farfrae salir de Casterbridge a las riendas de su calesín en esa misma dirección, con Elizabeth-Jane a su lado envuelta en una espesa piel lisa -la esclavina de entonces-, con la tez algo más viva y con una incipiente dignidad matronil, que la serena mirada de Minerva habría juzgado adecuada en una mujer «cuyos gestos irradiaban espíritu»[1]. Habiendo tocado un puerto donde se hallaba al resguardo de, al menos, las penalidades más duras de la vida, su objetivo era ahora ofrecer a Henchard algún sosiego parecido antes de que se hundiera en la sima de la desgracia, cosa que le parecía bastante probable.

Tras rodar por la carretera unas cuantas millas, hicieron nuevas pesquisas, y un peón caminero que trabajaba por allí desde hacía varias semanas les dijo que había visto al hombre por el que preguntaban abandonar la carretera de Melchester a la altura de Weatherbury y tomar otra que se desviaba por el norte de Egdon Heath. Por aquella carretera dirigieron al caballo, y pronto se encontraron rodando por la antigua llanura cuya superficie nunca había sido escarbada a más de un dedo de profundidad, salvo por las liebres, desde que fuera hollada por las tribus primitivas. Los túmulos que éstas habían dejado atrás, pardos y cubiertos de brezales, se erguían contra el cielo como los abundosos senos de Diana Multimammia en posición supina.

Lo buscaron por Egdon, sin encontrar rastro alguno. Por la tarde llegaron a una extensión de brezales al norte de Anglebury, y no tardaron en pasar bajo una de sus prominencias, coronada de un macizo de abetos agostados. Estaban seguros de que Henchard había llegado hasta aquel punto. Pero varias ramificaciones del camino hacían ahora su búsqueda especialmente azarosa, por lo que Donald aconsejó a su mujer dejar la empresa por aquel día y continuarla después con otros medios. Se hallaban a unas veinte millas al menos de casa, y, si dejaban descansar al caballo un par de horas en la aldea que acababan de atravesar, les sería posible volver a Casterbridge aquel mismo día; mientras que, si seguían adelante, se verían obligados a hacer noche; «y eso haría un agujero en la economía», en frase de Farfrae. Elizabeth evaluó la situación y se mostró conforme.

Farfrae empuñó las riendas, pero, antes de girar, se detuvieron un momento a contemplar desde el altozano el ancho paisaje que se extendía a sus pies. Mientras miraban, una forma humana salió de un soto y cruzó por delante de ellos. Tenía aspecto de labriego; andaba con paso torpe y la mirada fija, como si llevara anteojeras, y en la mano sujetaba unos palos. Tras cruzar la carretera, bajó por un barranco, donde había un chamizo, en el que entró.

-Si no se hallara esto tan lejos de Casterbridge aseguraría que es el pobre Whittle. Es clavado a él -observó Elizabeth-Jane.

-No te digo que no pueda ser Whittle, pues nadie sabe nada de él desde hace tres semanas. Desapareció sin decir palabra, y le debo dos jornales, que no sé a quién pagar.

Ante aquella posibilidad, se apearon para hacer al menos una última pesquisa en aquel chamizo. Tras atar las riendas a la cancela, se acercaron al que posiblemente fuera el habitáculo más humilde de toda la región. Las paredes de adobe, originalmente alisadas con una llana, estaban erosionadas por años de lluvia y presentaban un aspecto ruinoso e

[1] Shelley, *La revuelta del Islam* (1812), I, liv. *(N. del E.)*

inclinado, con grandes grietas por las que trepaban unos hilos de hiedra que apenas encontraban sustancia suficiente para su fin. Las vigas se habían hundido y la techumbre estaba llena de agujeros. El viento había empujado unas hojas del seto hasta un rincón de la entrada, donde yacían sin que nadie las retirara. La puerta estaba entreabierta: Farfrae llamó, y quien apareció ante ellos no fue otro que Whittle, tal y como habían supuesto.

Su rostro delataba una profunda tristeza, y sus ojos los miraron como desenfocados. Aún sostenía en las manos los palos que había salido a buscar. Al reconocerlos, se sobresaltó.

-Pero ¿cómo es que está usted aquí, Abel Whittle? -preguntó Farfrae.

-Sí, señor, sí. Ya ve. El fue amable con mi madre cuando estuvo en este mundo, aunque conmigo se portó mal.

-¿De quién está hablando?

-Ah, del señor Henchard, señor. ¿No lo sabía? Acaba de irse para siempre, hace una media hora, calculando por el sol. Yo no tengo reloj.

-¡No querrá decir... que ha muerto! -balbuceó Elizabeth-Jane.

-Sí, señora, se ha ido para siempre. Él fue bueno con mi madre cuando ella estuvo en este mundo, y le mandaba el mejor carbón, sin apenas cenizas, y otras cosas que necesitaba. Lo vi por la calle la noche de la boda de su señoría con la dama que está a su lado y me pareció muy alicaído. Lo seguí hasta el puente gris, y él se volvió y me dijo: « ¡Vete! ». Pero yo seguí, y él se volvió otra vez y dijo: «¿No me has oído, amigo? ¡Que te vayas!». Pero yo vi que estaba muy triste y seguí allí. Entonces él dijo: «Whittle, ¿por qué me sigues cuando te he dicho tantas veces que te vayas?». Y yo le dije: «Señor, porque veo que le van mal las cosas, y usted fue bueno con mi madre aunque fue duro conmigo, y yo quiero agradecérselo». Luego siguió caminando y yo lo seguí; y ya no volvió a quejarse. Siguió caminando así toda la noche; y al apuntar la mañana, cuando era casi de día, miré delante de mí y vi que iba haciendo eses y que apenas podía arrastrar los pies. Ya habíamos llegado hasta aquí, pero al pasar vi que esta casa estaba vacía y lo hice volver y quité los tablones de las ventanas y lo ayudé a entrar. «¡Pero, Whittle, cómo puedes ser tan memo como para preocuparte de un canalla como yo! » Luego yo seguí otro poco, y unos leñadores de por aquí me prestaron una cama, una silla y un par de bártulos más, y los trajimos aquí y lo acomodamos lo mejor que pudimos. Pero él no se reponía, pues fíjese, señora, que no podía comer. No, no tenía nada de apetito, y cada vez estaba más débil; y hoy ha muerto. Uno de los vecinos ha ido a por un hombre para que le tome las medidas.

-¡Dios mío, no puede ser! -exclamó Farfrae.

Elizabeth no dijo nada.

-En la cabecera de la cama clavó un trozo de papel, con algo escrito -prosiguió Abel Whittle-. Pero, como no sé leer, no sé qué es. Voy a traerlo.

Guardaron silencio mientras él corría al interior del chamizo. Volvió en seguida con un trozo de papel arrugado. En él estaba escrito a lápiz lo siguiente:

Testamento de Michael Henchard.

Que no se entere de mi muerte Elizabeth Jane Farfrae ni que se la haga penar por mi causa.

Que no se me entierre en lugar sagrado.

Que no se pida a ningún sacristán que toque las campanas.

Que no se deje ver mi cadáver a nadie que lo desee.

Que nadie me acompañe en el entierro.

Que no se pongan flores en mi tumba.

Que nadie me recuerde.

Sobre lo cual, estampo mi firma:

MICHAEL HENCHARD

Librodot

-¿Qué hacemos? -preguntó Donald entregándole el papel. Ella no podía contestar con claridad.

-¡Oh, Donald, cuánta amargura encierra ese papel! No me habría importado tanto de no haber sido tan poco amable con él la última vez que lo vi. Pero ya no hay remedio. Que así se haga.

Elizabeth Jane respetó en lo posible lo que Henchard había escrito en medio de la angustia de su muerte, aunque no tanto porque considerara sagradas sus últimas voluntades como porque estaba plenamente convencida de que las había expresado sintiendo sinceramente lo que decía. Sabía que aquellas instrucciones eran la misma estofa con que había estado confeccionada toda su vida, y que no debía modificarlas para contentar su conciencia o para que su marido hiciera alarde de magnanimidad.

Al final, todo pasó, incluso su pesar por haberlo interpretado mal en su última visita y por no haber salido antes en su búsqueda, aunque esto tardó algo más en superarlo.

A partir de entonces, Elizabeth-Jane vivió en una latitud de tiempo apacible, sobre todo después del Cafarnaún en el que habían transcurrido algunos de sus años anteriores. A medida que las vivas y chispeantes emociones de sus primeros años de casada fueron entrando en una fase más serena y ecuánime, los mejores impulsos de su naturaleza pudieron cultivarse revelando a los que vivían en su estrecho entorno el secreto, descubierto en otros tiempos, de convertir en duraderas las pocas oportunidades que se presentan; lo que para ella consistía en una inteligente ampliación, mediante una especie de tratamiento microscópico, de esas pequeñas formas de satisfacción que se ofrecen a todos los seres humanos no acosados por el dolor, y que, así tratadas, ejercen en la vida el mismo efecto inspirador que otros intereses más amplios pero superficialmente abordados.

Sus enseñanzas tuvieron un efecto reflejo sobre sí misma en cuanto que no veía gran diferencia entre ser respetada en las capas bajas de Casterbridge y glorificada en las más altas.

Su posición le ofrecía sin duda muchas razones para sentirse, tal como se dice, agradecida. Pero no se le podía reprochar no ser más elocuente en sus manifestaciones de felicidad. Su experiencia le había enseñado, con razón o sin ella, que el dudoso honor de un breve tránsito por un mundo de penalidades no merecía grandes efusiones, aun cuando en su peregrinar hubiera encontrado rayos de luz especialmente luminosos. Pero su convicción de que ni ella ni ningún ser humano merecían menos de lo que se les había dado no le hacía olvidar que había otros que recibían menos aun mereciendo mucho más. Al verse obligada a contarse entre los afortunados, no dejaba de asombrarse de la persistencia de lo imprevisto, convencida de que la persona a la que se le había concedido en la edad adulta aquel sosiego permanente no era otra que ella misma, que en juventud había aprendido que la felicidad no es sino un episodio ocasional del drama general del dolor.

FIN

Librodot